

EUSTAQUIO

XV SIGLOS DE UNA TRAYECTORIA

**Por el Espíritu Cairbar Schutel
y Abel Glaser**

Índice

PREFACIO	10
ESCLARECIMIENTOS NECESARIOS	14
PARTE 1ª EN LAS SENDAS DEL ERROR (445 - 1080).....	7
CAPÍTULO I LA BATALLA DE DIJON	8
CAPÍTULO II EUSTAQUIO EN LA ERRATICIDAD	14
Capítulo III DESVELANDO SU PASADO	21
CAPÍTULO IV EL CRECIMIENTO DE EUSTAQUIO	25
CAPÍTULO V LA DESTRUCCIÓN DEL VILLAREJO.....	39
CAPÍTULO VI LA DESIDENCIA EN LAS ZONAS TENEBROSAS.....	44
CAPÍTULO VII EL RESCATE	49
CAPÍTULO VIII ALBORADA NUEVA	53
CAPÍTULO IX EL REINICIO EN COSENZA	58
CAPÍTULO X LA FUGA.....	62
CAPÍTULO XI LA REENCARNACIÓN COMO PIETRO.....	66
CAPÍTULO XII CONDE GISCARD D'ANTOINE	71
CAPÍTULO XIII LA ABADÍA DE LOS BENEDICTINOS	70
CAPÍTULO XIV EL FIN DE GISCARD	88
CAPÍTULO XV EL PASADO BENEDICTINO	93
CAPÍTULO XVI LA VIDA DE GIUSEPPE	97
CAPÍTULO XVII EL TÉRMINO DE LA JORNADA	101
CAPÍTULO XVIII LA VUELTA A LA ESPIRITUALIDAD	89
CAPÍTULO XIX ENFRENTANDO UN CONTINENTE SALVAJE	91
CAPÍTULO XX EN LA CASA DE REPOSO.....	93
CAPÍTULO XXI EXPIACIÓN EN ESLOVENIA.....	96
PARTE 2ª EN REEDUCACIÓN (1080 - 1502)	111

CAPÍTULO XXII CALAIS.....	113
CAPÍTULO XXIII PATRICK EN INGLATERRA.....	117
CAPÍTULO XXIV DE VUELTA A FRANCIA.....	123
CAPÍTULO XXV DESENCARNACIÓN EN CALAIS.....	125
CAPÍTULO XXVI CHARLES DE BOGONDIER.....	129
CAPÍTULO XXVII REVIVIENDO EN GRAN BRETAÑA.....	133
CAPÍTULO XXVIII EN LA CORTE DEL REY FELIPE AUGUSTO.....	135
CAPÍTULO XXIX LA CRUZADA DE 1189.....	137
CAPÍTULO XXX DESTRUCCIÓN EN TIERRA SANTA.....	142
CAPÍTULO XXXI FINALIZANDO LA JORNADA DECISIVA.....	145
CAPÍTULO XXXII LAS CONSECUENCIAS DEL SUICIDIO.....	147
CAPÍTULO XXXIII REDIMIENDO SU PASADO.....	151
CAPÍTULO XXXIV EN TRANSICIÓN.....	155
CAPÍTULO XXXV REEDUCÁNDOSE.....	159
CAPÍTULO XXXVI LA DESENCARNACIÓN EN PALERMO.....	161
CAPÍTULO XXXVII EN LA CASA DE LA SUBLIME JUSTICIA.....	164
CAPÍTULO XXXVIII EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO.....	145
CAPÍTULO XXXIII EL ENCUENTRO CON JUANA DE ARCO.....	171
CAPÍTULO XL EL JUICIO DE RUAN.....	175
PARTE 3ª EL CAMINO DE LA REGENERACIÓN (1502-1945).....	177
CAPÍTULO XLI LA ABADÍA DE FLORENCIA.....	179
CAPÍTULO XLII LA CULTURA HUMANISTA.....	185
CAPÍTULO XLIII LOS RECÓNDITOS CAMINOS DE LA ABADÍA RUMBO AL VATICANO.....	188
CAPÍTULO XLIV LA SIMIENTE PROTESTANTE GERMINA.....	191
CAPÍTULO XLV EL ENCUENTRO CON CALVINO.....	193

CAPÍTULO XLVI DE VUELTA A ROMA	201
CAPÍTULO XLVII LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ	203
CAPITULO XLVIII DEL MUNDO DE LAS ARTES A LA ESCLAVITUD	207
CAPÍTULO XLIX LA EMOCIÓN DEL REGRESO	213
CAPÍTULO L LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.....	216
CAPÍTULO LI LA SABIDURÍA DIVINA	225
CAPÍTULO LII LA REVOLUCIÓN FRANCESA	228
CAPÍTULO LIII LA VERDADERA RELIGIÓN.....	233
CAPITULO LIV LA SAGA DE NAPOLEÓN BONAPARTE.....	237
CAPÍTULO LV DEMOCRACIA, LIBERTAD Y VIDA	244
CAPÍTULO LVI LA PREPARACIÓN DECISIVA	249
CAPÍTULO LVII LA ÚLTIMA JORNADA EN LA TIERRA.....	257
CAPÍTULO LVIII EL REFUERZO DE LA FE CONSAGRANDO LA TRAYECTORIA	263
GLOSARIO DE NOMBRES PARTE 1 - EN LA SENDA DEL ERROR - 445 A 1080	273
RESUMEN GENERAL DE LA EVOLUCIÓN ESPIRITUAL (LAS REFERENCIAS ENTRE PARÉNTESIS SE RELACIONAN CON LOS NOMBRES DE LOS CAPÍTULOS).....	279
BIBLIOGRAFÍA.....	283

PREFACIO

A partir de agosto de 1991, por orientación de Cairbar Schutel, tuvo inicio por el Grupo de Estudios Cairbar Schutel la recogida de datos pertinentes a este libro de Alborada Nueva. El método utilizado fue el de la videncia simultánea de varios médiums, de acuerdo a la orientación psicofónica de un mentor - confirmando, corrigiendo o complementando relatos. Todo grabado, transcrito y sistematizado, ofreció el desarrollo de las varias etapas evolutivas de Eustaquio, siguiendo la colocación -por vía psicográfica- de los numerosos diálogos que componen esta obra.

Con vistas a situar el momento histórico y la mentalidad de la época de los acontecimientos vividos por Eustaquio, algunos personajes relevantes tienen sus nombres reales mantenidos (Clóvis, Carlomagno, Juana de Arco, Napoleón, entre otros) por constituir personalidades de alcance público y mundial, no queriendo invadir la privacidad de ninguna familia en especial, ya que sus vidas tienen amplia y extensa divulgación.

En cuanto a las demás individualidades, que se involucraron con Eustaquio a lo largo de esas reencarnaciones, tienen sus nombres verdaderos cambiados con vistas a preservar sus identidades. Se cuidó de no revelar detalles muy claros de sus existencias - como fechas, lugares y situaciones -, pues no serían difíciles las investigaciones pertinentes y los descubrimientos de muchos que compartieron ese retrato evolutivo.

Algunas localidades fueron también a propósito cambiadas para evitar el reconocimiento y la identificación de personas, familias e instituciones.

Nada, sin embargo, de lo que fue cambiado perjudica el entendimiento histórico y lógico de la obra.

Las menciones a la Iglesia Católica, a la Orden Benedictina y otras instituciones no reflejan, por cierto, el procedimiento de la totalidad de sus miembros, pero sí una evidente fase histórica por todos conocidas: como las monedas - que poseen dos lados - tiene la Historia sus buenos y malos caminos a mostrar; luego, Eustaquio tuvo la oportunidad de conocer ambas fases de muchas instituciones y personas.

En lo que se refiere a posiciones geográficas (regiones, países, ciudades), para un mejor entendimiento del lector, los lugares por donde Eustaquio pasó tienen sus nombres contemporáneos actualizados.

Se consideró mejor, por ejemplo, identificar a Francia como el Reino de los Burgundios, no obstante, se sabe que éste quedaba al lado del Reino de los Francos, en la época inicial de la trayectoria del personaje central de esta obra y Francia, propiamente dicha, entonces no existía.

De la misma forma, en lo tocante a aspectos mediúmnicos (médiu, pase, fluido, entre otros) la terminología usada, por lo general, sigue su nomenclatura actual con vistas a facilitar, con rapidez, la comprensión de las experiencias medianímicas vividas.

La evolución de los Espíritus no ocurre de forma inmediata y acelerada. Hay una depuración lenta, más progresiva, dependiente de la reforma íntima y de los actos de cada uno.

Mil quinientos años, por tanto, serían insuficientes para quien quiera que sea se vuelva perfecto.

La primera encarnación de Eustaquio presentada en este trabajo no representa de forma alguna, es obvio, el inicio de su caminar en el reino hominal: en ese contexto, quince siglos son insuficientes para alcanzar un grado de depuración que permita estancias espirituales en lugares semejantes a Alborada Nueva.

No obstante, el periodo de la vida de Eustaquio que este libro da a conocer sirvió como vehículo importante en su jornada, buscando resaltar, a lo largo de esa trayectoria, tres fases distintas: la primera lo presenta como un ser malo y vengativo, donde predominan sentimientos menos nobles que le ocasionan grandes endeudamientos; es rudo, poco amistoso, autoritario, absoluto, ignorante, escéptico, incrédulo, en fin, materialista por excelencia. Esa fase se especifica por narrar bajo un punto de vista romántico y descriptivo su trilla. Se evidencia la senda del desvío, pero también la ruptura con su pasado más remoto y totalmente falto de compromiso con la escalada cristiana. Eustaquio comete desatinos, se sorprende con sus incursiones en el plano material, se juzga materialista convicto, pero se hace frágil en determinados momentos de su camino ante la fuerza del amor y del acompañamiento de sus mentores y de su colonia; la segunda lo muestra en reeducación, con un mejor esclarecimiento: demuestra evolucionar en sus posturas, librándose de muchos errores y desvíos, pero aún

de forma vacilante, pasando la obra al entrelazamiento de lo romántico descriptivo con lo histórico fatídico. Numerosos pasajes y figuras de la Historia marcan esos 500 años de su trilla reeducativa.

No se debe imaginar que los cinco siglos siguientes sean plenamente regeneradores y bellos, propios de un misionero que reconoció totalmente sus errores y está en pleno caminar de amor y luz, pues sería una visión equivocada. Entre tanto, vemos en ellos la rectificación de muchas de sus actitudes. Esa tercera fase tiene fuertes raíces históricas, políticas y sociales de un Eustaquio concienciado, evolucionado, culto y en vías de alcanzar grados satisfactorios y seguros de progreso moral. El crecimiento siempre continuo de su cultura e intelectualidad permite su participación en la construcción de un mundo nuevo.

Eustaquio consiguió tener un avance relativo en su purificación a lo largo de esos 1.500 años y es justamente eso lo que este libro se propone mostrar. No se volvió perfecto aún, pero evolucionó. Continúa desarrollándose y luchando por su perfeccionamiento. Puede hoy cometer fallos, sin embargo, jamás tan graves como los del pasado, ya que no hay lugar para retroceso en la escala evolutiva.

Se observa, pues, en las páginas de esta obra, el constante progresar del Espíritu y la importancia de mil quinientos años en la vida de un ser.

Ante la eternidad, se trata de un corto espacio de tiempo. En base de la evolución, a la cual se somete toda criatura, todavía, representa inagotable fuente de oportunidad y progreso.

Representa, aún, el ejemplo de dedicación de un Espíritu en una trayectoria de sacrificio en busca de la depuración de su interior: los años pasan y permiten su conducción a una constante renovación; su aprendizaje incluye el despertar para el amor varias veces y de diversas formas, bien como el acumulo de conocimientos a lo largo de varios años y de los numerosos lugares por los cuáles recorre. Se nota, en ese caminar, la importancia fundamental de la evolución conjunta del Espíritu en las esferas moral e intelectual.

Eustaquio es un Espíritu en evolución. Por eso, su trayectoria en sus diversas fases se identifica con la de todos los encarnados, proporcionando ese conocimiento de sus varias encarnaciones, oportunidad valiosa de reflexión en cuanto a los propios débitos de cada uno y a lo mucho que necesita trabajar en la senda del bien para reparar los errores pasados y alcanzar más elevados estados de progreso espiritual.

A ejemplo de los libros anteriores de Alborada Nueva, no soy el creador de esta obra, ocupando apenas la posición de su coordinador y organizador, cabiendo a Cairbar Schutel el lugar de autor verdadero o espiritual.

San Pablo, 19 de septiembre de 1992

Abel Glaser

ESCLARECIMIENTOS NECESARIOS

1- Los personajes que aparecen en este libro sólo una vez tienen sus nombres en el Glosario de Nombres. Los Espíritus que tienen sus existencias más de una vez retratada a lo largo de la obra constan también en el Resumen General de la Evolución Espiritual. Los nombres históricos están relacionados en el índice Resumido.

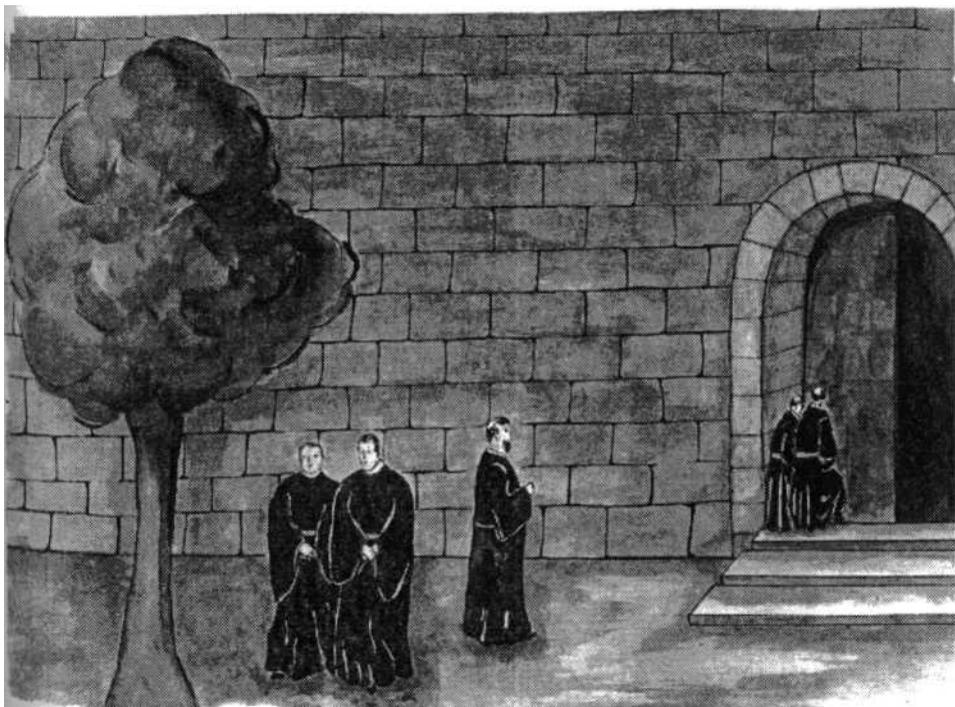
2- Las menciones bibliográficas de los textos clásicos fueron colocadas por el autor material, con vistas a remitir al lector a las obras citadas, manteniendo los originales mediúmnicos.

3- Los rostros que ilustran este trabajo fueron recibidos en esbozos mediúmnicos y perfeccionados técnicamente.

4- Los mapas elaborados con base en investigaciones, persiguen facilitar al lector la localización geográfica de los hechos narrados. Representan meras ilustraciones no teniendo la pretensión de un trabajo cartográfico.

PARTE 1ª EN LAS SENDAS DEL ERROR

(445 - 1080)



CAPÍTULO I

LA BATALLA DE DIJON

Un violento combate separa varios soldados perfilados lado a lado con sus relucientes armaduras. Las espadas están blandiendo terribles golpes buscando alcanzar al enemigo. Visigodos¹ y francos² enfrentaron a los burgundios³. En esa inmensa pradera, que antes estaba repleta de paz y de un verde profundo, solamente ronda el odio y la venganza, sentimientos que permiten la formación de un patrón vibratorio pesado y asfixiante, por los fluidos emanados de las desencarnaciones pesadas que ocurrían a cada minuto. Una nube negra comienza a tomar el azul del cielo. Caballeros garbosos en sus intrépidos caballos ceden a las presiones de ese extraño poder magnético que les domina las emociones. Se sienten compelidos a luchar cada vez más, aunque sepan, con una convicción indiscutible, que irán a sucumbir en el campo. Ese es el espectro de la guerra, donde los hombres conocen sus medios, no tienen plena condiciones de evaluar su fin y ni siquiera están plenamente convencidos de sus ideales.

En ese campo, la mayoría está ocasionalmente ciega en sus sensaciones más constantes, no consiguiendo vislumbrar el amor, el compañerismo y el perdón. Lógicamente, creen que tales sentimientos deben estar ajenos a las batallas memorables de la Historia. Creen en la construcción de un mundo mejor a través del derramamiento de sangre y del esbozo viril de una pusilánime arrogancia, en una fórmula cruel y que sería capaz, en su parco entender, de fomentar el progreso a las civilizaciones. Mas, ese triste desvío de finalidad, hace tantos siglos enfrentado por el hombre, acompaña el grado de evolución del planeta, aún en estado de expiación y pruebas.

¹ Nota del autor material: visigodos es el nombre dado a los Godos occidentales. Entraron en la Península Hispánica en el año 415. En el reinado de Eurico I, poseyeron la Península y gran parte de la Galia, entre el Ródano y el Liger (Loira). En el 507, comenzó la decadencia del imperio visigodo. Por pocos años poseyeron el territorio, después llamado Portugal. La invasión árabe terminó rápidamente el dominio visigodo en la Península, con excepción de las montañas septentrionales.

² Nota del autor material: francos son los integrantes de las tribus de Germania, que conquistaron la Galia en el siglo V; habitaban primitivamente entre el Meno, el mar del Norte, el Elstaer y el Elba. Las principales fueron las de los Brúcteros, de los Queruscos, de los Sicambros y de los Sálíos.

³ Nota del autor material: los burgundios son un pueblo germánico, establecido en el siglo IV en las márgenes del Rin, abatido por los hunos en el 437. Aliado de los Romanos e instalado en la bahía del Rodano, fue sometido por los Francos en el 534. Los Burgundios dieron su nombre a Borgoña.

Sonidos guturales de gritos de apelo y socorro parten de todos los rincones. Los animales, antes pacíficos habitantes de ese campo verdoso, huyen despa- voridos. Una extraña luna surge en el cielo, como si fuese de noche, a pesar de que las horas indican mediodía. Piedad y misericordia son los constantes pedidos rechazados de pronto por un golpe mortal de una espada o de una lanza. Los caballos pisotean, a disgusto, los cuerpos extendidos por el suelo, algunos aún vivos y que terminan su jornada terrena pisoteados por seres irracionales, como si no bastase ya haberlo sido por los racionales. Masas de Espíritus parecen chocarse con los encarnados, aunque unos no toquen a los otros y, a veces, ni incluso perciban que están interligados. Entidades poco esclarecidas buscan la revancha, acostumbradas a las ideas vengativas que traen consigo de otras batallas, donde sucumbieron sin piedad. Ahora, quieren el mismo fin para aquellos que los destruyeron, ya que no contaron con un segundo de paz después de la desencarnación. Quieren, todavía, egoístamente, que compañeros suyos caigan también por la fuerza de las armas para que puedan encontrarlos, poco le importa a qué precio.

Un retrato cruel se hace de la Humanidad en una plaza de guerra. Si por un momento pudiesen esos protagonistas de tan siniestro cuadro abrir sus campos de visión, ciertamente no tendrían fuerzas para continuar. El rubor avergonzado de sus caras de pronto se estamparía. Cada cual seguiría un rumbo distinto, buscando confort en la meditación y en la reflexión de tantas atrocidades cometidas contra el semejante.

Los gladiadores, insensibles a cualquier percepción positiva y sofocados por la chusma de Espíritus que se aproximan, continúan actuando en el palco de sus sangrientas luchas. A esa altura, el cielo ya está cubierto totalmente y el sol desaparece por completo, como si hubiese sido apagado. Se hace de noche. Las antorchas son encendidas y los guerreros, dirigidos por manos firmes, son instruidos a no desfallecer y jamás cesar la lucha hasta que el enemigo perezca sin dejar sobrevivientes. Si un retrato de los dos planos de la vida pudiese ser producido, ya no se conseguiría distinguir el gladiador encarnado del guerrero desencarnado, tamaño es el proceso obsesivo que campea en el escenario.

Los francos, entre tanto, con sus aliados, mantienen ventaja aparente en la lucha trabada. Los burgundios, en menor número, más igualmente salvajes, resisten bravamente y, sin cesar los ataques, caen uno a uno. Ese cuadro de victoria

hace surgir de dentro de un claro del bosque, antes olvidado por todos, una imponente figura. Un caballero ornamentado con portentosa armadura, que brilla especialmente ante el reflejo de las llamas de la antorcha, parece ser el renacimiento del sol. Se adentra en el campo. Su caballo es blanco como la nieve del Ártico y está envuelto en un fino manto de terciopelo azul, que más lo estorba en su galope que lo enaltece en sus líneas. Adornado con numerosas banderitas, cada cual, representando un lugar de batalla anteriormente vencida por su caballero, marcha orgullosamente. En la cintura, el gladiador reluciente porta una inmensa espada, cuya lámina es de especial hierro, poseedora del brillo de la plata, pero atrevida como el acero. El puño del arma es de oro, incrustado con piedras de las más preciosas, dándole el contorno delicado de la empuñadura. Acompaña a ese caballero un portentoso séquito de fieles e intrépidos soldados, además de varios criados y caballerizos.

Luego al frente, un soldado herido con una lanza, que le traspasa el brazo derecho, se aproxima a la comitiva y grita:

-Estamos en incontestable ventaja, ¡General! ¿Debemos proseguir hasta que muera el último de los enemigos o nos podemos contentar con su rendición y fuga, tan próxima a esa altura?

Sin pestañear y casi automáticamente el comandante reacciona:

- ¡No quiero sobrevivientes! Las órdenes deben ser cumplidas a toda costa. La masacre total de esos malditos burgundios servirá de ejemplo para todos los otros pueblos insumisos e inconformados con nuestro poderío militar. Además de eso - dijo sin convicción - nuestro rey desea dar prueba de su fuerza a sus infieles súbditos... ¡Prosiga!

Sin ninguna duda, el guerrero, herido y tambaleante, vuelve al campo y transmite las órdenes recibidas a los demás. Confiante y en el ápice de su orgullo y de su vanidad, ya imaginando los homenajes pomposos que iba a recibir, el general no se contenta y ordena:

-Partamos inmediatamente rumbo al centro de la batalla, pues quiero ver, con mis propios ojos, la eliminación total de nuestros enemigos. Toquen las trompetas y acompañenme - grita, ya espoleando al caballo y siguiendo apresurado. Una inmensa nube de polvo se levanta y el campo se oscurece todavía más, como si estuviese de luto por tantas vidas perdidas sin piedad.

Algunos minutos después, cuando ya no se oyó ningún sonido de lucha y

solamente unos gemidos pudieron ser detectados, se aproxima al sitio de conflicto el comandante de las tropas. Un tanto esquivo y temeroso de algún levantamiento, camina con cautela. Intrépido en sus órdenes, aunque no tan seguro de sus actitudes, se siente a gusto en la tarea de dirección, pero jamás le gustó de guerrear personalmente. Cree que un líder no debe sujetarse al combate físico y directo, atribución - a su entender - de los hombres inferiores.

Tranquilo por haber vencido otra batalla, el comandante busca, todavía, alguna forma de instigar a sus soldados al derramamiento de sangre:

-Daré una bolsa de monedas de oro al caballero que me traiga a un burgundio, aún vivo, para apreciar mi triunfo, sucumbiendo delante mía, humillado...

Los gladiadores no tardan ante la oferta tan generosa y, minutos después, está delante del general un soldado herido, cabizbajo y sin la menor condición para reaccionar.

-Levanta tu cabeza delante de mí, pues estás en presencia del más temido de los generales francos, ¡oh criatura miserable!

El hombre, tambaleante, levanta la cabeza y fija sus ojos en los del comandante. Ante tanto odio que le es transmitido en ese instante, el general se estremece encima del caballo y siente palpar su pecho. Sin aguardar una orden siquiera, sus leales seguidores tratan de abofetear, con extrema fiereza, al audaz enemigo. El prisionero, cobardemente golpeado, cede a la presión y baja la cabeza, cayendo de rodillas. La sangre corre por su cara trastornada y sus manos mal consiguen aguantar la pierna rota.

Nuevamente, el jefe de los francos profiere:

- ¿Cuál es tu nombre, atrevido burgundio?

-Melquíades - responde tosiendo y cabizbajo el rapaz.

- ¿Cuál es tu edad?

-19 años.

Interesado en humillar al joven antes de exterminarlo, vuelve el comandante:

- ¿Sabes con quien estás hablando?

- ¡Ciertamente que sí! Sois el más vil de los mortales que pude conocer en toda mi existencia...

- ¿Y conoces, oh pobre criatura, mis incontestables hazañas?

-No podría desconocer vuestra vileza, señor. No os considero enemigo honrado. Vuestro sadismo en masacrar a aquellos que caen a sus pies no es digno

de un noble caballero, pero sí atributo de las aves carniceras de rapiña.

- ¡Cállate, insignificante y despreciable burgundio! ¿Quién eres tú para cuestionar mis métodos? Perecerás por la fuerza de mi espada y entonces podrás tener la honra que jamás tuviste de morir gloriosamente por las manos de los mayores líderes de los francos.

Confiado en demasía, el general se aproxima al joven soldado, portando en ristre su brillante lámina afilada y montando en su blanco caballo. Pretende hacerle implorar por su vida, humillándolo y subyugándolo hasta el final. El prisionero, no obstante, permanece cabizbajo y no se mueve. Inconforme, el líder vocifera:

- ¡Levántate para morir como un verdadero guerrero!

No llega a terminar su imponente frase y el muchacho, concentrando todas las fuerzas que le restan, en un odio desmesurado, saca un puñal, estratégicamente escondido en su bota y lo tira contra el general, gritando:

- ¡Morid, detestable general! Vuestra cobardía os va a costar alto precio...

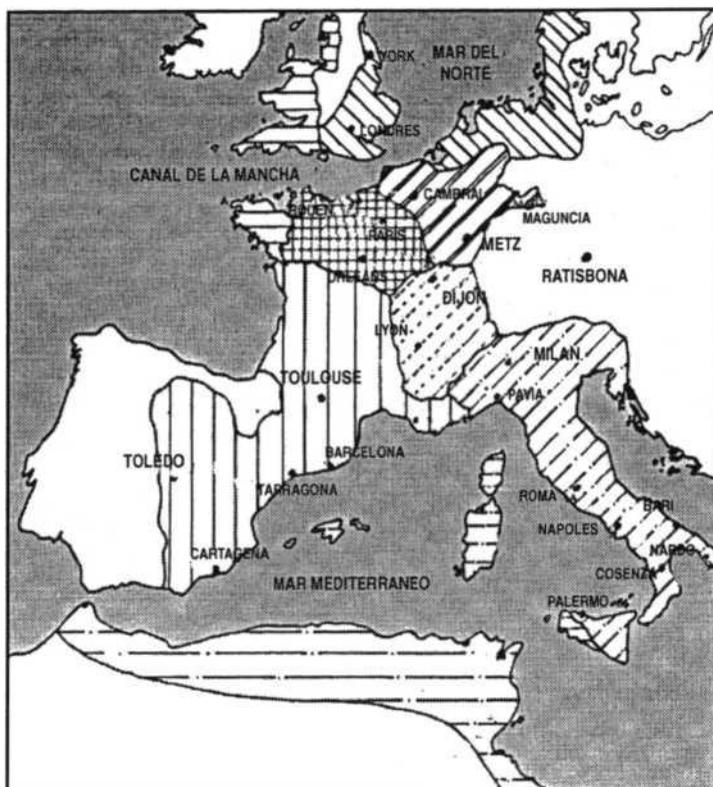
Los soldados francos, inertes y cogidos por sorpresa, ven el vuelo de la daga en el aire y asisten a su trayectoria cierta, parando todas las resistencias de las miradas incrédulas de los presentes y alcanzando el corazón del caballero garboso, a esa altura libre como está de su armadura.

Cae del caballo el general, ya inerte, tamaña la fuerza del golpe asestado, incorporado del último grito de guerra de un valiente soldado afrontado en sus bríos. A despecho de todos los esfuerzos y tentativas de reanimación, no hay nada que hacer. Acaba de desencarnar el comandante de los victoriosos, el enviado del rey de los francos, el otrora inalcanzable General Eustaquio Alexandre Rouanet.

La incredulidad domina a todo el ejército vencedor. Después de tantas guerras triunfantes, el mito de los francos en los campos de batalla se esfuma, inapelablemente, delante de un ataque lanzado por un frágil prisionero. El triunfo de los aliados - francos y visigodos - pierde su brillo. Atormentados en especial por las explicaciones que irán a dar a sus superiores en la Corte, por haber permitido ese incalculado ataque, los gladiadores, confusos, lloran la pérdida de un controvertido e idolatrado líder.

Irónicamente, el sol vuelve a brillar en el cielo, apartando la negritud de las nubes que cubren el campo. Un pájaro ceniciento, volando intrépido, rasga la quietud de los enlutados guerreros y lanza un melancólico trino, que suena por la pradera y resuena en el limpio azul celeste.

MAPA N.º 1 - EUROPA - ESTADOS BÁRBAROS EN EL SIGLO V



-  REINO BURGUNDIO
-  REINO DE ODOACRO
-  REINO DE SIAGRIO
-  REINO FRANCO
-  REINO VÁNDALO
-  REINO VISIGODO
-  REINOS ANGLOSAJONES Y
-  REINOS BRETONES

CAPÍTULO II

EUSTAQUIO EN LA ERRATICIDAD

Permaneciendo impassible al lado del cuerpo material inerte en el suelo, Eustaquio, sin consciencia de su desencarnación, continúa dando órdenes a sus tropas, aguardando ser atendido sin cuestionamientos. Materialista como siempre lo fue, jamás iba a suponer que estuviese muerto para el plano físico. Gradualmente, su ira va creciendo, pues nadie repara en su presencia y mucho menos siguen sus determinaciones. Manteniéndose orgulloso y altivo, en esos momentos, ya se siente desconfiado. Está ocurriendo algo extraño y que se le escapa al entendimiento.

El general de los francos, en desesperada actitud, comienza a gritar, sintiéndose desprestigiado por sus comandos, una vez que nadie le cumple las órdenes. Su ejército se retira del campo de batalla, llevando su cuerpo físico para el futuro enterramiento en la Corte. Permanece solo. Incrédulo, pasa a fijar su visión, todavía turbada, por todas partes. Percibe la presencia de muchos cuerpos caídos y de una tenue nebulosa cenicienta formando un escudo por encima de la planicie. Oye algunos gemidos y comienza a notar una multitud de Espíritus aproximándose. Le surge la esperanza de ser atendido en sus reclamaciones, pero se sorprende al constatar que la turba está toda formada de burgundios. Otra vez la aflicción toma cuenta de su ser. Imagina como va a enfrentar, solo, al enemigo. Saca su espada y embiste contra los soldados a su frente. Golpes y más golpes son disparados por todas partes y solamente sonoras carcajadas se oyen de retorno. Todos, en la inmensa pradera, están desencarnados y el grupo de burgundios, muertos en la misma lucha armada, pasan por Eustaquio, sin reparar en su presencia. El desprecio es total y la angustia le provoca un llanto convulsivo.

Le domina la incredulidad. Ya no existe el comandante de los visigodos y francos, triunfante en la batalla de Dijon. Allí vaga un Espíritu perdido y tímido, amargado y temeroso, incapaz de aceptar su propia muerte para el mundo material como realidad inexorable.

A lo lejos, ya cruzando la línea del horizonte, percibe a su antigua caballería apartándose. Se aproxima a la caravana. Fija su mirada en un cuerpo inmóvil que está siendo cargado y divisa a su frente el semblante de un hombre que está esposado, con cerca de 50 años, rostro desfigurado por el dolor, la sangre saliendo del pecho, donde hay un puñal rígidamente clavado. Revive las imágenes de su

reciente pasado y la escena del crimen se diseña en su mente. Está delante de su propio cadáver.

Un grito inmenso suena por la pradera, disparando una sensación de desequilibrio e inquietud por todas partes. Eustaquio cae de rodillas y agoniza.

Permanece en esa posición por un largo tiempo hasta que resuelve erguirse y buscar una explicación racional para las sensaciones que está viviendo. Al final, a su entender, para todo existe una lógica incuestionable. Comienza a escoger la dirección que debe seguir cuando algunas entidades le surgen delante:

- ¿Cómo estás Eustaquio? ¿O debo decir General? - indaga una figura horrenda, vestida con una armadura negra, irradiando ojos de fuego y moviendo unas manos deformadas asegurando una enorme lanza plateada.

Sin que haya ninguna respuesta, solamente inquietud, la monstruosa figura prosigue:

-Sí, mi querido amigo, tú no estás más en el mundo de los vivos, en una posición que tanto admirabas ... Ahora, me perteneces a mí y al grupo de seguidores. ¿Tú te acuerdas de nuestro acuerdo del pasado? Oh, ¡ciertamente que sí! Deseé tener el placer inenarrable de recibirte cuando volvieras a la patria espiritual. Aquí estoy. ¿No me lo agradeces?

Recobrando los sentidos que había perdido por algunos segundos, tamaña fuera la emoción de vislumbrar a su frente al “caballero negro”, un personaje destacado en muchas de sus pesadillas y una figura que tanto lo inspiró en su jornada belicosa, profiere:

- ¡No es posible! Esto no pasa de un cruel juego de muy mal gusto. ¡Exijo volver al castillo! Debo presentarme inmediatamente al rey. Te ordeno que ceses por completo ese escenario tuyo, ¡oh vil criatura!

Eustaquio se mantiene altivo e inalcanzable. Siente que no debe perder el control delante de tan bizarra situación. Entre tanto, vuelve a ser cuestionado por el Espíritu delante suya.

- ¡Oh, Eustaquio! Deja tu soberbia de lado, pues ya no eres el general que comanda ejércitos y no pasas de un mediocre ser inferior que deberá, de aquí en adelante, obrar bajo mi dirección. Reconocerás, querido mío, que tus días de gloria terminaron. No te resta otra alternativa sino obedecerme. En caso de que no quieras seguirme, haré lo necesario para probarte, de la peor forma posible, que has muerto para tu mundo. ¿Qué eliges?

Ciego para la realidad, predestinado a no entender el enredado misterio de su propia existencia y ahora descontrolado, Eustaquio permanece impasible,

repetiendo reiteradamente su orden anterior. La criatura de negro, sin perder tiempo, ordena a sus secuaces:

- ¡Átenlo y llévenselo de aquí! Ustedes saben bien para donde deseo que él vaya.

Lejos de allí, despunta un majestuoso castillo, estacionado a las márgenes de un lago de aguas cristalinas y enmarcado por una vegetación abundante, cuyas torres centrales parecen servir de lazo entre el cielo y la tierra. Inmensa planicie contorna la sede de gobierno de los francos y apenas una alameda recorta el césped manso y corto que alfombra, deslumbrante, todo el escenario. De lo alto de una de las torres suena una trompeta anunciando el regreso de las tropas victoriosas. En una de las principales salas, impaciente, está el rey Clóvis, sediento de informaciones.

- ¡Me dijeron los infelices mensajeros del reino que sucumbió en la batalla de Dijon mi dilecto general Eustaquio! ¡Imposible! Un valiente y noble caballero no iba a permitirse tamaña vergüenza, especialmente por haber sido alcanzado por las manos indignas de un insolente y mediocre burgundio. Tonterías, son rumores en mis dominios. ¡Exijo la verdad!

Un golpe en la mesa suena por toda la fortaleza y sus paredes parecen temblar ante la furia incontinida del soberano. Las antorchas de los corredores mueven sus llamas en el mismo compás de la variación de humor del rey y parecen calcinar el techo del castillo debido a la ira del majestuoso Clóvis. Numerosos criados salen aprisa del palacio y van al encuentro del ejército que se aproxima de regreso. Al frente de los hombres de confianza del soberano está el vizconde Arquibaldo.

- ¿Quién es el responsable por las tropas? Yo traigo órdenes del Conde du Mefené, auxiliar directo de su majestad, el rey Clóvis.

-Soy yo, señor Vizconde.

- ¡Muy bien! Determino a todos tus hombres que la muerte del general Eustaquio no debe ser divulgada como si fuese fruto de un acto de traición de un prisionero enemigo. El inconformismo del rey con tal situación ya llegó al límite. Por tanto, hayamos correcto conceder al comandante del ejército victorioso un funeral digno de un combatiente apreciado por su majestad. Los mensajeros que trajeron la noticia del ataque fueron imprudentes, irritando a nuestro soberano. A partir de ahora, para todos los efectos, el general Eustaquio murió en batalla, glorificando a su nación. ¿Está bien claro? Ni una palabra deberá ser proferida al respecto del vil ataque por él sufrido.

- ¡Pero eso no es verdad! El general fue asesinado en razón de su desmedida arrogancia y por el sadismo con que buscaba exterminar al enemigo. Un joven burgundio herido, humillado bajo la dirección de nuestro comandante, acabó vengándose y...

El líder del ejército es interrumpido a gritos por el vizconde:

- ¡Cállate estúpida criatura! No es eso lo que nuestro amado rey Clóvis desea oír. ¿Será tan difícil comprender en este reino que solamente se habla aquello que su majestad, quiere oír? *Nuestra* verdad, mi querido capitán, es construida siempre por encima de las conveniencias. Tú debes seguir mis órdenes y vas a decir lo que yo determine. Si no lo hicieras, tu vida no tendrá ningún valor...

-Así será hecho, señor vizconde Arquibaldo.

- ¡Está muy bien! Volvamos al castillo.

En la misma sala, Clóvis estaba aguardando. Mientras tanto, revuelve sin parar los papeles que tiene delante, referente a los planos trazados para la batalla vencida en Dijon. Con una expresión lúgubre, pero firme, el rey recibe a un mensajero:

-Majestad, el comandante de las tropas reales, el capitán Trudeau, desea verlo.

-Mándelo entrar - responde el soberano, colocándose inmediatamente en pie.

-Rindo mis homenajes al augusto rey de los francos, noble de los nobles, paladino de la Justicia, imagen del imperio...

- ¡Cállate! - grita el rey - ¡Basta de homenajes inútiles! Quiero noticias de Eustaquio, mi general, pues en la batalla ya sé que vencí.

Narrando toda la versión preparada por los asesores del soberano, el comandante afirma que Eustaquio pereció en el campo de batalla, empuñando la bandera del reino de los francos. Se trata, a su entender, de un verdadero héroe.

Pensativo, el monarca reflexiona por unos instantes, más conformado y pro-fiere:

-Quiero los más conmovedores homenajes a ese caballero y líder que jamás me decepcionó. No ahorren esfuerzos para que mi deseo sea atendido. ¡Salgan, ahora, pues quiero quedarme solo!

De súbito, sorprende al rey, al romper en llanto en la sala, la entrada de una bella joven. Pálida, con la expresión trastornada y ojos húmedos y enrojecidos, Patricia, esposa del general Eustaquio, busca consuelo con el imponente Clóvis.

-Mi rey, estamos todos inconformados con la pérdida de Eustaquio. Me parece que la vida perdió el sentido. Su figura de esposo y padre será insustituible.

Nuestro hijo Guillermo está revuelto y quiere venganza...

Antes de proseguir, el muchacho, aparentando unos 16 años, interrumpe a la madre y profiere en gritos altos:

- ¡Nada más justo que cien cabeza de burgundios deben rodar para aliviar la mancha que está sobre la memoria de mi padre!

- ¡Calma! - responde más sereno el rey. Nada más se puede hacer, pues el general Eustaquio partió de este mundo en un momento de absoluta gloria, dándonos la certeza de la victoria y demostrando al enemigo la fuerza de nuestro ejército. Su memoria quedará para siempre preservada en nuestra historia y jamás permitiré que los insensatos rumores a su respecto continúen proliferando. El capitán Trudeau me explicó, hace poco, la verdadera faceta de la muerte de nuestro comandante. Por tal razón, habremos de hacer un entierro digno de su posición social y del valor que tenía en su patria. La venganza no será necesaria, especialmente ahora que deseo unificar mi reino entre vencedores y vencidos.

En cuanto Clóvis predica la reconciliación y transmite serenidad, Guillermo ni siquiera oye lo que el soberano está diciendo y comienza a imaginar su propia ascensión en las filas del ejército real, quién sabe si ocupando el lugar del padre, en la dirección de las tropas de su majestad. Todos los presentes perciben su desinterés y recuerdan la convivencia tensa que el muchacho tenía con el general. Su inconformismo con la muerte del progenitor es falso y lejos de la verdad de su corazón. En realidad, su relación con Eustaquio siempre fue problemática y conflictiva, no existiendo entre ellos lazos de amor.

Ambicioso y pérfido, el único hijo de Eustaquio y Patricia proporciona, con sus constantes vibraciones de desprecio en lo tocante a la figura paterna, el surgimiento de una enorme tela vibratoria negativa, que se instala en el recinto. Un inmenso globo fluídico despunta en el techo de la sala, relampagueando cual explosiones meteóricas. Espíritus menos esclarecidos, en base a esa construcción magnética, carcajean sin parar y aguardan la llegada de Eustaquio que, poco después, se adentra en el recinto, conducido por los comparsas del “caballero negro”.

Patricia, inconforme con la poca atención del hijo y conociendo bien su real propósito, le dirige una mirada de censura. Llamándolo a un rincón, le alerta:

-Ni pienses en vilipendiar la memoria de tu padre en este momento tan difícil para todos nosotros. Yo sé bien cuáles son tus verdaderas intenciones. Poco te importa la muerte de Eustaquio, pues, en realidad, quieres tomar su lugar en el ejército real. Atrévete a tocar ese asunto con el rey y yo, personalmente, cuidaré

para que seas expulsado del castillo.

El muchacho se aquieta prontamente y desiste de cualquier propuesta prematura en ese sentido. Valores nobles y dignos, entre tanto, no le forman el carácter.

Presente y acompañando la escena entre la esposa y el hijo, Eustaquio va tomando consciencia de su situación, especialmente en lo tocante al desprecio que le es dedicado por su enlutada familia.

Cuando todos dejan el recinto, Clóvis llama a Patricia a un lado y le dice:

-A pesar de tanto sufrimiento, la vida siempre nos presenta un lado positivo para todo, ¿no es querida Patricia? Podemos ahora encontrarnos con más brevedad y sin tanto recelo.

La joven, consternada, a pesar de ser amante del rey, tiene fundados motivos para no continuar con su relación de adulterio.

- ¡No, mi querido soberano! Ahora que Eustaquio se fue, al menos deseo preservar su memoria. Además de eso, esa situación nunca me fue de lo más aceptable y vuestra majestad aún está casado.

El rey esboza un gesto, pero la muchacha, contundente, prosigue.

-Nada de lo que me digas, mi señor, va a convencerme de lo contrario. Aguardaba un acontecimiento cualquiera para poner un punto final a nuestras relaciones. No tengo muchas esperanzas en la vida y sé que obré erróneamente al traicionar a Eustaquio, pero pretendo morir en paz con mi conciencia, a partir de ahora.

Sin dar cualquier oportunidad de respuesta, Patricia se retira apresurada de la sala.

Eustaquio está profundamente abatido y sufre con la revelación del adulterio de su estimada esposa. La fidelidad al rey y las glorias de su título de nada le sirvieron para sustentar la dignidad de su casamiento. A pesar de haber sido también adúltero durante su vida conyugal, no admitía que pudiese, en igual proporción, ser traicionado por Patricia. A disgusto, termina creyendo que está, de hecho, desencarnado. El “caballero negro” se aproxima.

- ¡Sé que ahora estás convencido! ¡Quedo satisfecho! Al final, tenemos cuentas a resolver y trabajos a desenvolver juntos. Pasé muchos años dándote inspiraciones. Tu éxito en el mundo material es fruto de mi trabajo. Por tanto, reducido como estás a tu insignificancia, debemos volver a nuestra guarida.

Cediendo a las presiones que recibe de las entidades que lo acompañan, Eustaquio hace una última petición:

-Está bien, yo iré, ¡oh criatura despreciable! Pero antes, oso suplicarte; deseo dar una vuelta por el castillo y despedirme de los seres que aún aprecio.

- ¡Muy bien! ¡Sea así! Sufrirás aún más, pero no me importa nada. Dejen que él escudriñe las mazmorras de su consciencia. ¡Suéltelo!

Nada más terminar su frase, ¡el “caballero negro!” se retira y sus aliados permiten a Eustaquio que camine libremente por la fortaleza, aunque siempre ligados por los lazos densos de un cordón negro.

Ficción y realidad se mezclan en su mente. Confuso, siente el amargor de su corazón apretarle los pasos y su único grito de desespero -maldiciendo su presente- sigue el rumbo de sus más ardientes sentimientos.

Capítulo III

DESVELANDO SU PASADO

El orgullo y la vanidad, asociados al materialismo, son las bases del sufrimiento de muchos Espíritus, tan pronto dejan ellos el cuerpo físico. No se sienten desencarnados e integrantes de una nueva vida. Por tales razones, el Plano Espiritual Superior permite que ellos sean abordados por entidades menos esclarecidas, a veces hasta compañeros de tiempos pasados, que persiguen sobre todo humillar y dominar a sus antiguos aliados.

En otros casos, se trata de deudas a ser rescatadas y los recién desencarnados son aprisionados por Espíritus que desean compensaciones por sus errores de otras existencias. Las ligaciones que el encarnado mantiene durante su estancia en el plano físico, su manera de pensar y obrar y, especialmente, las vibraciones que nutre y la sintonía que vive son los aspectos más comunes de desenlaces traumáticos del cuerpo, con un pasaje agitado y difícil para el mundo espiritual.

Eustaquio, durante su existencia, solamente cultivó sentimientos poco dignos, que enaltecían el orgullo y la vanidad, pasiones mundanas de los hombres que no se preparan. Tuvo una trayectoria de glorias terrenas, repleta de crímenes y ataques a sus semejantes, cogiendo, ahora, los frutos de su completa invigilancia. Esclavizado por sus verdugos, en verdad compañeros de otrora, vive un momento arduo en su desenlace con la vida material.

Además de eso, recibió malos consejos a lo largo de su existencia, provenientes de las mismas entidades que hoy lo dominan. Su invigilancia, no obstante, permitió ese asedio y no lo vuelve un mártir o una víctima, pero sí un coautor de las barbaridades que le eran sugeridas por Espíritus obsesores. En el plano inmaterial, antes de reencarnar como Eustaquio Alejandro Rouanet, celebró pactos siniestros e incentivó alianzas volcadas a intereses oscuros y lejanos de la práctica cristiana. Así, a lo largo de su vida material, sintió el acompañamiento de los mismos secuaces con quien, un día, se desvirtuó en la senda del mal.

Fruto de la ley de acción y reacción, se coloca Eustaquio, ahora, en posición subyugada, a fin de coger, en la exacta proporción que merece, los males que sembró en su pasado.

Las puertas del castillo no le son obstáculo. Penetra el general en todas las habitaciones y visita las numerosas salas lujosamente decoradas del palacio. Se siente, por primera vez, en posición ventajosa, pues nada lo consigue detener. Su

contento tiene ínfima duración, pues la realidad le llama la atención.

En una de las salas que recorre, observa la existencia de varios cuadros, ricamente ornamentados con marcos enaltecidos por el brillo inusual del oro, cada uno de ellos retratando una batalla memorable de Clóvis. Se enorgullece de sus propios hechos militares, pues ayuda a construir el reino de los francos.

Momentáneamente liberado, el general intenta escapar de las murallas palaciegas, pero se siente preso. Hay un hilo negro que lo liga al otro extremo del salón. Los alguaciles que lo mantienen preso se divierten con su tentativa de fuga. Le resta lamentar su humillante situación y continúa su recorrido por el castillo.

Ingresa en la sala contigua y percibe junto a la ventana una figura femenina. Es su esposa Patricia. Se aproxima a ella y la abraza con ardor. La muchacha siente escalofríos en la espina dorsal y comienza a transpirar. El remordimiento le aflora a la mente y el amargor de la traición le penetra lo íntimo.

Del otro lado del palacio, las mismas sensaciones son vividas por el rey. Cabizbajo, sentado en su silla predilecta, reflexiona sobre las relaciones que mantuvo con la joven Patricia, a despecho de su casamiento con Clotilde y de su amistad con Eustaquio.

Irónicamente, esos dobles sentimientos de remordimiento llegan rápidamente a la percepción del general y, al revés de confortarlo, obra como una bomba sobre su sentimiento. Se revela el adulterio entre el monarca y su esposa. Su ira se expande y él vocifera con toda la fuerza de su pecho:

- ¡Miserables! Fui traicionado por aquel a quien dediqué mi vida y por la mujer que tenía la honra de ser mi consorte. Ese arrepentimiento tardío de ambos, ahora que estoy muerto, no me es reparador. ¡La venganza será mi ideal de aquí en adelante!

Sofocado en su propia cólera, se vuelve para el otro rincón de la misma sala donde está Patricia y ve a su hijo, Guillermo, compenetrado en el estudio de manuscritos. Se calma.

- ¡Hijo! ¡Óyeme si puedes! Alguien ha de recomponer ¡mi honra herida... Cuento con tu empeño en auxiliar a tu padre en esa trayectoria regeneradora.

El muchacho ciertamente no oyó el clamor del Espíritu que estaba a su lado, pero se siente incómodo de algún modo. Ignorando las súplicas paternas, no obstante, comienza a maquinarse sus planes de futuro.

- ¡Excelente! Me libré en buena hora de mi tiránico padre, que, a estas alturas, debe estar quemado en el fuego del infierno. Puedo perfectamente ocuparle el lugar en la dirección de las tropas. Preciso, entre tanto, convencer al rey...

El golpe es pesado para Eustaquio. Una vez más, su descontrol emocional es evidente y su llanto se vuelve su única salida. Minutos después se recupera y, viéndose totalmente abandonado y traicionado, sin recibir una sola vibración de apoyo, acepta la idea de asociarse a aquel despreciable ser, el “caballero negro”, que lo abordó en su primer momento de retomo a la vida espiritual. Desea partir de allí, inmediatamente.

Un violento golpe de aire abre la ventana y las velas se apagan. El clima queda tenso y Patricia siente la presencia espiritual de Eustaquio. A pesar de ser escéptica y materialista, queda estremecida. De súbito, recuerda el día de su casamiento. Tenía catorce años y fue cortejada por el imponente general, ya en torno de los treinta y cinco, se apasionó, es verdad. Seducida por un experimentado hombre e incentivada por sus padres, se entregó a un matrimonio que solamente le trajo un único año de felicidad. Después, percibiendo la vida totalmente descontrolada de Eustaquio, que se envolvía con varias mujeres de la Corte - entre nobles y criadas - cayó en desgracia y maldijo el día en que conoció al marido. Se sintió cruelmente abandonada, aún muy joven, acabó consolada por Clóvis, con quien mantuvo relaciones adúlteras y de quien, en realidad quedó embarazada. Ni el monarca, ni Eustaquio sabían del origen de Guillermo.

Se siente sola e infeliz. Percibió que no habían sido gratificantes sus relaciones amorosas, sea con el marido o incluso con el amante.

Eustaquio comprende, en ese instante, que ni incluso hijo, de hecho, él tuvo. El muchacho lo despreciaba y los lazos de sangre no existían entre ambos. Su casamiento fue un total fracaso. Hace una señal con la cabeza, reflejando integral aceptación con su nueva condición, subordinándose a las reglas que le fueron impuestas por sus verdugos. Los Espíritus que lo aprisionaban surgen por todas partes y, en una fracción de segundo, el general parte de allí, sin llevar consigo ninguna imagen positiva.

El entierro se realiza con todas las pompas posibles y toda la Corte está presente. Patricia y Guillermo representan bien los papeles de viuda e hijo desolados, ambos inconformados por la pérdida del patriarca. Una inmensa iglesia, ricamente adornada, sirve de escenario para el evento. Solamente algunos candelabros están encendidos, volviendo el ambiente oscuro. Envuelto en un manto ceniciento, que lo cubre de los pies a la cabeza, acompaña, de lejos, esos últimos instantes de su ligación con el involucro material. Dos entidades lo acompañan, todavía vigilado.

Próximo al altar, reposa tranquilo el cuerpo de Eustaquio. Las personas circulan alrededor. Palabras de pésame son dirigidas a la esposa y al hijo enlutados, pero también vibraciones de descrédito y desprecio son, tácitamente, emitidas por los visitantes. Raras eran las figuras de la Corte que habían dejado detrás de sí tantos enemigos como en el caso de Eustaquio.

En el tenso y pesado ambiente del velatorio, parece no existir un sólo mensaje de amor o incluso de piedad. Todas las conversaciones giran en torno de temas materialistas, tratando de herencias, títulos y riquezas de todo orden. Del lado externo de la iglesia, algunos criados oran por el alma del general. Creyendo en la posibilidad de que existe un pasaje tranquilo para el otro lado de la vida, le desean, a través de oraciones, lo mejor de sus sentimientos.

Además de los encarnados, varios Espíritus hacen parte de la aglomeración en torno del entierro. De su parte, ninguna vibración de amor tampoco está presente.

El cortejo camina en dirección al mausoleo de la familia Rouanet. Se entierra el cuerpo de Eustaquio y con él todas las esperanzas de un general que fue la propia historia de su pueblo y el orgullo de su nación.

CAPÍTULO IV

EL CRECIMIENTO DE EUSTAQUIO

Eustaquio tuvo una infancia feliz. Sus padres, Felipe y Claudine Rouanet, nobles y ricos, le proporcionaron todo el confort posible a un muchacho bien nacido. Educación primorosa, mucho cariño y atención de los progenitores no le faltaron. A lo largo de su crecimiento, él mantenía, no obstante, extrañas sensaciones negativas, que parecían apartarlo de aquel ambiente de amor existente en su hogar.

A tierna edad, Eustaquio se reveló un niño mimado y sin escrúpulos, pero que siempre era disculpado por los bondadosos padres y perdonado, también, por los fieles empleados de su casa. Deseaban, para él, una formación envidiable y que lo preparasen para asumir los negocios del padre, y sus importantes puestos en la Corte. El joven, mientras tanto, no se interesaba por nada positivo y nutría especial satisfacción cuando conseguía perjudicar los intereses ajenos.

El destino le resolvió una oportunidad de reformarse íntimamente cuando fue acometido de tuberculosis a los 15 años. Desengañado por los médicos del reino y por especialistas de toda Europa, el muchacho termina por ser llevado a un pequeño villarejo, en las cercanías de su ciudad, por su criada Gertrudis. La bondadosa empleada de los Rouanet no se conformaba con la dolencia del joven heredero, que representaba la alegría de su familia y a quien dedicaba una especial devoción. Su formación cristiana le indicaba que nada en el mundo ocurría por acaso y que el amor de Jesús podría transformar los caminos de los hombres, bastando, para eso, que un pedido sincero llegase a sus Emisarios. Así, convenció a Claudine para que permitiera el viaje, resolvió llevar al muchacho a la presencia de su amigo de largos años, Genevaldo, que dirigía un trabajo de amparo espiritual.

En una tarde nebulosa y fría, típica del invierno europeo, llegaron a la aldea Eustaquio y Gertrudis. Fueron recibidos en una casa simple, cuya chimenea exhalaba un humo ceniciento, cruzando el cielo desagradable y lluvioso como si fuese un escrito de señalización. En su interior, se encontraba un grupo de personas en oración. Se diseñaba alrededor de la choza una luz dorada brillante, que enmarcaba el escenario y lo volvía acogedor.

Allí funcionaba un centro de oraciones y Genevaldo, su dirigente, no se sorprendió con la llegada del joven visitante. Eustaquio, a su vez, con una mirada de

menosprecio, encaró por algunos minutos al gentil hombre de 76 años, cabellos blancos como la nieve, bigotes escasos, que mantenía una inseparable bufanda de lana de cuadros envuelta en el cuello.

- ¡Sed bienvenidos, queridos hermanos! Sentíos en casa. A ti, mi apreciado joven, transmito mis sinceros votos de que puedas recuperarte de la enfermedad que, sin piedad, toma cuenta de tu cuerpo. Creo que podemos ayudarte... Tus padres son personas queridas por todos nosotros, que siempre demostraron preocupación con nuestras obras sociales y caritativas. Jamás podríamos dejar de atender a un pedido de tu familia.

En cuanto el anciano se desvivía en gentilezas, buscando tranquilizar al muchacho, Eustaquio se sentía incomodo e inquieto ante la simplicidad del lugar. Manteniendo la cabeza erguida y mirando a todos los presentes con aire de superioridad, él susurró a Gertrudis:

- ¿Era necesario venir hasta este lugar miserable? Nunca en mi vida pisé un suelo tan despreciable. Mira a esas personas lúgubres... Parecen más mendigos inmundos que hombres de bien...

Interrumpiendo sus livianas afirmaciones, la criada replicó con docilidad:

- ¡Mi joven señor! Nada hay más bonito en el mundo que el amor sincero y ese sentimiento es posible encontrarlo aquí y vivirlo. Si todos los rincones del mundo pudiesen contar con la vibración positiva que en esta casa siempre está presente, los males ciertamente no tendrían lugar entre los hombres. No te preocupes con las apariencias, pues las personas te quieren bien. Además, tienes delirios y ya no sé si estás viendo hombres o Espíritus.

- ¡Deja de hablar burradas, Gertrudis! ¡Todos saben que los Espíritus no existen! Ya no te cansaste de oír los sermones dominicales a ese respecto. ¡Vieja obstinada!

Sin insistir en su creencia, la buena mujer se aproximó a Genevaldo y le dijo:

-El muchacho no quiso ofender, está apenas cansado y enfermo. No tomes en cuenta esas actitudes, mi querido hermano.

Instantáneamente, el dirigente del local respondió:

-Mira, querida hermana, ¿entonces no sabes que nuestros Amigos Espirituales ya tuvieron oportunidad de avisarnos en cuanto a vuestra venida a esta casa? Sabemos todo al respecto del joven Eustaquio, al menos en lo referente a las revelaciones que tenemos el permiso de conocer. Vamos a ayudarlo con todas

nuestras fuerzas. Traiga al muchacho hasta nuestra mesa y hágalo sentarse a la cabecera. ¡Vamos a orar!

Revelándose el mundo espiritual, tan pronto el grupo inició las actividades se podía acompañar el incansable trabajo de los Mentores para higienizar el ambiente, apartando a las entidades menos esclarecidas que estaban acompañando a Eustaquio. Por otro lado, la luz dorada de la protección de Alborada Nueva se hacía activa y presente. Nada podía perjudicar aquel recinto de amor y fe en Jesús.

Acostumbrado a los aspectos negativos de la obsesión, los cristianos allí reunidos más tarde percibirían el motivo de la visita de Eustaquio a su morada. Su dolencia era fruto de la propia invigilancia y, a pesar del ambiente positivo que siempre fuera proporcionado por los padres, el periespíritu del muchacho no conseguía resistir a los intermitentes ataques sufridos, impregnándose de cargas magnéticas negativas. El resultado se reflejó en una tuberculosis que la medicina no conseguía curar.

Una a una, fueron atendidas las entidades que asediaban continuamente a Eustaquio. Incrédulo y perturbado, el joven intentaba reaccionar, pero era calmado por un pase de apoyo dado por su propia benefactora Gertrudis. Acabó

durmiéndose e, incluso así, las tareas del grupo de oraciones prosiguieron. Después de dos horas sin interrupción, todo estaba resuelto y los integrantes de la sesión quedaron exhaustos. Provisionalmente libre de aquel proceso obsesivo, que le acarreó peligrosa enfermedad, Eustaquio se durmió profundamente. Genevaldo, entonces, profirió una oración de agradecimiento.

-Señor, alabamos Tu nombre y agradecemos la asistencia permanente que nos es dada en nuestra casa humilde y cristiana. Sabemos del riesgo inherente a la misión del joven Eustaquio y nos disponemos a colaborar con él siempre. Nada más justo que podamos rescatar nuestras deudas del pasado en gratificante actividad de amor. Nuestros Mentores amigos, invariablemente justos, nos colocaran frente a frente con ese muchacho. Todos hicimos y habremos de hacer por nuestro hermano. Pueda Jesús bendecir nuestro trabajo. ¡Gracias a Dios!

Su simplicidad natural no le permitía oraciones prolongadas y envuelta de pomposo estilo lingüístico, pero de su corazón partía una luz fuerte y brillante, con tonalidad primordialmente plateada, que a todos alcanzaba y consolaba. Nada más bello podría ocurrir para trabajadores sintonizados con lo Alto.

Instantes después, cuando las velas de la cabaña fueron encendidas y la luminosidad material se hizo presente otra vez en el ambiente, Eustaquio despertó.

- ¿Qué ocurrió? ¡Me siento débil! Pienso que voy a desmayarme.

-No temas, muchacho, todo está bien ahora - le transmitió, con seguridad Genevaldo. Tráiganle una sopa, pues debe estar hambriento.

Realmente, Eustaquio se alimentó bien y, después sin dar las gracias, pidió una cama para dormir. Todos comprendían su situación y, sin dudar, le prepararon un lugar para el merecido descanso.

Durante aquella noche, por primera vez, Eustaquio durmió sin temor y esbozando en su cara un aire angelical. A la mañana siguiente, antes de la partida, Genevaldo llamó al joven Rouanet para una charla.

-Mi querido muchacho, es preciso que yo te de algunas aclaraciones encaminadas por tu Mentor. Son revelaciones básicas en cuanto a tu futuro, de modo a prepararte mejor la resistencia que debes tener en lo tocante a la embestida del mal.

A pesar de ser recalcitrante, convencido por Gertrudis, Eustaquio acabó oyendo lo que el dirigente tenía que decirle.

-El orgullo y la vanidad serán tus mayores obstáculos en la búsqueda de progreso espiritual. Procura mantener encendida en tu mente la llama del buen ejemplo dado por tus padres. No quieras jamás seguir la carrera militar, pues ahí estará tu desgracia. Tienes débitos con muchos enemigos del pasado, por tanto, no te granjees otros tantos aplicándote a la guerra de conquistas y a la vida incontrolada y materialista. Solamente la fuerza de tu más puro amor y de la práctica de la caridad podrán hacerte encontrar alguna paz de espíritu. Quitade de tu diccionario la palabra *petulancia* y aparta a los amigos pródigos en malos ejemplos. Quien te dice esto es tu amigo más próximo, aquel Espíritu mentor que cuida por tu suerte. No desprecies esos consejos, pues el éxito de tu futura jornada de ellos depende. La carrera militar no te será gratificante, al contrario de lo que imaginas, servirá apenas para proporcionarte falsa ascensión social, en cuanto destruirá tu posibilidad de ablandar tu corazón. Por todo eso, tienes que estar alerta, querido amigo. Aquí estaremos siempre a tu disposición.

Terminada la breve exposición de Genevaldo, Eustaquio quiso partir inmediatamente y sin dirigir una sola palabra de ternura o de agradecimiento a los presentes, salió apresurado de la casa, feliz por no tocar más aquellas paredes y

muebles simples. Se colocó indiferente a los consejos dados por el dirigente de la sesión que lo curó de la tuberculosis y ni siquiera percibió que ya no tosía más y que su fiebre había cedido por completo. Su corazón permanecía endurecido como una roca. Imaginaba, en lo más íntimo, haber sido víctima de actos de brujería, con los cuáles no estaba de acuerdo, al final se sentía miembro de la Iglesia Católica de Roma, que abomina tales prácticas.

En el transcurso de la vuelta a casa, atribuyó al cambio de aires y de clima su súbita mejoría, aunque continuase deseoso de realizar consultas con médicos de la Corte. En verdad, quería buscar una explicación racional para su pronto restablecimiento.

Gertrudis, a su vez, volvió confortada y agradecida, además de contenta por haber cumplido con su deber. No esperaba, de hecho, una regeneración súbita de Eustaquio, ni creía que él iba a cambiar su modo de encarar con rencor la vida. Su arraigada petulancia no sería tan fácilmente derrotada. Tenía fe, con todo, que los consejos de Genevaldo iban a penetrar en el corazón del muchacho.

Los años fueron pasando y el joven Rouanet dio inicio a la carrera militar. Se sentía realizado cada vez que tenía algún contacto con las tropas del ejército y ni por un segundo se acordaba de las orientaciones que recibió del bondadoso Genevaldo. Olvidó que, un día tuvo tuberculosis y fue curado. Su ansia por el poder fue creciendo a la medida en que él alcanzaba la madurez y, gracias al buen nombre de la familia en la Corte, luego despuntó entre los más prometedores oficiales del reino, recibiendo las más importantes posiciones de dirección.

Exultante con sus hazañas, comenzó a celebrar pactos con la Iglesia, a fin de que, juntos, dominaran cada vez mayores porciones de tierra. A pretexto de unificar el reino, al mando del soberano de los francos, Eustaquio promovía violentas investidas militares, agravadas por los saqueos a las regiones que sucumbían a su poderío bélico. Parte de esa recaudación era destinada, "caritativamente", a la Iglesia, cumpliendo su papel de buen cristiano a los ojos de la sociedad. El resto era dividido entre el reino y sus posesiones particulares. Día tras día, su fortuna crecía y su fama de militar intransigente, arrogante y déspota era sentida por todos.

En el lecho de muerte de su madre, Eustaquio llegó a recibir importantes consejos, que otra vez despreció.

- ¡Mi único hijo! Te llamé a mi presencia en estos instantes últimos que tengo de vida para clamarte la vuelta a la razón. La vida que estás llevando es un desatino

para tu propio sosiego. Siento que no coges verdadero amor en tu trayectoria y sé que solamente los sentimientos nobles y positivos, como tu padre y yo procuramos enseñarte a lo largo de los años, pueden construir un mundo mejor. Confía en tu moribunda madre y no creas que son advertencias infundadas... siento que tendrás un destino negro en caso de que persistas en tu camino. Las personas te odian e hiciste muchos enemigos. Tú padre, que de este mundo ya partió, siempre deseó que te volvieras un caballero digno y honrado, admirado en toda la Corte y no temido por todos como ahora lo eres. ¿Qué más puedo decirte, hijo mío, si no consigo sentir ninguna blandura en tu corazón?

- ¡No digas nada, madre mía! Mis triunfos militares son consecuencia de los deseos divinos. Así lo dicen los sacerdotes del reino... No hay mejor cristiano que yo en las filas del ejército.

-Mira, Eustaquio, no profieras más Blasfemias. Esas personas a quien llamas sacerdotes hoy no pasan de ser impostores que deforman el mensaje verdadero dejado por Jesús. Son ellos tan comerciantes como tú... Se sirven de tus conquistas para enriquecerse también.

La exaltación de la Condesa Ruonet hizo empeorar su ya delicado estado de salud y los médicos deseaban interrumpir aquel encuentro tan desgastador.

-Déjenme a solas con mi hijo. Sé que no terminaré el día de hoy y habré dejado este cuerpo cansado. Los médicos ya no tienen nada que hacer en este recinto. Quiero cerrar mis ojos con tranquilidad y la última imagen que deseo ver es la de mi querido Eustaquio.

A fin de no contrariarla, los médicos y criados salieron de los aposentos de Claudine.

-Pero, mamá, no percibes tu propio delirio... No podemos dispensar el valeroso auxilio médico.

-Hijo mío, dispensa a los médicos, así como a los sacerdotes. Para morir en paz, quiero apenas verte mejor y, para eso, no preciso de ayuda de nadie. Tú eres quien debes auxiliar a tu madre...

- ¿Y cómo puedo hacer eso?

-Prometiéndome cambiar de comportamiento. Quiero verte lejos de la guerra de conquista y de la indignidad de muchos falsos religiosos. No comprendo enteramente la lógica de la vida y nunca conseguí entender por qué algunos tienen muchas riquezas y otros sufren la más vil de las miserias. Entre tanto, confío en

Dios y sé que fuera de la caridad no hay salvación. Esa es la verdadera lección de vida y no aquella que estás aprendiendo en bancos de la iglesia y que te conducen a enriquecerte cada vez más, con flagrantes perjuicios de muchos semejantes miserables. Para, hijo mío. Tu padre y yo jamás usufructuamos livianamente nuestras posesiones y nunca retiramos valores de terceros. Y ahora, Eustaquio, has de aprender los valores correctos del cristianismo.

Tocado por la elevación de carácter de su madre, él quiso hurtarse a otro sermón.

-Yo digo mamá, que deliras... Solamente hablas bobadas.

-Infelizmente, tienes el corazón endurecido, tal como me dijo Gertrudis. Un día, hijo mío, fuiste curado por la buena acción de un grupo de personas que te eran desconocidas y ni incluso una palabra de agradecimiento llegaste a proferir. Solamente la vida podrá enseñarte a perder tu arrogancia y, tal vez, solamente el justo juicio Divino conseguirá, en el futuro, darte el retorno que mereces. Yo estoy cansada y veo que no cedés...

Debilitado ante el estado terminal de su progenitora, Eustaquio quiso reconfortarla.

- ¡Está bien! Te prometo que voy a pensar sobre mi vida y cambiaré mis objetivos, como tú me estás pidiendo.

-Estás de acuerdo conmigo, hijo querido, para contentarme en este momento final. Si, de hecho, así obraras, yo estaré feliz y, donde yo estuviera, agradeceré a Dios por tanta gracias.

Una suave luz azulada penetró en el cuarto y lo volvió claro como el cielo. Vibrando por su hijo, sin preocuparse de sí misma, la Condesa Rouanet cerró los ojos, aseguró fuertemente la mano de Eustaquio y dejó el cuerpo material, amparada por su Mentor Espiritual. En la sala, por algunos segundos, brilló la luz del portal de la verdadera vida. El silencio era casi total, solamente perturbado por el movimiento de las cortinas que danzaban al sabor del viento. Todo era paz. Claudine había partido.

A los 35 años, Eustaquio Alejandro Rouanet ya había alcanzado el más alto puesto en las filas del ejército real. En las conmemoraciones de su último triunfo, en una fiesta grande realizada en la Corte, conoció a la joven Patricia. Muchacha rica, educada en los más tradicionales conventos europeos, de fino nacimiento y dotada de belleza impar, con trazos suaves, ojos verdes y cabellos dorados, a todos

encantaba. El general Rouanet se apasionó en el primer instante que la vio y deseó tenerla para él. Incentivada por los padres, que se enorgullecían de las hazañas del bravo militar, la muchacha cedió a los encantos de Eustaquio y, seis meses después, estaban casados, con la bendición del papa, la aquiescencia del rey y bajo entusiasmo general de la Corte.

La joven esposa inició su vida matrimonial feliz y confiada, pues creía que iba a formar una verdadera familia al lado de su marido, un hombre ya maduro, en el cénit de cuatro décadas, con todas las condiciones financieras para eso.

Su primera decepción se dio en el día en que Eustaquio le comunicó que no deseaba tener hijos. Se sintió despreciada y humillada, consciente de los deslices que su marido tuvo con damas de la Corte, ella terminó viviendo una vida infeliz y llena de angustia al final del primer año de casamiento.

En poco tiempo, Patricia despertó al asedio de varios pretendientes en la *sociedad* y terminó cediendo a los *insistentes pedidos de compañía por parte del rey* Clóvis. Eustaquio, en esa época, viajaba mucho, en expediciones militares y se quedó tranquilo al saber que su esposa estaba abrigada en el castillo real. Quedaría lejos del reino por muchos meses.

A lo largo de esa tensa relación doble que pasó a mantener, la joven se quedó embarazada y solamente ella sabía que el hijo pertenecía a Clóvis y no a Eustaquio, con quien no se relacionaba hacía mucho tiempo. Ciego de orgullo y vanidad, mientras tanto, el general ni siquiera dudó la hipótesis de haber sido traicionado y recibió como suyo el descendiente que iba a prolongar el tradicional linaje de los Rouanet.

El determinismo de lo Alto, numerosas veces, obra con rigor para trazar el campo de actuación de los personajes de la vida, proporcionando a cada encarnado las oportunidades de progreso y elevación espiritual compatibles con sus reales necesidades. En aquel caso, Eustaquio prosiguió su jornada terrena sin desvelar las relaciones amorosas extraconyugales de su esposa, tal vez hasta por ser él también un adúltero. Predestinado a amar a un hijo que no era suyo, solamente al desencarnar pudo tomar real conocimiento de la trayectoria errante que vivió, así como del escenario cruel que construyó para sí mismo.

CAPÍTULO V

LA DESTRUCCIÓN DEL VILLAREJO

Era una tarde lluviosa. El castillo del rey se encontraba expuesto a la furia de los rayos y truenos que lo cercaban insistentemente. Se iluminaba a cada relampaguear y se asustaba con los vientos airados que recorrían los corredores palaciegos imitando osados trombones. Tintineaban los lustres de cristal y las velas cedían, inertes, al clamor de la ventolera. Dentro de las murallas del castillo, la vida permanecía casi inalterada si no fuese por el temor de la cólera de los cielos que tantos nobles y caballeros escondían bajo el manto de su venerada valentía.

Impaciente, el rey Clóvis andaba de un lado para otro en su gabinete de trabajo. Cuando pretendía tocar la campana, llamando a su lacayo más próximo, entró en la sala, abruptamente, el agregado del vizconde Archivaldo, Menelau, trayéndole noticias.

- ¡Majestad, el general Rouanet está a camino! Probablemente el mal tiempo lo retrasó. Dentro de algunos minutos estará en vuestra augusta presencia.

-Mejor así. Tengo una importante misión que transmitirle y no puede esperar.

Tal como fue profetizado por el criado, minutos después Eustaquio era anunciado.

- ¡Mi buen amigo! Necesito de tu ayuda. Hay una revuelta sorda en mis dominios. Los burgundios no quieren la unificación de mi reino. El momento exige una intervención armada y quiero que cuides de eso.

- ¡Ciertamente, majestad! ¡Estoy a vuestra disposición! Tenéis en mí al más fiel soldado del reino. Partiré de inmediato, necesito apenas organizar la expedición.

-No ahorres esfuerzos y gasta cuanto precises. Los cofres reales están franqueados.

Días después, partió Eustaquio en misión oficial de alta importancia para el rey. Debería romper con puntos de resistencia existentes en determinadas villas al sur de Francia de modo a preparar el terreno para la batalla final, donde ya tendrían los francos el apoyo de los visigodos, conforme las negociaciones que estaban en marcha. El impetuoso general Rouanet, mientras tanto, ambicioso y calculista, promovió inmenso saqueo en las riquezas del reino, a pretexto de aparejar bien su caravana militar. En verdad, desvió una cantidad para su propio enriquecimiento y pretendía recomponer al rey, saqueando las villas que encontrase por el camino, otra

de sus actitudes menos dignas en el alto comando que le fuera destinado.

- ¡General! - interrumpió las reflexiones de Eustaquio el conde Bergerau. Habremos de reponer todo aquello que desviamos del castillo pero, sinceramente, no sé cómo los haremos.

-Mira, Bergerau, no hay nada más simple que realizar abultados saqueos en los lugares por los cuáles pasamos.

-Pero, general, se trata de robar contra nuestros propios conciudadanos. - ¡Bobadas! Imaginemos que será apenas un préstamo obligado para engrandecer la campaña militar de su Majestad por la unificación del reino.

Callado e insatisfecho con la explicación, el conde prosiguió el viaje, respetando las órdenes despóticas de su comandante.

Algunas horas después, avistaban un inmenso y verdoso valle, cuyas montañas tenían a los pies la más prometedor villa de la región.

- ¡Parada total! - anuncia Eustaquio. Descarguemos las armas y monten las barracas. Vamos a fijar nuestro campamento en este claro.

Sin cuestionamientos, los caballeros desmontaron de sus animales y cumplieron las órdenes recibidas. Minutos después, el general se reunió con su consejo en la tienda principal.

-Este es el plan de ataque - simple el objetivo: hay cuatro entradas principales y dos secundarias para ese villarejo, como podréis observar en el mapa. Quiero hombres esparcidos por todas ellas, bloqueando la entrada o salida de cualquier persona. Otros equipos seguirán conmigo al centro comercial. El conde Bergerau dirigirá la expedición de búsqueda. Los burgundios deben ser prontamente eliminados. Hecho los saqueos y controlada la situación, los últimos a entrar en la villa serán los caballeros con las antorchas. Incendien todas las casas, sin excepción. No me gustaría ver sobrevivientes. ¿Alguna pregunta?

Impresionados, los líderes de los grupos de ataques se entremiraron y solamente el vizconde de Altay intervino.

-General, no entiendo la razón de exterminar ¡nocentes, como mujeres, niños y ancianos... Somos caballeros del rey y no mercenarios.

- ¡No seas estúpido! ¿Deseas testigos vivos de nuestros saqueos? Mis órdenes deben ser obedecidas a toda costa, al final todos los señores serán beneficiados, igualmente, de las riquezas que recaudemos.

-Pero, comandante, creo que es un poco inhumano...

-Cállate. Tú no debes pensar nada. Apenas cumple mis determinaciones.

Todos conocían bien el temperamento explosivo y colérico de Eustaquio y jamás iban a tener la osadía de contestarle. Mórbido silencio se hizo en la tienda y cada uno de los oficiales siguió cabizbajo para su barraca.

Seguro, el general tenía completo dominio de la situación. Meses antes, se involucra amorosamente y a propósito con Rita, la hija de Paúl, el comerciante más rico de la región. Por su intermedio, a costa de favores sexuales, consiguió el mapa de la villa, así como minucioso relato de los hábitos y costumbres de sus habitantes. Sabía dónde estaban guardados los valores del comercio y ningún palmo del villarejo se le escapaba al control.

Sin ninguna oposición por parte de sus subordinados, el plan fue ejecutado a toda costa. En la mañana siguiente, soldados camuflados, escondiendo las banderas y los símbolos reales, invadieron la pequeña ciudad y, a gritos frenéticos, iniciaron la carnicería.

En ese momento de terror, Eustaquio se acordó del lugar. Era la misma villa, donde muchos años antes estuviera en compañía de Gertrudis para ser curado de su fatal tuberculosis. Se acordaba vagamente del viejo Genevaldo y de sus consejos. Altivo, ignoró la coincidencia y, al frente de sus hombres, hacía cuestión de, personalmente, sustraer los bienes de los comerciantes, muertos cruel y cobardemente por los soldados.

La villa se encontraba en llamas cuando una voz quebró el silencio sepulcral que se instaló por toda la región. Muy anciano, inmóvil en su cama, Genevaldo aún oraba, murmurando pequeñas frases. Una brillante luz dorada cortó la negritud del humo que subía a los cielos e iluminó por algunos minutos la choza del anciano. Ingresó, materializándose en el ambiente, el Mentor Papisco.

- ¡Mi querido amigo Genevaldo! Sabe que llegó su hora y la de sus compañeros. ¡No se preocupe! En breve, estaremos juntos otra vez. Usted ya tenía conocimiento de la desencarnación colectiva que hace mucho tiempo esperaba lúgubre sobre los destinos de esta villa. Aquí se concentraban numerosos romanos que, en el pasado, quemaron vivos a los cristianos en la arena para deleite de espectadores crueles. Estaba entre ellos y cumple, ahora, su trayecto regenerador. Desencarnará por el mismo modo que, en el pasado, hizo que hermanos suyos dejaran el plano material.

Genevaldo, que poco oía los sonidos de la carnicería, despertó inmediatamente cuando percibió las tiernas palabras de su conductor espiritual.

- ¡Oh, mi querido compañero! Cumpla resignadamente mi destino. Alabo a Dios por la oportunidad de rescatar que me es concedida. Siento que, infelizmente, esta

desencarnación colectiva de tantos semejantes haya sido provocada por las manos del muchacho Eustaquio.

-El ya no es un muchacho. Hoy, el general, contrariando los consejos que recibió en su adolescencia, está embistiendo contra muchos ¡nocentes, solamente para saciar su ganancia.

- ¿Podré auxiliarlo en el futuro, amigo mío?

- ¡No piense en eso ahora! Procure cerrar sus ojos para el fardo de la materia y abra su corazón para la luz de la verdadera vida. Aquí estoy para ayudarlo. ¡Dios nos ilumine!

En cuanto Genevaldo se despedía de sus vestiduras carnales, muchas entidades inferiores rondaban el lugar a fin de rescatarlo en el momento en que él pasase al plano espiritual. Apoyado, no obstante, por el Mentor de Luz, el brillo de su partida cegó a todos los seres que estaban cerca y les quitó cualquier tentativa de interferir en el proceso de desencarnación.

Confusas, las entidades se volvieron contra los propios soldados, envolviéndolos en procesos obsesivos. Muchos, impresionados y rechazando inconscientemente la embestida, súbitamente perdían el sentido y se desmayaban aún encima de sus caballos. Otros, cediendo a los impulsos de masacre de esos Espíritus del mal, se volvían todavía más furiosos y continuaban buscando víctimas sin cesar.

Eustaquio paseaba por la villa envuelta en llamas, contando los muertos y calculando lo que le rindiera el saqueo. Indiferente a los gritos de dolor y las suplicas de socorro, pisoteaba con su animal los cuerpos que estaban delante.

Súbitamente, un dolor en el pecho le consumió las fuerzas y su cuerpo se tambaleó en la silla del caballo.

La cabeza se turbó envuelta en torturas y ya no conseguía razonar. Parecía oír, de algún lugar, la voz de su madre Claudine, suplicándole compasión. Dominado por una emoción inexplicable, dejó de divertirse a toda costa de la agonía ajena y, azotando al equino, salió inquieto del villarejo.

A despecho de tantos avisos que recibió, Eustaquio permaneció irreductible, atado al materialismo y poseedor de un espíritu cada vez más endurecido. Nada parecía sacudir su íntima convicción. Cediendo a los más salvajes instintos, atraído para sí a numerosos seres degradados que habitaban las más oscuras zonas umbrinales. Subyugado por fuerzas del mal, permanecía ensandecido en su guerra de conquista.

Cuando deja el plano físico, ante tantas atrocidades que cometió a lo largo de su existencia, otra no puede ser la compañía que aguarda a Eustaquio sino la de sus obsesores, aliados de su locura y cómplices de sus crímenes. A pesar de ser valiente, temerario y orgulloso cuando estaba encarnado, al dejar la protección proporcionada por el cuerpo físico, su espíritu es blanco fácil para los grilletos de las entidades umbralinas. Aprisionado, humillado, sin fuerzas para reaccionar y sin ningún apoyo de los Mentores de Luz - en razón de su propia postura materialista - termina reducido a la condición de instrumento de aquellos que, a lo largo de muchos años, asistieron -maquiavélicos- el transcurso de su desgracia. Recupera su consciencia, después de la muerte, siendo testigo de la traición de la esposa con su venerable rey y el odio del hijo a la figura del padre. Los mismos Espíritus que, anteriormente, lo aconsejaban a la práctica del mal, hoy se burlan de su infortunio y se carcajean a su costa.

Parte para zonas tenebrosas y abandona, detrás de sí, la trayectoria gloriosa de uno de los más temidos generales que ya horrorizaron el reino de los francos.

CAPÍTULO VI

LA DESIDENCIA EN LAS ZONAS TENEBROSAS

Eustaquio delira y se siente agonizando. Un torbellino de imágenes componen los cuadros que le diseñan, paso a paso, su penosa rememoración del pasado. En cuanto a eso, conducido por entidades monstruosas de caras informes, garras afiladas y agresividad natural, se imagina prisionero en un cuento de horror. Veredas oscuras y tortuosas lo conducen a un castillo lúgubre que se yergue a las márgenes de un pantano. El calor es inmenso, proporcionándole una desagradable sensación. Prácticamente sin ver nada, ante la funesta oscuridad, no consigue vislumbrar un fin para los momentos de tortura que está viviendo.

Lentamente, luces sin brillo pueden ser avistadas y Eustaquio comienza a oír gritos estruendosos por todos lados. Su pesadilla apenas ha comenzado.

La caravana disminuye el paso y se detiene delante de una puerta estrecha, que se abre, en el lateral de una muralla, para recibir a los recién llegados. Ingresan en la fortaleza, erguida en los mismos moldes de aquellas que existen en el plano material.

Sin ninguna noción del tiempo, instantes después de llegar a su destino, él es aprisionado en una mazmorra. Pierde la consciencia y así pasa días seguidos.

Cuando despierta, percibe que está en una celda mal iluminada y fétida, repleta de incómoda humedad y recubierta de escombros. Se prepara para gritar desesperadamente cuando una criatura deforme abre la puerta y profiere un gruñido, haciendo gestos para que lo acompañe. A pesar de sentirse temeroso, siente que salir de ese lugar es prioritario y no opone ninguna objeción.

Recorre estrechísimos corredores, todos parcamente iluminados y paran delante de una sala, cuya puerta ya se encuentra abierta. Segundos después, Eustaquio es recibido por un Espíritu vestido de negro de la cabeza a los pies, poseyendo una capucha tal como un monje y cargando en el pecho un gran crucifijo oxidado.

- ¡Seas bienvenido, mi querido amigo! Espero que después de tanto tiempo podamos reiniciar nuestros lazos de unión y solidaridad.

Imagina, por unos instantes, que todo no pasa de un sueño y que ahora estaría despertando para la realidad.

- ¿Quién eres tú, cura?

- Me llamo Gedion. Me gusta vestirme como monje para enaltecer mi pasado. ¿Te acuerdas de mí, Eustaquio?

- ¡Ciertamente que no! Pienso que estoy soñando hasta este momento. Me gustaría ser encaminado al castillo del rey. ¿Sería posible?

-Lamento decepcionarte, querido mío, pero tú estás muerto para el mundo que deseas alcanzar. Retornaste a tu lugar de origen y, como todos nosotros, eres una criatura de las tinieblas, que se arrastra por los umbrales desgraciados.

Su última expectativa de despertar de una pesadilla cesa y el general cae, desmayado. Se recobra después y delante de él surge la figura de un militar, vistiendo armadura mugrienta y cenicienta, bien diferente del brillo de las vestiduras del ejército franco.

- ¡Es un placer tenerlo de vuelta, mi amigo! Iniciaré, desde luego los esclarecimientos que desea recibir. Siempre fuimos aliados. Creábamos una nueva orden espiritual poderosa e imbatible. Nuestros compañeros, bajo nuestro comando, iban a conquistar un espacio jamás alcanzado en todo el globo terrestre, dominando naciones, fomentando la guerra y destruyendo a aquellos que se opusiesen a nuestras determinaciones. Todo transcurría muy bien y ya habíamos conseguido influenciar a grandes gobernantes en la Tierra, hasta que construimos esta fortaleza para servirnos de abrigo. Cuando estábamos en vías de alcanzar nuestros objetivos, algunos seres invasores, dueños de una luz de brillo odioso, invadieron nuestro templo, esclavizaron a nuestro pueblo y se llevaron a nuestro gran líder⁴, ¡Usted, Eustaquio!

Estupefacto, él sigue atento a la narración que le descubre el pasado.

-Estábamos casi sin esperanzas de reencontrarlo y ciertamente no conseguiríamos hacerlo, si no fuese por vibraciones que nos llegó de donde estaba reencarnado en la Tierra. Fue un día glorioso para todos nosotros. Fuimos de inmediato a su encuentro y, para nuestra inmensa satisfacción, terminamos por encontrarlo en una de las batallas que usted enfrentó. Estaba masacrando a sus enemigos, sin dolor ni piedad, actitud digna de un líder y de un ejemplo para nuestra causa. Emocionados, jamás lo abandonamos desde entonces y, cuando usted

⁴ Nota del autor material: Procesos de rescate como ese sufrido por Eustaquio ocurren con el apoyo de sesiones de desobsesiones del plano material y son realizados por los Mensajeros de lo Alto, los cuales invaden regiones del mal para compeler a sus ocupantes a un estadio en cámaras de rectificación o las reencarnaciones obligatorias de acuerdo con la programación de la Superioridad Divina. Ver en el libro "Conversando sobre Mediumnidad - Retratos de Alborada Nueva", en el capítulo II, los ítems, "Desobsesión y encaminamiento" y "Equipo Científico Externo de Alborada Nueva", para mayores esclarecimientos.

desencarnó, fuimos a recibirlo.

Todavía confuso, Eustaquio argumenta:

-No me acuerdo de haber llamado a nadie...

-No era preciso llamarnos explícitamente. Nosotros lo encontramos cuando usted pasó a tener los mismos pensamientos que nos unían en este plano inmaterial. Su vibración era inconfundible.

-No consigo comprender...

- ¡Es muy simple, amigo mío! Cuando usted estaba con nosotros, en el plano espiritual, pensaba en conquistar mayores dominios y, para eso, utilizaba cualquier instrumento. Reencarnado, usted usó los mismos métodos y, por tanto, en base a la sangrienta guerra de conquista que usted idealizó y ejecutó pudimos nuevamente unirnos a sus pensamientos y acompañarlo. Es obvio que un cambio en su comportamiento, abandonando sus anteriores principios podría habernos apartado. Felizmente eso no ocurrió y, ahora, ¡juntos estamos otra vez!

Después de largas horas de conversación y de cambios de informaciones, Eustaquio termina aquietando esas explicaciones y de reintegrarse a su antiguo estilo de vida, asociándose, nuevamente, a los seres inferiores que acompañarán sus pasos por tantos años.

-Ahora me acuerdo... tú eres mi fiel aliado, ¿Capitán Tergot?

-A sus órdenes, mi comandante.

En el año 529, un monje llamado Bento, impulsado por buenas intenciones, creó el orden de los Benedictinos. Ese trabajo en poco tiempo, se deterioró, especialmente con el surgimiento de la orden en los monasterios, encabezada por monjes que deseaban vivir en clausura, deformando, después, los principios básicos de la organización para el aislamiento de esos monjes, repletas de cuartos y cortadas por numerosos laberintos, de donde los internos sólo podían salir con auxilio de aquellos que conocían toda la estructura interna de las murallas. Llevando vidas recluidas, sin convivencia externa y sin la práctica de la caridad, los religiosos de esa orden acabaron generando la saga de las abadías, locales muchas veces utilizados para prácticas desviadas de las enseñanzas cristianas y que sirvieron de base a la actividad de muchos Espíritus obsesores a lo largo de los siglos.

Treinta y cuatro años después de su desencarnación, Eustaquio es reconocido un líder en las zonas espirituales tenebrosas. Desde su puesto dirige la actividad de muchos equipos de seres inferiores que buscan encontrar, en la materia,

encarnados para obsesar, subyugar y conducir los pasos. La filosofía que impulsa a esas entidades tiene por fin establecer el mayor número posible de adeptos de sus prácticas anticristianas, como si pudiesen, algún día, derogar el mensaje virtuoso, único y verdadero de Jesús. Viven en la ilusión de que son poderosos e intentan mantener, en el plano espiritual inferior, la misma vida que llevaban cuando estaban encarnados, repleta de desvíos de conducta y vicios de todo orden. Son Espíritus enfermos, cuyo tratamiento es la regeneración y la reforma íntima. Solamente la reencarnación, después del rescate en las zonas tenebrosas, podrá reconducirlos a caminos menos tortuosos.

En ese rumbo, Eustaquio organiza una asamblea persiguiendo la formación de un nuevo organismo que iría a actuar en el plano material. Invita a todos los líderes que conoce para el evento.

En una inmensa arena, cercada por todos los lados de Espíritus errantes, gritando improprios e incitando peleas de unos contra otros, se adentra el conductor del cónclave, vestido con un manto sacerdotal negro y roto, portando en la cabeza una inmensa capucha, desgastada en las puntas. Lúgubre y determinado, camina hasta el centro del anfiteatro. Gritos de salutación suenan por todos los rincones. Súbitamente, cuando la mano del líder se levanta, se inicia un mórbido silencio.

- ¡Compañeros míos! Les convoco a mi presencia en este día histórico para darles los parámetros de una nueva orden que pretendo formar. Abandonaremos los tradicionales métodos de influenciación a los encarnados y adoptaremos otros, que nos traerán un aumento considerable de adeptos por todo el mundo. Nuestra actuación se concentrará en la organización religiosa de los monjes benedictinos. Muchos de esos sacerdotes viven en constante desvío de conducta, facilitándonos, por lo tanto, el asedio y la dominación. Establecidos los lazos de subyugación, conseguiremos traer otros seres para nuestro antro, a través del convencimiento y de la astuta promesa de la salvación de sus almas. Dejemos a un lado las guerras de conquista y no necesitaremos invertir en batallas sangrientas para conseguir alcanzar estados dignos de la desgracia de la Humanidad.

Los presentes se entre miraron con curiosidad.

- ¡Esta es una nueva orden, hermanos, míos! En la apariencia de la simplicidad, en la ausencia de las armas y bajo el manto sacerdotal estará una organización poderosa, capaz de dominar a reyes y gobernantes, influencias nobles y miembros del clero, en fin, detener el poderío económico y religioso del planeta. Asediar a los militares, cultivando las guerras, ya se volvió cansado y no tan eficiente. La

conquista de nuevos espacios reclama una orden más eficaz y menos trabajosa. Donde estuviera el fingimiento, la perfidia, el orgullo, la riqueza, la traición, la ambición sin límites, allá estaremos irguiendo nuestras bases. Descubrí, ahora, una abadía de los benedictinos, donde podremos iniciar nuestras actividades. En ese lugar, algunos de sus integrantes practican la “magia negra”, llamándonos a las zonas tenebrosas para darles asistencia. No nos hurtaremos de ayudarlos. Estableciendo fieles discípulos en el plano material, ampliaremos rápidamente nuestra influencia por otras abadías y, quien sabe, por otros centros religiosos y políticos.

Ignorantes y pervertidas, las entidades presentes, incapaces de razonar sobre el asunto que les habla Eustaquio, se limitan a aplaudirlo, gritando sin cesar.

Se instala el murmullo y, súbitamente, una voz se hace escuchar en la asamblea.

- ¡Cállense todos y oigan lo que yo tengo que decir! No me opongo a la creación de una nueva orden, pero no veo con simpatía la extinción de los métodos militares de conquista. Sin armas y sin guerras, no habrá sangre suficiente a derramar de la chusma de los encarnados que relucían contra nuestro dominio. Exijo que se formen órdenes religiosas militares.

El inconformismo parte del capitán Tergot y sorprende a Eustaquio.

-Mira, Tergot, no es este el momento de dividir nuestras fuerzas. Además, no admito ser discutido en mis órdenes. Entiendo que no es esta la ocasión para discutir tu proposición.

-No fui consultado previamente al respecto de tu brillante idea, mi querido general. Me niego, por tanto, al silencio e insisto en mi inicial propuesta. O continuamos envueltos con las órdenes militares, incluso que sean ellas también religiosas, o no podremos permanecer unidos. ¡Hay intereses del grupo que represento en juego en esta decisión!

-Así sea, capitán. Vamos a votar. Que venza el mejor.

La mayoría absoluta de las entidades, siguiendo el comando de Eustaquio, aceptan las ideas de renovación y votan a su favor. Liderada por el capitán Tergot, la minoría vencida no se aviene al pleito realizado y se retira, rota, de la asamblea. En pocos minutos, se deshace una unión secular entre los dos Espíritus que formaban una sola organización.

A partir de esa ruptura, el grupo de Eustaquio pasa a asediar a la Orden de los Benedictinos, en especial en las abadías donde encuentra receptividad en sus nefastas intenciones. Los aliados de Tergot influncian a otros encarnados que, en

el, futuro, formarán la Orden de los Templarios en la superficie terrestre.

Además de la divergencia de organizaciones, el primer grupo fija su centro de actividad en Francia y el segundo en Alemania. No por acaso, la disputa de Alsacia-Lorena contó con el involucramiento directo de los dos crueles enemigos del plano espiritual, fomentando divergencias e incentivando por muchos años la beligerancia en esa región⁵.

⁵ Nota del autor material: la cuestión de la disputa de la región de Alsacia-Lorena es antigua entre franceses y alemanes. Los conflictos entre Alemania y Francia relativos a las provincias fronterizas conocidas como Alsacia y Lorena tiene su origen en el siglo IX. Habitada por pueblos germánicos, esa región pertenecía al imperio de Carlomagno, rey de los Francos (768 a 814) y emperador de Occidente (800 a 814). Después de su muerte, el Imperio Carolingio fue dividido por su hijo Luis I, el Piadoso, emperador de Alemania y rey de Francia (814 a 840) entre los hijos de éste. A Lotario I (795-855), el primogénito, emperador de Occidente, ocupó Italia septentrional y una faja de tierras que abrazaban de los Alpes a los Países Bajos, comprendiendo la Alta y la Baja Lorena; a Luis II, el Germánico, el segundo hijo, rey de los francos orientales (817 a 843) y de Alemania (943 a 876), ocuparon las regiones al este del río Rin y a Carlos II, el Calvo, el benjamín, rey de Francia (840 a 877), las tierras del centro y del oeste de Francia (ved mapa n°3), tratado de Verdun, 843. Con la muerte de Lotario I (855), sus hermanos se disputaron las tierras. Carlos II, el Calvo, tomó Lorena de Luis II, el Germánico, su hermano, en el 858. Luis III, el Sajón, rey de Alemania (876-882), hijo de Luis II, el Germánico, finalmente venció la disputa y el territorio en cuestión fue incorporado a su patrimonio. Tomó Baviera a su hermano Carlomagno, rey de Baviera y de Italia (828 a 880) y Lorena occidental (880) de su primo Luis III, rey de Francia (879 a 882), hijo de Luis II, el Tartamudo, rey de Francia (877 a 879) y nieto de Carlos II, el Calvo (ved mapa n2 8). Así permanecieron esas plagas hasta el XVII, cuando Luis XIV, rey de Francia, las tomó del Imperio Alemán debido a la derrota alemana en la Guerra de los Treinta años y a la imposición, por los victoriosos, del Tratado de Westfalia (ved mapa n°11). Al término de la Guerra Franco-Prusiana en 1871, el victorioso Otto von Bismark, canciller de Prusia y artífice de la unificación alemana, recupera de Luis Napoleón, segundo emperador francés y sobrino del famoso general corso, las tierras de Alsacia y de Lorena, a través del Tratado de Frankfurt (ved mapa n° 13). La situación permanece estable hasta 1919, cuando al final de la Primera Gran Guerra Mundial, el grupo victorioso, compuesto por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, por una de las cláusulas del Tratado de Versalles, la arrebataron nuevamente al Imperio Alemán (ved mapa n2 14). En 1940, durante la Segunda Gran Guerra Mundial, la derrotada República Francesa y el Tercer Reich firman, en la misma floresta de Compiègne, donde veintidós años antes había sido firmado el armisticio que resultó posteriormente en el referido Tratado de Versalles, la rendición de aquella que, entre otras, devolvía los dominios disputados a la nación alemana. Ese estatus se mantuvo hasta el año de 1944, cuando americanos e ingleses, después del desembarco de tropas en las costas de Normandía, arrebataron las mencionadas provincias (Alsacia-Lorena) para Francia, situación que permanece hasta el día de hoy.

CAPÍTULO VII

EL RESCATE

Después de la tumultuosa asamblea que se realizara, Eustaquio se sintió victorioso, revive en su interior la cruel alegría proporcionada por el orgullo y por la vanidad, recordando sus momentos de gloria en el plano material. A su lado, sus fieles seguidores, Gedión y Razuk.

-Una vez más aplastamos al enemigo. Es incontestable su liderazgo, amigo mío.

- ¡No diga eso, Gedión! No consideraba un adversario a mi amigo Tergot. Sentiré su falta a mi lado y no nos olvidemos, jamás, que él es pérfido y peligroso... Ahora, por ser enemigos declarados, él hará todo lo posible para atacarnos de las forma más terribles que encuentre.

-Particularmente, Eustaquio, yo creo en los métodos militares expuestos por el capitán...

- ¡Cállese, estúpida criatura! ¿Cómo se atreve a contestar a nuestro líder?

El rígido diálogo entre Razuk y Gedión fue después interrumpido por Eustaquio.

-Gedión, no hable así a su compañero. Razuk tiene el derecho de exponer su opinión al respecto de los acontecimientos que nos cogieron de sorpresa. Recordemos que nuestra unión jamás debe ser afectada.

Buscando contemporizar, Razuk termina la conversación:

-Ciertamente, general, continuaré a su lado, pese a mi simpatía por la idea de Tergot.

Los Espíritus que habitan las regiones umbralinas, por ser ignorantes, livianos y desviados de la práctica cristiana tienden a imitar la vida que llevaban cuando estaban encarnados, desde las habitaciones hasta su modo de pensar. Se arrastran por mucho tiempo por la oscuridad del ambiente en que viven, pero también enfrentan la oscuridad en el campo de las ideas. Permanecen atados al atraso y solamente encuentran algún aliento cuando son rescatados por Entidades Superiores, provenientes de las colonias espirituales que rodean el planeta, para ser encaminados a un estado regenerativo o una reencarnación obligatoria.

En un momento determinado, Eustaquio comienza a hojear un inmenso libro de tapa negra, exhibiéndolo a sus compañeros.

- ¡Aquí están, amigos míos, nuestros registros! Este libro señala todas nuestras actividades en los últimos tiempos. Ustedes pueden acompañar nuestra trayectoria gloriosa y todas nuestras conquistas. Tenemos, todavía, una relación de todos los encarnados que con nosotros colaboran en la superficie terrestre.

Ambos están de acuerdo, exultantes.

-Permítame una indagación, general. ¿Por qué existen hojas sueltas y que poseen el borde quemado?

-Se trata de un dilema secular que hemos enfrentado. Cuando algunos de aquellos “invasores de luz” entraron en nuestro castillo la última vez, se llevaron consigo varias hojas de este libro y consiguieron arrancarlas con la fuerza de sus armas. No pudimos oponer cualquier resistencia y, con eso, perdimos importantes registros de nuestras actividades y, sobre todo, algunos archivos de colaboradores nuestros⁶. Ahora, como puede ver, hay muchas hojas sueltas y con los bordes quemados por aquella luz...

- ¿Existe alguna forma de impedir tales “invasiones”?

- ¡No hay nada que podamos hacer, Razuk! Ya intentamos todas las posibilidades y somos presas fáciles para esos equipos. No sabemos de dónde vienen ellos y para dónde siguen, llevando consigo a compañeros nuestros⁷.

Razuk resolvió no preguntar nada más para no aumentar la ira de su jefe y Gedión se solidarizó con Eustaquio ante su impotencia para rechazar los ataques.

- ¡No trataremos más este fastidioso asunto! Vamos a analizar los mapas que ustedes trajeron.

Estudian el mapa de Europa, en especial el de Francia, para conocer bien el territorio donde pretendían actuar. Eustaquio permanece en la sala, meditando. Se acuerda, por algunos instantes, de su feliz infancia al lado de sus padres Claudine y Felipe. Comienza a surgirle indagaciones en la mente. ¿En algún lugar del universo, existiría la *felicidad plena*, como su madre afirmaba? ¿Estaría correcto su camino,

⁶ Nota del autor material: cuando un Espíritu del mal es rescatado por lo Alto (ver nota al pie n2 4), sus vínculos con el mundo de las tinieblas son cortados para que tenga un seguimiento normal en su vida sin el asedio de entidades ignorantes. Por tal razón, al ser llevado para Alborada Nueva o a uno de sus Puestos de Socorro, junto con él van esos archivos de los cuales Eustaquio habla con orgullo.

⁷ Nota del autor material: Eustaquio y sus aliados, por ser muy ignorantes en esa ocasión, no sabían quienes eran los “invasores” y para donde iban. Otros Espíritus que habitaban el Umbral, con todo, por ser muy inteligentes -y algunos esclarecidos-, saben quienes son los miembros de esos equipos y conocen sus ciudades espirituales. Tanto es así que los integrantes del equipo de rescate tienen equipamientos para su propia protección y colonias y Puestos ya que sufrieron ataques de entidades inferiores en zonas umbrinales.

permaneciendo en el liderazgo de un grupo de degenerados innobles e ignorantes? ¿Qué habría ocurrido si hubiese rechazado aquella propuesta del capitán Tergot de reintegrarse al bando? ¿Por qué los equipos de rescate de criaturas tienen tanto brillo y tanta fuerza? En ese proceso de autocrítica y de íntima reflexión, adormece, turbado. Se mantiene ligado, no obstante, a la imagen de su bondadosa madre y se acuerda de sus últimos instantes a la vera del lecho de muerte de Claudine. Produce las primeras buenas vibraciones en su corazón a lo largo de años en el ostracismo del odio, del rencor.

Después de allí, en un avanzado centro de comunicación de la colonia espiritual Alborada Nueva, localizado en el Puesto de Socorro nº 5, un equipo de guardia recibe una llamada de alerta⁸.

-Hermano Vinicius, mi panel está acusando el código 500-EAR. Debemos enviar a un grupo de rescate inmediatamente.

En pocos minutos, parten para el castillo de Eustaquio varios mensajeros del Puesto de Socorro, listos para recoger al hijo pródigo⁹. En cuanto a eso, Amando -asesor directo de la Coordinadora General en la ciudad espiritual - se informa de esa misión, determinando que el *Archivo General*¹⁰ inicie su trabajo de verificación.

Flechas magnéticas de alto brillo, multicolores, invaden las zonas oscurecidas. Las entidades inferiores se esconden, asustadas.

La luz poderosa del equipo de rescate del Puesto de Socorro invade la sala de reuniones, donde Eustaquio está adormecido. Suena la alarma en todo el castillo con la aproximación de la intensa luminosidad del grupo de búsqueda. Gedión y Razuk, temerosos, se dirigen a su líder. Imposibilitados de ingresar en el recinto, ciegos por la intensidad de la luz, son obligados a aguardar las consecuencias de los acontecimientos.

Súbitamente, una voz suave quiebra el silencio que acabara de instalarse.

⁸ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La Descripción de nuestro árbol - I - Casa de Reposo", actualmente también conocida con el nombre de "Hospital de Scheilla".

⁹ Nota del autor material: toda vez que un Espíritu, acompañado por determinada colonia, se sensibiliza en su peregrinación por las zonas tenebrosas -tal como ocurrió con André Luiz, después de muchos años en el Umbral- Equipos Superiores reciben la autorización para rescatarlo. Ese fue el proceso con Eustaquio y usado, en aquella ocasión, el Alborada Nueva. El código recibido -"500-EAR"- significa: 500 (año de la desencarnación)+EAR (Eustaquio Alejandro Ruanet).

¹⁰ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La descripción de nuestro árbol - II - El Edificio Central".

- ¡Eustaquio, hijo mío! Soy yo, Claudine¹¹. Atendí tu llamada y aquí estoy para llevarte conmigo.

Embriagado por las exhortaciones de amor que le penetraron el ser, Eustaquio se fragilizaba y se volvía receptivo al rescate que se encamina.

-Hijo, la hora de la regeneración se aproxima cuando hay preparación del Espíritu para recibirla. El amor triunfa siempre que el libre albedrío lo incentiva a hacerlo. La desesperanza cede terreno a la palabra del Señor. Llegó tu momento y, por eso, vine para buscarte. Vamos a orar a Jesús, rogándole complacencia con tu estado de miseria espiritual.

Los irreplicables argumentos de Claudine templan el espíritu de Eustaquio, que, a pesar de la fidelidad a los amigos, está de acuerdo en partir para una nueva vida, sea donde sea.

Uno de los componentes del equipo de rescate le inyecta una dosis de medicamento para evitar el choque magnético entre aquel ambiente que lo envolvió durante muchos años y el purificado escenario que va a encontrar en el Puesto de Socorro. Él adormece, esta vez profundamente.

No conformados e inertes, Razuk y Gedión se lanzan contra aquel remolino de luz sin saber lo que les podría ocurrir, tal era su desespero por la captura del líder.

En algunos minutos, son también recogidos y parten con Eustaquio para el Puesto de Socorro donde van a recomenzar sus vidas y a reencontrar la paz y el sosiego de sus sufridos espíritus.

¹¹ " Nota del autor material: Claudine, en Alborada Nueva (en la Espiritualidad), tiene el nombre de Nivea.

CAPÍTULO VIII

ALBORADA NUEVA

Un panel luminoso se enciende en la entrada principal de la *Unidad Avanzada Hospitalaria*, demostrando la llegada de nuevos pacientes. Las enfermeras se apresuran para preparar todos los detalles que faltan para recibir con mucho amor a algunos compañeros más de vidas pasadas que retornan a su Casa, adormecidos por el sueño reparador provocado por el rescate que acaban de vivir. El ambiente espere paz y tranquilidad y hay una luz plateada con tonos azulados por todos los cuartos. Poco después, unas camillas se aproximan dentro del vehículo que estaciona a la puerta de la Unidad.

-Enfermera Rosana, ¿para dónde debemos encaminar a los hermanos que acaban de llegar?

-De acuerdo con la orientación de las fichas que acabo de recibir en este momento, provenientes del *Archivo General* y de la *Asesoría*, Eustaquio debe seguir para el *Pabellón "S"* y sus dos amigos, Razuk y Gedión, para el *Pabellón "T"*, todos del *EDIFICIO III*. Los equipos de esos locales irán a recibirlos.

Minutos después, ingresan en la *Unidad de Rectificación del Edificio III*, los tres pacientes dormidos. Allí deberán pasar buena parte de su futuro, reflexionando sobre sus actos de la vida pasada, así como al respecto de sus errores y desvíos, sin que reciban, por ahora, cualquier tipo de orientación. Harán una completa retrospectiva de sus últimos 500 años de existencia, en cuanto permanecen en cámaras de sueño profundo.

Cinco años transcurren. En una mañana soleada, el Dr. Euclides -médico responsable por el sector de la *Cámaras de Sueño Profundo* de la *Unidad de Rectificación*- solicita audiencia con el dirigente de la colonia. Inmediatamente, es recibido por Agamenón Duarte, en esa época Coordinador General de Alborada Nueva.

- ¡Entre, joven! He acompañado su inmensa dedicación a nuestros pacientes Eustaquio, Razuk y Gedión. Hasta podría imaginar una ligación fuerte proveniente de otras épocas entre ustedes, si no conociese yo, con mucha satisfacción, su personal dedicación por cada uno de sus enfermos. Diga lo que sea y veré que puedo hacer.

- ¡Mi buen Agamenón! Estoy siempre feliz de poder auxiliar a un hermano enfermo. Entre tanto, noto que, salvo mejor juicio de nuestros Dirigentes Mayores, ya es hora de retirar a nuestros amigos de las cámaras de sueño profundo pasándolos para las cámaras de rectificación del primer estado.

-Haremos una consulta a la *Unidad de la Divina Elevación*¹² y aguardaremos la respuesta. Por mí, usted tiene autorización para proceder como le parezca mejor en este caso concreto.

-Perdóneme cierta ansiedad, pero creo que es el momento ideal para despertar a estos pacientes. Hay una considerable recuperación después de esos años de sueño profundo.

En el mismo día, Agamenón hace la consulta prometida y recibe autorización para dar seguimiento al tratamiento de Eustaquio y sus dos compañeros, de forma requerida por el médico.

Transmitido el mensaje al Dr. Euclides, de pronto es activado el proceso de retirada de los tres pacientes de sus cámaras de sueño profundo, pasándolos para las cámaras de rectificación del primer estado, donde deberán estacionar algún tiempo más. En esas cámaras cesa el proceso de recordación de sus errores y desvíos y ellos pasan a recordar los mensajes positivos que recibieron a lo largo de sus últimas existencias materiales. Se trata de un periodo donde solamente las orientaciones positivas y cristianas les invaden su alma. Transcurrido tres años de ese proceso, los amigos son conducidos a la presencia de Euclides.

-Espero, sinceramente, queridos míos, que todo ese auxilio que pudimos darles haya servido para sintonizarlos con el ambiente elevado de este puesto, totalmente diverso de aquel que vivieron en zonas umbralinas.

-Siento que estamos en un hospital. ¿Nos encontramos enfermos?

-En cierta manera, sí, Gedión. Ustedes están perturbados aún, en razón de tantos desatinos cometidos a lo largo de una existencia pasada dedicada al descontrol y al crimen. Estuvieron en tratamiento, aunque aún necesitan cuidados. Vamos a encaminarlos para la *Casa de Reposo*. ¡Que Jesús los ilumine!

Parten todos para el *Hospital de Alborada Nueva*, dejando el *Puesto de Socorro n° 5*. En el interior del vehículo que los transporta, acompañados por enfermeros, el silencio es total. A pesar de haber estado tantos años aislados, ninguno de los tres

¹² Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La Descripción de nuestro árbol - V - Unidad de la Divina Elevación".

se atreve a iniciar una conversación, tal es la confusión mental en todos.

Ingresan en la *Unidad de Recepción* y son inmediatamente encaminados al *Centro de Selección*. Siguen, después, a sus cuartos. Durante varios días, reciben la visita de médicos y enfermeros que buscan proporcionar la mejor desinfectación posible de los fluidos negativos que aún los acompaña. A pesar de todos los esfuerzos realizados por el equipo médico, solamente la verdadera reforma íntima será capaz de impulsarlos a una mejora efectiva.

Lúcido y consciente, Eustaquio es llevado a la presencia de Agamenón.

- ¡Mi querido Eustaquio! Paz en Jesús. Nos sentimos felices de recibirlo de vuelta a nuestra ciudad espiritual. Estamos acompañando su progreso, en especial por la interferencia de su madre Claudine - nuestra querida Nivea. A esta altura, usted ya sabe que su última vivencia en la Costra le trajo profundos débitos, que precisan ser reparados. ¿Usted cree, hijo mío, estar preparado para un nuevo estacionamiento en el plano material?

-Le confieso, señor, que no me encuentro en condiciones de responderle con seguridad, a la pregunta que me ha hecho. A pesar de esos años de reflexión *obligatoria* a que fui sometido, no creo haberme vuelto capaz de tomar una decisión como esa. No me siento apto a hacer nada. Me gustaría encontrarme con mi madre, si fuera posible. Tal vez, ella pueda ayudarme...

-En el momento adecuado, prepararemos ese encuentro. Ahora, precisamos saber si, por su libre albedrío, usted está preparado a reconocer los graves errores del pasado y entender que el mejor camino para rescatarlos es el inmediato retorno a la superficie terrena.

-Y si yo aceptara, ¿en qué condiciones volvería?

-Enfrentará una vida simple, con algunas privaciones materiales para que pueda redimirse de tantos desvíos practicados en su anterior opulencia.

- ¿Cómo? ¿Entonces yo habría de volver pobre y miserable?

-No hay motivo para tanto asco, ¡hijo mío! La pobreza material muchas veces significa la clave de la riqueza del espíritu. Recuerde que la mayoría de sus errores proviene de su privilegiada casta social, cuando estuvo reencarnado en Francia. Si usted volviese en la misma condición, la trayectoria estaría prematuramente perdida. Su programa indica que una alteración en el lugar de su nacimiento y en su situación financiera será providencial.

-No puedo estar de acuerdo, ¡lo lamento! Creo que aún no estoy preparado para aceptar sus condiciones. ¿Tengo alguna otra opción?

- ¡Por ahora, no! En el futuro, quien sabe...

- ¿Y si yo me negara a aceptar su sugerencia?

-Lamentaríamos mucho su posición. Aunque, antes que decida, voy a atender su pedido. Podrá ver a su madre.

En la sala la dulce Nivea, toda vestida de blanco, con un bello lazo azul en los cabellos y teniendo en su mano un cuadro con su propia imagen asegurando en sus brazos al pequeño Eustaquio, simbolizando el mejor periodo que vivieron juntos.

- ¡Hijo, aquí estoy nuevamente para hablarte! No tengo otro objetivo inmediato sino ayudarte. Es la fuerza de nuestro amor la que deberá siempre prevalecer. No pongas en riesgo tu felicidad futura y acepta la invitación que te es hecha por Agamenón. Si con naturalidad tu aceptas esa oportunidad de renacimiento, yo estaré a tu lado para auxiliarte siempre que lo necesites.

-Pero, madre mía, ¿cómo podré soportar la pobreza? Jamás conseguiría vivir un sólo día en la miseria.

-Eustaquio, recuerda que las posesiones materiales de un encarnado nada significan en este mundo que ahora le sirve de morada. ¿No percibiste aún, hijo mío, que en este plano de la verdadera vida prescindimos de oro y joyas, títulos y propiedades? No somos comerciantes, ni arrogantes, porque somos absolutamente iguales dentro de las Leyes Divinas y del amor cristiano. No existe entre nosotros cualquier forma de ambición, a no ser aquella que nos impulsa a la valorización del carácter y de los postulados morales. Deseamos progresar espiritualmente y sabemos que el pasaje por la costra terrestre es efímero y transitorio. ¿Para qué riqueza material, Eustaquio, si ella siempre te representó desgracia y sufrimiento? ¡Confía en mí! Acepta esa propuesta.

- ¿Cómo puedo negarte algo, madre? Apenas comprendo por qué debo volver...

-La idea de tu vuelta al plano material no es nuestra, ¡hijo mío! Hace parte de las leyes de Dios y consagra la universalidad de la ley de *acción y reacción*. Tú debes volver a fin de reparar tantos errores que anteriormente cometiste.

- ¿No puedo quedarme un poco más? ¿Quién sabe, entonces, si yo iría para Francia otra vez?

-Realmente, tú necesitas volver a Dijon y a aquella región, pero no ahora. Fortalécete primero y después tendrás la oportunidad de reparar tus deudas en ese lugar. Tú debes aprender a vivir de modo simple y humilde bien lejos del lugar donde disfrutaste de toda la gloria permitida a un ser humano. ¡Cuento con tu regreso!

-Pero, querida Claudine, ¿cómo resistiré cualquier tentación lejos de tus sabios consejos?

-Siguiendo las orientaciones de tu madre. Por tal razón, estaré de vuelta en la carne para acompañarte de cerca. Nuevamente renaceremos madre e hijo y, juntos, habremos de progresar. ¿Tú me acompañas?

-Sí, yo iré. Me gustaría, si es posible, saber cuál será el destino de mis amigos Razuk y Gedión...

-Por ahora, Eustaquio, preocúpate con tu trayectoria. Ellos estarán bien y tendrán la misma oportunidad de vuelta que tú.

Un abrazo emocionado aproxima a Nivea a Eustaquio, en cuanto Agamenón ofrece sus últimas orientaciones.

-Recuerde, Eustaquio, que su madre solamente está volviendo a la Tierra para apoyarlo en su jornada, pues ella no necesita más volver a la materia. Espero que usted reconozca ese gesto noble, dejándose llevar por los prudentes consejos de su futura progenitora Giovanna, en la distante Cosenza del sur de Italia. Ella partirá inmediatamente y usted aguardará el momento propicio. Dios los ilumine. Así sea.

CAPÍTULO IX

EL REINICIO EN COSENZA

Una escuálida vegetación se entrelaza con una minúscula alameda de tierra que rodea la miserable región de la periferia de Cosenza, en la Italia de principios del siglo VII¹³. Al lado de esa vereda de la desesperanza, se levantan chozas humildes, donde las familias numerosas dividen las gachas de pan que les aplaca el hambre y la angustia de la pobreza.

De los escombros de un granero, surge la figura raquítica de un joven cargando en las manos un pequeño montoncito de leña para dar inicio a la hoguera que pretende ahuyentar el frío intenso de las noches heladas del invierno europeo. El esmirriado Cario da Vila di Rondi, casi arqueado en sus esqueléticas piernas, entra en casa reflejando contento en la cara por la misión cumplida.

- ¿Ya de vuelta, hijo mío? ¿Hace mucho frío hoy? No conseguí levantarme aún de esta cama...

- ¡Cálmate, mamá! La vida en este infierno no cambió desde ayer. Por lo tanto, no te perdiste nada.

- ¡No hables así, Cario! ¡Dios castiga!

- ¿Dios? ¿Qué Dios es ese que nos pone en este estado de miseria? Mira, madre mía, no me hables más de religión que sólo sirve para llenar el buche de aquel sacerdote madrileño. Como si no fuera bastante la desgracia de Italia y ellos traen a un sacerdote de fuera...

- ¡Basta! ¡No quiero oír ninguna palabra tuya por hoy! ¡Estoy decepcionada! Hago todo lo que puedo para ayudarte en tu perfeccionamiento y ningún gesto de gratitud recibo a cambio.

Eustaquio había reencarnado en Cosenza en el año 600, en un pequeño villarejo rural, prácticamente abandonado y olvidado en el tiempo. Su madre, Giovanna, todavía es joven, pero está enferma ante la debilidad física, fruto de la parca alimentación. Fue abandonada por el esposo después del nacimiento del pequeño Cario. Lucha con inmensa dificultad para, sola, cuidar del sustento y de la sobrevivencia de ambos.

Cario se vuelve un adolescente rebelde y pillo, extremadamente revuelto con

¹³ Nota del autor material: en la época, Ducado de Benevento.

su situación social. En balde su madre procura orientarlo bien, ofreciéndole un ejemplo de resignación y fe. Todos los días él jura para sí mismo que va a progresar a cualquier costa, dejando atrás toda aquella desgracia.

En poco tiempo, el muchacho se hace conocido en su región por su contumaz pillería. La madre, a esa altura de la vida, alcanza el ápice de su suplicio.

Oh, Dios mío, sé que no es a tontas que hablo con Cario todas las mañanas, Pero él parece sordo a mis reclamos. Me siento desesperada. ¿Qué más puedo hacer?

Sin ninguna perspectiva de progreso honesto, Carlo se casa con Ana, una campesina pobre como él, sin embargo, más ruda y bastante agresiva. Dueña de una belleza seductora, fácilmente conquistó el corazón del marido y pasó a atormentarlo sin cesar, exigiendo mejoría en su vida a cualquier precio.

Adúltera desde el inicio del matrimonio, Ana recibe con extrema amabilidad a los viajeros que pasan por sus tierras olvidadas en uno de los rincones de la Italia del sur. En una de esas ocasiones, le surge al frente Filippo, un muchacho alto y fuerte, dorso desnudo y bronceado, ojos claros y penetrantes que sensibilizan el fondo de su alma. La pasión los une abruptamente y el viajante se instala en la cabaña de Cario, que, harto de la mujer, finge no percibir su más reciente relación extraconyugal.

Al poco, sin embargo, Filippo conquista la amistad de su anfitrión y pasa a servirlo en sus negocios deshonestos por el interior de la provincia. La mujer, exultante, continúa fomentando la ira del esposo, exigiéndole enriquecimiento rápido, al mismo tiempo en que se sacia sexualmente con el amante.

Sus jugadas de ratero lo llevan a deber gran cuantía a un poderoso hacendado de la región - Don Antonio del Monte Nebrini.

No consiguiendo nada con la producción de su tacaña labor, Cario es obligado a trabajar para su acreedor, bajo pena de sufrir drásticas consecuencias. Enredado en las mallas de su propia perfidia, él prácticamente es esclavizado por el sagaz hidalgo calabrés. Ciega e inmovilizada en el lecho, Giovanna continúa aislada y abandonada, pasando día tras día. Alguna que otra vez, recibe, feliz, la visita de su hijo único y jamás olvida darle buenos consejos.

Presionado por el patrón y por la infiel esposa, no conforme con su miseria y sintiendo la desencarnación de su progenitora, Carlo se entrega al vicio de la bebida y pasa sus días alcoholizado, cayendo por los barrancos enlodados de la villa. Holgazán por naturaleza, nada parece servirle de incentivo al trabajo.

En determinada ocasión, embriagado, oye una propuesta sutil de Filippo, solicitándole la ayuda para ganar mucho dinero sin ningún esfuerzo. Aunque confuso por el alto índice de alcohol que tiene en sus venas, despierta para el acuerdo. El plan envuelve la eliminación de Don Antonio, mediante el pago de una gran recompensa. Sin pestañear, porque odia al patrón, Cario asiente y se propone cuidar del asunto.

Los planes son trazados en algunas horas y todo debería ser ejecutado dentro de dos días. Exultante, vuelve para casa con la intención de deslumbrar a la ambiciosa mujer con su más reciente negocio, pero ni siquiera la encuentra en la cabaña.

Del otro lado de la villa, Ana conversa con Filippo.

- ¿Por qué involucraste a Cario en nuestro plan? ¿Tendremos que dividir con él lo que consigamos coger del viejo rico?

- ¡No, jamás! Él nos será útil apenas como instrumento para nuestro robo. En cuanto estén acusando a Cario de haber eliminado a Don Antonio, nosotros estaremos en Roma para disfrutar de todo el oro que podamos llevar.

- ¿Y cómo ocurrirá eso?

Cario quedó encargado de cuidar de Don Antonio, en cuanto nosotros sustraemos lo que encontremos. Mientras tanto, cuando el patético de tu marido asesine al viejo, en vez de protegerlo, nosotros lo denunciaremos a las autoridades. Quedaremos con la riqueza y, al mismo tiempo, estaremos libres de un peso en nuestras vidas.

- ¿Él no va a desconfiar?

-Mira, Cario es lo suficiente interesado para no cuestionar el plan que le propuse. ¡No te preocupes, pues en dos días seremos ricos!

Anteriormente a hacer concreto el ajuste, los mercenarios de Don Antonio descubren lo que Filippo había ideado y lo conducen a la presencia del hidalgo. Traidor y cobarde, ante incluso de ser presionado a contar lo que sabía, él narra todo el plan, naturalmente responsabilizando íntegramente a Carlo.

Expulsado de la propiedad de Don Antonio, Filippo es obligado a desaparecer de Rondi, llevando consigo a Ana, a fin de escapar de la furia del comerciante. En vez de dar igual destino a su empleado, lo llama a su casa y se le revela inconforme con sus actitudes ignominiosas.

Ignorando la real intención de Don Antonio, Cario se presta a reparar su error

y se coloca a disposición del patrón para lo que fuera necesario. Contando justamente con esa postura, el hidalgo hace una propuesta nefasta de pagarle elevada cuantía en dinero para que Cario elimine a su esposa. Sin salida, él concuerda y promete volver más tarde, durante la noche, para cumplir el acuerdo.

En el mismo día, después de la comida, el mercenario vuelve a la morada del patrón e, invadiendo el cuarto de su víctima, mancha sus manos viles de sangre, sellando su suerte y colmando sus oportunidades de progreso moral. Cuando se prepara para la fuga, se ve abordado por Don Antonio y sus capataces.

-Entonces, pobre lacayo, ¿piensas que vas a conseguir huir después de asesinar a mi idolatrada esposa? ¡Prendan a este hombre!

Se siente frontalmente traicionado por el mandato de su crimen y no consigue pensar sino en huir de allí, pues si fuera detenido será asesinado sin piedad. Acelera el paso y, desviándose de los criados de Don Antonio, se adentra en los matorrales en la noche oscura, imposibilitando cualquier tentativa de persecución. Sintiéndose un auténtico descerebrado, se jura a sí mismo no volver jamás a Cosenza hasta el final de su existencia. El aullido de los perros salvajes que habitan el Monte Nebrini son los únicos que se atreven a acompañarlo en su desesperada fuga hasta perderlo totalmente de vista.

CAPÍTULO X

LA FUGA

Traicionado por la esposa infiel y por el amigo más próximo, víctima de la alevosía de su patrón y agente de un bárbaro crimen, Cario emprende la fuga sin destino por el sur de Italia.

Rencoroso y vengativo, odiando la humillante persecución a la cual fue expuesto y deseoso de construir una nueva vida lejos del lugar de sus desgracias, él encuentra un paradero en una posada modesta y se instala para pasar la noche.

Falseando su identidad real, Cario busca pasar desapercibido por la hostelería, aunque los viajeros ya hayan notado su ansiedad anormal. Atendido por Mirtes, es llevado a sus aposentos, después de hartarse de una comida preparada en pocos minutos.

Algunas horas habían pasado cuando alguien toca a la puerta de su cuarto.

- ¿Qué desea, muchacha?

-Me gustaría conversar... ¿Es posible?

- ¿Qué quiere usted?

-Ya fuimos presentado. Soy Mirtes, la hija del tabernero y no deseo incomodarlo mucho. Por eso, voy directa al asunto. Sé que usted es fugitivo de Cosenza. Hace pocos minutos, unos mercenarios estuvieron aquí en su busca.

-La señorita debe estar engañada...

-No, tengo la seguridad de lo que estoy hablando. Podría entregarlo inmediatamente a los capataces de Don Antonio, pero tal vez podamos entrar en acuerdo.

Sin posibilidad de negar la obviedad de la revelación, Cario se presta a negociar.

- ¿Cuál es su propuesta?

-Quiero dinero... ¡Mucho dinero! ¿Podemos conversar?

La ambición de la joven ciega su discernimiento y la coloca, expuesta e indefensa, frente al asesino más buscado de la región.

Cario, a su vez, sabe que no puede cargar con un chantaje, pues nada recibió por el servicio sucio que había practicado. Airado y dominado por la cólera, agarra violentamente a la moza, colocando ambas manos en torno de su cuello, sin posibilitarle la emisión de un sólo gemido. En pocos segundos, ante la furia del

agresor, cae inerte la viperina Mirtes. Antes que descubriesen otro de sus crímenes, él parte en fuga otra vez, desapareciendo con el cuerpo de la joven.

Rumbo a Barí, Cario reinicia sus pequeños hurtos, sustrayendo pertenencias de personas distraídas que circulan por las ferias locales. Acostumbrado a esa descontrolada vida, cierta vez, se depara con un ratero robando una bolsa de monedas de un comerciante. Perseguido por una pequeña multitud, el pillo se esconde en un callejón. Dirigiéndose para allá, se presenta al muchacho, con la intención de repartir con él el producto del robo.

-Puedo auxiliar tu fuga, pues estoy viendo que eres nuevo por aquí. En cambio, naturalmente, exijo saber tu nombre y recibir parte del producto de tu arrojado hurto.

-Me llamo Pirnílio y no soy ladrón como afirmas. Apenas estaba cobrando una deuda atrasada... Por eso, no voy a dividir nada contigo.

-Puedo entregarte en cualquier momento y creo que tu víctima no piensa como tú. ¿Vamos a negociar o no?

-No tengo otra opción... ¿Cómo es tu nombre, socio?

-Cario, de la Villa de Rondi, de Cosenza.

Saqueando tiendas, hurtando en ferias, promoviendo desórdenes en tabernas y viviendo en la marginalidad, los dos amigos traban íntimo contacto y, en poco tiempo, fortalecen los lazos de amistad. Consciente de toda la trayectoria de fuga emprendida por Cario, Pirnílio sugiere un retorno a Cosenza para vengarse de aquellos que buscaban destruirlo. Incentivado por el colega, resuelven regresar ambos a la Villa di Rondi.

En el transcurso de la vuelta, Cario no ahorra esfuerzos para evidenciar al amigo la suerte de haberlo encontrado. Siente que ya lo conoce hace tiempo.

A lo largo del viaje, son abordados por asaltantes enmascarados.

-Pásennos todas sus pertenencias. Sin reacción... ¡Estoy avisando!

Uno de los ladrones es identificado por Cario.

-Un gitano que se precie no es cobarde. ¿Está dispuesto a luchar para conseguir lo que quiere?

Provocado, el líder del grupo responde:

- ¡Sin duda! No huyo a un enfrentamiento.

Ambos con puñales, cercados por el grupo de mercenarios y bajo la atenta mirada de Pirnílio, se enfrentan furiosamente.

-Luchas bien para ser un caminante vagabundo.

-Lo mismo puedo decir de un ladrón vulgar que pelea como una dama y bravatea como un hidalgo.

La contienda prosigue equilibrada, hasta que, exhaustos, ambos caen inertes una para cada lado.

- ¡Basta! - grita el gitano. ¡Estoy satisfecho! Usted merece quedarse con sus bienes, pues es valiente y no tiene temor. ¿Amigos?

La mano extendida luego es aceptada por Cario y ambos cambian saludos.

- ¡Me presento! Soy Neil, jefe de esta banda de necios. Hace tiempo busco alguien con su coraje. Podríamos asociarnos y formaríamos un grupo intrépido.

-Cario de la Villa di Rondi a su disposición. Ese es mi amigo Pirnílio.

- ¡Sean bienvenidos! Esta noche ambos son mis invitados para el banquete de los gitanos. Vamos al campamento.

Un histórico reencuentro marca la celebración de la noche. Eustaquio se asocia otra vez a Razuk - el gitano Neil - y Gedión - el ratero Pirnílio. Los tres animadamente conversan como si fuesen viejos conocidos y cuentan sus hazañas personales en la trilla de los delitos que practicaron desde la infancia.

Parten juntos para Cosenza. La ciudad había crecido y se había vuelto centro de comercio de la región. Dos forasteros acompañados de un grupo de gitanos son después percibidos en todos los lugares por donde pasan. Buscando reencontrar a la esposa Ana, Cario se acerca a Rondi. Antes incluso que pudiese aproximarse al villarejo, son abordados por Don Antonio y sus mercenarios.

- ¡Sea bienvenido, Cario! El buen hijo siempre vuelve al hogar.

- ¡¿Don Antonio?! ¿Cómo me encontró el señor?

- ¡Engaño suyo, querido mío! Usted volvió solo, para acá. Yo apenas estaba aguardando el momento en que eso ocurriera. Los seres toscos de su ralea siempre cometen errores graves y el suyo fue volver para esta villa. ¡De aquí, tenga la certeza, no saldrá jamás!

Al dar la orden, Cario y sus amigos son llevados a las mazmorras de la ciudad, donde son encarcelados por separado. Sin juicio, Don Antonio determina que el prisionero termine sus días en la peor celda que pueda ser encontrada. El jamás volverá a ver la luz del día y pasa el tiempo envuelto en reflexiones al respecto de su pasado y de la desesperanza que cerca su futuro.

Nunca más vuelve a ver a sus amigos. Continúa manteniendo en su corazón

un deseo sordo de venganza y un odio latente que le consume las fuerzas. Una lepra oportunista le domina el cuerpo físico, volviéndolo una figura burlesca y digna de pena. Deteriorándose cada día, Carlo jamás consigue entender, de hecho, que está cogiendo los frutos del árbol maligno que plantó con sus propias manos.

Desencarna en el 635, cercado de sufrimientos atroces y de un inconformismo sin igual. Acompaña, sin resignación, la descomposición de su cuerpo físico, tirado en una sepultura para indigentes. En cuanto encima microbianas se sacian con los restos de Carlo, Eustaquio derrama lágrimas amargas y desesperadas.

Se desprende con dificultad de su putrefacta carne y se arrastra por la costra terrestre como un zombi, hasta que es encontrado por entidades inferiores que se aproximan.

- ¡Vean, es aquel miserable general!

- ¡Es verdad! Pienso que podemos abordarlo, llevándolo con nosotros, prisionero.

Criaturas monstruosas cercan a Eustaquio y él pasa a agonizar ante tantas y terribles vibraciones que le son dirigidas. Su sufrimiento dura días seguidos y él pierde la conciencia de sus actos, permaneciendo en poder de las entidades inferiores.

Desligado de la realidad por largo tiempo, acaba recogido por un equipo rescate de Alborada Nueva.

Después de una estancia obligatoria en cámaras de rectificación y sometido a procesos de rememoración de su pasado, Eustaquio recibe instrucciones del Departamento de Reencarnación de la colonia espiritual en el sentido de que deberá volver a la materia, esta vez por determinismo, a fin de expiar sus graves errores pasados y regenerarse espiritualmente. Su libre albedrío no consiguió evitar el inmenso fracaso de su última jornada en la Tierra, conduciéndolo, por tanto, a rehacer sus pasos en la misma región donde se acarreó sus mayores deudas. Consenza, una vez más, deberá recibirlo como hijo.

CAPÍTULO XI

LA REENCARNACIÓN COMO PIETRO

Pietro es un muchacho experto, inteligente y fantástico. Imagina vivir en un palacio, cercado de criados, asesorado por bellas mozas y repleto de dulces y manjares de los más finos. Consigue pasar horas seguidas en esos pensamientos que divagan entre historietas de ficción, hasta incluso alegóricas, y la crueldad de su realidad miserable. Una vez que otra es despertado por Adelia, su madre adoptiva.

-Pietro, eres un inútil, ven inmediatamente aquí... ¡Tus quehaceres del día están atrasados y voy a arrancarte la piel!

- ¡Ya voy, mamá, ya voy!

-Y no me llames *mamá*, pues yo apenas cuido de tu sobrevivencia después de que el vagabundo de tu padre desapareció...

Afectado por las observaciones de Adelia, Pietro invariablemente pasa el día lloriqueando por los rincones de la humilde cabaña que abraza a su familia adoptiva.

El muchacho, no obstante, la carencia afectiva, vive enfermo, además de poseer una bronquitis crónica. Siempre maltratado y menospreciado por los familiares que el destino le deparó, a los ocho años, cuando recibe una violenta zorra de Adelia, huye de casa y parte para la vida de mendigo en el centro de Cosenza. Nadie se atreve a buscarlo, pues su ausencia espontánea del hogar exime a la familia postiza de darle abrigo.

Errante e indefenso, pasa a dormir debajo de los puentes, detrás de las barracas de las ferias y ejerce la única actividad que ya sabía hacer: mendigar. Se vuelve un adolescente débil y esmirriado, ya que nunca se alimentó bien. A pesar de la inteligencia demostrada en la infancia, la desnutrición le provoca retraso mental, que lo incapacita al razonamiento complejo.

En sus reflexiones aisladas, busca sentir la razón de su existencia y la justicia de haber sido, desde pronto, colocado en la calle, privado de cuidados básicos y del cariño materno o paterno. Sin respuesta, termina olvidando el asunto y peregrina, servilmente, entra las ferias y comercios.

Cuando alcanza los doce años, harto de dormir al relente, encuentra un pequeño y abandonado cubículo, olvidado en los fondos sucios de una taberna y

allí establece su punto de referencia. De la calle y de la caridad ajena continúa extrayendo sustento.

Cierta vez, al final de un trabajo, acompaña entusiasmado las historias contadas por el feriante más viejo del lugar, un juerguista calabrés que encanta a todos con sus hazañas bizarras. Carcajeando de una forma que la vida nunca le proporcionó, él llama la atención de una niña simpática, que se aproxima para conversar.

- ¡Eh, muchacho! ¿Cuál es tu nombre? ¿Tú vienes siempre aquí?

-Me llamo Pietro, tengo dieciséis años y vivo en la taberna de Culichio.

- ¡Encantada de conocerte! Yo soy Mirian y tengo ocho años. Tus carcajadas me dieron ganas de reír yo también... ¿Tú eres siempre tan feliz?

La pregunta sorprende a Pietro, pues en realidad, la amargura y la introspección jamás lo abandonan en su rutina.

-Es apenas una alegría casual. Son esas historias francachelas... en verdad, yo no tengo motivo alguno para reír.

- ¡Por qué no? Todos sonríen y expresan su alegría cuando quieren bien. ¿Sería diferente en tu caso?

-Yo soy pobre, niña, tú no entiendes eso.

- ¿Y por ser pobre no puedes sonreír? ¿Quién dice eso? ¿Es alguna ley?

-Para una muchacha de ocho años tú eres bien entrometida e informada... ¿Quién te enseña esas cosas?

-Mi tío Plínio. A propósito, ¿puedo visitarte? Yo nunca conocí la casa de alguien pobre como tú.

Cautivante y vivaz, Mirian se impone delante de Pietro y él no consigue negarle lo que pide.

-Cuando tú quieras.

Al día siguiente, la niña está en la puerta de los fondos de la taberna, esperando a que Pietro despierte.

- ¿Tú no me invitas a entrar?

-Yo pensé que tú no vendrías...

-Una dama jamás aguarda fuera de la casa...

-Es cierto. Tu venciste. Estás invitada a entrar, pero recuerda, ¡solamente hoy!

Después de algunos meses de relación amistosa, la amistad entre los dos crece, a tal punto que Pietro descubre que no puede hacer nada en su vida sin antes

consultar a Mirian. Sentimentalmente, se siente ligado a la niña, pues recibe de ella cariño y atención. Mientras tanto, se trata de un sentimiento familiar que los envuelve y Pietro, respetuoso, jamás abusa de la confianza que ella le confiere. En algunas oportunidades, ella le exige un cambio de comportamiento.

-Bueno, Pietro, ¿entonces, tú piensas que la riqueza material podrá traerte la felicidad? ¡Burradas! Mi familia no tiene mucho dinero, pero vivimos confortablemente y satisfechos con lo que mi padre gana. Tío Plínio nos dice que no debemos desear aquello que no podemos tener, incluso la felicidad no es de este mundo.

-Y si no es de aquí, ¿de dónde es?

-Eso yo no lo sé... Pero mi tío dice que seremos eternamente felices, un día, si supiéramos ahora vivir resignados en no tener aquello que nos gustaría.

-Bellas palabras para quien nunca pasó hambre y frío como yo. ¿Tú piensas que la vida es fácil para mí, especialmente teniendo que mendigar algún plato de comida o algunas calderillas?

- ¿Por qué no trabajas?

-Yo no encuentro empleo...

- ¡Mentira! Tú te acostumbraste a la vida fácil de mendigar restos de comida y vivir perezosamente.

- ¡Cállate! ¿Tú que entiendes de la vida?

Los dos amigos pelean incesantemente, pero con eso Pietro va enriqueciendo sus conocimientos y todo aquello que Mirian aprende en su casa corre y se lo cuenta, entusiasmada.

-Tú eres la única persona del mundo que me comprende un poco. Si no fueras tan obstinada e insistente serías una amiga perfecta. A veces me quedo pensando... ¿Por qué yo fui abandonado por mis padres? ¿Por qué no tengo familia, como tú? ¿Qué mal hice yo a Dios?

Mirian, ya con diez años, bien formada en su educación, consigue fácilmente responder a esas indagaciones.

-Pietro, tú tienes que comprender... Todo eso forma parte de la voluntad de Dios. Nosotros tenemos que aceptar si somos ricos o pobres. Si fuéramos resignados, en el futuro, ¡remos para el cielo y seremos muy felices.

- ¡Bobadas! El cielo no existe y jamás conseguiré ser feliz.

-Mira, ¿entonces yo no consigo darte ninguna alegría?

-No me refiero a ti. Quiero decir que nunca conseguiría ser feliz como otras personas, que tienen casa y familia.

-Tú eres impaciente e inconformista. De ese modo, de hecho, nunca vas a tener nada...

Cuando alcanza los veinte años de edad, Pietro, amargado y desilusionado, intenta el suicidio. Encontrado casi inconsciente por Mirian después de haber ingerido veneno, es socorrido y medicado. Su vida alcanza el ápice de sus heridas espirituales y él, cuentista y vago, resuelve comercializar por el barrio algunos medicamentos fuertes que usó cuando estaba convaleciente.

Cierta noche, Mirian decide visitarlo. Consigue salir de su casa, a pretexto de llevar ayuda a una tía enferma. Sus padres, que desconocían su relación con Pietro, confieren la autorización, pues ella ya tiene quince años de edad y conoce a todos los vecinos de su barrio. Llegando de sorpresa a la casa del amigo, acompaña, perpleja, la venta de aquellas drogas a los moradores del lugar.

Descubierto, Pietro calla ante la mirada de censura de Mirian. Se inicia un tenso diálogo entre ambos.

- ¿Es así como estás viviendo hoy? Si tú no eres médico, no puedes vender medicamentos. ¿Por qué eso, Pietro?

-Tú no eres mi madre, ni tienes que exigir explicaciones. Yo hago lo que quiero de mi vida. ¿Entendiste?

- ¡Es verdad! Hace años que debo estar perdiendo el tiempo. Tú eres incorregible. Tu pobreza no es sólo material, es también moral. Pietro, tú eres un vagabundo porque te gusta y protestas de la vida porque quieres. Por tanto, yo estoy ya harta. ¡De hoy en adelante no volveré a verte!

La advertencia de la muchacha le suena como un golpe en el fondo del alma y él comienza a llorar compulsivamente.

- ¡Por favor, no me abandones! Yo obré de forma equivocada y tú tienes razón cuando dices que yo soy un vago. No me puedo quedar solo otra vez. ¿Qué haré en la vida sin tus consejos?

- ¡Basta de disculpas! Tú no oyes lo que yo te digo. ¿Para qué precisas de mí entonces?

- ¡Estás en lo cierto! No pretendo que me disculpes. Apenas no me dejes pues me moriría de disgusto. Dame otra oportunidad...

-Muy bien, Pietro, tú tienes derecho a una última oportunidad. Pero sino

buscas un trabajo honesto dentro de una semana, yo jamás volveré aquí - ¡Está prometido! ¡Una semana!

Empleado como cargador en una de las ferias centrales de la ciudad, él conoce, por primera vez la satisfacción de ganarse la vida honestamente. Mirian orgullosa, va a visitarlo siempre que puede y aprecia elogiarlo a su patrón en cuanto hace sus compras.

Un año transcurre pacífico desde la última pelea que los amigos tuvieron. Pietro parece estar transformado y jamás volvió a protestar de su vida. Entusiasmado, él sueña en abrir su propio negocio, aconsejándose por el patrón a ese respecto.

Todo parece estar bien, hasta que los padres de Mirian deciden cambiar de ciudad, partiendo para Roma. La decisión es irrevocable y la partida ocurre en pocos días. Casi desesperado, Pietro, cogido de sorpresa, ve partir a su única familia, la niña que desde los ocho años viene alegrando sus días.

Flaqueando, nuevamente, se entrega al vicio de la bebida y abandona el empleo. Deambula errante por la ciudad, revuelto y pesimista a lo largo de muchos años. Embriagado durante la mayor parte del tiempo, pasa a tener muchas alucinaciones y se siente perseguido implacablemente por enemigos del más allá. Maldice, a cada minuto su existencia protestando de su pobreza y, sir conformarse, se aísla de cualquier buen pensamiento. Vuelve a mendigar y sobrevive de la caridad ajena.

Desgastado, desencarna en el año 750 e, inmediatamente es rescatado por mensajeros de Alborada Nueva, por interferencia de Nivea, es llevado a la colonia espiritual para un tratamiento de emergencia, a fin de reencarnar, nuevamente, por determinismo. Incompleta su trayectoria de expiaciones y pruebas, él debe volver a la carne para dar secuencia a su trilla regenerativa. Su sufrimiento en Cosenza, a lo largo de 58 años, sirvió para auxiliar en la relativa purificación de su espíritu tan ligado al materialismo, pero obviamente no acarrió propósitos determinantes en su jornada.

Estaciona en la colonia por algún tiempo, creando condiciones emocionales y equilibrio espiritual mínimos para revivir la saga de Francia y de las deudas que allá dejó.

En el 770, vuelve al plano físico, asumiendo la identidad del conde Giscerd D'Antoine.

CAPÍTULO XII

CONDE GISCARD D'ANTOINE

Opulencia, un personaje importante del siglo VIII, presente en todos los garbosos encuentros sociales organizados por la Corte francesa, gira por los salones con esplendor inigualables, corrompiendo corazones, fomentando el ocio y buscando el insaciable placer del disfrute fútil de la pompa y del brillo de la vida en sociedad, para deleite venturoso de los nobles de la época. En el seno de esa maravillosa corte, crece el pequeño Giscard, el hijo más mayor del Duque D'Antoine, palaciego de primera línea e integrante del íntimo círculo de relaciones de su majestad el rey de Francia.

Alrededor de la abundante mesa, en una amplia sala iluminada por candelabros de plata y enaltecida por cuadros de arte, que adornan las paredes enmarcadas en pinturas antiguas, retratando toda la tradición de la nobleza áulica, se reúne la familia del viejo hidalgo y patriarca de los Antoine.

Giscard, felino y astuto, compromete la tranquilidad de la comida pronunciando en todo momento chistes infames y agresivos, que provocan disgusto y repulsa en los familiares, pero no estremece al duque, siempre dispuesto a apoyar al primogénito en cualquier circunstancia. En cuanto el joven crece sin la imposición de cualquier límite, se prepara para asumir los negocios del padre, ya enfermo.

El duque muere, dejando un vasto patrimonio a la familia y la administración de todos los bienes en las manos de Giscard. Recibiendo el título de conde, pues proclamaba en toda la Corte que *duque* sólo podría haber uno, que era su adorado padre, el muchacho conquista la simpatía de los hidalgos y se hace bien visto en la sociedad.

Bajo el reinado de Carlomagno, el conde D'Antoine hace crecer considerablemente su patrimonio personal al unirse en matrimonio a Constance, muchacha rica e hija única del duque de Soissons.



CONSTANCE

En una tarde soleada, al sonido de la célebre música florentina, los Antoine reciben invitados en el jardín de su castillo. Bellas jóvenes tocan suaves notas musicales en las arpas, en cuanto los violines alegran a todos los hidalgos presentes en la conmemoración del aniversario del conde.

Divinos figurines, compuestos de finos y delicados tejidos, desfilan por los salones soberbios del palacio residencial de Giscard, ricamente decorado y preparado para el gran acontecimiento. Pavos y otras aves raras componen el escenario bucólico de los jardines y se vuelve la alegría de los niños presentes. El sol ilumina la pérgola principal, cuando surge, imponente, el mayordomo Gorot anunciando la entrada triunfal del anfitrión. El barón Villembert se prepara para homenajear al anfitrión.

Reunidos los convidados en el salón principal, se hace presente el silencio casi total, solamente roto por risas anónimas cambiadas en pequeñas ruedas de las damas de la sociedad y dirigidas a la condensa que todos sabían que era sitetemáticamente traicionada por el marido. Impasible, Constance se mantiene activa y equilibrada, aunque consciente de ser el blanco de las bromas.

-Mis amigos, tengo la inmensa honra de saludar al homenajeador de este evento, conde Giscard D'Antoine, a quien pido dediquemos una vibrante salva de palmas.

Entre la obligatoria ovación y las miradas pusilánimes de los envidiosos ingresa en el recinto el ilustre anfitrión, acompañado de su esposa y de su única hija, Caroline, que se encuentra en el auge de su juventud, dueña de bellas trenzas doradas que a todos gusta.

Minutos después, cuando el barón comienza su discurso, son oídos gritos en el hall principal del castillo.

- ¡Déjeme! ¡Suéltame inmediatamente! Mi espada no descansará en cuanto no se manche con la sangre de la justicia.

Los guardias corren por todos lados, en cuanto un muchacho, aparentando veinti pocos años, piel blanca y ojos azules profundos, vistiendo ropas militares, que clama por venganza, escapa y se esconde entre los invitados. El mayordomo interviene.

- ¡Señores, no se preocupen! La situación está bajo absoluto control. Se trata de un pequeño incidente que no se repetirá. Tengan la bondad de proseguir con el homenaje.

Enaltecido nuevamente con una salva de palmas, el conde D'Antoine, orgullosamente se curva para agradecer, cuando siente una lámina aguda penetrando sus espaldas. Como si surgiese de la nada, el puñal es lanzado a distancia por el golpe preciso del joven intruso. Siente su visión turbarse y su cuerpo estremecerse. Incapaz de gritar de dolor, tal es el odio que siente, cae postrado al suelo. El silencio sepulcral invade el ambiente. Dominado, finalmente, por los guardas, el atacante se identifica:

-Soy el capitán Ricardo Igor von Büher, heredero del duque de Strasbourg. Me vengo, ahora, del señor conde Giscard D'Antoine, sin escrúpulos, seductor de mi esposa Gabrielle e hidalgo que deshonoró el nombre de mi familia, cuando estuvo de visita en nuestras tierras. Atendido con hospitalidad, nos traicionó la confianza. ¡Despreciable ser! Espero que mueras agonizando tu perfidia.

- ¡Asegúrenlo y háganlo callar! - grita Gorot.

En segundos, después de la orden del mayordomo, los soldados del castillo desaparecen con el muchacho a vista de todos los presentes. En cuanto los familiares del conde le prestan socorro, los invitados dejan el palacio uno a uno. Aunque sorprendidos con la agresión sufrida por el anfitrión, la unanimidad de las opiniones acata las razones del atacante y comprende su orgullo herido, porque el noble Giscard es reconocidamente un conquistador.

El capitán Ricardo, hijo de nobles alemanes de la región de Strasbourg, se pasó con la heredera de una de las más ricas casas francesas de la región de Lorena. Durante las celebraciones del matrimonio, el conde D'Antoine estuvo hospedado en el castillo de la familia Von Büher y, sin ningún escrúpulo, sedujo a la inexperta Gabrielle, en esa época con quince años, con quien mantuvo relación sexual, abandonándola enseguida. Al tomar conocimiento del hecho, en su noche de nupcias, el muchacho casi enloqueció y juró venganza al pérfido conde.

Giscard, a pesar de ser atendido por los mejores médicos de la Corte, empeora su estado de salud a cada minuto, razón por la cual, sobreponiéndose a la propia condesa, el mayordomo Gorot determina el traslado a la Abadía de los benedictinos, donde juzga que tendrá mejores condiciones de curarlo. Al mismo lugar, es arrastrado, prisionero, el joven Ricardo.

MAPA N° 2 - EUROPA - EL IMPERIO DE CARLOMAGNO



-  CALIFATO DE CÓRDOBA
-  IMPERIO DE CARLOMAGNO
-  IMPERIO ROMANO DEL ORIENTE
-  MONARQUIAS ANGLO SAJONAS
-  PATRIMONIO DE SAN PEDRO
-  PUEBLOS CELTAS

Deprimida, pero manteniendo la compostura, Constance busca calmar a su hija.

-Caroline, querida mía, no te entregues de esa manera al sufrimiento. Tú sabes bien que el ataque a tu padre puede ser fruto de la insanidad de algún envidioso. No creas todo lo que oyes.

-Pero, madre mía, ¿entonces no quieres ver la realidad? Papá es capaz de obrar de la forma que ha dicho el capitán y si lo hizo merece el final que está teniendo. Nos traicionó la confianza y no es digno de pena.

- ¡No digas eso! Son mentiras infundadas lanzadas ligeramente por un muchacho desconocido. Tenemos que oír la versión de tu padre antes de juzgarlo.

- ¡Espero que sí! Cuando papá mejore ¡remos a preguntarle al respecto, aunque yo, personalmente, no tenga dudas de su perfidia.

La condesa, preocupada, decide conversar con el capitán Von Büher, pero no lo encuentra en el castillo. Indagando a Gorot al respecto de su paradero, obtiene una vaga explicación de que él fue encaminado, para hacer una detallada confesión, a los monjes benedictinos.

Incrédula, otra vez Constance percibe que jamás es oída dentro de su propia casa para cualquier decisión importante que deba ser tomada. Las órdenes de un mayordomo tienen más fuerza que las suyas. Revuelta, vuelve al cuarto de su hija.

- ¡Caroline, pienso que tienes razón! Mi vida ha sido una desgracia al lado de tu padre. Él no me respeta y nunca lo hizo. Gorot, dentro de esta casa, tiene más autoridad que yo. Todo eso ocurre bajo el beneplácito de Giscard. Además de ser agredida moralmente, soy víctima de risas y bromas de toda la Corte. ¡Estoy harta!

-Dejemos el castillo, madre. Vamos para Italia, donde podremos buscar a tus parientes. ¡Abandonemos el pasado!

- ¡Tú padre jamás nos perdonará! Tendremos que vivir escondidas para el resto de nuestras vidas. Temo por la ira del conde al descubrir que partimos sin avisarle antes.

- ¡A mí, poco me importa! Busquemos una vida honrada, lejos de la falta de respeto y el desprecio de papá.

Ambas, cómplices en sus decisiones, dejan la residencia de los Antoine esa misma noche. Dirigiéndose para Italia, acompañadas apenas por fieles servidores, Constance y Caroline se despiden para siempre del suelo francés.

Lejos de allí, escondida entre peñascos y fuertemente sacudida por los furiosos

vientos montañosos, se yergue la abadía de los benedictinos.

-Más compres y un poco de aquel medicamento azul, que está en la segunda estantería a la derecha. ¡Rápido!

-Inmediatamente, monje Eugenio.

-En cuanto termino esta cura en el conde, verifica si nuestro prisionero está bien guardado.

Descendiendo unas escaleras inmensas, volviéndose en su propio eje tal cual un voluminoso caracol, el monje Gutus recorre los caminos sombríos de la abadía, dirigiéndose a la “*¡Sala de los Pecadores!*”, lugar bautizado así, irónica mente, por los propios monjes en base a las torturas allí practicadas.

- ¿Cómo está el joven capitán? - indaga a uno de los guardias.

-Se divierte, ahora, en la “*rueda de los placeres*”¹⁴, hasta que cumpla la penitencia por el mal que practicó.

Después de dos días en la abadía, el prior recibe al convaleciente D’Antoine - ¡Quedé profundamente consternado por el episodio! Viéndoos rehabilitado renuevo mi fe en Dios, creyendo que la justicia será hecha. No os preocupéis, señor conde, pues vuestro agresor está purificando su alma y se arrepentirá por el mal que os hizo.

-Os agradezco la preocupación, mi querido prior Meliandes. Me recupero lentamente y me gustaría volver a casa. Sé que el capitán tendrá el fin que merece. Mi esposa e hija deben estar preocupadas con mi ausencia - ¿Entonces, no sabéis todavía?

- ¿Saber qué?

-Vuestra esposa e hija abandonaron el castillo y partieron con rumbo ignorado.

Airado y transfigurando la placidez de su semblante, el conde se controla y pide ser llevado inmediatamente a la presencia de Ricardo.

- ¡Eres un atrevido pestilente! Osaste venir a mis dominios a afrontarme en mi propia casa. Jamás saldrás con vida de Francia. Pagarás el día en que te cruzaste en mi camino.

Bastante débil y abatido, el joven responde, entre palabras e hilillos de sangre:

-Creo, señor conde, que merezco de hecho morir...No por el mal que os hice,

¹⁴ Nota del autor espiritual: la “*rueda de los placeres*” es una máquina destinada a prisioneros que son estirados lentamente, amarrados por los miembros superiores e inferiores, hasta que tenga una muerte agonizante por la rotura de sus músculos y vértebras.

más porque no conseguí matarlo, como merecéis. ¿Habláis de atrevimiento? Vuestra deslealtad jamás será olvidada por mi familia. Si yo no cumplí mi juramento de venganza ciertamente otro Von Bühler lo hará.

- ¡Continuas insolente, muchacho! La traición de la cual hablas no existió, pues la liviana de tu joven esposa cayó en mis brazos espontáneamente. Creo que hasta fui por ella seducido...

-Ella tenía solamente quince años... ¿Cómo podéis de ese modo grotesco referiros a ella?

- ¡No tienes experiencia de la vida, joven! En el futuro, podrías comprender mejor mi posición. La relación sexual no quiere decir nada. Ni incluso me acuerdo de la muchacha...Nombre de familia, honra y traición son sólo conceptos. ¿Será válido morir por ellos?

-No sois un verdadero hidalgo y no comprendéis las virtudes de una familia digna. Moriría mil veces si fuera posible para sustentar esos valores.

-Pues estás en condiciones de morir, al menos una vez... ¡Adiós, bravo capitán! Nos veremos, un día, quién sabe, en el infierno...(carcajadas)

Al retirarse de la mazmorra, volviendo a sus aposentos, se encuentra con su fiel mayordomo, que lo espera ansioso.

- ¿Qué quieres, Gorot? ¿No ves que aún estoy enfermo?

-Señor conde, la condesa y vuestra hija...

- ¡Ya lo sé! Huyeron. ¡No te preocupes! El destino les reservará una buena bienvenida.

- ¿Qué pretende hacer ahora, mi amo? Toda la Corte se está riendo de vuestra desgracia.

- ¡No tengo otra opción, Gorot! Debo quedarme aquí en la abadía, ya que fui deshonrado y abandonado por la familia. Un gesto de desprendimiento, adoptando la vida sacerdotal, podrá rehabilitarme a los ojos de la sociedad. Continuaré dirigiendo mis negocios normalmente y tú serás mi procurador. Además de eso, la familia del capitán von Bühler fatalmente enviará otro mensajero de la muerte, trayendo consigo la bandera de la venganza. Debo protegerme y no hay mejor lugar que las murallas benedictinas. Hablé con el prudente abad Meliandes. Su buena voluntad en recibirme y su encanto en tenerme como monje me hicieron conceder a la orden abultada donación.

Convencido del plan trazado por Giscard, el mayordomo deja satisfecho la

abadía, volviendo al castillo y a los negocios del conde.

Después de la solemnidad de consagración del noble Antoine como monje benedictino, el prior Meliandes recibe al nuevo integrante de la orden para un acuerdo de cuentas.

- ¡Estoy consciente de tus intenciones, monje Victorio!¹⁵ ¿De dónde sacaste la idea de que debo cederte mi cargo?

-Mira, mi querido Meliandes, la fortuna que detentáis a los benedictinos justifica, por sí misma, esa pacífica transición. Con mi prestigio y mis posesiones, bien como tu colaboración conquistaremos nuevas fronteras y aumentaremos considerablemente nuestro tesoro, ahora común. Obviamente, puedes no estar de acuerdo con mi plan y, si así fuera, daré otro destino a mi oro...

- ¡No, no! Jamás permitiré que eso ocurra. Tenemos todo el interés en comulgar del mismo ideal. Necesito sólo de algún tiempo para tratar de la transferencia del puesto.

-Pues bien, mi querido abad, no tengo tanta prisa. Continuarás en el cargo hasta el fin de tus días, aunque acatando mis determinaciones desde luego. Después, me volveré prior.

-Ciertamente, queridísimo conde. ¡Así será hecho!

Sellando el acuerdo que iba a modificar enteramente el rumbo de la vida de Giscard y de la abadía de los benedictinos, se inicia la saga de la ascensión de Victorio, llena de una serie incalculable de crímenes y desvíos de toda clase. Su vida, de ahí en adelante, se rige en función de tramas y artimañas, buscando aumentar su riqueza material, tal como fuera idealizado por Eustaquio, aún en el plano espiritual. Su relación con el pasado destructivo se renueva y, bajo su integral responsabilidad, se construye, a partir de entonces, todo su futuro.

¹⁵ *Nota del autor material: nombre utilizado por Giscard después de hacerse monje benedictino.*

CAPÍTULO XIII

LA ABADÍA DE LOS BENEDICTINOS

Después de semanas de intenso sufrimiento, provocado por continuas sesiones de tortura, desencarna el joven aristócrata Ricardo Igor von Büher. Inmediatamente recibido por los Mensajeros de lo Alto, apartándose de la furia de entidades inferiores - aliadas a Giscard del otro plano de la vida - que insistían en obsesarlo. Sus deudas serán rescatadas en otra oportunidad, a criterio de la sabiduría Divina, aunque haya sido, desde luego, liberado de la obcecada sed de venganza de sus verdugos del plano inmaterial.

Realizado al saber de la noticia de la muerte de su declarado enemigo, el monje Victorio celebra la fecha histórica.

En la región de Strasburg, nace Klaus von Büher, hijo de Ricardo y Gabrielle, cercado por el cariño y por la atención de sus abuelos paternos. A pesar de recibir el nombre de la familia von Büher, el niño, en realidad, es hijo de Giscard y víctima de la traición que deshonoró el casamiento de sus padres.

Indignado con la cobarde muerte impuesta a su hijo primogénito, en los dominios benedictinos, el duque von Büher, hidalgo germánico, retira de los cuidados maternos, todavía de tierna edad, a su nieto Klaus, buscando educarlo y criarlo bajo su directa orientación. A pesar de sufrir un enorme disgusto, Gabrieli, consciente de los errores que cometió, no opone ningún obstáculo a las pretensiones del abuelo.

Pasa tranquilo el periodo de la infancia de Klaus, aunque siempre *educado* para odiar a los franceses y, en especial, a los benedictinos que quitaron brutal y cobardemente la vida a su padre. Cruelmente conducido por las rígidas manos del duque, el niño se forma como militar y, desde pronto, frecuenta las filas del ejército alemán.

El abuelo planea, detalladamente, la venganza que va a imponer a Giscard, en el futuro, a través de la espada bien entrenada de su nieto Klaus, que alcanza la mayoría con rigidez espiritual y sin ninguna ternura en su corazón. El único objetivo de su vida es satisfacer la ansia de deshonor del duque von Büher. Recibe del abuelo, uno de los nobles más ricos de la región, el título tan aguardado de comandante de las tropas del ducado de Ruhr. A su lado, encuentra apoyo del

joven oficial Günther, que le tributa servil dedicación y ejemplar admiración, en una relación por demás íntima, que, a veces, llega a consternar a la sociedad de la época.

informado por el abuelo del destino de Giscard, ahora prior de los benedictinos, situado en Lyon, el muchacho da inicio al plan trazado hace muchos años y comienza a invertir contra las abadías francesas que hacen frontera con sus tierras de modo a debilitar la orden y, al poco, a causar temor en su enemigo hidalgo. Saqueando y quemando las fortalezas benedictinas, Klaus comienza a tejer la poderosa malla de influencia creada por Victorio en toda Francia a fin de sustentar su ¡limitada ambición. Entronizado en su puesto, el conde D'Antoine ignora por completo los primeros ataques contra su organización.

Recuperando su prestigio, Giscard, en el año del 816, después de tantas vidas destruidas y glorias conquistadas al sabor de torpes manipulaciones políticas, se hace obispo de Lyon, ampliando considerablemente su poder de mando v dejando en su lugar, en el liderazgo de los benedictinos, al fiel servidor Gotor, que adopta el nombre de Paulo.

En un magnifico templo, cuyas paredes son adornadas con ricas obras de arte y sus muebles ostentan finas y valiosas piezas de oro y plata, incrustadas con relucientes piedras preciosas, se encuentra la sede del obispado de la ciudad de Lyon, residencia oficial de Victorio. Sus aposentos privados se sitúan entre los más lujosos de toda la aristocracia francesa, pues unen el arte sacro al refinado gusto personal de Giscard.

De lo alto de una tarima, cuidadosamente dispuesta para aguantar la mesa suntuosa del obispo, está Victorio, impassible y mecánico despachando sus órdenes para todos los sirvientes.

-Me encuentro hoy particularmente feliz, mi querido Sinvral.

- ¿Y podríamos saber el motivo de tan singular y augusto momento de distendimiento de vuestra Reverencia?



VICTORIUS

- ¡Me llegan noticias de Italia! Supe que mi venganza se sació. Dos traidoras del pasado terminaron su existencias y deben ser acogidas por la misericordia divina. Murieron, Sinvral, Caroline y Constance. La primera, pobrecita, víctima de la tuberculosis. ¡La otra, víctima de su propia negligencia! (risas)

Estático y apenas sin apreciar el regocijo del obispo, el ayudante baja la cabeza condescendiente.

Súbitamente cambiando de asunto, Victorio exige que le sean traídas las cuentas del obispado. En cuanto hace la habitual conferencia de sus ganancias, recibe la visita de uno de los guardias, que le anuncia la presencia de una señora mayor, diciendo ser su madre, madame de Debussons. Intranquilo, Victorio la manda entrar.

- ¿Qué queréis aquí, señora? ¿Ya no os alerté de que no deseo contacto alguno y que no sois bienvenida en este obispado?

-Continúas siendo cruel, Giscard. A pesar de que no soportes la idea, continúo siendo tu verdadera madre. ¿Ya olvidaste que fuiste adoptado cuando pequeño por el duque de D'Antoine? No eres un auténtico noble, del mismo modo que finges ser sacerdote.

- ¿Viniste aquí para humillarme? Si es eso lo que deseáis, yo os expulsaré de aquí sin pestañear.



OBISPO DE ORLEANS

- ¡Eres incluso capaz de hacerlo! Mi error del pasado, vendiéndote al duque D'Antoine, cuya esposa parecía no poder tener hijos, será por mi soportado el resto de mis días. Mientras tanto, vengo a tu presencia para exigirte que ceses la contienda con tu hermano, el obispo de Orleans. No puedo verlo disputando el amor de una mundana y que os llevará a la muerte.

-Ese embustero de mi hermano, nada significa para mí. Me considero hijo legítimo del duque de D'Antoine. Poco me importa lo que pensáis a nuestro respecto. El obispo de Orleans es vuestro hijo, madame Debussons, por tanto, vuestra responsabilidad. En cuanto él se atravesase en mi camino, estaré dispuesto a destruirlo. Nada será capaz de impedirlo, ni incluso vuestro pedido, os sugiero que salgáis y no volváis. No os considero mi madre, y nunca lo haré.

Desconsolada, ella deja el obispado y, por algunos momentos, recuerda su pasado comprometedor. Madame Debussons tuvo dos hijos, Giscard y Marcel. El primogénito, aún de tierna edad, fue vendido al duque D'Antoine, que perdió a su primer hijo después del parto de la esposa. Advertido por los médicos al respecto del riesgo de otro embarazo de la duquesa, decidió sustituir a la criatura por el pequeño Giscard. La ambiciosa señora de Debussons, gobernanta de la casa de los Antoine, estuvo de acuerdo en vender por voluminosa cuantía a su primer hijo, también recién nacido y cuyo padre era desconocido. Después de la transacción, la mujer desapareció, conforme había acordado, no surgiendo nunca más en la vida del poderoso duque. En Orleans, para donde se dirigió, tuvo otro hijo, Marcel, que jamás se conformó, cuando supo de lo que ocurrió en el pasado. No admitía ser pobre y plebeyo, en cuanto su hermano Giscard se deleitaba bajo la protección del duque.

Los hermanos Debussons crecieron separados y, con la muerte del duque D'Antoine, leyendo una carta por él dejada, Giscard tuvo conocimiento de su real condición. Sin desanimarse por la revelación, continuó cuidando con manos de hierro los negocios de la familia y heredó, como el duque deseó, la mayor parte de la fortuna de los Antoine.

En Orleans, sintiéndose despreciado por el hermano rico y poderoso, Marcel le juró venganza y ascendió en la carrera eclesiástica, única posible a su miserable condición social. Después de muchos años de disputa, en cuanto Marcel, se hacía obispo de Orleans, Giscard ocupaba el obispado de Lyon. Se iniciaba una guerra sorda entre ambos, principalmente porque se interesaban por la misma felina mujer, Françoise, hija del duque de Orleans. La madre, señora Debussons, no

conforme con la disputa entre ellos, se sintió culpable, y de vez en cuando buscaba a los hijos pidiéndoles una tregua.

No les facilita la vida el ambicioso y obstinado Duprat, que permitía el contacto de su hija Françoise con los dos prelados, ya que ventajosas cuantías conseguía con ese deseo.

Fomentando días tras día las fuerzas del odio que mueven la guerra sentimental trabada entre los adversarios, se enriqueció todavía más el degenerado duque de Orleans. Su hija, no menos liviana, se divierte y se divide entre los hermanos Giscard y Marcel, cultivando intrigas y aumentando la disputa entre los obispos.

Deseando ser cardenal en Roma, Giscard exige que Françoise se defina.

-No hay más posibilidades de jugar doble, querida mía. Hasta hoy soporté tu inconstancia, pero creo que es hora de decidirse de qué lado pretendes quedarte. Incluso que yo sufra con nuestra separación, no pretendo admitir más tu división... Deberás escoger entre yo y el obispo de Orleans.

- ¡Oh, amado Giscard! Yo no podría hacer elección. Os amo con igual intensidad. Sabes que para mí sería la muerte si me separara de cualquiera de...

- ¡Basta de palabrería inútil! Tienes una semana para hacer tu elección.

No sólo el obispo de Lyon demanda una solución al conflicto amoroso, pues Marcel está igualmente interesado en volverse cardenal. Ambos saben que, en ese delicado momento de ascensión, cualquier desliz podrá ser fatal. Ninguna contienda podrá permanecer entre los obispos, ni incluso Françoise.

Presionada a tomar una decisión, la muchacha, indecisa, consulta al padre. El duque de Orleans, sabiendo de la investida de Klaus von Büher contra las abadías controladas por Giscard, opta por el obispo de Orleans, creyendo que, en breve, el obispo de Lyon estará derrotado.

Instalado el pacto en Orleans entre el obispo y el duque, el golpe es duramente sentido por Giscard. La muchacha se aparta de Lyon y consigue llevarse importantes documentos del obispado, entre ellos mapas y rutas de acceso a muchas abadías controladas por Antoine. No conforme y pretendiendo una revancha inmediata, el prelado determina que Françoise sea asesinada.



FRANÇOISE

Sus órdenes son seguidas a toda costa y dos días después el cuerpo de la joven es encontrado flotando en las márgenes del Sena, próximo a París. Su padre enloquece y una triple alianza se forma contra Giscard. Klaus enviste por el este y Orleans presiona Lyon por el oeste.

Insistente, madame Debussons busca, ahora, a su hijo Marcel.

-Hijo mío, ¿pretendes con esa guerra contra tu hermano conducirme a la desesperación?

-Sabéis, madre mía, que él no es digno de pena. Nos traicionó la confianza cuando podría habernos ayudado. Experimenté la miseria y el sufrimiento por causa de su egoísmo obstinado.

-Sabes bien que él no tuvo elección. Fue mi propio interés que lo llevó a aquella situación. No es preciso que yo te recuerde el pasado, Marcel...Sabes que fui la causante de nuestra separación.

- ¡No me importan vuestras explicaciones! Él supo que éramos hermanos y jamás extendió su mano... ¡Nunca lo haré! Toda la vida le envidié la suerte. Quería haber sido yo el que fuera vendido al duque...

- ¡Que bobadas dices ahora! ¿Tú no eres el majestuoso obispo de Orleans? ¿No conseguiste todo lo que querías? ¿Por qué sustentar ahora una contienda contra tu hermano?

-Lamento, madre mía, que mi odio por Giscard tenga un fondo más complejo y arraigado que una simple disputa por puestos en la Iglesia. Llevaré hasta el fin mi ansia de destruirlo, incluso que, para ello, tenga que fastidiaros.

- ¡Desprecias lo que tu madre dice! Ambos son idénticos en los pensamientos y en el obrar. Fríos y calculistas, ambiciosos y crueles. Me amargaréis todos los días de mi vida por haber creado a dos demonios, hoy transformados en sacerdotes. A partir de hoy, no tengo más hijos, ni soy vuestra madre...

-Como queráis, madame...

Cerrada abruptamente la conversación, la señora Debussons parte a París y, sin conformidad atrae para sí toda la responsabilidad de la situación que se ha creado entre sus hijos. Enclaustrada en el remordimiento, la mujer desaparece por completo de la vida de los prelados de Lyon y de Orleans y no acompaña el final mórbido de aquella contienda.

En Italia algún tiempo antes...

Una gran fiesta se realiza en el patio interior de un convento de la ciudad de Venecia. Las monjas se agitan de un lado para otro para recibir bien a los miembros

de la sociedad local que destinan grandes contribuciones para las obras de la Iglesia.

Durante la realización del evento, animado por un conjunto florentino de música sacra, una novicia pasea con calma entre la multitud, en cuanto aprecia los cánticos y reflexiona sobre su propia existencia. Constance, a aquella altura conocida solamente como hermana Melina, se mezcla cada vez más entre los presentes, casi dejando de lado la seriedad del hábito.

El paseo es distraído y hasta cierto punto descuidado, pues no percibe que está siendo seguida por el monje Peter, enviado de Lyon para quitarle la vida. Tan pronto descubrió el paradero de la exesposa, Giscard mandó a un secuaz a cumplir su promesa de muchos años antes. En fatal proximidad, súbitamente un puñal se yergue en el aire y, blandiendo el odio mandado por su señor, cierra para siempre los ojos de la bella Constance.

La noticia corre por Europa y, en pocas horas, llega al conocimiento del obispo de Lyon que, feliz, celebra la ocasión con su auxiliar Sinvral.

CAPÍTULO XIV

EL FIN DE GISCARD

Camina por extensa pradera limpia por el helado viento del riguroso invierno europeo, el general Klaus Augusto von Büher, acompañado de cerca por su amigo inseparable, barón Günther von Bavanhaun. Conversan al respecto de la investida final contra el obispo de Lyon y trazan juntos el plan de ataque que pretenden lanzar contra Giscard.

De otra parte, reciben instrucciones para obrar el obispo de Orleans y el duque Duprat, ambos asociados a Klaus.

-Estoy enviando las cartas a su Santidad el Papa y también a Su Majestad el rey, narrando todas las atrocidades cometidas por el obispado de Lyon y por la célebre abadía de los benedictinos que le dan soporte.

- ¡Sin duda, mi querido obispo, es el fin de Giscard! Nada podrá hacernos sentir más realizados que soterrar definitivamente la arrogancia del conde - confirma el duque.

Feroces caballeros muy bien armados invaden un denso bosque, en la región de Lyon, buscando la abadía. Al frente, comandando la expedición, se encuentra el general von Büher. Acelerados como un rayo mortal, el grupo no se deja notar e incluso el fuerte y acompasado trote de los caballos pasa desapercibido a los centinelas de las murallas benedictinas.

Cuando el ataque tiene inicio, los monjes, incrédulos, corren por todos lados en el subterráneo de la abadía y envían de inmediato mensajeros al obispado de Lyon.

En pocos minutos, no obstante, los soldados destruyen e incendian el lugar, procurando no dejar sobrevivientes. Dominada la situación, ingresa en el recinto monástico el general Klaus, fuertemente escoltado.

Recorre el interior de la fortaleza, se detiene frente a una gigantesca puerta, sintiendo algo que despierta en su interior. Determina el derrumbamiento de la inmensa guarnición de hierro que lo separa del cuarto buscado. Cerca de veinte hombres, con una estaca de roble, la echan abajo.

Cuerpos esparcidos por toda la cámara de tortura, en la "*Sala de los Pecados*", son encontrados. El olor pútrido del lugar hace al general aturdirse por unos

instantes. Persistente, camina algunos pasos hacia dentro del recinto. La repulsa se hace general cuando los cadáveres en descomposición son vistos, todavía presos a los grilletes y hierros puntiagudos.

Una minúscula salita, acomodada en uno de los rincones de aquella cámara, despierta la atención de Klaus, que se aproxima cauteloso.

Ingresando en el sofocado ambiente, otra vez se tambalea ante el fétido olor que emana de las paredes. Presintiendo el peligro, roedores de toda especie huyen desesperados, en cuanto los soldados agitan sus antorchas intentando abrir el camino para el general. Súbitamente, Klaus percibe la existencia de una campana de vidrio colocada encima de un montón de huesos humanos. Se aproxima y percibiendo brillar en el suelo un pequeño, pero bien torneado anillo de oro se agacha y toma en las manos la joya. Silenciosos los guardias observan las actitudes del comandante.

Trémulo, el general se vuelve para los soldados y pide que aproximen las antorchas. Iluminado, el anillo inmediatamente hace resurgir después de tantos años el símbolo de la familia von Büher que estaba enterrado en los fondos más oscuros de la abadía de los benedictinos. Reconociendo la joya que perteneció a su padre, Klaus se emociona y pide quedarse algunos minutos a solas.

-Padre mío, no tuve la honra de conocerte, pues fuisteis asesinado cobardemente por siniestras fuerzas. Hoy, entre tanto, cumplo el deseo de mi abuelo, tu querido padre, volviendo a este cruento lugar para rescatar tu memoria. El obispo de Lyon, responsable por tu muerte, no verá nacer el sol una vez más... ¡Te lo juro!

Con lágrimas en los ojos y el pecho ardiendo en brasas, parte Klaus rumbo a Lyon, con la intención de poner fin a su sed de venganza, por tantos años sofocada.



KLAUS

En los aposentos de Giscard, reina, esa noche, una vibración diferente y angustiosa. Inquieto, el conde llama a su jefe de la guardia y le manda redoblar la atención. Espíritus inferiores ya rondan el lugar y transmiten intuitivamente al obispo el peligro inminente que cerca su palacio.

Gualberto, el camarero, previamente instruido por Marcel, coloca un somnífero en la copa de vino que es entregada a Giscard. Adormecido y cansado, el obispo se echa.

Traicioneramente, la guardia es cambiada y los soldados fieles al prelado de Lyon son dominados y amordazados. El camino está preparado y Klaus entra en el cuarto de su enemigo mortal. Solamente el revolotear de algunos murciélagos rompen el silencio nocturno.

- ¡Nos encontramos, finalmente, señor conde Giscard D'Antoine, asesino de mi padre! ¡Levántate, pues tenemos cuentas por arreglar! - grita enérgicamente el general, ya con la espada en alto.

Llevado a despertar por un encanto maligno, el obispo abre los ojos y mira, detenidamente, al altivo Klaus. Aceptando el desafío y extrayendo fuerzas del fondo de su alma, parte para el duelo fatal.

El roce de las espadas son los únicos sonidos oídos en el palacio episcopal, En cuanto los combatientes, sin proferir una palabra, se concentran en el enfrenamiento que llevará a uno de ellos a la muerte.

En verdad, padre e hijo disputan en ese momento el derecho a la vida, en nombre de la venganza que los llevará a acumular muchos débitos en su transcurso regenerativo. Entidades inferiores acompañan el final del embate y reflejan en el ambiente una densa vibración negativa.

Experto en el manejo de la afilada espada, el obispo no hace fácil para Klaus duelo y, en un descuido del general, llega a rasgarle el brazo izquierdo a la altura del hombro. Ciego de ira y de dolor, el joven alemán redobla sus fuerzas enviste furiosamente contra Giscard, en ese momento cansado y abatido por la fuerza del sedante que le fue administrado. En una fracción de segundos, un violento golpe de espada, clava en el corazón del conde la última esperanza de sobrevivir al desafío. El siente el golpe, abre los ojos y se estremece. Klaus retira bruscamente la espada del cuerpo del obispo, que cae inerte al suelo.

MAPA Nº 3 - EUROPA - DIVISIÓN DEL IMPERIO DE
CARLOMAGNO



REINO DE CARLOS

REINO DE LOTÁRIO

REINO DE LUIS, EL GERMÁNICO

Giscard desencarna y, entorpecido, es inmediatamente llevado por los Espíritus malignos que aguardaban ansiosos el fin de la lucha.

Klaus se sienta en una de las butacas del cuarto episcopal y llora convulsivamente. Se consume su venganza y el vacío le prende el corazón.

Después de cumplir la promesa que hizo al abuelo de exterminar al obispo de Lyon, Klaus von Büher pierde la razón de su vida y se angustia profundamente. Percibe, naturalmente, que la revancha no le trae la paz del espíritu y, al contrario, lo vuelve un ser amargado y sombrío. El odio tiene el don de vaciar todo el contenido positivo del corazón de un hombre.

Sin rumbo definitivo, él se enclaustra en la memoria de su desastroso pasado y termina sus días en la más completa soledad.

El sabor de la deshonra no aplaca tampoco el conturbado espíritu del obispo de Orleans. Creyendo hacer un bien a la Iglesia, envía un dossier contra el obispo de Lyon al Papa y aguarda, esperanzado, un llamamiento del Sumo Pontífice para hacerse cardenal en Roma. En vez de eso, se apunta en el Vaticano su participación en la muerte de Giscard y Marcel recibe como castigo la determinación papal de aislarse en una abadía de Ruan para expiar sus errores y confesar su culpa. En ese lugar, confinado al remordimiento, desencarna rematado por la insatisfacción.

No siempre el castigo por las malas actitudes viene con tanta celeridad como ocurrió con el duque de Orleans. Después de la muerte de Giscard, Duprat se enriqueció todavía más, pues saquea todo el oro que encuentra en el obispado de Lyon, tan pronto el prelado es asesinado. Su contento dura poco tiempo, pues una inoportuna tuberculosis lo hace agonizar gradualmente y lentamente rumbo al desenlace de la vida material.

La ley de *acción y reacción* es inmutable e imposible de ser evitada. Puede hacerse sentir en el plano material o en el mundo de los Espíritus. En verdad, sin embargo, todos aquellos que practican actos negativos recibirán, un día, igual Proporción del mal que causaron. Con eso, tendrán oportunidad de aprender con sus errores y garantizar la evolución de sus espíritus. Giscard y sus enemigos se sirvieron de ella aún en el plano físico, aunque mucho tengan que rescatar en la jornada espiritual que los aguarda.

CAPÍTULO XV

EL PASADO BENEDICTINO

Perece recóndito, el conde Giscard D'Antoine, que ascendió social, política y económicamente a costa de poderosa malla de corrupción e intereses mezquinos de toda suerte.

Como obispo de Lyon, dominaba a militares ligados al rey, nobles y ricos comerciantes, garantizándoles el control de varias rutas mercantiles que rendían mucho oro a los cofres benedictinos.

En su escalada criminal, fue auxiliado por un hidalgo insolvente en las mesas de juego, Charles Bidet, ambicioso y sin escrúpulos, que le ofrecía datos sigilosos al respecto de las fuentes de la renta del obispado de Orleans - su archienemigo.

Otro punto de apoyo para sus negocios estaba en la abadía de los benedictinos de la región de Lyon, dirigida por el prior Paulo, de entera confianza de Giscard. Interiormente, no obstante, la orden religiosa vivía una metamorfosis en su estructura, ante la presencia de un joven novicio que revolucionaba el modo de pensar y obrar de los monjes.

- ¡Giuseppe! ¡Giuseppe! ¿Dónde está ese pobre infeliz? - gritaba el abad con toda la fuerza de sus pulmones.

-No lo encuentro en ningún lugar, señor. ¿Qué debemos hacer? - contestaba Eugenio, uno de los monjes de su asesoría.

-Un momento... ¡Sé dónde está! Mande a Gutus a buscarlo a las márgenes del lago interior. Debe estar, nuevamente, predicando a sus compañeros de noviciado.

Instantes después, hecha real su previsión, Giuseppe estaba al frente del prior.

-Mi joven, no podemos permanecer ajenos a los hábitos de esta Casa. Recuerda cumplir las reglas de la abadía y que Dios desea la unión de sus corderos para que el rebaño entero prospere en unión. ¿No fue así que aprendiste en tus cursos con el monje Verbasiano?

-De hecho, bondadoso líder, me atrevo a predicar a mis compañeros algunas enseñanzas de Cristo. Pero jamás pensé que perturbara la rutina de la orden...

-Mira, Giuseppe, deja la predicación para el momento adecuado, que son las aulas en grupo. No quites el lugar del esforzado Verbasiano.

- ¡Oh, no! ¡Nunca tuve la intención de perjudicarlo! Sólo pensé que las enseñanzas de Jesús no están siendo abordadas en las aulas...

- ¡No es posible! ¡¿Verbasiano está olvidando?! - profirió, irónico, el prior. Voy a advertirlo para que esté más atento. En cuanto a eso, deja de lado tu predicación personal, ¿está bien?

Hacia algún tiempo venía el muchacho incomodando a la dirección de la abadía a través de sus mensajes del desprendimiento de los bienes materiales y de su apego a la doctrina de Cristo, en verdad poco utilizada por los monjes benedictinos de aquella época.

El novicio atendió el pedido de Paulo y durante algún tiempo se calló en sus charlas, aunque sin convencerse del acierto de su actitud. Al final, percibía con el pasar de los días que nada se alteraba en lo cotidiano de los monjes, o sea, ningún gesto de caridad ostensiva era puesto en práctica, en cuanto los cofres de la abadía continuaban estando abarrotados de riquezas de toda clase.

Durante el periodo en que estuvo resguardado, Giuseppe fue observado cautelosamente por el prior y también por el obispo de Lyon. Ambos conocían la fuerza del joven idealista, convencido y cristiano, que buscaba transformar el modo de pensar y obrar de sus compañeros de noviciado.



GIUSEPPE

CAPÍTULO XVI

LA VIDA DE GIUSEPPE

Don Genaro, rico y próspero comerciante de Venecia, de sus once hijos dedicaba especial atención al más joven de todos, Giuseppe. Siempre dispuesto a los pedidos de la iglesia local, acostumbraba a hacer abultadas donaciones al sacerdote, en especial porque su benjamín se hizo monaguillo. Orgullo de la familia y mimado por la bondad de la madre, Bernarda, el muchacho crecía manifestando la intención de seguir la carrera eclesiástica.

Conocedor del anhelo de los monjes benedictinos, en especial de su fascinación por el oro y otros metales preciosos, el comerciante les ofreció gran cantidad para que lo recibieran, como aprendiz, a su hijo Giuseppe. Aceptada la oferta, la condición impuesta por la orden era mandar al muchacho a Lyon, pues los templos italianos no tenían interés en recibirlo. No por casualidad, allí comenzaron los difíciles tiempos del dedicado principiante para afirmarse en el cristianismo, consolidando su fe.

Todavía en la adolescencia, Giuseppe acostumbraba, espontáneamente, dedicarse a la caridad y le gustaba auxiliar a los pobres y visitar a los enfermos. Mantenía un noviazgo con Litia, una joven de buena familia, con quien Don Genaro mantenía excelente relación. Apasionados, la pareja cambiaban juramentos de amor y promesas de casamiento futuro.

Partió para Lyon, en compañía del padre, en cuanto alcanzó los 17 años e ingresó en el monasterio de la orden benedictina, como había sido planeado. Dejó para atrás, desconsolada, a la enamorada que no aceptaba la determinación de Giuseppe de abrazar la carrera clerical.

El tiempo pasó y el muchacho, cada año, se volvía más listo y erudito, estudiando varias horas al día y comenzando a cuestionar los valores espirituales que le eran presentados por los monjes instructores. Interpretaba de forma diferente el mensaje de Jesús y creía que el cristianismo estaba siendo manipulado por algunos sectores de la Iglesia para el fin del enriquecimiento ilícito a través de la caridad y de la buena fe ajenas. No conforme, comenzó a predicar a sus

compañeros de noviciado sus ideas a ese respecto, despertando la ira de los dirigentes benedictinos. Organizó, por su cuenta, grupos de estudio y se reunía con los otros novicios a las márgenes del lago interior que bañaba la abadía, para exponer los valores desprendidos de los mensajes cristianos.

Giuseppe, no obstante, seguía solitario en su camino idealista, pues muchos Principiantes, temiendo represalias por parte de la dirección de la abadía, abandonaban los grupos antes de concluir sus lecciones. Obstinado, el joven persistía en su actividad paralela de discusión del Evangelio, dejando de comparecer a las aulas suministradas por el monje Verbasiano, conductor doctrinario de los novicios.

Cautelosamente, el prior intentaba disuadir al muchacho de su postura obstinada y buscaba demostrarle las ventajas de la riqueza material. Utilizando a su modo varios pasajes bíblicos, tenía por fin convencer a Giuseppe de que Cristo Predicó el voto de pobreza y que jamás condenó a los ricos. A pesar de entender que la riqueza por sí sola no era mala, el novicio contraargumentaba en el sentido de que el ocio provocado por ella jamás podría ser aceptado. Paulo siempre terminaba esas conversaciones perdiendo la paciencia y creyendo que el joven era un caso perdido. Debería ser expulsado de la orden, antes de que causase estragos significativos entre los otros monjes. Entre tanto, Giscard, obispo de Lyon, deseaba mantener al muchacho en el aprendizaje, pues eso rendía; mucho oro a sus cofres, lanzados anualmente por Don Genaro para costear los estudios del hijo.

Buscando desanimarlo, la dirección de la abadía transmitía a Giuseppe tareas cada vez más arduas y pasó a prohibir su ingreso en la biblioteca. Resignado el novicio, no desmayaba y continuaba su peregrinación de fe.

Agresiones de todas clases pasaron a perseguirlo constantemente, pero él las soportaba con paciencia indiscutible. Poco a poco, sentía aflorar su mediumnidad, que le permitía una comunicación constante con sus Mentores Espirituales. Fortalecido, Giuseppe obtenía enseñanzas por vía intuitiva o a través de la inspiración, continuando, pues, a progresar en sus charlas.

Después de algún tiempo, algunos novicios pasaron a adoptar íntegramente las enseñanzas que les eran transmitidas y comenzaron a rechazar cualquier medio de ostentación, incluso rechazando abundantes comidas que

eran servidas a los monjes.

El desespero tomó cuenta del más mayor y transfirió al prior la responsabilidad de detener aquel foco de revuelta e indisciplina.

- ¡No es posible! Yo ya conversé con el insumiso, le relaté los intereses que están en juego con su padre, invoqué todos los mandamientos bíblicos, pedí auxilio a nuestros más preparados alquimistas, determiné su claustro, prohibí las predicaciones, disipé a sus seguidores, acabé con el grupo de estudio, lo amenacé varias veces, sometí al muchacho a todas las privaciones posibles, ¿y qué conseguí? NADA, ¡absolutamente nada! ¡Mal puedo creer en su persistencia!

Observador, el obispo de Lyon advierte:

- ¡Calma, Paulo! El muchacho es determinado, sin embargo, ya lidiamos con algunos casos semejantes y no fuimos derrotados. Un poco de malicia y tacto con Giuseppe y podremos silenciarlo definitivamente.

-Pero, Reverencia, los otros monjes están rebeldes y exigen providencias inmediatas...

-Me cuidaré personalmente del caso. Por ahora, es mi última palabra.

En cuanto la dirección de la abadía se movía para callar al novel, los amigos de Giuseppe se preocupaban con su seguridad y lo alertaban para dejar el monasterio. Orando en meditación, el muchacho apenas discordaba de los compañeros balanceando la cabeza y, alguna que otra vez, profería algunas palabras demostrando tener fe y diciendo que nada de mal le iba a ocurrir.

En Venecia, preocupado con la quietud del hijo, Don Genaro resolvió partir para Lyon a fin de tener noticias del joven.

En la abadía, recibido por el prior, él es llevado a una entrevista con el novicio y buscan convencerlo para volver a casa, pues hace muchos años que esta enclaustrado y hasta aquella fecha todavía no se hiciera monje. Negando con vehemencia la propuesta paterna, Giuseppe argumentó tener una misión que cumplir en aquel lugar y que jamás lo dejaría antes de cumplirla. Continuaría su trayectoria de predicación hasta que la filosofía del monasterio fuese alterada. Enfadado, Don Genaro pidió del abad la inmediata consagración de su hijo, pues de lo contrario dejaría de enviar contribuciones para costear su educación, presionado, el prior llevó al conocimiento de Giscard, en el obispado, la posición vehemente del padre de Giuseppe.

Algún tiempo después, en una noche oscura, sin estrellas que iluminaran el cielo, solamente la chimenea del salón principal de la abadía crepitaba aislada. Ningún sonido más allá de ese era oído en el interior del monasterio. En el sótano, sin embargo, los monjes se organizaban para su fiesta mensual. Por los caminos tortuosos que conducían a las murallas benedictinas se notaba el trasego de algunas muías, trayendo visitantes al lugar. Los monjes más jóvenes y los nobles fueron encerrados en sus aposentos.

Después de la media noche se inició el evento y los benedictinos se entregaron a los placeres de la abundante bebida y de las orgías sexuales con prostitutas traídas de las villas más próximas.

En cuanto eso pasa, en el cuarto de Giuseppe, un grupo de novicios ora ardientemente. Súbitamente, una luz dorada paró por encima de sus cabezas y, fortaleciéndose cada vez más, comenzó a invadir los corredores de la abadía hasta llegar al sótano.

Atravesando paredes y cegando a aquellos que la encaraban directamente, la poderosa luz invadió todos los rincones benedictinos y asustó a las invitadas de los monjes. Cesando la fiesta, cada uno buscaba una explicación lógica para el surgimiento de aquel brillante foco luminoso. En pocos minutos, mientras tanto, todas las desconfianza se volvieron para Giuseppe. El joven, al entender de los más mayores, tenía relaciones demoníacas y, usando de los libros de magia negra, había bloqueado el encuentro mensual que alegraba las noches solitarias del monasterio. Reclamaciones contundentes fueron dirigidas al priorato. Presionado aún más, el obispo de Lyon autorizó el exterminio del novicio que estaba causando tantos sinsabores dentro de la abadía.

CAPÍTULO XVII

EL TÉRMINO DE LA JORNADA

Antes de eliminar a Giuseppe, el prior envió al muchacho a Lyon para que el obispo pudiese conocerlo mejor, sanando, por tanto, su curiosidad al respecto de la personalidad tan sobresaliente en la vida benedictina. Durante su pasaje por el obispado, el novicio también deseó aproximarse a Antoine para entender cuál era la razón de su comportamiento autoritario y materialista. Tenía, aún, la esperanza de implantar en el endurecido corazón del prelado algún mensaje de amor cristiano.

Ambos médiums y con responsabilidad fuerte vivieron numerosos enfrentamientos y cada uno de ellos buscaba penetrar en el interior del antagonista a fin de convencerlo del acierto de sus posiciones personales. Sin efecto. El obispo permaneció atado a sus desmanes y Giuseppe inamovible en su camino redentor.

Escéptico, Giscard aceptó la vuelta del muchacho a la abadía, pero determinó que Gerard - su auxiliar directo - lo acompañase. En esa misma noche de regreso, el asesor del obispo ingresó en el cuarto del noble y envenenó el agua. Se escondió, después, detrás de la puerta para tener la certeza de su muerte. En cuanto aguardaba, vio surgir al frente una figura brillante, que tomó la forma de un hombre. Percibiendo que se trataba de un Espíritu, Gerard se estremeció e intentó gritar, pero sus cuerdas vocales estaban petrificadas de miedo. Quiso lanzarse contra aquel ser sobrenatural que podría estropear sus planes, pero la única cosa que hizo fue romper la jarra donde había colocado el veneno. El barullo provocado despertó a Giuseppe.

- ¿Quién está ahí? ¡Ah, eres tú Gerard! ¿Qué quieres en mis aposentos a esta hora?

Lívido y transformado por la aparición de aquel Espíritu, el asesor del obispo mal consiguió articular las palabras.

- ¡NNNada, nno quiero nada! - balbuceó, ¡déjame en paz, brujo desgraciado!

Huyendo desesperado, dejó confuso al propio Giuseppe que no supo, al final, lo que había ocurrido.

Aquella materialización de su protector, por algunos segundos, no obstante,

consiguió evitar el cruel fin del noble. Al día siguiente, alertado por sus compañeros, el muchacho descubrió las reales intenciones del obispo, que era eliminarlo. Cediendo a las presiones de los amigos, dejó la abadía y buscó esconderse por algún tiempo.

Furiosamente perseguido por mercenarios contratados por el obispado durante varios días, el joven terminó aprisionado y nuevamente volvió al antro benedictino. Conducido a la "*Sala de los Pecados*" fue torturado sin cesar hasta muerte. Valientemente, resistió hasta el último segundo y jamás confesó estar Equivocado en sus posiciones francamente idealistas y próximas de las verdaderas enseñanzas del Cristo.

Entristecidos por la muerte de Giuseppe, los monjes hacían una de sus comidas del día en completo silencio cuando la presencia espiritual del muchacho fue percibida en la sala. Una mezcla de miedo y alegría dominó a los presentes. Lentamente, el perfil del muchacho se diseñó en uno de los rincones del comedor. Una suave luz dorada le componían el perfil y el verde brillante le servía de vestimenta. Materializado, él agradeció a todos la confianza que le fue depositada a lo largo de tantos años y no culpó a ninguno de los monjes por su prematuro desenlace de la vida física. Enalteció la figura de Jesús y reafirmó su confianza en la construcción de un mundo mejor, diciendo a los benedictinos que eso dependería del esfuerzo de cada uno. Los llamó, por tanto, a la unión y a la lucha, abandonando posturas inflexibles y materialistas. Perdonó a aquellos que lo perjudicaron y desapareció completamente, dejando en la sala un suave perfume a rosas.

Algunos días después de la muerte de Giuseppe, la abadía fue invadida por Klaus Augusto Von Büher, el general alemán que impuso al obispo de Lyon la estruendosa derrota, costándole la propia vida.

Los monjes ligados al joven noble salvaron los buenos escritos de la biblioteca benedictina y dejaron el restante de los pérfidos instrumentos allá existentes que se quemasen hasta las cenizas. La tragedia impuesta a la abadía por el ansia vengativa de Klaus hizo renacer en Lyon, meses después, un nuevo monasterio conducido por los herederos de las ideas de Giuseppe. Integrados a la práctica de la caridad y siguiendo fielmente las enseñanzas cristianas, una nueva orden se

instaló en el corazón de Francia y contó, naturalmente, con la protección espiritual de su mentor, el valiente e idealista noble.

CAPÍTULO XVIII

LA VUELTA A LA ESPIRITUALIDAD

¿Está preparado para comenzar la regresión, Eustaquio? - indagó Hilario, dirigente de la *Coordinadora de Selección*¹⁶ de Alborada Nueva.

- ¡Sí, la verdad es que estoy ansioso! Podemos iniciar - responde el paciente, después de haber estado por veinte años en el *Puesto de Socorro* ligado a la Ciudad Espiritual. Se recuperó, en ese periodo, en cámaras de sueño profundo y utilizó después todos los tratamientos disponibles en la *Casa de Reposo*.

Un inmenso panel enfrente se encendió y dio inicio al proceso de rememorización. Varios cuadros son reflejados con luminosidad intensa, Eustaquio consigue absorberlos uno a uno. Lenta, pero progresivamente, la memoria del paciente se restaura casi de modo integral. Vuelve a ver todo su periodo de tiempo en la costra terrestre, desde sus más mínimos aciertos hasta la mayoría de sus graves errores.

La sesión es suspendida para un descanso, y Eustaquio sigue para el *Departamento de Reencarnación*. Recibido por Josemar - encargado de la selección de fichas - él toma conocimiento de algunos datos complementarios referentes a su reencarnación como conde D'Antoine a fin de integrar su rememoración. Normalmente, la actividad de regresión de memoria es agotadora y algunos detalles perdidos en la observación de las imágenes son completadas por la lectura de algunos datos archivados en el ordenador de la unidad competente.

Volviendo al salón principal de la *Coordinadora de Selección*, los trabajos son reiniciados. A lo largo del proceso, vierte amargas lágrimas cuando ve el momento de su asesinato en el duelo con Klaus.

- ¡Cálmese, Eustaquio! Son sólo recuerdos. Su momento presente es otro, acuérdesese de eso - advierte Hilario.

-Está bien, intentaré estar tranquilo de aquí en adelante. Podemos continuar...

Finalizada la sesión, el orientador de los trabajos propone un balance conjunto de aquello que fue visto.

- ¿Qué puedo decirle, sino que me encuentro confuso? Ya no tengo noción

¹⁶ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La Descripción de nuestro árbol - IV - Coordinadora Especializada" y en el libro Conversando sobre Mediumnidad - Retratos de Alborada Nueva" en el capítulo II, Recepción del Espíritu en Alborada Nueva".

clara de lo cierto y de lo equivocado. No creo que sea capaz de volver al plano material. Cometeré muchos errores. Me gustaría quedarme aquí.

-Usted sabe que eso es imposible, Eustaquio. La reencarnación es un medio indispensable de reparación de sus deudas. Muchos fueron perjudicados por sus actos y aguardan ansiosamente una oportunidad para reencontrarlo. La Justicia Divina hace eso viable. Deberá volver a la Costra, pero antes de volver a Francia hará un estacionamiento en otros lugares bien distantes del escenario de sus mayores y más graves desvíos.

-No, me niego a aceptar la idea de volver un día a Francia, incluso que sea en un futuro distante...

-Eustaquio, usted acaba de incidir en uno de sus mayores desvíos: la prepotencia. En este momento, usted no está en posición de escoger los caminos que desea seguir. Sería mejor que estuviera de acuerdo con nosotros, acatando la trayectoria que le fue trazada por la *Unidad de la Divina Elevación*.

- ¿Pero para dónde debo seguir? ¿En qué circunstancias voy a reencarnar? Yo preciso saber...

-Usted deberá partir para un lejanísimo continente, bien apartado de Europa e ingresará en una vida ruda y salvaje. Vivirá sin confort material, pero tendrá oportunidad impar de comprender el valor de la verdadera simplicidad, reencontrándose con la Naturaleza. Será un lugar libre de acceso de sus mayores enemigos, especialmente aquellos que están en el plano espiritual. ¿Usted está de acuerdo?

-Lo lamento, Hilario. Son pocas informaciones. No puedo confiarle así mi destino. Prefiero permanecer aquí.

Una luz suave y brillante emana del centro de la tela de enfrente, alcanzándole el corazón. Un poderoso calmante le es administrado y hace cesar sus angustias y ansiedades.

Eustaquio adormece para despertar en Brasil¹⁷, en el año 900, en la figura de un indio. La Naturaleza le será testigo.

¹⁷ Nota del autor espiritual: Brasil, como se sabe, en esa ocasión, no tenía ese nombre y era apenas un continente salvaje, habitado por indios.

CAPÍTULO XIX

ENFRENTANDO UN CONTINENTE SALVAJE

Unas criaturas cortan el cielo azul y limpio para posarse, más tarde, en un inmenso y frondoso árbol, de ramas extensas y caídas, que ceden al peso de sus muchos años de existencia. Una lluvia abundante convive amistosamente con el esplendor del sol. Los animales se revolcaban en la poca agua, lavándose en su baño diario, en cuanto las calmas aguas de un largo río refleja la tranquilidad de la región.

En un claro inhóspito, se levanta una tribu con modestas tiendas. De lo alto de una escarpada roca, un viejo indio, todo ornamentado de colgajos, habla entusiasmado a una asamblea de cincuenta espectadores. Predicando la necesidad de cambiar el liderazgo de la tribu, el paje Tatuí-Piaba llama a los indios a una revuelta contra el viejo cacique Pentiguara.

A lo lejos, dos observadores espirituales de Alborada Nueva acompañan la escena y hacen comentario entre sí.

- ¡Ah, Eustaquio! Los años pasan y él persevera en su sed de conquista del poder donde quiera que esté. Es impresionante como los desvíos arraigados en el alma del ser demoran en ser corregidos.

- ¡Es verdad! No es a tontas que Agamenón se preocupó en designarnos observadores de su trayectoria. Debemos sólo interferir en caso de que haya el concurso indebido de entidades inferiores provenientes de zonas umbralinas.

-Si Eustaquio continua en ese camino, podrá atraer a antiguos adversarios que lo perdieron de vista hace algún tiempo. Su vibración servirá de carnada para la aproximación de esos Espíritus.

- ¡Para eso estamos aquí! Alborada Nueva busca garantizarle un territorio neutro para sus aciertos o desaciertos.

Su capacidad de convocar multitudes con palabras bien escogidas e inteligentemente colocadas es innegable. En pocos días, Petinguara es obligado por el consejo de la tribu a ceder su lugar a un cacique más joven, indicado por la sabiduría del *paje*. Asume el puesto el indio Arari-Tutóia.

En cuanto el nuevo dirigente de los salvajes cede a los caprichos y órdenes

del paje Tauí-Piaba, en realidad es Eustaquio reencarnado y repitiendo sus errores del pasado, la paz reina tranquila en la aldea. A partir de ese instante en que el joven cacique contesta al líder espiritual comienzan las disputas y las muertes. Asesinatos y violentos enfrentamientos han comenzado entre ambas fracciones.

A la par de su ambición descontrolada, el paje orienta con bondad a los indios que lo procuran buscando confort espiritual. Preparando medicamentos extraídos de plantas y raíces, él consigue salvar muchas vidas y, de alguna forma, Practica la caridad.

Envejeciendo en el combate sordo con Arari-Tutóia, termina vencido por el cacique, mucho más joven y poderoso. Condenado al ostracismo, Tauí-Piaba es sustituido por otro indio en el liderazgo y, disgustado, muere olvidado en total soledad.

En posición de víctima, Eustaquio deja el plano material y es rescatado por Emisarios de la colonia espiritual a la cual está ligado, reiniciando, de inmediato, un proceso lento, pero necesario, de proyecto para su próxima reencarnación, que será *preparatoria*. Computados sus aciertos y desvíos, resta aún inmenso saldo a ser rescatado en el futuro.

CAPÍTULO XX

EN LA CASA DE REPOSO

Con el auxilio de Nivea es conducido nuevamente a Alborada Nueva, donde pasa a estacionar en la Casa de Reposo y, mediante un tratamiento, transformar su periespíritu, inicialmente en la forma de indio hasta volver a su anterior apariencia.

La reencarnación, por ser ley universal de progreso de los seres, posibilita que los Espíritus evolucionen gradualmente a través de numerosos pasajes por el plano físico. Sea por determinismo del Plano Superior, sea por el libre albedrío, el proceso de retorno a la materia nunca se detiene y jamás la depuración alcanzada por la entidad retrocede, involucionando. Como mucho puede ocurrir (el estacionamiento), lo que no deja de constituir un perjuicio para el Espíritu.

Después de una extensa estancia en las instalaciones de la colonia, estudiando, perfeccionándose y aprendiendo, Eustaquio está preparado a volver a la carne, reiniciando su trayectoria en otro lugar distante de Francia, escenario de sus mayores débitos.

Hay tres formas básicas de progreso espiritual en lo tocante a las reencarnaciones por las cuáles pasa el Espíritu.

Reencarnación-clave: se destina a los mayores y más importantes rescates que hay que afrontar. Las grandes deudas acumuladas por el Espíritu generalmente se concentran en una determinada región del globo terrestre y se relacionan con personalidades específicas. El reencarnante, en el escenario de sus más graves desmanes, sufre una trayectoria de pruebas y expiaciones. Triunfando en el transcurso, conseguirá elevada depuración espiritual. Fracasando, continuará en el mismo estado evolutivo y deberá progresar, en el futuro, en la trilla expiatoria y regenerativa. Para que ese viaje de retorno tenga un mínimo de probabilidades de éxito, el Espíritu deberá pasar, antes, por reencarnaciones *alternativas* y *preparatorias*.

Reencarnación-alternativa: constituye un apoyo al Espíritu para que él se desvincule de su anterior pasaje por la materia. Una reencarnación-clave que no trajo progreso a la criatura no será fácilmente olvidada. Así, la **reencarnación-alternativa**, en un lugar distante del escenario de sus arraigados desvíos y con

otros seres, posibilita a la entidad en progreso desligarse de sus lazos del pasado, abriendo su campo de actuación para el futuro. Fue el caso de Eustaquio al reencarnar en Brasil.

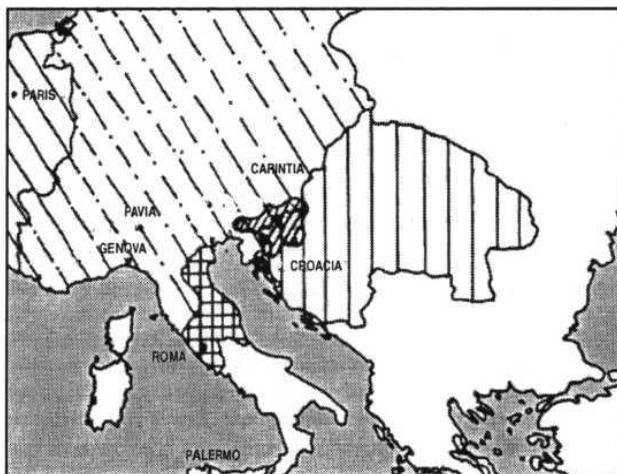
No siempre una única **reencarnación-alternativa** es suficiente para dejar Preparado a un Espíritu a volver a la costra, en la **reencarnación-clave**. Dependiendo, pues, del libre albedrío de cada uno y de su fuerza de voluntad en superar los obstáculos con resignación, podrá o no haber varias reencarnaciones-alternativas.

Reencarnación-preparatoria (o estratégica): realizada la estancia de la criatura en una o más **reencarnaciones-alternativas**, el retorno a la costra terrestre que deberá preceder a una **reencarnación-clave** se denomina **preparatoria**. Lógicamente, el Espíritu, utilizando mal su libre albedrío podrá acumular tantos débitos en una **reencarnación-preparatoria**, que no podrá volver, después, a una **reencarnación-clave**. Entre tanto, por regla, cuando la entidad alcanza la **reencarnación-preparatoria** significa que ha alcanzado un estado razonable de evolución que lo acredita a un retomo decisivo.

No existe, por tanto, una regla absoluta en ese encadenamiento, pues la designación de cada **reencarnación** del Espíritu depende de la concentración de determinados tipos de pruebas y expiaciones que serán enfrentados en la materia. La **reencarnación-clave** tiene elevado número de pruebas y menor número de expiaciones. En las **reencarnaciones-preparatorias** se da al revés (mayor número de expiaciones y menor número de pruebas). Las **reencarnaciones-preparatorias** son equilibradas con semejante número de pruebas y expiaciones, aunque con predominancia de esas últimas.

Eustaquio recibe del *Departamento de Reencarnación* su próxima programación y, resignado, aunque no convencido, vuelve a la carne para cumplir, en la identidad de Samuel, una **reencarnación-preparatoria**.

MAPA N° 4 - EUROPA – ESLOVENIA



- | | | | |
|---|-----------------------|---|----------------------------------|
|  | - ESLOVENIA |  | - REINO DE FRANCIA |
|  | - ESTADOS PONTIFICIOS |  | - SACRO IMPERIO ROMANO-GERMÁNICO |
|  | - REINO DE HUNGRIA | | |

CAPÍTULO XXI

EXPIACIÓN EN ESLOVENIA

Asumido el cuerpo de Samuel, Eustaquio nace en una familia pobre de Eslovenia en el año 970. Sus padres son judíos itinerantes, David y Raquel, muy apegados a los hijos y al trabajo en el campo, pero que no consiguen fijar residencia y pasan la vida viajando por el mundo. En esa ocasión, establecidos en la región fronteriza entre el Ducado de Carínta y el Reino de Croacia, pasan por dificultades materiales de todo orden.

Samuel tiene deficiencia física y es retrasado mental, lo que no le impide el razonamiento, más lo hace más lento. Amparado por la hermana más mayor, Sara, el niño crece sin mayores problemas, aunque entristecido y cargando en el pecho un corazón sin resignación.

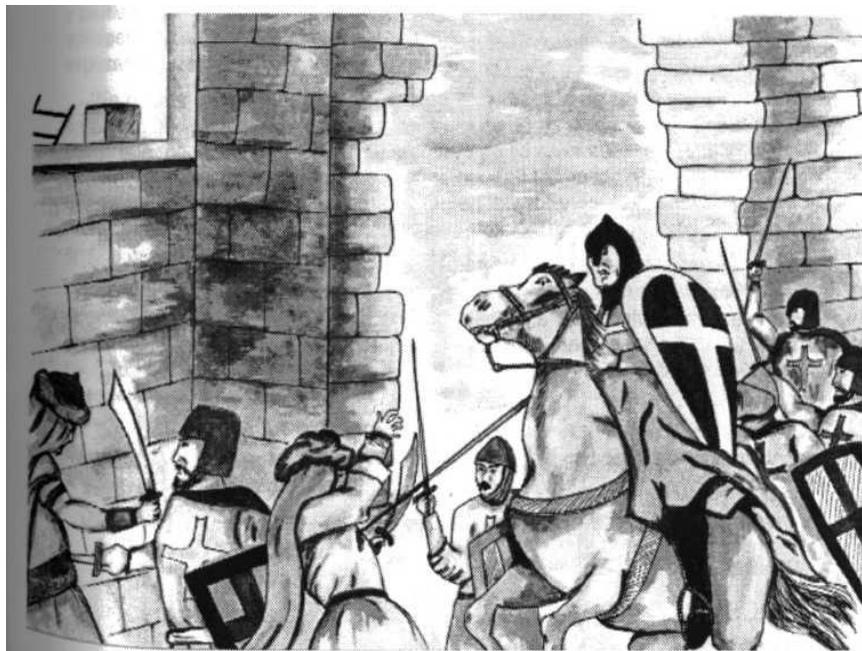
Solamente cuando está en desprendimiento del cuerpo físico, ante la jornada proporcionada por el sueño, él se alegra en contacto con entidades espirituales que lo cercan, sean ellas buenas o malas. Se siente libre de su limitado cuerpo carnal y, numerosas veces, desea no volver a su estado en la Costra, pretendiendo no despertar jamás del sueño que lo envuelve. Sus mejores sensaciones, no obstante, son vividas cuando, en desprendimiento, se encuentra con su amada Nivea. En esas oportunidades, recuerdan juntos algunos aspectos de su pasado en Dijon, resaltándose la necesidad de su vuelta a Francia para rescatar sus deudas.

Largos años de reflexión y sufrimiento causados por la clausura de su débil cuerpo material, repletos de amor familiar, lo acreditan a replantear una **reencarnación-clave**, buscando la tan esperada evolución espiritual.

Desencarna a los 60 años de edad y cruza las puertas doradas de Alborada Nueva, aguardando su más ambicioso proyecto: volver a vivir en Francia y reconstruir su pasado a través de una conducta verdaderamente cristiana.

FIN DE LA PRIMERA FASE

PARTE 2ª
EN REEDUCACIÓN
(1080 - 1502)



CAPÍTULO XXII

CALAIS

-Ah, el mar... Respira hondo, Melanio, y siente la fuerza que emana de sus aguas fogosas para combatir con ferocidad la inercia de las rocas. ¿Ves lo que te digo?

Indiferente a ese sordo monólogo, se coloca fiel al lado de su dueño Patrick, el *retriever* Melanio, un hermoso perro de origen británico.

La tarde era sombría y nebulosa. Calais y sus cercanías asomándose sobre el mar y su comunidad vive bajo la influencia directa de las costumbres inglesas, a pesar de su localización en el continente.

Patrick, joven caballero, con veinte años de idealismos y sueños, admira el mar y sus misterios como si allí estuviese proyectado su propio pasado escondido bajo la furia de las aguas.

-Sabes, Mel¹⁸, si me fuese posible, ¡iría a vivir a Londres. No soporto más esta vida miserable que llevo. ¿Tú vendrías conmigo?

Latidos estridentes suenan por el peñasco concordando con el dueño.

El joven caballero de la región de Flandes trabaja para el duque de Talantois y participa de numerosos torneos conduciendo los bellos caballos del hidalgo. La epilepsia - mal que lo acomete - hace sus días más amargos y derrumba sus esperanzas de progreso y ascensión social.

En uno de los certámenes organizados por el ducado de Talantois, contando con la participación de numerosos nobles de la región, Patrick conoce a Clemence, dama de compañía de la Condesa du Carmier y por ella se apasiona perdidamente. A pesar de ser flaco, el muchacho posee en los ojos un brillo cautivante. Esbozando aires ingenuos y frágiles, pero decididos. La joven se siente profundamente unida a ese hombre que acaba de conocer y horas después ambos cambian los más sólidos juramentos de amor.

Algunas semanas después, se unen en matrimonio y pasan a vivir en la más absoluta felicidad, aunque Patrick siempre manifieste su inconformismo con su precaria situación social. Clemence recibe, entonces, dando a luz a Patrice, una niña de ojos verdes como aquellas aguas del mar que acompañaba los sueños y las reflexiones del padre.

Cierta vez, surge en Calais, Merkon, barón de York y amigo personal del duque, para una visita. Irónico y mordaz, el noble inglés más tarde se implica con el joven acompañante del duque.

-Mi querido duque, observo que continúas dando abrigo a este muchachote... ¿Cómo es su nombre?

-Patrick...

-Pues bien ... ¡Supe que él es un elogiado mozo de caballería!¹⁸

El duque asintió, balanceando la cabeza.

- ¡Es difícil creer en eso! El muchachote es flaquito y tiene un aire un tanto necio. ¿No te parece?

- ¡No digas eso, Merkon! El muchacho está cerca.

presuntuoso, pero sagaz, el noble inglés tiene un plan al provocar de esa manera al poco preparado Patrick y también al ingenuo duque.

-Pobrecillo, él está tan enfermo...

La chispa final es lanzada y Patrick, sin desconfiar nada, se siente herido en sus bríos e invade la conversación.

- ¡Perdón, señores! No debería yo, un simple mozo, que cuida de los caballos, interferir en vuestras conversaciones. Entre tanto, fui agredido en mi honra por el señor barón de York. Quiero deciros que, a pesar de mi enfermedad, puedo perfectamente cuidar de mi servicio...

El muchacho cuenta con la bondad y paciencia infinitas del duque al permitir que un criado se dirija a los hidalgos, normalmente visitantes, de esa forma.

-Nadie cuestiona tu valor, Patrick - dijo el patrón.

- ¡Sí, yo lo cuestiono! Te desafié a probarme lo que hablas con tanta arrogancia en este momento - replicó el noble inglés.

-Así lo haré, señor barón, siempre que mi amo lo permita.

- ¿Qué pretendes con eso, Merkon? - indaga el duque.

-Llevarlo conmigo a Inglaterra y hacer que él entrene a mis animales para el próximo torneo de York.

¹⁸ Nota del autor espiritual: apodo cariñoso de Melanio



DUQUE DE TALANTOIS

Atónito, el duque de Talantois consulta al joven caballero.

- ¿Aceptas ir para las tierras del barón, Patrick?

- ¡Sin duda, señor!

Se lanza a su suerte y el hidalgo visitante consigue su propósito.

Herido el orgullo del muchacho, consigue retirarlo de Talantois a fin de llevarlo a sus dominios para entrenar animales de pura sangre. Clemence, no conforme, llora la partida del marido, pero acepta las líneas que el destino acabara de trazar.



BARÓN DE YORK

CAPÍTULO XXIII

PATRICK EN INGLATERRA

La noche anda lenta y a lo largo de horas sufre violenta tempestad, en cuanto un barco cruza, impaciente, el canal de la Mancha. La tripulación demuestra enorme fatiga, en cuanto el capitán de la nave busca encontrar soluciones para las averías sufridas. Un inmenso *fog* se yergue al frente del navío simbolizando la llegada a Inglaterra. Sensaciones de angustia y arrepentimiento comienzan a brotar, pronto, en el espíritu de Patrick.

Nada podrá derrotarme - piensa conformado.

Airado, el barón determina que todos los criados se preparen para desembarcar. Horas después, la expedición sigue dirección al castillo de York.

La luna se esconde detrás de las nubes, dejando a los viajeros tensos y recelosos ante la oscuridad profunda de la noche. Espantados ellos encienden varias antorchas a fin de encontrar el camino. Los minutos se hacen horas y éstas parecen extenderse como si fuesen días.

Se adentran en un bosque denso y húmedo, donde pequeñas criaturas nocturnas rondan los peligros insistentemente. De súbito, un vértigo descontrola a Patrick, que cae postrado al suelo. El barón, no admitiendo retrasos, comienza a gritar:

- ¡Estúpida criatura! ¡Levántate inmediatamente!

Las rudas palabras de Merkon calan hondo en el interior de Patrick y él retorna, por algunos minutos, al pasado lejano, identificando el mismo tono de voz que un día ya oyera de D. Antonio, en Cosenza. Sin duda, se revelan en su inconsciente el nexo existente entre ambas figuras, pues el barón es, de hecho, la reencarnación del pérfido Don Antonio de Monte Nebrini.

Delirando, el muchacho comienza a gritar:

- ¡No, por el amor de Dios, no me haga nada Don Antonio! Tened piedad...

Confuso y sin entender lo que pasa, el hidalgo inglés determina a los lacayo que carguen a las espaldas al mozo.

-Ya le dije al duque que ese mozo es impresentable... - replica Merkon.

Las órdenes son cumplidas a toda costa y el grupo prosigue el viaje rumbo al castillo de York, llevando inerte el cuerpo del mozo.

A la mañana siguiente, Patrick abre los ojos y a su frente se depara con una mujer gorda y fea, con las manos sobre las caderas, que lo encara fijamente.

- ¿Quién eres tú, dónde estoy señora?

- ¡Vea señor! Un auténtico necio con refinados hábitos... (risas). Estamos en las tierras de York y tú estás confinado en tus aposentos: el establo. ¡Soy Crismania, la gobernanta! Te aconsejo después de despertar que comiences tu trabajo o de lo contrario te quedarás sin comer.

Antes de que Patrick pueda esbozar cualquier reacción, la mujer se da la vuelta y sale. Angustiado, vuelve sus pensamientos para el ducado de Talantois se acuerda de la dulce imagen de Clemence. A su lado, calmándole el espíritu, se encuentra Nivea, su mentora.

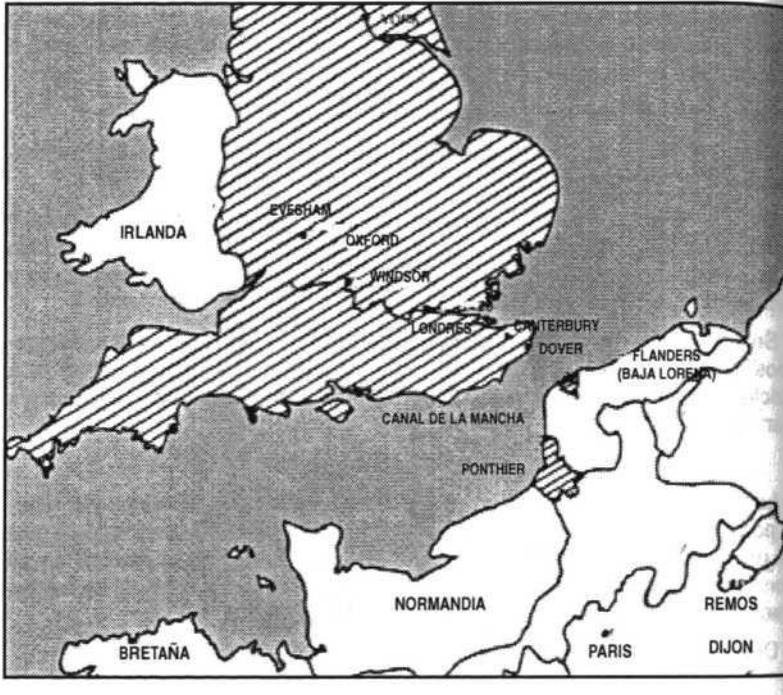
Después de un mes de agotadora actividad, el muchacho percibe que el barón no tiene intención alguna de devolverlo a Flandes. Su aislamiento es casi completo. Ninguna carta recibe de la esposa o del amo. Se desespera.

Indagando a Crismania, tiene conocimiento de los actos de Merkon. Él había escrito al ducado, diciendo que Patrick se negaba a volver y que iba a quedarse definitivamente en su residencia de Inglaterra. Sintiendo prisionero, sabe que su familia va a creer esa versión, pues él siempre tuvo el deseo de residir en tierras británicas. Revuelto, resuelve vengarse de aquel que lo mantiene prácticamente encarcelado en York. Inteligente, se aprovecha de la ignorancia de Crismania y de otros criados, pasando a intrigarlos unos contra otros.

En poco tiempo, la gobernanta se indispone con la cocinera Margot y con el conductor del carruaje, Malcom. Estos, a su vez, creyendo en la trampa preparada por el caballerizo, comienzan, también, a pelear entre sí.

Malicioso y utilizando toda la argucia, Patrick percibe que Crismania nutre un amor platónico por el barón. Aprovechándose de eso, la llama para una nueva conversación cruel.

MAPA Nº 5 – EUROPA REGIONES PRÓXIMAS AL CANAL DE LA MANCHA



DOMINIOS BRITÁNICOS

-(...) ¿Supiste del comentario que corre por el palacio?

- ¿Qué comentario?

- ¡Oh, lo lamento! Pensé que hubieras tenido conocimiento de las intenciones del barón... siento que sea yo el autor de esa noticia terrible.

- ¿De qué hablas, Patrick? Me dejas nerviosa de ese modo.

-La baronesa está pensando tu sustitución... Pienso que descubrió la traición.

- ¿Cómo? ¿Traición? ¡Qué absurdo!

-Todos saben que estás apasionada por el amo, no lo niegues...

Patrick apenas tira la chispa, sin tener certeza de lo que habla, pero Crismenia engulle el cebo y entra en pánico. Sin terminar la conversación, la gobernanta comienza a llorar convulsivamente y se encierra en sus aposentos.

El sol torpemente camina para su rincón, después de largo y cansado día, tapándose detrás de la luna que surge altanera en el cielo de Inglaterra, cuando un grito gutural suena por la pradera. Asustados, los criados del castillo constatan que viene de la biblioteca el grito de pavor. Entrando en la sala, encuentran, de entre finas porcelanas inglesas esparcidas en el suelo, el cuerpo inerte de Crismenia. En su mano aún está el puño de una daga, cuya afilada lamina se encuentra clavada en propio corazón. La gobernanta se suicidará y, delante suya, el barón permanece lívido y estático.

- ¡Esta mujer enloqueció! Entro en la biblioteca llorando y, diciendo que se mataría si yo no la perdonaba, intentó agarrarme a la fuerza... La empujé, con vigor, naturalmente. Sin que pudiese evitarlo, ella sacó un puñal y violentamente lo enterró en el propio pecho. ¡Jamás vi una escena como esa en toda mi vida!

Incrédulo con los hechos que presenció, el barón se explica a los criados. El sentimiento de culpa se expande entre los presentes, cada cual pensando haber, a su manera, contribuido para ese resultado fatal. Tantas fueron las intrigas cultivadas en el castillo en los últimos días que otra no podía ser la consecuencia.

Después de una semana de la muerte de Crismenia, varios empleados dimitieron y dejaron las tierras de York. Patrick, se regocijó, sintiendo que dominaba la situación. En breve, es llamado a la presencia de Merkon.

-No sé qué desgracia abatió mi condado... De repente, varios empleados que hace años me prestaban servicio dejaron sus puestos y desaparecieron. Parece que vivo algún tipo de maldición. Necesito que tú asumas la dirección de palacio, contratando nuevos criados.

-Señor barón, me siento honrado con vuestra confianza, sin embargo...

- ¿Qué quieres decir? ¿Estás reticente?

-Debo volver a Calais a fin de volver a ver a mi familia. Podría, con la debida licencia y sometíendome a vuestra debida comprensión, proponeros un trato...

- ¿Un trato? ¡¿Quieres chantajearme cuando estoy necesitando de tus servicios?!

- ¡En absoluto! Me gustaría nada más volver a casa y podría, de buen grado, ayudaros en este difícil momento, contando con vuestra colaboración después...

- ¡Está muy bien! Reconozco cuando no tengo opción. Tú podrás partir tan pronto la situación esté normalizada en este castillo. ¡Ahora sal! No quiero verte más delante de mí.

Patrick trabaja arduamente a lo largo de un mes y consigue reponer en el condado todos los empleados que dejaron sus puestos. Reorganizada la vida en el palacio, vuelve a la presencia del barón.

-Señor, humildemente, os solicito permiso para dejar York, volviendo a Flandes.

- ¡Permiso denegado! Continuarás dándome asistencia hasta los futuros juegos de Eveshan.

- ¡Hubo un trato, señor! Insisto, con el debido respeto, que sea cumplido.

-Yo fijo las reglas en mis tierras, joven. Confórmate con eso o serás detenido otra vez en tu establo, por tiempo indeterminado.

Airado y sintiéndose traicionado de modo vil, el caballero saca un puñal y, sin vacilar, arremete contra el barón, que se desvía instintivamente. El arma blanca termina alcanzando a Sofía, baronesa de York, que acaba de entrar, casualmente, en la biblioteca. Mortalmente herida, la esposa de Merkon sucumbe delante de los dos atónitos espectadores.

No por casualidad, se repite idéntica situación del pasado distante. Carlo matara a la esposa de Don Antonio. Ahora, otra vez, le asesina a la consorte. Colocados en una situación de riesgo, en vez de rescatar débitos mutuos del pasado, acaban aumentando sus deudas y, según la ley de *acción y reacción*, habrá de reparar el mal que levanta en su camino.

CAPÍTULO XXIV

DE VUELTA A FRANCIA

Después de recorrer, en fuga, los sinuosos y estrechos caminos del inmenso bosque que cerca el castillo de York, Patrick tiene en sus talones perros bravíos, seguidos por perversos mercenarios contratados por el barón para exterminarlo. Consigue, mientras tanto, llegar a Oxford y de allí, asociarse a una banda de contrabandistas de productos orientales, atraviesa el canal de la Mancha, alcanzando Calais.

Finalmente, ingresa en el ducado de Talantois y no tarda en encontrarse con la esposa y la hija. Recibido tiernamente por Clemence, Patrick da explicaciones a todos, inclusive al propio duque. Perdonado por todos, después se reintegra a su antiguo trabajo.

La amargura acumulada en los dominios de York, no obstante, hace nacer en el muchacho sentimientos desequilibrados, ahora de venganza, ahora de maledicencia. Después de tantas intrigas como promovió, no consigue vivir más sin interferir en la vida ajena, causando profundos disgustos en su paciente esposa.

En poco tiempo, se desestructura en su relación conyugal y se entrega a las juergas y a la embriaguez habitual. Se envuelve amorosamente con varias mundanas de las tabernas de Calais y ni incluso las advertencias del duque de Talantois se digna oír.

Su descontrol, seguido lo condena al ostracismo, abandonado por los amigos, condenado por los vecinos y reprendido por el patrón. La familia continúa amparándolo, jamás dejan sentir el pasado. Aunque obtenga en el hogar el amor que tanto necesita, Patrick se deja llevar por el desequilibrado modo de vida que adopta.

Al alcanzar los treinta y cinco años, le acomete un fatal remordimiento, aunque no sienta tener fuerzas para alterar el cuadro de flagelo emocional en que se envolvió. A partir de ahí, sin esperanza de renovación interior, hasta el final de su trayectoria, no consigue desembarazarse del triste camino sinuoso que trazó para su propia existencia.

Desencarna en el 1137, en los dominios de Talantois, en Calais, volviendo a la Espiritualidad con mucho trabajo que cumplir.

CAPÍTULO XXV

DEENCARNACIÓN EN CALAIS

La misma nebulosa del bosque de York, sombría, fría e impasible, recibe a Patrick en el mundo espiritual. Ciego y confuso, permanece algunas horas en estado de inconsciencia. El miedo le domina el ser. Después de algunas semanas en ese estado letárgico, una voz metálica le llama la atención.

- ¡Patrick! ¡Asesino! ¿Qué te hice para merecer tanto odio? ¿Qué males te puedo retribuir para compensar mis sufrimientos?

- ¿Quién eres tú que no conozco? ¿Dónde estoy?

- ¡Soy Minerva!¹⁹ Aquella que a lo largo de los siglos viene siendo atormentada y agredida por ti, imprudente. Dos veces, Patrick, me quitaste la vida material. Ahora, estoy obligada a vagar por esos pantanos sofocantes únicamente por tu causa.

-Se trata de un engaño, señora, yo nunca la vi antes...

- ¡Tal vez no me hayas visto la forma como hoy me presento! Pero fui bella y rica. ¡Sí, poderosa e idolatrada! ¿Te acuerdas ciertamente de la baronesa de York que asesinaste sin ninguna razón? ¿Te acuerdas, aún, de Cosenza, cuando otra vez me quitaste la vida en el Monte Nebrini?

- ¡No es posible! Siento volver mis recuerdos...

-En tiempo preciso, tú deberás acordarte. Hasta allí, seguirás conmigo. Serás mi prisionero y haré que te arrepientas de los bárbaros actos que practicaste.

Volviéndose a sus aliados, Minerva determina que unas *corrientes*²⁰ sean colocadas en el cuello de Patrick, incapaz de presentar ninguna reacción. La Sabiduría Divina permite tales expiaciones, ya que verdugos y prisioneros son víctimas de sus propias acciones pasadas. En cuanto presentan periespíritus densos no tienen condiciones de habitar mundos superiores. Se arrastran por zonas umbralinas, entrechocándose entre sí, hasta estar aptos para un rescate por

¹⁹ Nota del autor material: es común que algunos Espíritus cambien de nombre en la Espiritualidad, como ya se vio en el caso Claudine/Giovanna, cuyo nombre en el mundo espiritual es Nivea. Minerva fue la esposa de don Antonio y Sofia, la baronesa de York, dos veces por tanto asesinada por Eustaquio. De ahí el origen de su odio por Patrick.

²⁰ Nota del autor Material: no se trata de corrientes materiales y sí de formas-pensamientos las cuales son construcciones mentales, ideoplásticas.

mensajeros de alguna colonia.

Años de asedio continuo agotan el ansia vengativa de Minerva, que afloja sus lazos obsesivos, liberando a Patrick. Rescatado, entonces, por Alborada Nueva, vuelve al tratamiento.

-Es bueno tenerlo nuevamente aquí, Eustaquio. ¿Se acuerda de todo lo que vivió? - le pregunta Hilario, encargado de su orientación en la colonia.

- ¡Ciertamente! Comienzo a percibir la gravedad de mis errores. ¿Cuánto tiempo aún sufriré de esa forma?

-No puedo responderle a esa pregunta, pues todo depende exclusiva- mente de su libre albedrío. Usted debe promover verdadera reforma íntima para sentirse renovado espiritualmente.

- ¿Y tendré otra oportunidad para eso?

- ¡Siempre, amigo mío! La ley de la reencarnación nos permite volver a la carne, para expiar errores del pasado y someternos a nuevas pruebas numerosas veces.

- ¿Deberé encontrarme con Minerva?

-Sí. Hay deudas entre ambos que merecen reparación. No fue por casualidad que usted la agredió dos veces en el pasado. Anteriormente, ya había sido por ella atacado. En vez de perdonarla, incluso inconscientemente, usted terminó vengándose. En Cosenza la mató porque quiso. En York por accidente, pero asumiendo el riesgo²¹ de herir a su semejante, terminó asesinándola una vez más. Una regresión más amplia del pasado le permitirá ver lo que le digo.

- ¿Ella sufrirá el mismo proceso?

-Cuando fuera posible, recordará también sus actos pasados. Acuérdesse que lo mejor para ambos es el perdón mutuo.

Acatando las palabras de Hilario y dirigiéndose a la sesión de rememorización, Eustaquio absorbe, inequívocamente, la lección que acaba de oír.

Durante cuatro años, Eustaquio estaciona en un Puesto de Socorro de Alborada Nueva, trabajando arduamente y preparándose para el nuevo retorno a la Costra.

Próximo al momento de la reencarnación, es advertido por Hilario.

²¹ Nota del autor material: mayores detalles podrán ser encontrados en el libro "Conversando sobre mediumnidad - Retratos de Alborada Nueva", capítulo XIV (teoría del riesgo).

-Usted sabe que vivirá una *reencarnación-clave*. Aproveche esa oportunidad impar de rescatar sus errores. Una vez más, su programación será una cuna noble y confortable, pero sus enemigos del pasado allá estarán para cobrarle las deudas. Sepa tener la lucidez para perdonar y no dejarse llevar por influencias negativas. Un eventual fracaso podrá causarle inmenso retraso en su trayectoria evolutiva.

-Oyéndolo, ahora, todo me parece claro e incuestionable. Cuando estaba reencarnado, mientras tanto, siempre me dejé llevar por intereses materialistas. Acabo transformando mi vida en un desatino total. ¿Cómo podré evitar ese desequilibrio?

- ¡Con mucho esfuerzo y fe, Eustaquio! El progreso espiritual es conquistado gradualmente y por acción de su propio libre albedrío. Susténtese en el amor y en la caridad y conseguirá obtener éxito.

La despedida cariñosa de Hilario le dará fuerzas renovadas y, en el año 1147, Dijon, nace el niño Charles, hijo del respetado y temido duque de Bogondier, iniciando una nueva trayectoria por los escenarios de la vida terrena.

CAPÍTULO XXVI

CHARLES DE BOGONDIER

Imponentes torres del majestuoso castillo del ducado de Bogondier rasgan la limpieza del cielo azul y deslumbran a los viajantes que por allí pasan. Dijon no sería la misma si no fuese por los dominios del duque, que marcan sobremanera la vida de los habitantes de la región.

En una de las salas del palacio, varios nobles invitados se divierten molestando al pequeño Charles, un muchacho mimado con siete años de edad. El austero duque, en vez de apoyarlo, participa del menosprecio colectivo contra su hijo.

- ¡No seas débil, Charles! ¡Debes responder a las provocaciones como un hombre!

-Pero, padre mío, yo soy pequeño. Ellos son más fuertes... no sé cómo enfrentarlos.

- ¡Qué bobada! Ya tienes siete años. Con esa edad, yo acompañaba a mi padre en los duelos y le daba total apoyo. No puedo permitir que seas considerado un marica.

Incapaz de responder a la altivez del padre, el niño enviste contra los presentes, en un gesto desesperado. Dominado, acaba herido y parte, lloroso y humillado, para su cuarto.

No hay cariño en el hogar, ni incluso atención por parte de los padres y Charles crece infeliz y consolado sólo por la inmensa riqueza material de su familia.

Educado en el propio ducado por el profesor parisiense Paul de Sarcotian, el muchacho demuestra, precozmente, una inteligencia inusual y extrema dedicación a los estudios. Elige a su maestro como una figura ejemplar, a quien tributa las cualidades de educador y padre. Se dedica a las artes y a la literatura erudita tan pronto llega a la adolescencia.

Indiferente al progreso educacional del hijo, el duque, sufriendo presiones de la hidalguía, resuelve interrumpir las aulas y mandar al muchacho a París para que asuma la carrera militar.

Charles rechaza terminantemente la determinación paterna y lo enfrenta por Primera vez a lo largo de su vida. El duque se sorprende con la contundente posición del joven. En poco tiempo, rumores en la Corte discuten la virilidad del hijo único del noble más rico de Dijon. Se consuela con su profesor.

- ¡No te desanimes, Charles! Tus padres se preocupan con tu futuro y el duque no quiere tu mal.

-No pienso de esa forma, mi querido Paul. Cambiaría toda la fortuna que tengo para recibir un poco de atención de mis padres.

-Tienes razón relativa. El amor es esencial en la vida de los seres, sin embargo, es conveniente que te acuerdes de nuestra jornada efímera por la materialidad. El momento de la liberación llegará y para todos nosotros y entonces podremos buscar, en su entereza, el verdadero sentimiento' que es el espiritual. El cuerpo que poseemos, en esta vida, obstaculiza nuestras sensaciones reales y, a veces, nos falta espacio para obrar como nos gustaría. Una vez liberados de la materia, no obstante, viviremos ampliamente el amor.

- ¡Qué mi padre no te oiga jamás esas ideas sobrenaturales! ¿Tú sabes que la brujería es castigada con la muerte?

-No se trata de brujería. Tengo fe y creo en esos postulados. Aunque, los científicos de la Corte no pueden comprobar la existencia de la vida después de la muerte, Jesús enseñó que su Reino no es de este mundo. Confío, por tanto, que un día la Humanidad tendrá esa prueba. Hasta entonces, mantengo mi íntima convicción.

-Lo lamento, profesor. Aprecio tus aulas y alabo tus conocimientos, pero no creo en la vida después de la muerte y poco simpatizo con la religión. Pienso que las guerras, especialmente las Cruzadas, son fruto del fanatismo cristiano.

- ¡No, absolutamente! No confundas el verdadero cristianismo con aquellos que desprecian las palabras de Cristo y fomentan la guerra. No creo, tampoco, en la necesidad de que exista cualquier tipo de *"guerra religiosa"*. Un acto de muerte, violencia y sufrimiento no puede ser imputado por Dios.

-Puede ser, Paul, pero continúo no creyendo en ese bello mundo de que tanto hablas después de la muerte.

- ¡No te preocupes por eso! Manten, eso sí, los elevados valores morales y una vida honrada. ¿En esos postulados aún crees?

- ¡Ciertamente! Jamás lo olvidaré.

Al alcanzar los dieciséis años, Charles se hace víctima de las maledicencias perjudiciales de los pérfidos amigos de su padre, que le lanzan acusaciones livianas, cuestionando su relación íntima con el profesor Sarcotian. Por haber rechazado la carrera militar, el muchacho es desconsiderado por los hidalgos y vilipendiados en su honra y sexualidad. Ante varios e insistentes rumores el duque se queda trastornado, determinando el inmediato alejamiento de Paul de sus dominios.

No conforme con la brusca ruptura de su amistad con el maestro Sarcotian, Charles sucumbe a una depresión profunda, que lo deja enfermo en el lecho. Nadie

consigue tener acceso al muchacho, encerrado en su cuarto por días y noches seguidas, sin alimentarse y rebelado, tomado por incontrolable ira. Fragilizado, comienza a ser asediado por numerosas entidades inferiores que intentan obsesarlo, transformándolo en una marioneta de sus sensaciones animalizadas. Sin fe y sin creer en los valores cristianos que aprendiera a lo largo de su proceso educacional con Paul, se vuelve presa fácil de sentimientos malignos y se adentra por el camino tortuoso de la cólera y la rebeldía. No satisfecho con la simple expulsión del profesor Sarcotian de sus tierras, el

duque decide exterminarlo, creyendo que es la única forma de contener los rumores maliciosos de la hidalguía imprudente. Envía a su hijo a Londres, retirándolo de prisa de Dijon y determina con sus empleados que apresen al antiguo educador de Charles.

Capturado, Paul es presentado al duque.

- ¡Sois vos el profesor que desvió a mi hijo de la carrera militar, granjeándole maliciosos comentarios en la Corte! ¡Sois vos el causante de la actual enfermedad de Charles, casi irrecuperable, después de haberle separado de vuestras garras! ¿Qué fin merecéis, señor, sino la muerte?

- ¡Señor duque, os ruego! No creáis en las malicias ajenas. Vuestro hijo es inteligente y sensato y jamás quiso enfrentarle al rechazar la carrera militar. Tenía la intención de estudiar en París, perfeccionándose en la cultura de los libros, pensando en respetar profundamente vuestras convicciones y vuestro deseo. Le di lo mejor de mis valores a lo largo de nuestra convivencia y jamás iba a suponer que tantas mentiras pudiesen ser levantadas a nuestro respecto.

-Sois cobarde por no admitir vuestros errores. ¿Pensáis que escaparéis a vuestra pena con tantas justificaciones?

-Sé cuál será mi destino, no importa lo que yo diga. Nada pido para mí, señor duque. ¡Os ruego por el muchacho! Él no tiene culpa y jamás pretendió ofenderos. Déjelo seguir su camino y, puedo aseguraros, que no os arrepentiréis.

- ¡Además de todo, sois prepotente! ¿Queréis, señor profesor, enseñarme a cuidar los intereses de Charles? ¿A mí, el duque de Bogondier?

-Lejos de mi ofenderos. Clamo por vuestro buen sentido y por vuestro amor a Dios. Perdonadme si fallé en alguna oportunidad. Mis intenciones fueron las mejores posibles. Siempre consideré a Charles como si fuese mi hijo.

- ¡Basta! No quiero oíros. ¡Sáquenlo de aquí!

Retirado del castillo, el profesor es llevado por los guardias a un bosque vecino,

donde rigurosamente es cumplida la pena impuesta por el duque. Horas más tarde vuelve a la patria espiritual el mentor Genevaldo, que deja su involucro carnal de Paul de Sarcotian, recibido con alegría por sus compañeros de Alborada Nueva y recordando su misión secular en la orientación y amparo al pertinaz Eustaquio.

CAPÍTULO XXVII

REVIVIENDO EN GRAN BRETAÑA

Despunta altanero en el horizonte de la vida el año de 1171, haciendo vigorosos a los ingleses y fomentando la bravura de los caballeros y nobles de la región de Canterbury. Sombrías previsiones incomodan a Charles, heredero único del duque de Bogondier, al aproximarse a la fecha de su retorno a Francia.

Viviendo en el prospero condado de su tío Heber Roithman, se recupera plenamente de sus traumas del pasado. Hombre hecho, obstinado caballero entrenado por la combatibilidad de los torneos británicos, se siente incomodado por la necesidad de dejar Inglaterra, volviendo a Dijon. El viejo duque, ya en el lecho de muerte, llama al hijo para asumir sus negocios.

-Tú padre convoca al futuro duque a asumir el puesto. ¿Estás dispuesto a hacerlo, Charles?

- ¡Ciertamente, tío! Siento dejarte solo después de estos años de convivencia y amistad.

Sentados alrededor de la abundante mesa, tallada con madera de las más nobles, servidos por primorosos criados, continúan conversando los dos amigos.

-A propósito, el rey Enrique está insatisfecho con la posición de la Iglesia en Inglaterra al oponerse a la nueva constitución. ¿Qué piensas de ponernos de lado de su majestad?

- ¿Cómo podremos estar contra la Santa Iglesia? ¿Hablas en serio?

-Se trata sólo de un rechazo estratégico. El rey está sensibilizado a los cambios. Podremos quedar a su lado ahora y después volveremos a cortejar al obispo. Conseguiremos doble apoyo.

- ¿Qué nos traería de positivo y de rentable una arriesgada postura como esta?

- ¡El dominio de Irlanda! Inglaterra expande sus fronteras. Podrás, tío mío, ser beneficiado con la adquisición de nuevas tierras.

- ¡Eres un brillante orador! Tú padre estaría orgulloso de tus hechos.

-No me hables del duque. Bien sabes que no lo considero como mi padre.

- ¡Olvida el pasado, Charles! Tengo la certeza de que él querría lo mejor para ti.

-Prefiero cambiar de asunto. ¿Cómo te quedarás con mi partida?

-Muy afectado. Me apegué a tu compañía y me entristezco, aunque continúe defendiendo que asumas tu puesto en Dijon.

Emocionado, el conde Herber abraza fuertemente al sobrino, que no deja de corresponder al cariño recibido y, un mes después, el último abrazo es cambiado entre ambos ya con la partida de Charles.

Durante siete años ellos se sintieron felices y cambiaron nuevas experiencias. En cuanto el joven conocía, por primera vez, un familiar que lo respetaba y le demostraba amor, el solitario conde encontró en el joven al hijo que nunca tuvo y quien le daba la esperanza para continuar vivo, nombrándole su único heredero.

La experiencia vivida por Charles en el condado de Canterbury le sirve de amparo sentimental, haciendo frágil un poco su endurecido espíritu, aunque la haya desvirtuado del camino de las artes y del perfeccionamiento intelectual, impulsándolo de vuelta a las armas y a los torneos, lo que, ciertamente, vuelve más oscuro su camino.

CAPÍTULO XXVIII

EN LA CORTE DEL REY FELIPE AUGUSTO

Portentoso séquito acompaña al duque de Bogondier y a su familia rumbo al palacio real. Nadine, una joven de piel blanca, rostro marcado por el sufrimiento y ojos profundos, entristecidos, vislumbra el paisaje calmo e inerte de las praderas. Un aire pesado asfixia el interior del carruaje y Charles se siente cada vez más impulsado a terminar el casamiento interesado que lo unió a esa muchacha, hija primogénita del rico conde de Blois. Los hijos, Charles II y Rubian, se mantienen cabizbajos durante todo el viaje, seguros de que el padre no toleraría un sólo juego a su vista.

Súbitamente, unas trompetas suenan altaneras en los portales del castillo, anunciando la llegada gloriosa del duque, esposa e hijos, y preparando el espíritu del rey que iba a recibir a uno de los más ricos hidalgos de todo el reino.

En el gabinete real, Felipe Augusto convoca al amigo Charles a integrar la próxima *Cruzada* que partirá para Oriente para convertir a los infieles.

- ¡Saludos, mi querido amigo! Llegaste a tiempo de compartir conmigo nuestra futura conquista de Constantinopla. ¿Estáis listo para partir?

- ¡A vuestra entera disposición, Majestad! Estoy envanecido por vuestra invitación al bien de Francia y de los cristianos de Occidente.

El rey organiza otra aventura militar, en la época denominada *Cruzada*, rumbo a Tierra Santa. En cuanto aguarda la partida, Charles disfruta de los beneficios ofrecidos por la Corte francesa.

Indiferente a la familia - olvidándose del sufrimiento que sintió ante el desprecio de su propio padre - impone a los hijos el mismo tratamiento distante que tanto lo desanimó en la infancia y adolescencia. Sigue el camino amargo del desamor. Su casamiento fue fruto exclusivo del interés - representando la unión de dos fortunas de familia - y la esposa Nadine vive distante y solitaria.

Se entrega a momentos de placer y comete excesos de todo orden, sin observar ningún respeto a su posición social o a las advertencias de sus asesores. Se deja influenciar por el asedio constante de criaturas desencarnadas que desean subyugarlo. Se pierde en sí mismo.

Cansada de sufrir el desprecio del marido y sintiéndose públicamente traicionada, Nadine decide poner fin a su situación conyugal.

-Señor duque, creo que necesitamos conversar.

- ¡A vuestra disposición, señora!

-Hace años que arrastramos un casamiento fracasado en su esencia y cuyo inicio fue un lamentable equívoco de nuestra parte. El señor va a partir en la próxima *Cruzada* del reino y, cuando eso ocurra, volveré con nuestros hijos, al condado de mi padre.

- ¿El señor conde de Blois está consciente y de acuerdo con vuestra decisión?

-No lo consulté aún, pero mi decisión es inmutable. ¡Basta de sufrimiento y de humillaciones! Vuestro comportamiento ofende nuestra honra y mancha el buen nombre de mis hijos.

- ¡Qué amargor insano siento en vuestras palabras! ¿No estáis siendo un poco radical, señora?

-Siento sólo, no haberme separado antes. Habría evitado mucho dolor a todos nosotros, especialmente el vejamen al cual fuimos expuesto en la Corte.

-Son apenas falsos rumores... Entre tanto, no pondré obstáculo alguno a vuestras pretensiones. Cuando vuelva de viaje, arreglaremos y formalizaremos el acto de separación.

-De algún modo me siento unida al señor...Noto en vuestros ojos un brillo especial que me encantó en el pasado, como si ya hubiésemos vivido idénticas situaciones... ¡No importan mis impresiones! Espero, sinceramente, que seáis feliz, señor duque de Bogondier. En cuanto a nosotros, os pido, ¡nos olvidéis!

Nadine reascendía en su corazón una impresión verdadera. De hecho, en la distante Francia del Siglo VIII, como Caroline, estuvo bien cerca a Charles, en aquella ocasión como su padre, el conde Giscard D'Antoine. Las líneas del destino se superponen unas a las otras para que exista la oportunidad de reparo entre los seres endeudados. No siempre, sin embargo, son aprovechadas las oportunidades de regeneración.

Cerrada la desagradable conversación, el duque concluyó altivo:

- ¡Sea de vuestro agrado, señora duquesa!

Nunca más volvieron a reencontrarse en esa existencia y postergaron para el futuro la recuperación de los desvíos del pasado.

CAPÍTULO XXIX

LA CRUZADA DE 1189

parados en la inmensa planicie verdosa, bajo un sol orgulloso cuyo dorado reluce en cada una de las millares de armaduras perfiladas lado a lado, están los caballeros franceses que parten para los memorables enfrentamientos proporcionados por los embates religiosos, trabados en la Cruzada de 1189. Galardones fulgurantes fijan sus presencias en los pechos de sus gloriosos hidalgos a la espera de la confirmación del triunfo a ser alcanzado en *Jerusalén* y *San Juan d'Acre*.

Se inicia la marcha de los vigorosos caballos, cuyas patas desmenuzan cada palmo del terreno y ofrecen trayecto seguro a los cruzados, briosos que están por los aplausos recibidos de los conciudadanos que quedan. El destino comienza a trazar una página negra de la historia de la Humanidad, pues los violentos combates trabados entre cristianos y pueblos del Oriente jamás pueden ser considerados "*guerras santas*". La Justicia Divina no aprueba cualquier tipo de lucha armada entre naciones y las *Cruzadas* son fruto de la ignorancia de los hombres de esa época, que intentan imponer por la fuerza de las armas una religión.

Alcanzando *Génova*, después de exhaustivo viaje, los caballeros acampan a los pies de una serpenteante montaña. Rehacen las fuerzas y renuevan sus energías. En cuanto a eso, Charles y algunos compañeros visitan la ciudad. Súbitamente, perciben la presencia de un niño flaco corriendo detrás de los caballos.

¿Qué quieres, muchacho harapiento? - indaga el duque de Bogondier.

- ¡Señor, os traigo un aviso!

- ¡¿Entonces me conoces?!

- Os sigo hace algún tiempo. Prometí a mi abuelo que os encontraría.

- ¿Qué quieres?

- ¿Vas a prestar atención a un desconocido, Charles?

- Quiero saber lo que ese niño tiene que decirme, Alan. ¿Cuál es tu nombre, muchacho?

- Me llamo Max. Soy de Dijon. Me gustaría transmitir un aviso para que no continuéis viaje a Oriente, señor duque. Debéis volver a Francia y abandonar la carrera militar, la cual nunca apreciasteis.

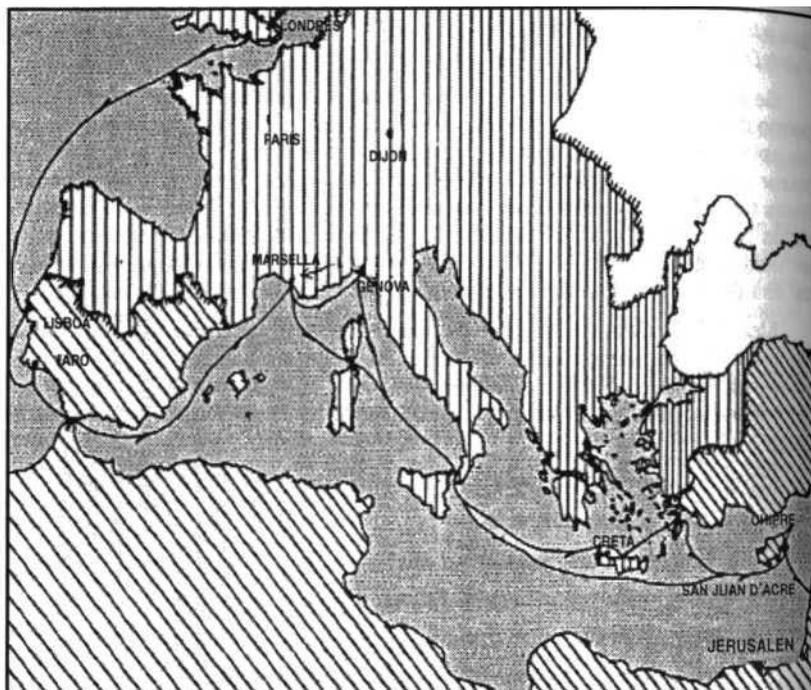
- ¿Cómo sabes eso? ¿Eres, por acaso, un pequeño vidente?

No conforme con la atención prestada al niño, el duque de Valmon y Chapelle interfiere nuevamente:

- ¡Por el amor de Dios, Charles! ¿No ves que estás siendo objeto de bromas de algún plebeyo? ¡Apártate de aquí, niño atrevido o mando a cortarte el cuello!

Los demás hidalgos apoyan la decisión y retiran a Charles del lugar, dejando solo al rapaz.

MAPA Nº 6 – EUROPA - RUTA DE LA TERCERA CRUZADA



• DOMINIOS MUSULMANES

• ESTADOS CRISTIANOS

De vuelta al campamento, el duque de Bogondier percibe que Alan no los acompañó al regreso.

- ¿Dónde está Alan? No lo veo en los alrededores...

-Mira, Charles, ¿entonces no sabes que él no deja tarea inacabadas por detrás?
- concluyó uno de los hidalgos, carcajeando.

- ¿Qué quieres decir con eso?

-Alan debe cuidar del muchacho, como fue posible su atrevimiento.

Desesperado, Charles parte en una precipitada carrera al centro de Génova, donde había dejado al niño. Llegando al lugar, indaga a los habitantes al respecto de Max.

- ¿Estáis buscando al muchacho que hace poco hablaba con caballeros de la Cruzada? - pregunta una genovesa observadora.

- ¡Sí, sí! ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

- ¡Ciertamente! El muchacho fue llevado para aquella casa, a la derecha del pozo existente en la plaza.

Sin siquiera de las gracias, el duque se dirige a la casucha indicada e ingresa en el recinto. Se depara con el niño extendido en una cama, delirando y herido mortalmente.

- ¿Qué ocurrió? ¿Qué hicieron con ese muchacho?

-Él fue alcanzado por la espada asesina de un caballero extranjero...- explica el dueño de la casa.

-Alan... - piensa Charles.

Se aproxima al muchacho, le indaga:

- ¿Quién eres al final? ¿Por qué me seguías?

-Señor duque, es bueno volverlo a ver. Como ya le dije, mi nombre es Max.
Max de Sarcotian.

El duque se estremeció al oír el conocido nombre de familia del niño.

-Tengo mucho (tose) que contaros. Mi abuelo era gran admirador de vuestro coraje, inteligencia y sensibilidad. Os orientó en el pasado y se sentía responsable por vuestro sufrimiento. Siempre deseó explicarse y no tuvo tiempo. Fue asesinado. Mi madre juró que, un día, iríamos, en su nombre, a daros esas explicaciones.

- ¿Cuál es el nombre de tu abuelo?

-Paul de Sarcotian...

- ¡¿El viejo maestro Paul?!

-Él siempre os apoyó en vuestra decisión contra el ingreso en la carrera militar.

Mi madre decía que a él le gustaría veros abrazando las artes y la literatura. La guerra solamente os traería sufrimiento y amargura.

- ¡Es verdad! El siempre habló de eso.

-Mi abuelo (tose) os consideraba un hijo y se sintió infeliz cuando fue separado bruscamente de vuestra orientación.

-Él tenía ideas extrañas...

- ¿Os referís a la vida después de la muerte?

- ¡Exactamente! ¿Entonces ya sabes de eso también?

-Y creo fielmente en las palabras del abuelo...

-No es posible, esas leyendas y supersticiones pasan de generaciones... Yo pensé que solamente Paul creía verdaderamente en aquellas asnerías...

-Señor duque, cumplí mi tarea. ¡Estoy satisfecho! Puedo partir tranquilo. - ¡No, quedarás bien! Mandaré llamar a un buen médico.

-Siento que no es posible continuar más... Pero no guardo rencor alguno, pues sabía que estaría sujeto a cualquier agresión de ese tipo al abordaros.

-Pero yo no determiné que eso ocurriera.

-No importa el responsable. No hay amargura, luego, no debe haber culpable.

En respeto por la imagen de su antiguo maestro Paul de Sarcotian, Charles permaneció a la vera del lecho de Max, acompañándole las últimas palabras. Orando, el muchacho cierra los ojos por última vez. Sus fuerzas se agotan y él se desprende definitivamente del cuerpo material. Patricia - la esposa del general Eustaquio Alejandro Rouanet en el pasado - vuelve a la patria espiritual, recibida fraternalmente por el mentor Genevaldo.

- ¡Sea bienvenida, querida patricia! ¡No tema! Aquí estoy para ampararla en este momento de reintegración a su medio.

- ¡Genevaldo, mi buen amigo! En mis sueños estábamos siempre juntos y, ahora, puedo verlo mejor. ¡Gracias a Dios! Me siento aliviada.

-Usted necesita descansar. Volvamos a Alborada Nueva. Su misión fue cumplida.

La deuda que Patricia asumió en el pasado, en base a su traición conyugal, termina reparada por la fuerza del amor y de la perseverancia.

Una claridad azulada acompaña la partida de los dos rumbo a la Colonia Espiritual, dejando para atrás, confuso y reticente, a Charles de Bogondier, aún envuelto en la senda del error, sin embargo, regenerando poco a poco sus sentimientos.

CAPÍTULO XXX

DESTRUCCIÓN EN TIERRA SANTA

Noble y galardonado, Eustaquio se deja conducir por los brazos del materialismo en su pasaje por la superficie terrestre en el siglo XII. Dijon es su nacimiento y el ducado de Bogondier su fardo. Tiene una crianza refinada y revestida de todos los cuidados posibles para la perfecta formación intelectual de un hidalgo francés, aunque disociado de la ética y de los valores morales. A pesar de eso, evoluciona gradualmente, pero todavía aprisionado por los sentimientos menos dignos.

Sangrientos embates destrozan las aldeas de San Juan d'Acre, en cuanto pérfidos soldados rematan a los seres semivivos extendidos bajo las patas lanceadas de sus imponentes caballos, tal cual fuesen sátiros bebiendo la esencia de sus vidas. Troleos agitan las filas del sultanato, exponiendo las maldades de un pueblo sin educación aún en los preceptos cristianos, pero no menos digno y respetable de lo que los inhóspitos invasores, dominando y doblegando al enemigo por la fuerza de la espada, en cuanto profieren tercamente justificaciones divinas para tales actos nefastos. La guerra religiosa compone un escenario grotesco, ajeno a cualquier enseñanza de Cristo, jamás aceptado por la Superioridad Divina y entrega a rescates seculares, llevando numerosas criaturas a peregrinaciones que remontan a generaciones.

Los nobles de Francia, asociados a los bravos ingleses, imponen fragante derrota al sultán Saladino, que firma un armisticio poniendo fin a la batalla. Charles, uno de los victoriosos, comanda parte del ejército de Felipe Augusto.

Silenciosos y envilecidos, he que los teñidos cielos de la Tierra Santa no aplauden la masacre.

Aprovechándose de la victoria, el duque de Bogondier resuelve, por cuenta propia, asociarse a mercenarios locales, atacar y robar el templo de San Juan d'Acre.

Mirna - nefasta reencarnación de Ana de la distante Cosenza del año 600 - auxilia a Charles en su acto criminal. Para eso, la sierva del templo contrata al vil Rocco, otro peregrino que cruza nuevamente los caminos del duque.

Los tres rateros, comandando un grupo de hombres bien armados, invaden el templo y promueven el aguardado saqueo.

El ansia por la riqueza fácil coloca en riesgo la evolución de millares de encarnados todos los días en el orbe terrestre. Del oro parece emanar una claridad tenebrosa e hipnótica que a los incautos ciega y a los ambiciosos cala. En busca del metal precioso y de las piedras centelleantes del poder y de la gloria, los hombres se matan unos a otros, profanan templos, saquean ciudades, humillan naciones y asestan profundo golpe en sus propias trayectorias de progreso.

- ¡Hombres! ¡Atención! Conforme el plan trazado, cada uno deberá preocuparse con su sección y después de la realización del servicio, el punto de encuentro será el salón principal de las piedras de la corona.

Nadie contesta a la autoritaria Mima y hasta incluso el duque se calla delante de la figura tan prepotente.

Los ladrones recogen lo que encuentran al frente y el encuentro en el salón ocurre minutos después. Rocco, dirigiendo una parte del grupo, llega en primer lugar, seguido de Charles y, finalmente, se adentra en el recinto Mirna, sola y cubierta de joyas.

- ¿Piensas que eres la reina del Nilo, Mirna? - indaga, irónico, el felino Rocco.

- ¡Cállate! Me quedaré con estas joyas para mí, pues el plan no tendría éxito sin mi participación.

- ¡No fue eso lo convenido! No admitiré una división desigual.

Charles observa aprensivo la discusión entre los dos y el brillo de una estrella de lo alto del cielo alcanza una minúscula ventana, en la parte superior de la pared principal de la sala donde estaban, penetrando en el recinto e iluminándoles los rostros. Súbitamente, como hipnotizado, ve resurgir a su frente la imagen de Ana y Filipino, los dos amantes que lo traicionaran en el pasado. Asustado, el duque se refriega los ojos y vuelve a mirarlos. La misma imagen le es mostrada.

Impresionado, el noble francés decide partir inmediatamente, dejando todo lo que almacenara atrás. Inconformes, los mercenarios pasan a pelear entre sí por las riquezas, atrayendo la atención de los guardas del templo que invaden el lugar.

Algunas joyas son llevadas en la fuga precipitada de los desastrados ladrones, aunque la mayoría de los bienes permanecen en el lugar.

Al dejar el lugar del crimen, una flecha perdida alcanza por la espalda al duque de Bogondier, que termina bañado en sangre y queda, inconsciente, en el desierto.

La sabiduría árabe enseña que incluso en el más solitario oasis, confiando en Alá, puede surgir la Mano Salvadora para curar las heridas y saciar la sed de los moribundos. Socorrido por Shalek-AI-Mair, un comerciante de los alrededores, conducido a una tienda, Charles recibe tratamiento y cuidados para recuperarse.

La familia que lo recibe hace oraciones a su dios deseando el pronto restablecimiento del paciente que Alá les confió. Los Emisarios Espirituales de Alborada Nueva, sirviéndose de las vibraciones positivas encaminadas por los corazones sensibles de los árabes que velan al duque, consiguen reanimarlo y él recobra la

consciencia.

-Quiero agradecerlos por los cuidados que tuvieron conmigo y deseo gratificarlos con la cuantía que quisieran.

Shalek, sonriente, niega la oferta y justifica el atendimiento.

-Los pueblos cristianos del Occidente invaden nuestra tierra para convertirnos a vuestro Dios y a vuestra religión, aunque muchos de vuestros soldados no tengan la fe que el pueblo árabe posee. Rechazamos vuestra recompensa porque tratamos a cualquier herido que surja en nuestro camino por un deber de solidaridad y fraternidad que los pueblos del desierto aprenden, desde pronto, a cultivar. Sois noble y rico invasor y no deberíais recibir cualquier consideración por nuestra parte. Entretanto, sois también un ser humano y merecéis, por eso, nuestro auxilio.

- ¡Sois bueno e inteligente! ¿Cómo puedo llamarlos?

-Soy Shalek, el comerciante.

- ¿Entonces no conseguisteis aún vislumbrar el bien que la Santa Iglesia busca hacer a vuestro pueblo?

- ¡Estáis ciego, caballero! No hay bien alguno en destruir villas enteras y matar a nuestro pueblo. No hay religión en el mundo que merezca sustentarse en tantas e inútiles muertes. Solamente la paz universal entre los pueblos podrá volver al mundo en que vivimos más fraternal. Esa es la voluntad de Alá y, creo yo, de vuestro Dios también.

Callado, Charles oye las lecciones de Shalek, torneadas en la sabiduría de las naciones árabes peregrinas que habitan el desierto de San Juan D' Acre.

-Soy agradecido a vuestras ayudas y debo partir. Mantengo mis posiciones, pero iré a reflexionar al respecto de lo que me fue dicho. ¡Tal vez tenga alguna razón!

-Extranjero, no debéis aguardar el momento de vuestra muerte para descubrir la verdad de lo que os hablo. Volved vuestro corazón más complaciente y sed solidario con vuestro semejante, antes que sea demasiado tarde para vuestro cansado espíritu.

Shalek habla con la autoridad de quien conoce a Eustaquio hace muchos años, aunque no sea menos verdad que en su camino acabara de cruzarse uno de los Mensajeros de Alborada Nueva, que está reencarnado en misión de amor por las desiertas tierra orientales. Ciertamente inspirado por los Mentores presentes, el árabe transmite a Charles exactamente el mensaje que su Colonia Espiritual desea

hacer oír y comprender.

Un afectuoso abrazo marca la despedida de los dos y el duque jamás olvida al amigo que le salvó la vida en la distante San Juan D'Acre.

En el transcurso de vuelta a Francia, medita al respecto de las palabras fraternas que oyó de Shalek y pasa a reflexionar al respecto de su propia existencia, tan vacía y a veces mezquina y superficial.

CAPÍTULO XXXI

FINALIZANDO LA JORNADA DECISIVA

El resplandor de una gigantesca lámpara de cristal llena toda la imponente sala principal del castillo ducal de Bogondier. Finos terciopelos bretones, en la tonalidad del vino de Bordeaux, cubren el rico mobiliario, tallado en madera noble tratado por respetados artesanos. Cada pieza decorativa del castillo representa una parcela de la historia de Francia y posee calor histórico incalculable. Reina, absoluto, entre la riqueza del ambiente un leopardo de granito, símbolo de la valentía de la familia y sustentáculo del brazón platinado del clan secular del ducado incrustado en su pecho e izado por cadenas de plata. A su lado, dos lanzas con las puntas de oro aseguran una bandera pequeña doble representativa de los títulos del Condado de Canterbury, herencia del viejo tío Heber Roithman.

En el centro de esas reliquias tan valiosas, se encuentra, pensativo, absorbido por las reminiscencias, el duque de Bogondier. Aislado del mundo, hace semanas está postrado en una de las butacas en frente de la chimenea, sin ningún contacto con el mundo exterior. Hace algunos años que no participa más de la vida liviana de la Corte, ni tampoco se envuelve en las cuestiones políticas del reino.

El viento agita las banderas esmaltadas y frondosas que bordean en el ambiente, simbolizando las glorias de una carrera construida al sabor de los intereses materialistas. Tantos combates y vidas solapadas, tanto dolor y la angustia del fracaso espiritual le causan el temor inconsciente de enfrentar el Juicio Divino al respecto de su existencia patética. La depresión invade su alma y recrudece la inquietud de su conciencia. Hace diez años que había abandonado las armas.

Charles vive de recuerdos, acordándose de su participación activa en una de las más importantes *Cruzadas* enviadas por el Occidente a Tierra Santa. Participara de la conquista de San Juan D'Acre y se granjeó respeto y admiración entre los soldados. Volvió a su país para recibir los honores de su fama. Envidiado, se descuidó de sus enemigos y, en poco tiempo, comienza su declive.

En la época en que los reyes Felipe Augusto de Francia y Juan de Inglaterra disputaban tierras y cuestiones de fronteras, en el siglo XIII, el duque de Bogondier, que también recibiera en herencia el condado de Canterbury, en Gran Bretaña, decidió apoyar a las dos partes en la disputa. Delatores en la Corte francesa cuidaron de intrigarlo junto a Felipe Augusto y la amistad de muchos años se

arruinó.

En 1214, vencido en la Batalla de Bouvines, el rey inglés perdió el Condado de Poitou y el Ducado de Guiena, enfrentando serios problemas internos en su País, que lo llevó a capitular ante la Carta Magna, impuesta por los barones en 1215. En esa ocasión, ciego de furia, el barón de Windsor expulsó a todos los servidores del castillo de Charles, en el Condado de Canterbury, terminando por usurparle los dominios. De nada sirvió su acuerdo con el enflaquecido rey Juan y ni incluso la fuerza del soberano francés le sirvió, he que está revuelto con su Postura doble durante la disputa.

El ostracismo le toca las puertas y sus amigos más próximos no lo buscan Su nombre fue olvidado por el rey y su castillo en Bogondier se constituyó su único refugio.

Poco después, Charles se deja obsesar por criaturas de las tinieblas y termina dominado por sus verdugos del pasado. Habla solo y pasa horas vagando por la casa sin noción del tiempo. Se olvida de los hijos y de que, un día, tuvo una vida gloriosa.

Alcanza los límites de la subyugación y lenta, pero gradualmente, va cediendo a los intentos de las entidades obsesoras que planean llevarlo al suicidio. Colocando fin a la propia vida sería arrastrado a las más profundas zonas de oscuridad y estaría a merced de Espíritus crueles, lejos del amparo y de la protección de Mentores de Alborada Nueva.

En 1216, desencarna con el estómago quemado en brasa, por la fuerza devastadora del poderoso veneno, Eustaquio Alejandro Rouanet, desnudándose de sus títulos y riquezas para abrazar un ropaje insólito y decrepito, propio de los imprudentes del destino y errantes de la senda del bien.

CAPÍTULO XXXII

LAS CONSECUENCIAS DEL SUICIDIO

En el abismo tenebroso de los suicidas, aullidos guturales y sombríos son oídos en todo instante, en cuanto la variación entre calor y frío, angustiando a los habitantes de la región, son frecuentes. Las entidades no consiguen ver absolutamente ninguna luz y viven una sensación de caída constante en el tiempo y en el espacio. El aire parece viciado y pútrido. Figuras horrendas y deformadas vagan por la oscuridad, sin rumbo y sin esperanza. Súbitamente, flamean las más grotescas llamas del fuego que transforman el lugar en una enorme fogata, casi sin condiciones de soportarlo. Aun así, permanecen las tinieblas y el sufrimiento es inevitable. Poco después, un frío congelado invade el ambiente, sin proporcionar un minuto de sosiego a los seres que se acomodan en cavernas para intentar un reposo, prácticamente imposible en esa región.

Infelices criaturas se carcajean de la propia desgracia escenificando un cuadro pesimista y lúgubre. He ahí la representación más próxima del *llanto y crujir de dientes*.

En ese ambiente hostil se encuentra Eustaquio, entre los suicidas y los dementes, vagando sin rumbo por los rincones fétidos de la oscuridad sin piedad de las fosas umbralinas. Regenerándose en la convivencia obligatoria con seres del mismo estadio vibratorio. Sufre como nunca había experimentado antes, sin embargo, depura poco a poco su enfermo periespíritu. Día tras día, *durante 70 largos años*, el suicida que ya fue noble y famoso, expía errores graves de su sombrío pasado.

Después de extenso estadio en las cavidades de las zonas abismales, Eustaquio pasa a vivir en un valle semejante a un cráter de un volcán inactivo, cercado por montañas rocosas y sin ninguna vegetación. Alguna luz era ya posible de ser visualizada para aliento de algunos y temor de otros que se acostumbraron a la ceguera. El ambiente es árido y el clima se mantiene más constante y caliente, imperando el aire limpio más estable, aunque desagradable. Permanece la falta de noción al respecto del tiempo y del espacio. Los Espíritus vagan en un latente estado de sopor y somnolencia, culminando en un malestar generalizado y perenne. Los suicidas se aglomeran en esas montañas, sin ninguna organización o liderazgo. No hay construcciones o proyecciones mentales que simulen ciudades. En agonía

profunda, caminan en el antro a que fueron lanzados por el mal uso de su libre albedrío, llevado a las últimas consecuencias. Poseen sensaciones de hambre y de sed, tal como si estuviesen encarnados, lo que les agrava el estado de ansiedad e insatisfacción.

Fisionomía enferma, un poco más consciente, aunque rebelde, Eustaquio inicia una retrospectiva de su pasado. A su lado, pasean, despreocupados, suicidas que se dejaron aprisionar en un involucro periespiritual deformado y monstruoso, formando un universo dantesco. Su llanto y su tristeza, en esa región, constituyen parte del escenario, de modo que sus lamentos no son oídos por ninguna criatura.

Transcurren años en ese proceso, cuando le surge en la conciencia la vena activa del remordimiento, iluminándole algunas ideas y debilitando su corazón. Continúa, no obstante, sintiéndose víctima de la injusticia.

Fatigado de remordimiento, todavía nutriendo mórbidos pensamientos, se siente incapaz de alterar su precaria situación.

Avanzando en sus reflexiones, percibe que ya vivió iguales sensaciones terribles en su pasado y concluye que está siendo castigado por actos precipitados que haya practicado. Comienza a regenerarse.

Eustaquio, transcurrida siete décadas, cansado de sus sufrimientos, rehecho de parte de sus inconformismos, eleva por algunos minutos su pensamiento a aquel que, un día, le sirvió de ejemplo y amparo, en su infancia y adolescencia en Dijon y se acuerda de la figura tierna y amorosa de Jesús, retratado fielmente por las enseñanzas provechosas de su maestro Paul. La oración es sencilla, pero sincera. Consigue establecer comunicación con el mundo exterior.

Auxiliado por un grupo de oraciones de la ciudad de Lyon, que acostumbra a reunirse en una vieja iglesia para discutir bellas lecciones del Evangelio, Eustaquio consigue desprenderse de las cadenas oscuras del umbral. Un camino de luz invade las tinieblas de su corazón, en cuanto los encarnados oran a Jesús por las almas errantes y por los hermanos sufridores. Mentores de su Ciudad Espiritual obtienen autorización para rescatar a Eustaquio. El parte, feliz, para

el Puesto de Socorro de Alborada Nueva²².

²² Nota del autor material: a la par de los rescates directos que se hacen actualmente en las reuniones espiritas en todo el Globo -de forma ostensiva y por intermedio del mecanismo de la incorporación- existen los rescates indirectos que ocurren, a veces, con el apoyo de las oraciones y vibraciones sinceras que se puedan dirigir a lo Alto, en cualquier culto y que representan uno de los importantes aspectos de interacción entre los dos planos de vida.

En un ambiente brillante, él despierta del sueño profundo y recibe, de pronto, la agradable visita de una enfermera.

-Eustaquio, mi buen amigo, ¿cómo se siente hoy?

- ¿Rosana? ¿Cuánto tiempo hace que no la veo? Me parece solamente unas horas...

-Podemos decir, sin duda de errar, que algunos siglos pasaron desde nuestro último encuentro. Usted fue rescatado en 1286. Por su ficha, el caso fue grave y su sufrimiento bastante intenso. Por eso, ya está aquí con nosotros hace *cinco años*. Solamente ahora tuvimos autorización para retirarlo de la cámara. Observo que su preparación mejoró y su capacidad de memorización y entendimiento está más agudizada.

-Estoy feliz de estar de vuelta.

Ingresa en el cuarto el Dr. André, médico del Puesto de Socorro n.5. - (¡Eustaquio! Percibo que la presencia de Rosana le sirve de bálsamo... ¿Vamos a caminar un poco? Precisamos charlar.

Instalado en una silla magnética fluctuante, parando a veinte centímetros del suelo, Eustaquio es conducido a una sala y colocado de frente a la inmensa ventana de donde puede vislumbrar todo el bello jardín del Puesto.

-Hace tantos años que no veo una obra tan magnífica de la Naturaleza. ¡Las flores coloreadas y el verde de las hojas son deslumbrantes! Es una pena que no podamos valorarlos cuando los tenemos en nuestras manos.

-Acuérdese que estamos, aún, en zona umbralina densa, aunque en un Puesto avanzado de nuestra colonia. En Alborada nueva, los colores son más vivos y brillantes y se respira un aire más puro y revitalizante.

- ¡Es verdad! ¿Cuándo podré seguir viaje hasta la ciudad?

-No hay posibilidad de retorno a la Colonia, Eustaquio. Usted deberá reencarnar inmediatamente, partiendo de aquí en busca de una nueva vida, a fin de regenerarse. Acuérdese que sus errores fueron muy graves en la última existencia.

-No me siento preparado para volver, Dr. André. Creo que será innecesario. De ninguna manera.

- ¡No hable así, Eustaquio! Ninguna criatura de Dios esta irremediamente equivocada. Todos tienen posibilidades de recuperación, sólo basta aprovechar la oportunidad que la reencarnación proporciona.

-Pero yo no consigo cambiar mi comportamiento. Cuando vuelvo al plano

material me siento prendido a mis vicios de siempre.

- ¡Calma, amigo mío! La Sabiduría Divina nos prepara muchas veces un escenario apropiado a nuestras protestas y nos auxilia a errar menos.

- ¿Cómo es eso?

-Usted volverá a la carne, Eustaquio, aunque esta vez lejos de la riqueza y del poder, sus fuentes de mayores desvíos. Tendrá menos oportunidad de errores y podrá ejercitar mejor su libre albedrío.

Algunos meses antes de reencarnar, Eustaquio, asiste a las charlas en el auditorio del puesto de Socorro, teniendo a su lado a Rosana y Anita, dos enfermeras que le siguen el tratamiento. El tema del encuentro es el suicidio. Los Espíritus presentes oyen atentos las informaciones que son dadas por los orientadores. Al final, cada uno de los participantes - todos dejaron los lazos de la carne poniendo fin a la propia vida - recibe una minúscula caja de cristal, donde consta, en su interior, la anotación del tiempo que faltaba en la Costra para la desencarnación natural que fue frustrada por el suicidio. Atónito, Eustaquio constata que, en su caso, *le faltaban ocho meses para dejar el plano material*. Lloro y es amparado por Anita, dejando el auditorio. Se acuerda del inmenso sufrimiento que vivió en el umbral y se promete a sí mismo no volver jamás a aquella situación angustiosa en las zonas tenebrosas.

Se siente cada vez más preparado para dejar el plano espiritual, abrazando la trayectoria que lo aguarda.

En 1291, revigorizado espiritualmente, reencarna consciente de la responsabilidad de estar iniciando una *reencarnación alternativa*.

CAPÍTULO XXXIII

REDIMIENDO SU PASADO

Una joven flaca con catorce años de edad, cuerpo escuálido y piernas delgadas, rostro moreno y abatido por los intensos rayos del sol de San Juan de D'Acre, vistiendo ropas harapientas y sucias, arregla sus cabellos ralos y negros, en cuanto camina por las márgenes de un riachuelo, soltando suspiros y llorando de vez en cuando al constatar tanta miseria y sufrimiento. Siguiendo el curso de las aguas, se aproxima a una ciudad donde debería encontrarse con su padre, un vendedor ambulante, ladrón y de mal carácter, que tiene el hábito perverso de intentar seducir a su propia hija.

Eustaquio, ahora viviendo en el cuerpo material de la jovencita Ádila, vive una peregrinación de rescates, que va al encuentro de los males causados en el pasado contra muchos habitantes de la ciudad de San Juan d'Acre. Se siente injustamente tratada por el destino; por demás, un sentimiento común a la mayoría de los encarnados que no están aún aptos a soportar, con resignación, la trayectoria que les fue trazada con sabiduría por el Plano Superior.

En busca del padre, atraviesa los corredores estrechos del centro urbano y percibe, detrás de sí, un tropel de caballos despuntando en el horizonte. Se inicia una gritería desesperada y las familias recogen a sus hijos, pues los mercenarios del desierto avanzan por la ciudad. Aterrorizada, Ádila busca esconderse dentro de unas enormes cavidades de una barraca del mercado, pero ya fue vista por uno de los caballeros. El turco, lanzando la espada contra su escondrijo, destrozó el lugar y se llevó a la niña, echada en la grupa del caballo. Abandonan rápidamente la urbe saqueada y se dirigen al desierto para contar las riquezas que consiguieron robar.

A la noche, alrededor de una hoguera, los ladrones se reúnen, presentando al patriarca y líder del grupo, Khalik, los valores deseados. En especial, los tres hermanos, Nabal, Abdul y Chakar dividen el espolio del saqueo y disputan a la muchacha Ádila, ahora transformada en esclava. El vencedor pasaría con ella la noche.

- ¡Yo fui el mejor saqueador de la ciudad! Me cabe a mí el derecho de escoger.

- ¡Cállate, Abdul! Nuestro padre, el sabio Khalik, sabrá ver en las riquezas y en las joyas que yo traje el mejor triunfo de la misión. A mí, me cabe quedarme con la niña.

- ¡Ni Nabul, ni Abdul! Yo traje la mayor parte de los alimentos y de las piezas que conforman vuestra riqueza, padre mío.

. En cuanto el viejo turco observa la disputa de los tres hijos, la muchacha Adila, con pavor, cuenta los minutos en que será entregada a uno de los mercenarios.

Abdul vence en la contienda y sigue con la muchacha para su tienda. Violada por el raptor, Ádila no consigue ni gritar, tal es el odio que penetra en su corazón. Estirada en el lecho, pierde el sentido.

Horas más tarde, se sirve de ella el segundo de los hermanos, Nabul. La violencia de los seductores le provocan heridas en todo el cuerpo. Desmayada, casual amanecer, es recogida en los brazos por Chakar, que decide no violarla. Apenado ante la brutalidad de los hermanos, el más joven de los turcos lleva a la espalda a la muchacha de vuelta a la ciudad, abandonándola en un callejón del centro.

Meses más tarde, ella percibe que se ha quedado embarazada, víctima de la violación que sufrió. Enloquecida, busca apoyo familiar, pero solamente encuentra desprecio y agresiones por parte del padre viudo y rencoroso. Los hermanos la castigan, aislándola, pues no creen en la versión del rapto. Así transcurre la gestación.

Sola, en las márgenes de uno de los más bellos ríos de la región, en cuanto cuida de sus quehaceres domésticos, siente contracciones violentas y se desmaya. Vuelve en sí momentos después y percibe que está ya en proceso de parto. Atónita y afligida, se coloca de cucullas y presiona el vientre con sus manos. Recibiendo el auxilio de la Naturaleza Divina, minutos después se coloca a sus pies un niño lloroso con ojos desorbitados, que necesita de los cuidados maternos. Tomándolo en los brazos, Ádila se siente, por primera vez en su vida, feliz.

En su casa, no obstante, todos la repudian y maltratan a su hijo, casi llevándola a la locura. Agredida y ofendida, la niña no resiste y termina dando a la criatura a un comerciante de San Juan D' Acre.

Sofocada dentro del hogar, Ádila es asediada sexualmente por el propio padre a los dieciocho años. Rechazándolo, despierta la ira en el padre, que termina vendiéndola a los mercaderes de esclavos. Prisionera y con cadenas, la muchacha vaga, por varios años, sin rumbo definido.

Pasando por numerosos propietarios, acaba en la residencia de un matrimonio de tejedores, cuya mujer, Mariala, siente un gran cariño por la recién adquirida esclava. Sus años comienzan a mejorar.

-No debes guardar tanto rencor en tu corazón, Ádila. A tu lado está el Espíritu del Bien, que cuidará de protegerte los pasos. Es mejor perdonar a aquellos que te hicieron algún mal que sentir odio por ellos. La rabia angustia y sofoca el corazón,

-Señora, sois buena para mí. Entre tanto, poco me resta en esta vida a no ser el odio que mi corazón guarda, perenne e inmortal. Me siento protegida únicamente por mi rencor. No consigo tener otra idea para mi destino.

- ¡Estás equivocada, hija mía! Amar a nuestros semejantes es la mejor lección que podemos sacar de los libros sagrados del Islán. Mi espíritu esta siempre preparado a sufrir injusticias porque creo que esta vida es pasajera. Un día, nos habremos de liberar.

-Hablas como si fueses esclava como yo. Nada es peor que una vida reclusa y humillante como la mía.

-Ya cuidé de eso, Ádila. Mi marido te liberará dentro de poco. Podrás seguir el rumbo que quieras.

-Sois muy bondadosa conmigo, señora. Jamás podré agradeceréoslo.

Cumplida la promesa, la muchacha percibe que, incluso sin las cadenas de esclavitud, lo mejor para su vida es permanecer al lado de la patrona Mariala. Solamente cuando su ama muere, dejándola sin el cariñoso amparo de fraternales palabras, ella decide partir de San Juan D'Acre y va a fijar residencia en Jerusalén.

Escarpado promontorio sirve de paisaje permanente a una villa en los alrededores de la ciudad. Repleta de culpas a expiar y heridas a cicatrizar, Ádila se acomoda en una pequeña choza, construyendo allí una vida solitaria y amargada y ayudando a las familias de la región en las pequeñas tareas del hogar. Los tapices que aprendió a hacer con Mariala constituyen la renta que le permite sobrevivir. Con veintinueve años, marcada por el odio, ella rechaza cualquier tipo de relación amorosa.

Se arrastran los años lenta y vagamente como si la vida fuese intemporal. El corazón le determina una reacción cotidiana contra la languidez de sus sentimientos, aunque su fuerza de voluntad esté prácticamente reducida a cero. Percibe a cada amanecer la falta que su hijo le hace y se arrepiente de haberlo entregado, aún bebé, a extraños. El único consuelo de su espíritu es recordar los buenos momentos con la ama Mariala, que le pasó buenos y óptimos mensajes al respecto de la vida.

Madura, pasa a dedicar su tiempo con pequeños auxilios a los vecinos, cuidando de sus hijos cuando salen de viaje o al trabajo. Amalgamada con el dolor, no obstante, no se vuelve buena compañía para los niños, a pesar de intentar ser agradable y

dedicada.

A los cuarenta y dos años, enferma y permanentemente solitaria, ella parte de Jerusalén para el mundo espiritual, dejando detrás de sí una vida entera de expiaciones.

CAPÍTULO XXXIV

EN TRANSICIÓN

Descansa Eustaquio, aún en la forma periespiritual de Ádila, en las cámaras rectificación del *Puesto de Socorro nº 5*. Ante su estado de revuelta e inconsciencia, alcanzados a lo largo de su última existencia material, se siente mejor Manteniendo ese cuerpo, usando la fuerza de su mente para moldear el periespíritu.

Una vivencia en un estadio determinado por la *Coordinadora General* y la nueva programación de reencarnación comienza a ser trazada independientemente de su voluntad.

Interfiriendo por él, ingresa en el *Edificio Central* su mentor Genevaldo.

- ¡Agamenón, nuestro querido líder! Vengo a su presencia a fin de conseguir autorización para encaminar el caso de Eustaquio a la *Unidad de la Divina Elevación*. Conversé con nuestros compañeros del *Departamento de Reencarnación* y ellos también opinaron por la consulta. Al final, su último pasaje por la Costra, a pesar de tantas expiaciones, tuvo pocos éxitos en su progreso espiritual.

-Usted tiene razón, Genevaldo. Como encargado que es del acompañamiento del hermano Eustaquio, debe buscar todo el auxilio posible para orientarlo bien en esa jornada tan importante para su evolución. Además de eso, nosotros ¡remos, de hecho, a consultar a la Unidad y, en base a su petición, abreviaremos ese tiempo.

Cada programación de reencarnación recibe orientación final de la *Unidad de la Divina Elevación* y Alborada Nueva, a través de su *Departamento de Reencarnación*, sigue siempre los Designios Superiores.

Cuando el Espíritu está preparado para escoger el camino que pretende trillar, participa de ese proceso selectivo y, ejercitando su libre albedrío, adopta un trayecto que irá a desenvolver en la costra terrestre. No siempre podrá hacerlo y, como ocurre ahora con Eustaquio, recibe una programación *determinada* por lo Alto, volviendo a la carne a cumplirla.

La consulta realizada a los Emisarios del Plano Mayor, a través de la *Unidad de la Divina Elevación* indica una reencarnación preparatoria, pues Eustaquio ya tendría condiciones de, en un futuro no distante, volver a vivir una *reencarnación clave*.

- ¡Agamenón, estoy de vuelta! Hubo respuesta a nuestro cuestionario. Eustaquio volverá aún en cuerpo femenino y nuevamente en precaria situación financiera. Constituirá familia en el Sur de Italia y deberá recibir como hijos a sus

verdugos del pasado. Estaremos dispuesto para ampararlo en aquello que él necesitara.

- ¡Que el deseo de lo Alto sea cumplido a toda costa! Cuidaremos de todo. Solicite al Dr. Euclides que prepare la desincompatibilización de Eustaquio de las cámaras de sueño profundo. Iniciemos el proceso de reencarnación.

CAPÍTULO XXXV

REEDUCÁNDOSE

En 1339, Eustaquio vuelve al plano material. La niña Mirandela nace en un hogar conturbado, en la ciudad de Palermo, en Sicilia, sur de Italia. Es la séptima de los hijos de un matrimonio grosero y materialista, también miserable.

Rígidos en el tratamiento mutuo, sus padres Francesco y Carmen no se entienden y descargan en los niños la ira y la cólera que el uno posee contra el otro. Aún en fase de lactancia, Mirandela ya vive las peleas entre los dos, asistiendo a todo silenciosa, en los brazos de su madre.

El cariño y el amor son sentimientos raros en la familia y solamente Eunice, la hermana más mayor, consigue distribuir a todos una sonrisa permanente, calentando el corazón de los pequeños hermanos.

Los años transcurren corriendo y Mirandela se transforma en una adolescente sagaz y dueña de una belleza crisálida, que todavía está por aparecer. Esclavizada por el autoritarismo de los padres, ella trabaja incesantemente en la siembra, pero conformándose teniendo por ejemplo a la dedicada Eunice que aún encuentra tiempo de vivir una religión y agradecer a los progenitores.

-Papá y mamá quedarán contentos hoy. Conseguimos coger todo lo que prometimos. Estoy muy feliz, pues aún tendré tiempo de ir a misa. ¿Vienes conmigo, Mirandela?

- ¡Mira, Eunice, eres una santa! Después de tanto trabajo yo quiero ir para la cama. ¿Para qué rezar? El padre Antonio no conseguirá aplacarte el cansancio.

- ¡Sólo estoy físicamente exhausta, hermana mía! Espiritualmente, enfrente cualquier trabajo.

- ¿Y existe alguna diferencia?

- ¡Está claro, Mirandela! El cuerpo es independiente del alma. Cuando morimos, nuestro espíritu se libera y jamás se cansa. Está activo y bello, listo para ir al Reino de Dios.

- ¡Tú eres buena, Eunice! Crees incluso en los sermones del cura. Mejor así... No sufres con nuestra miseria y con nuestro sufrimiento.

-El sufrimiento no debería existir. Nuestra vida aquí es pasajera. Estamos apenas construyendo nuestro futuro. Yo me siento muy feliz en tenerte como hermana y no siento rabia de nuestros padres. Ellos hacen todo lo que pueden por nosotros.

- ¡Bobadas! Ellos son perezosos y tuvieron hijos solamente para esclavizarlos.

- ¡No digas eso! ¡Dios castiga! Debemos respetar y honrar a nuestros progenitores. Mas, Mirandela, te lo pido otra vez, ¿vamos a misa?

-No puedo negarte nada. ¡Está bien! Yo voy.

Su aprendizaje con la hermana mayor y experimentada, guarda momentos de profundo respeto y desprendimiento. Ambas conviven juntas mucho tiempo y cuidan de los otros cinco varones de la familia descontrolada. Cada vez más ligada a la iglesia local, Eunice se dedica también a la caridad con los habitantes de la región, dejando su familia en los momentos en que descansa.

- ¡Eunice, por el amor de Dios, deja de lado las tareas que andas realzando! ¡Estás adelgazando a ojos vista! Además de cuidar de nuestra casa, ahora decides hacer caridad a extraños. Tu salud es precaria.

- ¡Mira, Deliña²³, deja eso! Estoy acostumbrada. Dios nos manda practicar la caridad y yo me siento muy bien cumpliéndole los designios. Nada de malo sucederá, ¡puedes creerlo!

A mediados de 1357, en una sofocante tarde de verano, cuando el sol brilla hiriente en los limpios cielos de Palermo, un aviso llega a la familia de Mirandela reunida en torno de la mesa del almuerzo.

- ¡El padre Antonio, que sorpresa agradable! ¿Vino para una visita?

-Lo lamento, Mirandela, pero vengo por causa de Eunice. Ella se desmayó en la parroquia hoy temprano y está enferma bajo nuestros cuidados. En cuanto delira, pide verte.

Los padres, bastantes enfermos, permanecen en casa y los hermanos parten para la iglesia para ver a Eunice.

-Mi querida hermana, soy yo, Mirandela...(llanto). Yo sabía que eso iba a ocurrir. Hace meses que estás enferma y no te cuidas.

Oyendo la suave voz de la hermana pequeña, Eunice abre los ojos.

-Qué bueno veros unidos en torno de mí, mis hermanos. Estoy un poco débil, pero voy a mejorar. Me gustaría pedirlos que cuiden bien de nuestros padres, en caso de que me ocurra alguna cosa.

- ¡No hables así! Vas a mejorar y luego estarás en casa con nosotros.

- ¡Tal vez! Mientras tanto, si no consiguiera vencer esté obstáculo, quiero que cuides, personalmente, de todos en nuestra familia. ¿Me lo prometes, Deliña?

- ¡Sí, lógico que lo prometo! Pero descansa ahora. En breve estaremos juntos otra vez.

Bajo el emocionado llanto de la familia, entregada a la Divina Providencia, Eunice deja el cuerpo físico para un viaje, sin retomo, a la patria espiritual.

²³ Nota del autor espiritual: apodo cariñoso de Mirandela.

Los años son severos con Mirandela y sus padres envejecen día a día con lentitud inversa a su ansia de liberación. A veces, ella cree que sus fuerzas van a terminar y la promesa hecha a Eunice, en el lecho de muerte, será olvidada. En rebato de pensamientos elevados, se resigna y vuelve a la razón, cuidando un dedicación de su ebrio padre y su flacucha y enferma madre, ya corroída la peste, pero aún dedicada a las maledicencias diaria, manteniéndose siempre apegada a la materia.

A los treinta y un años se desliga de la familia, pues entierra a sus padres, de las cruces que juzgaba cargar, dejando encaminados a los hermanos ya casados y con oficios propios.

Juzga calmarse en su intranquila trayectoria, cuando conoce a Malamud, un viajante, proveniente del distante oriente, cautivador y galanteador, que conquista el convaleciente corazón de la ingenua italiana. Se casan y la felicidad parece haber llegado a su vida. Les nace el primer hijo, que recibe el nombre de Eugenio. Siguen los meses y Mirandela, feliz, continúa frecuentando la misa del padre Antonio, como acostumbraba a hacer con Eunice.

En poco tiempo, le llenan el hogar los hijos gemelos Enrico y Giácomo. Su alegría podría ser completa sino fuese por los problemas que comienzan a probarle la capacidad de resistencia.

Descubre la doble vida de Malamud, que posee otra mujer e hijos, además de un número considerable de amantes. Los niños son rebeldes y agresivos, pero la razón del destino es invariable. Reencarnan bajo el manto protector de Mirandela sus tres perversos verdugos del pasafdo, Chakar - el hijo más mayor Eugenio -, Abdul y Nabul - los gemelos Enrico y Giácomo.

Agredida por el marido y por los hijos, Mirandela es obligada a recordar las sabias lecciones de Eunice y termina socorriéndose de las buenas orientaciones del viejo párroco Antonio, aún en actividad en la iglesia. Percibe, entonces, como fue feliz con sus padres y hermanos y siente que jamás debería haber criticado su hogar y a su familia. Resignada, cede a los apelos que el combativo corazón le hace y distribuye amor a los suyos, sobrepasando su limitación racional y buscando fuerzas en los buenos fluidos que recibe de Alborada Nueva.

CAPÍTULO XXXVI

LA DESENCARNACIÓN EN PALERMO

La vida transcurre pesarosa en Palermo, especialmente después que Malamud abandonó el hogar. Mirandela se desdobra en cuidados, pero nunca consigue agradar a los hijos. El más mayor, Eugenio, es más atento con la pro-genitora, en cuanto que los gemelos le aterrorizan los días, llenándola de preocupación.

Las dificultades tienen sus puntos positivos y acaba uniendo a la familia en torno de la lucha por la sobrevivencia. Superando profundas amargas del pasado, Mirandela aprende a amar a sus hijos y, con eso, perdona los actos crueles que la hicieron víctima en la última existencia.

En el día del décimo aniversario de Eugenio, Malamud vuelve al hogar. Recibido con alegría por los gemelos y con frialdad por la madre y por el hijo más mayor, él decide instalarse nuevamente en Palermo.

Retomando el control de la casa, alcoholizándose con frecuencia, el turco comienza una hornada cotidiana de agresiones físicas y morales contra Mirandela y los hijos. El inconformismo se vuelve generalizado y los niños comienzan a preguntar las razones que llevaron a la madre a aceptar a Malamud de vuelta. Sin poder obrar contra el marido, ya vive en arraigada sociedad patriarcal italiana, se conforma y continúa enredándose en las oraciones para sustentar su tristeza.

En sus momentos de profunda reflexión, siente la mano suave y amiga de su mentor Genevaldo posarse en los hombros. Atribuyendo la sensación de bienestar a la presencia espiritual de su hermana Eunice, se deja envolver por los reconfortantes pases que recibe.

A los cuarenta y cinco años, forzada por el marido, se queda embarazada otra vez. Siente el peso de una gestación de elevado riesgo, normalmente por el estado intranquilo y conturbado de su vida. Rogando a Dios protección para los meses en que carga en su vientre un ser divino - como su hermana Eunice denominaba a los niños en formación en el -útero materno - es acompañada por Righetto, un médico de Alborada Nueva, destacado para atenderla.

El cariño que la envuelve es vital para el desenvolvimiento de su hija pequeña que, en verdad, representa la vuelta de aquel niño que Ádila abandonó en San Juan

d' Acre después del nacimiento. Tendrá la oportunidad de rehacer sus lazos familiares, destruidos por la irresponsabilidad pasada.

Asesorada en el momento del parto, recibe la luz, Saphira, una bella y saludable niña.

Transcurridos cinco años, la familia comienza a percibir en la adorable muchachita una inteligencia poco común, así como una alegría que a todos encanta. Siempre con buenos ejemplos a transmitir, se vuelve querida y admirada por los hermanos más mayores.

Saphira crece rápidamente y aprecia ayudar a la familia en el arduo día a día, especialmente a la madre, ya cansada y enferma. Es la última de la casa a hacer las comidas y solamente está feliz cuando percibe que no hay nadie insatisfecho dentro del hogar.

A los ocho años, convence a la madre para adoptar a algunas criaturas del poblado, totalmente abandonadas por los padres y que no presentan ninguna esperanza de sobrevivencia si permanecen solas. Entre ellas, se encuentra un invalido, totalmente rechazado por todos en el villorrio y que despierta un precoz sentimiento maternal en la niña.

El padre nuevamente abandona a la familia y jamás vuelve, desencarnando en la distante isla de Chipre, para donde fue en busca de aventuras. Mirandela, al completar cincuenta y tres años de edad, ciega de uno de los ojos y bastante cansada, sintiendo cargar sobre sus hombros el peso del sufrimiento continuo al cual siempre estuvo expuesta, encuentra en la hija pequeña la única alegría para continuar viva. Los descendientes varones mejoran su modo de encarar la vida, en base a los ejemplos dados por la hermana menor, pero no al punto de cambiar el comportamiento. Eugenio deja el hogar y se casa, abandonando a la madre y a los hermanos a la propia suerte. Giácomo parte para Roma en busca de riqueza y fama, pero no consigue otro fin que el olvido. Enrico se despidió de todos partiendo para Cosenza y, por ser el más rebelde de los hijos, parecía que no volvería jamás. Entre tanto, le penetró en el corazón el despertar de sentimientos nobles a lo largo de la infancia y adolescencia. Termina volviendo a la familia para acompañar - con los hermanos adoptivos y con Saphira - la desencarnación de la progenitora.

La misma peste que le retiró a los padres se abate sobre Mirandela. Siempre bajo los cuidados de su hija más joven, rodeada por el amor sincero de las criaturas que

adoptó, ella consigue feliz debilitarse al lado de sus familiares. Gran alegría le toca el pecho con la vuelta de Enrico, listo a auxiliar a Saphira en la dirección de la casa. Ora a Dios en agradecimiento por la linda familia que de él recibió un día para criar y educar. Ningún sufrimiento es capaz de retirarle, ahora, la fe y la resignación. A su lado, como un centinela, Genevaldo ora y vibra esperanzado.

-Señor, confiado en Vuestra fuerza y misericordia infinitas, os ruego que iluminéis a la querida Mirandela en esos últimos momentos de su existencia material. Manteniéndome inexorablemente a su lado y agradezco a Vos esta oportunidad maravillosa de haber estado por tantos años acompañando a Eustaquio en esa peregrinación de amor. Sea hecha Vuestra voluntad, Señor. Así sea.

Tenue luz plateada, brillante y solitaria en oscura noche de invierno, surge al frente de Mirandela para llevarla al mundo espiritual. Sintiendo la aproximación del final de su trayectoria, tranquilizándose profiere en silencio una oración. Oye, a lo lejos, el cántico maravilloso de un coro de voces limpias y suaves, teniendo al frente el timbre de Eunice. Feliz, Mirandela adormece para siempre y Eustaquio renace, otra vez, para el plano de la verdadera vida. Le cesa la jornada en 1393.

CAPÍTULO XXXVII

EN LA CASA DE LA SUBLIME JUSTICIA

Terminada una etapa determinante en su recuperación, después de sucesivos tratamientos en la Casa de Reposo, Mirandela recupera la consciencia y transforma su periespíritu para la forma de Eustaquio, que le marca el transcurso de la regeneración.

-Es bueno verlo rehabilitado, Eustaquio. ¿Está preparado para presentarse a Agamenón? El coordinador desea verlo.

- ¡Ciertamente, Anita! ¿Cuándo ¡remos?

- ¡Inmediatamente! Estoy aguardando la liberación de un vehículo para llevarnos al Edificio Central.

Minutos después, ambos parten en el *flap 54*, uno de los vehículos pequeños de Alborada Nueva, destinado a pequeños desplazamientos. Posee cuatro plazas, es totalmente abierto y se desliza sobre un colchón de aire que se forma bajo ondas magnéticas²⁴.

Maravillado con la conducción, Eustaquio pregunta a la enfermera Anita a ese respecto. Ella explica que muchos de los equipos utilizados en Alborada Nueva aún serán, un día, “inventados” por los encarnados. El avance de la tecnología en el mundo material ocurre por orientación y apoyo de las diversas colonias espirituales que rodean el Globo.

-Permítame hacerle otra pregunta, Anita... ¿Usted volverá algún día al plano físico?

- ¿Por qué esa indagación, Eustaquio?

-En base a tantos conocimientos que tiene al respecto del funcionamiento de esta ciudad, me parece que ya está evolucionada lo suficiente para no volver más a la Tierra como yo.

- ¡No es verdad! Yo apenas pasé más tiempo que usted aquí en la Colonia y aprendí a utilizar sus recursos. Eso no significa que no volveré a la materia. Al contrario, debo partir en breve, pues necesito continuar mi jornada evolutiva como usted.

²⁴ Nota del autor material: para mayor informaciones sobre los vehículos utilizados por Alborada Nueva, ver en el libro del mismo nombre el capítulo “La descripción de nuestro árbol - III - Núcleos de desenvolvimiento” (Núcleo de desenvolvimiento de los Servicios Generales).

- ¡¿Pero usted es enfermera aquí?!

-No hacemos ninguna distinción entre las actividades que ejercemos en este plano de vida, mi amigo. Escogí esa función porque me gusta tratar con enfermos y me siento bien en la *Casa de Reposo*. Podría estar en cualquier otra actividad y el resultado sería el mismo.

Ingresan en la *Coordinadora General* los dos compañeros. Con buen humor Eustaquio es llevado a la presencia del líder de la Ciudad Espiritual.

- ¡Paz en Jesús, Eustaquio! ¡Sea bienvenido! Acompaño su progreso, hijo mío. Sé que ya se encuentra preparado para volver a la Costra. Esta vez usted sabe que puede tener al frente una *reencarnación clave*, determinante en su trayectoria evolutiva... ¿Es consciente de los riesgos envueltos?

- ¡Sí, Agamenón! Puede confiar que haré todo el esfuerzo posible para evitar desgastes serios en mi caminata. Creo que todo el sufrimiento obtenido en Italia por muchos años me hicieron ver un lado positivo en la pobreza material. No deseo, pues, volver a una cuna noble. ¿Es posible tal elección?

-Sí. Consultamos a la *Unidad de la Divina Elevación* y usted podrá participar de la elección de su futura programación. Antes, sin embargo, deberá pasar por una evaluación en la *Casa de la Sublime Justicia*²⁵.

Eustaquio posee mérito suficiente para someterse a ese análisis. Solamente los Espíritus preparados a comprender el trabajo de amor que se realiza en esa Casa, ahí son encaminados. Los reticentes y los recalcitrantes, por regla, reciben programaciones obligatorias a seguir. El autoanálisis, en conjunto con los jueces de esa Unidad de Alborada Nueva, hace crecer en la criatura un sentimiento de justicia y de autocrítica bastante positivo.

Un inmenso salón, envuelto en una suave luz azulada y contorneado por matices plateados y blancos, sirve de escenario para el encuentro de Eustaquio con los jueces de la *Casa de la Sublime Justicia*. Todos vistiendo túnicas blancas, cercados por los efluvios positivos del Plano Superior, conversan fraternalmente sobre el destino de un hermanos más en vías de reencarnar.

- ¡Mis queridos amigos! Después de afectada vibración de apertura de nuestros trabajos, conducida por el corazón sensible de nuestro hermano Humberto, estamos

²⁵ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La descripción de nuestro árbol - capítulo X".

listos para oír las palabras de nuestro expositor, Mateo.

- ¡Compañeros, paz en Jesús! ¡Qué Dios ilumine nuestro trabajo de hoy! Recibí instrucciones de la *Coordinadora General* para hacer el análisis de los pasos de nuestro hermano Eustaquio en sus últimas reencarnaciones en el plano material. Después de consultar a la *Coordinadora de Evaluación* y a la *Coordinadora de Programas*, verifique las fichas del *Departamento de Reencarnación* y del *Archivo General*, presentándoles ahora mi relato. Aunque pesen los errores y desvíos cometidos por Ádila y Mirandela, me parece que los aciertos superaron las expectativas, normalmente la resignada postura de Ádila, después de la violencia sexual que sufrió, sin clamar por venganza o ejecutar tal intento. Es verdad que el odio guarneció su corazón hasta la desencarnación, sin embargo, en base a su estadio evolutivo otra no podría ser su actitud. Nótese que ella recibió como hijos, en la reencarnación siguiente, a los tres causantes de su más profundo dolor. Supo desempeñar bien su papel de madre, aproximándose a los mandamientos del Evangelio, atendiendo a los consejos de Espíritus más preparados.

-Permítame hermano Mateo, una pregunta...

-Sí, compañero Antonino.

Verifico por su relato que Ádila dio a su hijo tan pronto ocurrió su nacimiento. ¿Cuál es la consecuencia desencadenada de ese acto?

-Ante su programación conturbada, ese desvío no fue de los más relevantes, porque ella tuvo oportunidad de reparar su débito, recibiendo en la reencarnación siguiente, como hijo, el mismo Espíritu que antes abandonara. Antes rechazado por la madre, él terminó conquistando, en el futuro, su corazón. Además de eso, su acto irreflexivo le supo cómo retroceso y el arrepentimiento le costó momentos de profunda tristeza ya al final de sus días como Ádila.

- ¿Hubo otros fallos en adelante?

fe - ¡Sí, Antonino! Ninguna madre podría disponer de su hijo de esa manera e incluso con el perdón obtenido del Espíritu que fue abandonado, ella cargó en la reencarnación siguiente con su propio rechazo por sus hijos Eugenio, Enrico y Giácomo. No hubo una reparación completa y hay otras deudas aún pendientes. Justamente por eso, creo que Eustaquio está en condiciones de seleccionar el mejor recurso a seguir.

- ¿Qué tiene que decir nuestro cuestionador, hermano Pablo?

- ¡Mis compañeros! Resalto que Eustaquio, después de minuciosa verificación

de su mérito, se desligó de sus antiguos aliados, aún persistentes en la senda del mal. A pesar de no estar ligado definitivamente en el camino de Luz, se libró de muchos asedios de entidades inferiores cuando estuvo en Palermo en el cuerpo carnal de Mirandela. Además, otro aspecto relevante fue su distribución de amor a las criaturas necesitadas, que acabó adoptando. Los sentimientos positivos predominaron sobre los negativos en la exteriorización de sus voluntades, aunque en el alma aún haya permanecido los menos dignos, guardándole la creencia y la mentalización. Soy favorable a la amplia libertad de elección, en los moldes propuestos por el compañero Mateo.

En cuanto el expositor resalta los aspectos positivos y negativos de la trayectoria, con algunos cambios personales, en diferencia con la programación espiritual idealizada por el Plano Superior, el moderador evalúa únicamente las vibraciones y los sentimientos que acompañaron al Espíritu en las reencarnaciones en análisis, trazando un cuadro relativo a su depuración y a su mérito personal, sobre todo. Ambos emiten sus opiniones al respecto del caso en estudio.

Esas evaluaciones pueden o no coincidir sobre el hecho o no. Transmiten sus impresiones, que adquirieron con el estudio del caso, aguardando el pronunciamiento de los jueces.

-Hermano Mateo, ¿está de acuerdo con la evaluación del moderador Pablo?

- ¡Sí, compañero Gaspar! Acompaño íntegramente su análisis.

-Pues bien, mis amados compañeros, todos poseen copias de los trabajos del expositor y del moderador. Oiremos ahora a Eustaquio, antes de decidir, bajo Inspiración Superior, la programación a ser trazada. ¡Aquí estamos para oírlo, mi querido hermano!

-Queridos compañeros de la *Casa de la Sublime Justicia*, agradezco esta oportunidad de estar presente para exponer mi deseo al respecto de la jornada que debo seguir. Tengo mucha dificultad aún para expresarme dentro de las leyes Divinas. Mi fe en la fuerza del Señor aún es trémula y vacilante. A pesar de haber vivido muchos años, con algunos avances y numerosas estancias, observo que tengo muchos males que reparar en la costra terrestre. Mi sentido de dirección y mi discernimiento me estremecen mucho siempre que visto el envoltorio carnal. Entre tanto, ante mi programación para volver en breve tiempo, me gustaría solicitarles otro estadio en la más completa pobreza material, pues tengo verdadero pavor a enfrentarme a la opulencia y a la abundancia de riquezas materiales. Estoy confuso

en lo tocante a mi destino. Tengo amigos queridos en este plano, pero, los tengo también en el plano inferior. No sé si es equivocado, pero acabo nutriendo sentimientos fuertes por compañeros que dejé en las tinieblas. Por otro lado, amigos, por no tener aún una fe sólida en mi corazón, acabo cediendo a los fáciles apelos de la venganza y del odio cuando soy provocado durante el estadio en el plano físico. Mi deseo, entonces, es caminar enfrentando la prueba de la pobreza que, ciertamente, cortará mis pasos en esa dirección y yo podré progresar, quien sabe, como deseo.

-Admiramos su sinceridad, Eustaquio. La luz azul se hace más fuerte en el ambiente demostrando su franqueza y su confianza en nuestro amor y amistad. Haremos lo posible para trazar el mejor programa posible para su próxima reencarnación.

-Agradecido, hermano Gaspar, por sus palabras conmovedoras y amistosas. ¡Estaré aguardando confiado!

En cuanto espera la decisión en lo tocante a su futuro rumbo a la materia, Eustaquio vive apacibles días en la Colonia. En el *Rincón de la Paz*²⁶, incentivado por Anita y Rosana, ingresa en el estudio y en la meditación al respecto de relevantes temas del Evangelio, participando activamente de los grupos de la casa. Siente aún brotar amargura en su pecho cuando reconoce sus errores pasados. A veces, se siente incapaz de vencer las barreras de sus más graves desvíos. Serenado por sus pacientes acompañantes, se conciencia de la relevancia de su jornada en la Tierra y vuelve a mantener encendida sus esperanzas.

²⁶ Nota del autor material: ídem, capítulos "La descripción de nuestro árbol - IX y X"

Cuando ingresa en un proceso de profunda depresión, vuelve a la *Casa de Reposo* para un tratamiento de emergencia. En esas ocasiones, se somete a una rápida rememorización de su pasado y también, a través de viajes imaginarios en el tiempo, consigue volver a la época de Cristo, acompañando la vida y obra del Misionero Mayor, calmándose y adquiriendo esperanzas para proseguir²⁷.

Recuperado de sus crisis, frecuenta el *Centro de Aprendizaje de la luz Divina*²⁸, donde asiste a conferencias de mentores, que comentan, a través de casos concretos, la Justicia de Dios en las reencarnaciones. Angustiado y ansioso por su recorrido en el futuro, jamás estuvo tan lucido para evaluar sus errores y sus débitos. Se siente fortalecido para enfrentar la decisión sobre su reencarnación. En ese estadio de esclarecimiento, vuelve a la Casa de la Sublime Justicia.

-Querido hermano Eustaquio, nosotros llegamos a una conclusión al respecto de su programa. Aprobado por la Superioridad Divina, después de la consulta que realizamos, creemos que parte de su reivindicación puede ser atendida. Usted partirá de inmediato, pero no vivirá una situación de pobreza material absoluta como deseaba. Una trayectoria equilibrada, en una familia de posesiones medias, será lo más adecuado. Utilice su gran capacidad de liderazgo para construir un proyecto positivo de vida. Durante su transcurso, está programada su convivencia con un Espíritu de Luz, que estará en misión en la Costra. Aproveche bien esa oportunidad, para extraer un buen aprendizaje a través de los ejemplos que presenciará. Otros detalles podrá usted obtener junto al *Departamento de Reencarnación*, que cuidará de su regreso. Dios lo ilumine, hermano mío. ¡Así sea!

Aceptando, conforme, la decisión de sus más experimentados compañeros, Eustaquio se prepara para el viaje de vuelta.

Antes, sin embargo, acompañado de Anita, trilla sus últimos contactos con Alborada Nueva. Camina por la *Plaza Central*²⁹ siente los efluvios elevados del *Bosque de la Naturaleza Divina*³⁰ y se sensibiliza con la exuberancia de la bella catarata

²⁷Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La descripción de nuestro árbol - XII" ("Sala de Recuperación Mental", localizada en el último Piso de la Casa de Reposo).

²⁸ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La descripción de nuestro árbol - XII" y en el libro "Conversando sobre Mediumnidad - Retratos de Alborada Nueva", en el capítulo II, ítem "Estudio".

²⁹ Nota del autor material: ver en el libro "Alborada Nueva" el capítulo "La descripción de nuestro árbol - III".

³⁰ Nota del autor material: ídem, capítulos "La descripción de nuestro árbol - IX".

que esparce aguas cristalinas y plateadas, agradeciendo al Creador ese contacto revigorizante.

Anita y Rosana le ofrecen las últimas orientaciones y él se interesa en saber cuál es la razón de no acordarse, cuando estaba encarnado, de su estancia en la Colonia. Ellas, fraternalmente, le explican que la pérdida de memoria es apenas temporal, en cuanto perdura la estancia en el plano físico, además de ser necesaria para preservar la libertad de acción y los encuentros y reencuentros con antiguos enemigos del pasado. A veces, el más férreo adversario reencarna en la misma familia - como padre, hijo o hermano - exigiendo una trayectoria neutra y exenta. De esa forma, los Espíritus, al volver a la Costra, pierden la consciencia de sus actos pasados y de su verdadera identidad.

Terminan los días tranquilos en Alborada Nueva y, antes de la partida, Eustaquio aún tiene la oportunidad de visitar y conocer las *Moradas del Sol y de la Estrella*³¹. Rejuvenecido espiritualmente, retorna a la superficie terrestre, sumergido en la esperanza de que sus amigos lo aguardan en el plano de la verdadera vida.

³¹ Nota del autor material: ídem, capítulos “La descripción de nuestro árbol - IX y X”

CAPÍTULO XXXVIII

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Soplan los vientos ribereños, envolviendo atrayente riachuelo que corta sinuoso una pradera vistosa en las cercanías de Orleans. Un niño de ocho años, flaco e inquieto, camina por las márgenes con una vara de pesca, maldiciendo en todo momento la falta de suerte y deseoso de colocar sus manos en el primer pez soñoliento y atontado que emergiese de las profundidades. Su lúdica diversión consiste en vagar por los campos a la espera de la noche.

Centelleante, el sol finalmente se esconde en el horizonte, obligando a Jean Paul a volver a casa. El muchacho se pone a correr rápidamente soñando en saciar el hambre con el apetitoso caldo de hierbas que su madre prepara.

- ¡Finalmente llegaste, Jean! Estaba preocupada. Después que tu padre nos abandonó vivo atemorizada de que algún hijo mío me deje.

- ¡Jamás ocurrirá eso, mamá! No vamos a repetir el error de papá.

- ¡Dios te oiga, pequeño mío! Llama a tus hermanos, pues estoy sirviendo la comida.

La simple Adele comenzó a cuidar sola del hogar, tan pronto su esposo - el capitán Millier -, a pretexto de viajar en misión militar, dejó a la familia y pasó a vivir en París. Bohemio y despreocupado, jamás volvió para tener noticias de la casa.

La vida se volvió áspera para los tres hijos del matrimonio, que dejaron de contar con la protección y el apoyo material paterno, obligándolos a reducir gastos y controlar las despensas. El más mayor, Jean Paul, nunca aceptó el hecho de estar preso en Orleans y le gustaría vivir con el padre en París, no haciéndolo para no herir a la bondadosa progenitora.

Arnaud y Claude, los más jóvenes, acompañan las opiniones de Jean y también desean, un día, ausentarse definitivamente de la ciudad, lo que provoca pavor en Adele, previendo para sí una vida aislada y solitaria.

Después de comer, cuando la madre va a echarse, los tres charlan animadamente sobre el futuro.

-Hagamos un pacto, hermanos míos - inicia el más mayor.

- ¿Qué tipo de pacto?

- ¡Muy simple, Arnaud! Cuando tengamos oportunidad, ¡remos a París a fin de encontrar a papá. Allá, seremos muy ricos y volveremos para buscar a nuestra madre. ¿Qué tal?

- ¿Y cómo seremos ricos? - indaga el pequeño Claude.

-Vaya, basta que encontremos algún comercio o, quién sabe, papá podrá ayudarnos a ingresar en el ejército. - ¿Y quién te dice que el ejército da dinero, Jean?

-Nadie me lo dice, yo lo sé.

-Si eso fuese verdad, nuestro padre no nos dejaría en la miseria y partiría para otra ciudad - argumenta el más pequeño.

En cuanto discuten, Arnaud está pensando.

- ¡Para ganar dinero, basta que demos un *golpe*!

- ¿Qué es un *golpe*?

- ¡Vaya, Claude, todos nosotros sabemos lo que es! Se trata de una forma rápida de ganar dinero sin mucho esfuerzo. Papá siempre dijo que, si no fuese militar, daría un *golpe*, sería rico y nos llevaría con él a París.

-A mí no me gustaría enriquecerme robando... - interfiere Jean.

- ¿Y quién habló de robar? Yo dije *golpe*... ¿Escuchaste bien?

-Pero, Arnaud, ser rico sin esfuerzo implica robar a alguien y eso no está bien.

acompañas, Claude?

- ¡Bobadas! Yo haré cualquier cosa para mejorar la vida. ¿Tú me

- ¡Sin duda!

-Entonces dejaremos a Jean Paul con su orgullo y partiremos para París solos.

La sencilla conversación entre los tres ya refleja el cambio de comportamiento de Jean, que no se conforma por haber sido de algún modo invitado a la práctica de un acto no cristiano.

El pacto de Arnaud y Claude más tarde se concreta y ambos abandonan, después de la adolescencia, la casa materna, partiendo para París en busca del padre. Jean, entristecido, permanece un poco más, aunque acabe ingresando en las filas del ejército y sea obligado a dejar Orleans. La previsión de Adele termina consumándose y ella finaliza la trayectoria solitaria e infeliz.

Cuando viaja por Francia acompañando a las tropas, Jean Paul se vuelve el

blanco predilecto del regimiento, por ser tímido y reservado. Los soldados pasan el tiempo atormentándolo y acostumbran a hacer apuestas para ver quien conseguirá extraer del joven alguna reacción - sea positiva o negativa. El parece estar siempre inerte y no tener emociones.

Transcurren acelerados los meses, atropellando a los años y Jean percibe que su desagregación familiar es la mayor fuente de disgustos en su vida. Mal conoce al padre, dejó a la madre sola y jamás volvió a ver a los hermanos. Su interior, sin embargo, le anuncia la llegada de un personaje en su existencia, que podrá alterar los rumbos de su camino. Le resta confiar en Dios.

CAPÍTULO XXXIII

EL ENCUENTRO CON JUANA DE ARCO

Un orgulloso destacamento del ejército francés marcha en dirección a Orleans para liberar la ciudad del yugo inglés, comandado por la joven y bella guerrera, Juana de Arco. La tropa fue enviada por el rey Carlos VII en una tentativa de volver a ver el cuadro de la *Guerra de los Cien Años*³² a favor de Francia.

Cuando se aproximan a la urbe sitiada, son recibidos por una enorme descarga de flameantes flechas disparadas por el enemigo, que hace tumbar a varios hombres. Obstinada, Juana da la orden para un retroceso estratégico a fin de trazar su plan de invasión.

Rehechos, los franceses envisten nuevamente contra el cerco inglés y se inicia el férreo combate. Mortalmente heridos, muchos soldados caen y jamás vuelven al escenario de las luchas.

Después de exhaustivos días de enfrentamiento, Juana lidera el ataque final.

Nuevos embates se desarrollan y horas después la victoria francesa se estampa en la fisonomía de cada uno de los luchadores. Explota la alegría en Orleans y la comandante de la misión es enaltecida por los gritos agradecidos de los habitantes.

¡Vive Jeanne! ¡Vive la France!³³

Apresado durante el combate, el general británico Talbot es presentado a Juana de Arco.

-No admitiré jamás haber sido vencido por un ejército comandado por una mujer.

-Vuestra prepotencia, general, no os ahorró la derrota y quiero decir que aun

³² Nota del autor material: la Guerra de los Cien Años, entre Francia e Inglaterra, de 1337 a 1453, comenzó por la rivalidad entre Felipe de Valois, proclamado rey de Francia después de la muerte de Carlos IV, último Capeto directo, y Eduardo III, de Inglaterra, que pretendía tener derecho a la corona por su madre. Se prolongó hasta el reinado de Carlos VII. Los ingleses fueron vencedores en Crécy (1346) y en armas favoreció a Francia, pero, en el reinado de Carlos VI, la batalla de Azincourt (1415) es una nueva victoria inglesa. Cuando Carlos VII sube al trono, los ingleses ocupan casi toda Francia. Surge, sin embargo, Juana de Arco, que despierta el patriotismo francés, hace levantar el cerco a Orleans y consagra al rey en Remos.cae, no obstante, prisionera en Campiña y es quemada en Ruan (1431). El impulso todavía está dado: los ingleses, vencidos en Formigny (1450) y en Catillon (1453) son expulsados de Francia, excepto Calais, que solo le es arrebatada en 1558.

³³ Nota del autor espiritual: "¡Viva Juana! ¡Viva Francia!".

seréis juzgado por vuestros actos de guerra. Estamos conscientes de nuestro papel de liberación de nuestro pueblo del yugo extranjero. Los ingleses deben vivir en Inglaterra. Francia es para los franceses.

- ¡Sois, de hecho, valiente! La batalla que vencisteis no hace finalizar la guerra.

- ¡Veremos, general! En cuanto a eso, vamos a conmemorar nuestra libertad.

Los soldados desean eliminar al general prisionero y son vigorosamente detenidos por Juana, que preserva la dignidad del enfrentamiento, respetando la integridad física de los vencidos.

La superioridad moral de la Virgen de Domremy aquieta a los militares y sus bellos ejemplos continúan fascinando a los franceses. Jean Paul, encargado de cuidar de la seguridad de la comandante, inicia su convivencia con esa misionera que solamente transmite una auténtica lección de vida.

Asistido de cerca por su mentora Nivea, la trayectoria de Jean se vuelve prometedora, especialmente porque él siente crecer la admiración por Juana de Arco.

El ejército deja Orleans y sigue para Troyes. Acampado a las márgenes de un largo río, próximo a un desfiladero, Jean comienza a notar una inquietud creciente entre los soldados, hambrientos y con mucho frío. Se aproxima a Juana, presintiendo que algún mal pueda acontecerle. Disputa, a esa altura, con el oficial Gualberto, la primacía de los cuidados con la líder. Ambos no se entienden y parecen tener antipatía natural.

Durante una de las noches que pasa en el campamento, uno de los soldados intenta agredir a la comandante, asediándola sexualmente. Rápidamente es atendida por Jean, el insumiso militar es aprisionado y no consigue hacer ningún mal. Agradecida, la Virgen de Domremy encuentra en su protector un amigo sincero y un soldado dedicado.

Desesperado y celoso, Gualberto rompe las relaciones con Jean Paul y durante sus noches de sueño tiende a delirar y recordar el pasado:

¡Cobarde, miserable, Françoise es mía! Nada me apartará de mi amada. Apártate, Giscard, pues en los dominios de Orleans yo soy la voz de la Iglesia. Deja en paz a mi Françoise...

Varias veces es despertado con un balde de agua, pues los otros soldados no soportan sus manifestaciones durante la noche. En verdad, sus delirios tienen razón de ser, pues reencarnado al lado de Eustaquio - en el mismo batallón - se encuentra Marcel, el obispo de Orleans.

Buscando pacificar a los dos adversarios, inconscientemente, sin embargo inspirada, Juana emprende todos los esfuerzos para que ambos sean amigos y caminen juntos a su lado, fieles y dedicados.

A partir de la interferencia personal de la líder de las tropas, Gualberto y Jean Paul fuerzan una convivencia armónica. Cesa la hostilidad gratuita existente entre los dos.

En cuanto a Francia exige todo de sus soldados, enemigos del pasado se unen en el presente para el inicio de una reconciliación regeneradora.

CAPÍTULO XL

EL JUICIO DE RUAN

Capitaneando su ejército, Juana de Arco despierta el sentimiento patriótico de los franceses y por donde pasa atrae la atención de todos, provocando arraigada ira en los enemigos ingleses. A su lado, inamovible, renovando su espíritu, se encuentra Jean Paul.

A lo largo del recorrido, la fervorosa Pucela comete deslices y termina apresada por los británicos. Conducida a un juicio parcial, en la ciudad de Ruan, deja perplejos a sus seguidores e incondicionales admiradores. En esa ocasión, ningún compatriota consigue defender en público a aquella que lideró gran parte de la unificación del reino de Francia.

Incrédulo, Jean acompaña al falseado escenario montado para decidir el destino de Juana, donde los protagonistas ni siquiera alcanzan una imitación de justicia.

Indefensa delante de sesenta verdugos, titulados jueces y teniendo por acusador al temerario y altivo Juan d'Estivet, oyó silenciosa la pieza acusatoria. Acompañando en la distancia el juicio, hermanados en el mismo sufrimiento, Gualberto y Jean permanecen serviciales a la gran líder.

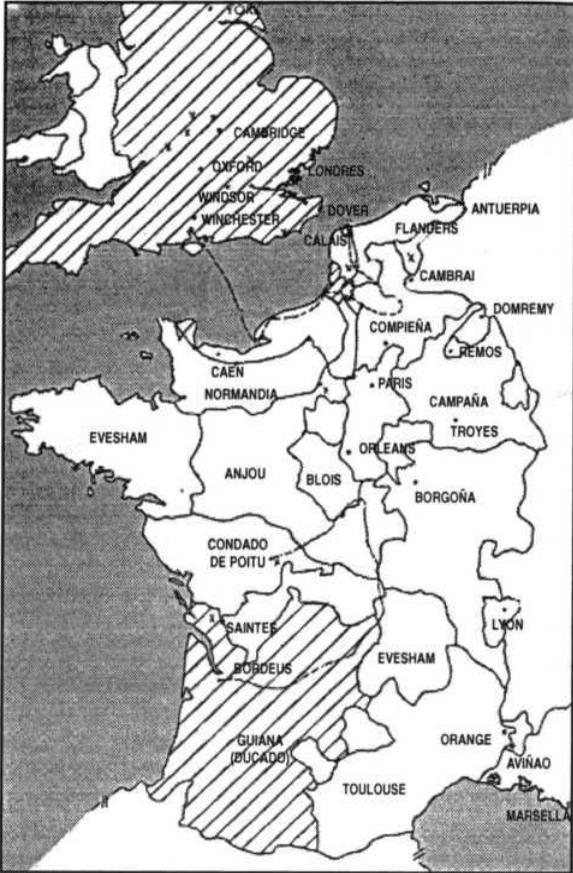
El temible tribunal de la Inquisición compuesto por los doctores en teología es pagado por los ingleses para condenar a la valerosa defensora de la unidad de Francia, de los ideales de un pueblo y de la lealtad a Dios. Ninguno de los presentes a ese acto sórdido se levanta a favor de Juana y ni incluso Jean demuestra coraje para hacerlo.

Sometida a interrogatorios interminables en busca de una capitulación humillante frente a la Iglesia, entregada a torturas veniales hasta que perdiese las fuerzas, Juana de Arco enfrenta su mefistofélico proceso de condenación preordenada. El Obispo de Beauvais, no conforme, presiona sin tregua a la joven prisionera para que ella confiese su traición. Inútil. Permanece integra la Virgen de Domremy. Su sentencia viene a continuación, imponiéndole la muerte por el fuego.

El 30 de mayo de 1431 desencarna Juana de Arco y con ella siguen las esperanzas de sus leales soldados, teniendo por solaz las promesas hechas por Jean Paul, que desea cumplir el juramento hecho a la pucela de llevar adelante,

al lado los franceses, hasta el último de sus hombres, a la *Guerra de los Cien Años*.

MAPA Nº 07 - FRANCIA E INGLATERRA - SIGLOS X a XIV



- Dominios Británicos
- Dominios Franceses
- Marcha de Eduardo III (1346 - Guerra de los Cien Años)
- Marcha de Enrique V (1415 - Guerra de los Cien Años)
- Marcha del Príncipe Negro (1356 - Guerra de los Cien años)

El canto de los pájaros más atrevidos termina por molestar la empeñada meditación de Jean Paul a las márgenes serenas de un lago de aguas azules y cristalinas, que, vivaz, envuelve toda la belleza de la planicie de Orleans. La perpetuidad de su planicie ennoblece los pensamientos de aquellos que allí se dedican a las reflexiones, bajo el calor ameno del sol de invierno.

Pensando silencioso, Jean rememora sus momentos cruciales al lado de la familia, recordando, aun, sus mejores deseos, acompañados, a veces, de insensatos desmanes. Vuelve a ver la ambición de los hermanos que abandonaron a la madre, alardeando apoyo al irresponsable padre y se siente culpable por no haber dado soporte a Adele hasta su último día de vida. Las bellas lecciones de Juana le llenan la memoria de alegría y todo camino recorrido le vuelve a la mente. Observa su pasado esparcirse en la superficie del lago.

-Veo en esas limpias aguas el reflejo de mi vida. Reveo mis éxitos y mis deslices durante los cuarenta y cinco años de mi existencia y tal vez concluya por mi fracaso. Termino la jornada solitario y ya no siento fuerzas para soportar el día siguiente. Estoy enfermo y no creo que vea nuevamente el verano en mi querida Orleans. ¡Ah, Dios! Perdóname tanta amargura y poca esperanza. Te agradezco la oportunidad que tuve de convivir con Juana, aprendiendo tan bellos ejemplos. Como había prometido, acompañé el final de la guerra y, hoy, pacificadas las naciones, me resta un conflicto interior que resolver...

Jean Paul alcanza el ápice de su jornada y presiente que el fin está próximo. Evaluando los pasos pretéritos y acostumbrado a ser riguroso en sus conclusiones, extrae precipitadas amarguras para su vida.

- ¡Dios, oh Dios! A vuestro lado está mi santa madre y también la dulce y tierna Juana. Busco encontrarte también, pero no lo consigo. No puedo prescindir de Vuestro apoyo y de Vuestra misericordia. ¡Óyeme, Señor!

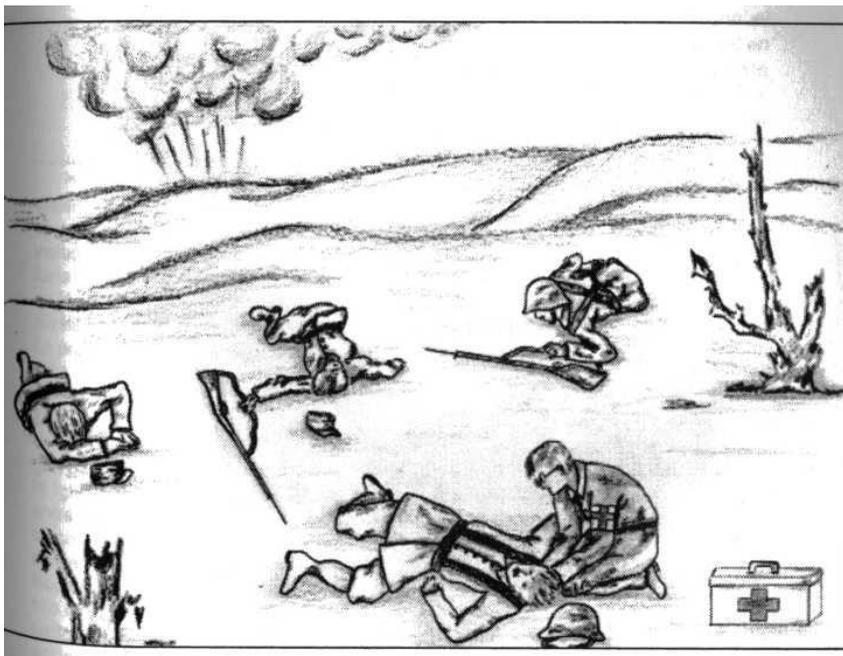
Adormece en el césped macizo y se deja envolver por la caída de la tarde. La noche llega trayendo consigo una enfurecida tempestad de nieve, representando el símbolo de la llegada del invierno europeo que escoge un momento especial para hacerse notar en Francia. Los copos blancos y amistosos, más fríos por naturaleza, envuelven a Jean Paul que, en el nacimiento de la pradera de Orleans, jamás vuelve a despertar.

Los cristales de hielo se enamoran de aquellas aguas bellas y azules del garboso lago y congelan su superficie. Terminan sus coloquios y las meditaciones de Jean con sus aguas, pero tal como el invierno representa una nueva vestimenta para Orleans, trayéndole la nieve y el frío, después de algunos meses volverá a brillar en el cielo el sol de verano que transformará el paisaje y templará la vegetación. Del mismo modo ocurre con el mecanismo de la reencarnación. El Espíritu pasa por varias etapas y conoce numerosas sensaciones, depurándose rumbo a la perfección.

Eustaquio renace esperanzado y, despidiéndose de las vestiduras de Jean Paul, acompañado por Genevaldo y Nivea, parte rumbo a los portales dorados de Alborada Nueva.

FIN DE LA SEGUNDA FASE

PARTE 3ª
EL CAMINO DE LA REGENERACIÓN
(1502-1945)



CAPÍTULO XLI

LA ABADÍA DE FLORENCIA

- ¡Mis queridos hermanos! *Los hombres trillan muchas veces caminos ya recorridos. Y un hombre que se considere prudente debe tener cautela de seguir los pasos dados por los grandes hombres, imitándolos. No siéndole posible hacerlo, debe al menos imitarlos en sus virtudes, pues muchas cosas son aprovechadas. Si quieren alcanzar un punto distante que lo hagan como los tiradores de flechas, conocedores de la capacidad del arco y que hacen la puntería en lugar superior al que realmente miran. Mediante el artificio consiguen alcanzar el blanco preciso.* Compañeros, perciban la desvitrificación de nuestros rumbos y estudios a través de las creativas y perfectibles ideas de Niccolo Machiavelli... (aplausos entusiasmados) ¡Un momento, un momento, permítanme continuar! Muchos seres mediocres y despreciables se perpetúan en el poder, no por cualidades inusuales y propias, y sí porque siguieron las ideas de grandes líderes del pasado o incluso de la actualidad. Hay príncipes³⁴, entre tanto, que lo son por sus propios valores, sin que tuviese fortuna. Me permito citar a Moisés, Ciro, Teseu y Rómulo. Nótese, como bien resaltó Machiavelli, que *Moisés fue mero ejecutor de las órdenes de Dios, entre tanto, merece ser admirado porque se tornó digno de hablar con el Creador. Y, valiéndose de la esclavitud del oprimido pueblo de Israel en Egipto, logró que hubiese*

³⁴ Nota del autor espiritual: la referencia a los príncipes es el modo utilizado por Maximiliano para hacer llegar a los benedictinos las ideas de Machiavelli, a fin de justificar y demostrar que el poder, por sí solo, no es malo y puede ser bien ejercido, inclusive bajo el punto de vista religioso. En aquella época, en que la unificación italiana estaba iniciando contornos más vigorosos, era importante a la orden benedictina participar del proceso político que se diseñaba, sin perder su espacio político y social hasta allí conquistado y adecuándose a la nueva orden en vías de instalarse. La proximidad con el Vaticano lo obligaba a un reciclaje constante de rumbos e ideas, a fin de no entrar jamás en conflicto con el Papa y buscando atenuar eventuales crisis de conciencia que algunos religiosos tenían ante tanta disparidad de las enseñanzas cristianas más puras con la realidad por ellos vividas. El príncipe era el símbolo del poder en la ocasión y Maximiliano, estudioso del asunto, se utilizaba de esa imagen para retratar a los benedictinos la simbología de dominación y articulaciones que la Iglesia de un modo general detentaba en sus manos. Así, hacía comparaciones entre el príncipe y el Papa, así como entre aquel y su orden religiosa. Cuando él mencionaba la figura del “príncipe” en sus charlas su propósito es retratar ahora al Papa, ahora a la orden de los benedictinos, ahora al propio Príncipe. Machiavelli fue Secretario de la Cancillería en Florencia y dedicó su obra-prima al Magnifico Lorenzo, hijo de Piero de Médici. Maximiliano tuvo acceso a la obra, aún no oficialmente publicada y divulgada, a través de los numerosos contactos que la orden poseía en la sociedad y en la clase dirigente florentina. El propio Lorenzo dejó el mundo material sin conocer al menos, en profundidad, la obra-prima que le fue dedicada.

disposición en seguirlo. No obstante, queridos hermanos, buscar la virtud de un líder debe ser la meta de esta orden; volverse príncipe, quien sabe, de un vasto reino de conciencias y aplicar los mandamientos divinos para dirigir a esos pueblos y su rumbo en senda del rejuvenecimiento de las ideas. Nuestra congregación no puede bifurcarse; debe permanecer unida y firme en el propósito de participar con el príncipe la oportunidad rara de unificar y dirigir un pueblo, (aplausos delirantes).

-Señores - continua el monje benedictino Maximiliano - no pretendo ser prolijo, sin embargo, se hace menester resaltar otros aspectos de nuestro ideario. Noten, que *aprender a ser malo es uno de los objetivos de cualquier príncipe a fin de conservarse en el poder. Algunos son muy liberales, otros miserables - absteniéndose de usar sus posesiones -, otros aún son pródigos, o rapaces, o crueles, o piadosos. Otros son perjuros o leales, pueden ser afeminados y hasta pusilánimes; truculentos o animosos; humanitarios o soberbios. Están los que son insensibles o lascivos; estúpidos o astutos; tibios o incluso enérgicos; graves o livianos; religiosos o ateos. Al principio debería el príncipe tener solamente buenas cualidades, más la naturaleza humana es tal que no le permite la completa posesión de ella. Lo más importante es saber ser prudente para evitar los defectos que le podrían quitar el gobierno.* Los defectos y virtudes precisan ser manipulados con astuta perspicacia para servir al poder y pueden incluso traer bienestar y tranquilidad al príncipe ³⁵ ³⁶. En fin, estimados compañeros, ¿quién no tiene defectos? ¿Vicios? ¡Todos los tenemos! Dentro de las fronteras de nuestra orden podemos admitirlos, pero nunca esa confesión dolorosa deberá alcanzar

³⁵ Nota del autor espiritual: se puede notar bien, ente el discurso expuesto por Machiavelli en 1513, con su obra "El Príncipe", de donde surgieron los términos "maquiavélico", relativos a la mala fe, perfidia, así como los principios políticos de que las finalidades y los objetivos deben siempre justificar los medios empleados para alcanzarlos. En esa ocasión, estudioso de obras políticas de un modo general, Eustaquio adquiere mayor conciencia de los valores del Espíritu, en contraste con la tenue y sutil línea divisoria de los lados antagónicos que se circunscribían a su frente: la práctica de las enseñanzas cristianas en su esencia o el ejercicio maquiavélico de esas enseñanzas. Aun con 23 años, joven, inexperto, presenta tendencia a seguir con las ideas de su entonces ídolo Niccolo Machiavelli. Se evidencia, a partir de esa encarnación en la costra terrestre, una continua evolución de sus conocimientos. Se le crece la cultura y el desenvolvimiento intelectual, acompañándolo, aún tímido, pero seguro, el progreso en el campo moral.

³⁶ Los trochos del libro "El Príncipe" ("De Principatibus") de Nicolau Maquiavel constantes en esta obra pueden ser localizadas por los lectores en sus capítulos VI ("De los Principados Nuevos que son conquistados por las Armas y con Nobleza") y XV ("De las razones por las cuáles los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados y vituperados").

el mundo exterior. Ordenemos nuestras ideas de acuerdo con la realidad, pues que la ficción sirve apenas para instruir a los incautos. Podemos ser considerados, *interna corporis*, a veces crueles, truculentos, soberbios, astutos, enérgicos y hasta lascivos. Para los fieles, no obstante, seremos siempre castos, religiosos, liberales, piadosos, leales y, por ventura, pródigos. ¡Somos los amigos del

pueblo! ¡Somos sus hermanos! ¡Los verdaderos mandatarios de Dios! Conforme la necesidad del momento, podemos hasta asumir algunos de nuestros defectos hasta colocarlos en práctica. Pero una imagen de integridad debe ser la base de nuestra orden religiosa, como un auténtico liderazgo entre los florentinos.

Antes que terminase su discurso, en base a la relevancia del tema presentado Maximiliano es interrumpido por el prior.

- ¿Y cuál sería el momento apropiado para admitir nuestros...errores?

-Siempre que le interese determinarlo. Me explico mejor. Cuando hubiera necesidad de *ser malo* - recordemos a Machiavelli y sus sabias enseñanzas - habremos de serlo. Los defectos, preclaro hermano, nos traen muchos resultados satisfactorios y positivos. No se puede obrar solamente dentro de la virtud, pues perderíamos una parcela considerable de poder. Podría ser la ruina de nuestros dominios. Ser *malo*, entre tanto, exige cautela. Nosotros sabremos, en última instancia, cuando así estuviésemos obrando y que ganancia estaremos obteniendo. Otros, ajenos a nuestra congregación, ciertamente no tienen esa noción práctica de lucrar con los propios desmanes. ¡Participemos de nuestros propios defectos! Si los tenemos, debemos utilizarlos, al final, no somos todo virtud. Luego, necesitamos construir nuestro ideario dentro de los patrones reales. Conocer los escritos de Machiavelli nos será extremadamente positivo. Precisamos saber lidiar con nuestros ideales cristianos de modo virtuoso y por buena finalidad, que es alcanzar la perfección del espíritu y conquistar un lugar al lado del Creador. Qué importan los medios a ser utilizados si los fines - ciertamente nobles - ¿los justificarán? Algunos desvíos, frutos de la realidad del hombre, vividos hasta incluso por el príncipe, son inherentes a nuestros espíritus. Comprendiendo esa verdad y manipulándola en pro del bien común, ofertaremos tranquilidad y quietud a nuestros fieles.

Nuevamente entrecortado, Maximiliano enfrenta preguntas de Vidal, uno de los monjes presentes.

- ¡No me parece una postura correcta! Estaríamos enfatizando e incentivando nuestros defectos en nombre de un ideal cuestionable como ese presentado por el compañero en su charla...

Antes que continuase, el prior interfiere y dicta:

-En verdad, estimado compañero Vidal, no hay ningún contraste entre las ideas expuestas por nuestro estudioso Maximiliano y los postulados de esta orden, unificados por San Benton hace muchos años. Debemos entender que el estudio del ideario de Niccolo Machiavelli representa un descubrir nuestros gastados y arcaicos métodos de penetración en la comunidad y en la organización política. Hoy, ciertamente, ese manuscrito del diplomático no tiene la repercusión merecida. Pero la Iglesia necesita - vea el ejemplo del Sumo Pontífice - penetrar los corazones de todos sus fieles, conquistando espacios e imponiéndose a príncipes y reyes, antes que otros aventureros lo hagan. Este sí, pueden hacerlo sin la aquiescencia divina, lo que no es nuestro caso. Me parece interesante esta tesis expuesta por nuestro conferenciante: *los fines justifican los medios...* ¡Continúe, Maximiliano!

MAPA Nº 8 - EUROPA - REFORMA PROTESTANTE

155



-  DOMINIOS ANGLICANOS
-  DOMINIOS CALVINISTAS
-  DOMINIOS LUTERANOS
-  DOMINIOS PRESBITERANOS
-  DOMINIOS CATÓLICOS
-  DOMINIOS RECUPERADOS POR LOS CATÓLICOS
-  FOCOS CALVINISTAS

-Ciertamente, mis estimados compañeros, el sufrimiento del pueblo, a veces, hace parte de su futura redención. Recordemos el ejemplo de Moisés y los esclavos en Egipto. Un liderazgo se construye en un momento de aspereza para determinado pueblo y consolidarse más tarde, cuando ocurre la fase de renacimiento de las esperanzas. De la misma forma que el príncipe debe buscar ser querido por su gente, nuestra orden necesita, a cualquier precio, mantener su posición de prestigio en la sociedad florentina. Continuemos unidos, conscientes de nuestros pasos y acatemos nuestras flaquezas cuando fuera conveniente - pero jamás exponiéndolas al mundo. Acertemos nuestras trillas rumbo a la consolidación de nuestra fuerza política y fijemos las bases para el futuro, asociados a los grandes líderes y buscando la unificación del Estado Florentino³⁷. Encabecemos la aspiración del príncipe: *quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*.³⁸ ¡A la conquista, hermanos!

Vibrante ovación corona de éxito el discurso de Maximiliano, uno de los más jóvenes y estudiosos monjes de la abadía, que se maravilla con la obra-prima de Machiavel.

El prior admira su trabajo y decide enviarlo a Roma para continuar el aprendizaje y transmitir sus conocimientos al respecto de política y filosofía. La sombra de su lejano pasado, cuando estuvo al frente de una abadía del siglo VIII, se diseña en su perfil ambicioso y sectario.

³⁷ Nota del autor espiritual: Era esencial, en aquella época, defender en Estado cuyo centro sería Florencia, en base de la férrea disputa existente entre las ciudades italianas, como Milán, Nápoles, Venecia y Roma.

³⁸ Nota del autor espiritual: "No le faltaba para ser rey sino un reino".

CAPÍTULO XLII

LA CULTURA HUMANISTA

Volvemos a la Florencia del 1502. Eustaquio reencarnó bajo el manto protector de una familia modesta y simple, recibiendo el nombre de Maximiliano.

Desarrollándose envuelto en amor y lleno de comprensión y apoyo. El núcleo familiar, a pesar de la sencilla vida, le permite un crecimiento saludable, con posibilidad de estudio. Desde pronto, Maximiliano acompaña a su padre en las actividades del campo, cogiendo y plantando, cíclica y rutinariamente, inquiriendo en su interior cuándo le surgiría una oportunidad de progreso social y económico.

Buscando alcanzar su objetivo de mejorar el nivel de vida, todos los días frecuenta el pequeño comercio de “maestro” Jacob, como cariñosamente llama al anciano que vende libros y utensilios de un modo general en el centro de la ciudad. El rabino auxilia en su aprendizaje, ofreciéndole todo el material necesario para componer amplio conocimiento exigido por la intelectualizada sociedad de la época, inmersa en el Humanismo³⁹ y en el Renacimiento⁴⁰.

Apasionado por la agudeza de espíritu e inteligencia inusual del rapaz, Jacob, soltero y solitario, se dedica a él como si fuese un hijo, exigiéndole postura y dedicación. No decepcionando al viejo librero, Maximiliano sube día a día los escalones de la intelectualidad y ambos se vuelven cada vez más amigos.

Gran centro del Humanismo, Florencia proporciona al joven una fuente inagotable de obras literarias de alto nivel, permitiendo al *maestro* Jacob seleccionar los mejores textos para sus aulas. El anciano - sacerdote del judaísmo - desentendiera su infancia en constantes estudios, en la propiedad agrícola que el padre poseía en la región francesa de Troyers, de donde emigró.

Unidos por un ideal en común, bebieron de las grandes obras de su tiempo, dedicándose a discusiones profundas y agotadoras sobre la obra de Francesco Petrarca, con especial relevancia para el *Cazoniere* y, por particular sugestión en Maximiliano, los poemas / *trionti*. No les pasaron desapercibidas las obras de Boccaccio - *Decameron* y la biografía comentada de Dante Alighieri.

³⁹ Nota del autor material: El Humanismo era la doctrina y movimiento de los humanistas del Renacimiento que resucitaron el culto de las lenguas y literaturas prelatinas.

⁴⁰ Nota del autor material: se da el nombre de Renacimiento a la renovación literario, artística y científica, que se operó en los siglos XV y XVI, especialmente bajo la influencia de la cultura antigua entonces en voga.

Imposible contener el debate cerrado entre ambos, cuando comentan, entusiasmados y exaltados la obra *Comedia*⁴¹ de Dante. Despierta curioso interés en Maximiliano el trecho descrito por el autor florentino - en los rincones que cuidan del Paraíso - que trata del desahogo de San Benton cuestionando los desvíos enfrentados por la orden que idealizó - los benedictinos⁴².

Lógicamente, ante los contrastes teológicos existentes entre el maestro y el aprendiz, ambos se afinaban más en la discusión de los cantos relativos al *Infierno* y al *Purgatorio*, más divergente en lo tocante al *Paraíso*. La parte relativa a los benedictinos suscita curiosidad excesiva por parte de Maximiliano que, a partir de esa ocasión, demuestra interés peculiar por esa orden religiosa, vislumbrando integrarla en el futuro.

Su orientador en los estudios pasa a verificar que el muchacho, al asegurarse de cualquier asunto, en poco tiempo domina el lenguaje del autor y desvela su intención al escribir la obra, demostrando ágil acceso a la interpretación del texto. Aprecia, aun, las pinturas y el arte del diseño de un modo general, perfeccionando su sensibilidad en el campo cultural y artístico.

En una determinada oportunidad, cuando comenta, en latín clásico, uno de los poemas que acabara de leer, tiene por oyente a un atento monje benedictino frecuentador de la tienda del *maestro* Jacob, que se interesa por la capacidad intelectual del joven y busca conocerlo mejor.

A los dieciséis años, prodigioso y culto, teje importantes consideraciones en cuanto a las obras góticas que pasa a conocer y dedicarse al estudio del diseño geométrico, utilizando cálculos matemáticos como apoyo.

En cierta ocasión, elabora un cuadro diseñando un lugar que nunca había visto antes. Se trata, en verdad, de una abadía de la orden benedictina fielmente retratada.

⁴¹ Nota del autor espiritual: Inicialmente la obra-prima de Dante Alighieri se llamó *Comedia*. Solamente después del 1560 pasó a ser conocida como "*Divina Comedia*".

⁴² Nota del autor espiritual: Dante Alighieri retrata en uno de los cantos de su obra máxima un encuentro que habría enfrentado con San Benton, en el Paraíso, ocasión en que oyó lamentaciones del fundador de la orden benedictina al respecto de los rumbos trillados por sus adeptos, diferentes de aquellos por él preconizados. Hay pasajes, atribuidos a la manifestación de San Benton en ese trabajo literario, mencionando que las abadías se habrían transformado en "antros" y la cobertura monástica estaría haciendo sacos para "harina ruin". Combate, aun, el amor desmedido a las riquezas que "embruteció el corazón de los monjes". Estaría, en esa ocasión, habiendo por parte del fundador de la Orden una crítica al materialismo que dominaba muchas abadías benedictinas en aquella época. Por cierto, se trata de una ficción creada por Dante, aunque su sentimiento personal esté esbozado en el libro, confirmando la imagen que muchos florentinos hacían de los benedictinos.

Posiblemente inspirado por ligaciones del pasado en la construcción de la imagen, termina obteniendo permiso para transferirse para el monasterio de los benedictinos, situado en Florencia, a fin de concluir y perfeccionar sus estudios. Su corazón se llena de encanto por la invitación formulada personalmente por el prior a sus padres y, crédulo en un futuro prometedor, se aleja de la familia y del profesor, partiendo rumbo a su nuevo horizonte.

Se despide del maestro querido vertiendo lagrimas nostálgicas, sin embargo, necesarias. Se deshace de su apego a la tierra, al campo y a la simplicidad y se dedica, a partir de ahí, a una vida austera, pero confortable, en el interior de la abadía.

Jacob, entristecido, asiste a la partida de su alumno dilecto y amigo fiel. Por las vías tortuosas de Florencia, siguen lado a lado Maximiliano y el monje que le sirve de guía. Distanciándose del centro y caminando por las trillas de un peñasco, la última imagen que se ve del joven son las líneas sombrías de la capucha monástica.

La noche cae serena y el rabino ora fervorosamente por su estimado compañero, enviándole vibraciones afectuosas, pero frágiles para penetrar las portentosas entrañas de las murallas benedictinas.

CAPÍTULO XLIII

LOS RECÓNDITOS CAMINOS DE LA ABADÍA RUMBO AL VATICANO

Recaderos sombríos siguen caminos ennegrecidos, acompañados apenas por la tenue luna de medianoche, rumbo a los sótanos benedictinos. Cargan el abastecimiento mensual de la Orden y traen cables, herramientas y otros equipos extraños, destinados a las cámaras localizadas en el calabozo. El año es 1523 y Maximiliano ya se consagró monje.

Ajeno a los destinos y a los desmanes cometidos por el priorato en la dirección de los destinos benedictinos, él continúa con sus estudios y aguarda una oportunidad para cambiarse de monasterio, pues siente que no pertenece al sombrío lugar. Se trata de una concienciación adquirida con el paso de los años, asociada a la renovación interior por él vivida ante tantos estadios en zonas umbralinas. Su corazón clama por cambios, en cuanto la razón aun acepta caminos tortuosos y menos dignos para alcanzar objetivos materialistas, aunque sin excesos.

Cuando tiene conocimiento directo y personal de alguna tortura realizada en las salas de los subterráneos - para donde son llevadas las personas consideradas *infielos* - Maximiliano siempre busca al abad para obtener justificación.

-Mi querido Max, no os impresionéis con la situación de nuestros reclusos. Ellos son muy bien tratados y sus familias confían en nuestra orden para recuperarlos y volverlos cristianos ejemplares.

-Lamento no estar de acuerdo, hermano, no considero la *tortura* un método correcto e indicado para convertir infieles.

- ¡¿Tortura?! ¡Qué palabra más dura y de un significado dudoso! Para algunos, ese método que estáis rechazando es un bálsamo a sus espíritus.

La oposición de los dirigentes de la abadía es vehemente cuando se pretende cualquier cambio en la estructura secular de la orden religiosa y, en especial, en algunas de sus formas singulares de obtener la *confesión espontánea* y el *arrepentimiento* de sus huéspedes. Cualquier comentario de Maximiliano en ese instante sería inútil. Percibiendo la necesidad indiscutible de abandonar la vida monástica, él continúa presionando a los monjes a mandarlo a Roma para estudiar en el Vaticano.

En cuanto estudia, él descubre a través de amigos bien informados los manuscritos de Machiavelli, fechados en 1513, tejiendo larga y peculiar narrativa al respecto de la política y del poder. Interesado, se dedica al conocimiento de la obra y se vuelve un especialista en la materia.

Elocuente en la defensa de sus puntos de vista y conector de las dificultades de la filosofía y de las demás ciencias humanas, termina conquistando la confianza del prior, que decide enviarlo al papa.

Preparándose para partir, tiene conocimiento de la muerte de su ídolo Machiavelli, ocurrida en 1527. Entristecido, pues deseaba conocerlo, parte al año siguiente para una nueva vida en la inmensa urbe romana.

En el Vaticano, desenvuelve aún más su gusto apurado por el arte y, en especial, por la pintura. Posee libre tránsito en la sede del poder político católico y consigue tejer importantes lazos de amistad con cardenales y obispos. Acompaña de cerca el trabajo de decoración del palacio papal, deslumbrándose con las obras del pintor Leonardo da Vinci. Recuerda su infancia en la cuna del Renacimiento - Florencia - y adentra el *Cinquecento*, última etapa de ese movimiento artístico italiano, conociendo a Miguel Ángel.

A través de gestiones junto a cardenales, que llevan sus reivindicaciones al papa Clemente VI, finalmente obtiene autorización de la Iglesia para ver publicada la obra "El Príncipe", de Niccolò Machiavelli.

Estaría surcando una brillante carrera, sino fuese por la enemistad gratuita que le dedica el cardenal Ubaldo, un conceptuado líder de los católicos de Roma. Reticente en cuanto al desempeño y las buenas intenciones del monje benedictino, el prelado acostumbra a crear obstáculos a Maximiliano en todas sus áreas de actuación.

Habitualmente, ocurren diálogos ásperos entre ambos.

- ¿Me llamáis, Eminencia?

- ¡Ciertamente que sí! ¿Continuas tu insignificante trabajo, joven?

- Me dedico a la obra decorativa de este augusto palacio y estoy a vuestra disposición siempre que me necesitéis...

- Dejemos a un lado tus maneras de buen muchacho y cristiano ejemplar. Quiero saber si continúas predicando las ideas inútiles de aquel escritor florentino, Machiavelli.

- ¡Sin duda! Admiro su obra y sus ideas, con el debido respeto a Vuestra

Eminencia.

-Pues quiero que sepas, Maximiliano, de mi insatisfacción con tu conducta. No aprecio esa obra “El Príncipe” y, en especial, no me gusta tu presencia, vagando por los corredores del Vaticano. ¿Por qué no vuelves a Florencia?

-Prometí al prior que iba a continuar mis estudios en Roma...

- ¡Te aconsejo la vuelta! Por mi parte, si es posible, quiero verte lejos de aquí.

- ¡Aprecio, Eminencia, vuestra sinceridad! Hoy en día, tenemos pocos enemigos honestos y francos, que asumen delante de nosotros su posición. Lamento haberos despertado tanta ira. Me conservaré apartado de vuestra Eminencia a fin de no perturbaros el sosiego.

-Es lo mínimo que espero, hasta que llegue tu hora de partir definitivamente. No te olvides jamás de mi advertencia. ¡Puedes salir!

Sin comprender la razón del odio gratuito que despierta en Ubaldo, Maximiliano jamás podría suponer que el cardenal es su enemigo secular, el capitán Tergot, finalmente reencarnado.

En poco, el prelado consigue obrar en los bastidores de la sede papal, tejiendo las peores intrigas y la situación del monje benedictino se vuelve cada vez más complicada. Aislado y viviendo un ostracismo camuflado, él siente voluntad de partir, volviendo a Florencia.

Antes de tomar cualquier decisión, resuelve salir por las calles, durante la madrugada de uno de los días más conturbados que vivió en el Vaticano, para reflexionar. Deambula por la ciudad en cuanto sus pensamientos vagan sin rumbo.

Mentores de Alborada Nueva lo acompañan y, solícitos, buscan inspirarlo para que se aproxime a la residencia de Epifanio, un anciano que sigue las ideas protestantes y está bastante ligado a la Colonia Espiritual.

En pocas horas, Maximiliano está delante de la modesta casa de su futuro aliado en la senda protestante.

- ¿Cómo está, muchacho? ¿Está perdido?

-No... ¡Tal vez! Perdido en mis reflexiones.

- ¿Te gustaría conversar? Soy un buen oyente.

- ¿Por qué no? ¿Cómo os llamáis?

-Epifanio.

-Acepto vuestra invitación. Al final, no tengo nada que perder.

Durante buenos momentos, ambos cambian ideas y discuten, con entusiasmo, teología y algunos puntos básicos de filosofía. El dueño de la casa procura mostrar

al beneditino los postulados protestantes y oye compenetrado sus quejas al respecto de la prepotente estructura católica.

Fascinado por la doctrina expuesta por Epifanio, Maximiliano promete volver para continuar el debate y, en los meses siguientes, animado por el nuevo camino, olvida las amarguras sufridas en su rutina en la iglesia católica, abrazando cada vez más el protestantismo.

CAPÍTULO XLIV

LA SIMIENTE PROTESTANTE GERMINA

Durante la Edad Media, la Iglesia Católica alcanzó la supremacía religiosa entre los creyentes de toda Europa. Ante la construcción de varios templos suntuosos, distribución de sacramentos a la nobleza de un modo general, realización de las Cruzadas, publicaciones continuas de la Biblia y pactos y acuerdos secretos con el poder político de los varios reinos, ducados y condados, se volvió poderosa institución de mando. No todos los de la institución estaban de acuerdo con esa postura y aplaudían la hegemonía conquistada. El bajo clero, en gran parte, no se conformaba con el desapego a los valores espirituales y se quejaba del énfasis inconveniente al culto exterior y a las apariencias.

La oposición del papado de los Estados nacionales que se firmaban en Europa, el movimiento humanista desencadenado por el renacimiento y un progreso científico cada vez mayor colaboraban para el crecimiento de algunos sectores de oposición dentro del propio catolicismo romano.

A partir de esos síntomas, las ideas esbozadas por el teólogo alemán Martín Lutero, extremadamente astuto e inteligente en todos sus argumentos, desencadenan el principio de una nueva corriente religiosa que se consolidaría años más tarde en todos los rincones del Viejo Continente. Sus tesis fijadas en la Catedral de Wittemberg surten efecto y cuestionan los dogmas eclesiásticos. Monje que es, jamás pretendió enfrentar a la iglesia o sus principios básicos. Su intención es adaptar el culto y el sacerdocio a la *verdad* que posee en su corazón, simplificando el acceso del pueblo a los miembros del clero e incentivando la fe como valor esencial del ser, sobreponiéndose a las riquezas materiales y a los títulos.

Esas ideas después llegan a Roma e invaden vigorosamente la mente de Maximiliano, a través de las noticias transmitidas por Epifanio.

Agredido en su interior por los desmanes que vislumbra en el interior del Vaticano, en especial, no conforme y amargado con las injustas agresiones de Ubaldo a su persona; colocado en el ostracismo y reducido a mero criado del palacio papal, termina convirtiéndose al protestantismo.

Todas las noches, Maximiliano deja más pronto sus tareas en la curia romana y va a la casa del amigo Epifanio para dedicarse con un grupo de estudiosos a la nueva doctrina que está abrazando. No se escribe más con la abadía de Florencia y acaba

levantando sospechas en lo tocante a su conducta.

El enemigo hidalgal, Ubaldo, manda a algunos criados que sigan los pasos del muchacho por toda Roma. No tarda mucho para que el pérfido cardenal descubra, finalmente, la traición que tanto aguardaba para investir contra Maximiliano.

Ajeno a la persecución del prelado, él establece una nueva amistad con un joven monje alemán, invitado de Epifanio para las reuniones, que le desvela las lecciones suministradas por otro teólogo protestante. Le llega el conocimiento de los postulados de Calvino, despertándole un interés incontrolable de conocerlo personalmente.

Mientras tanto, tan pronto vuelve al Vaticano, es conducido a la presencia del cardenal Ubaldo. Inquirido al respecto de su participación en el movimiento protestante, él niega vehementemente y continúa afirmándose católico. Insistente el prelado lo fuerza a una confesión, sobre todo cuando llama a la conversación sus auxiliares que siguieron a Maximiliano por varios días. Desenmascarado florentino se desespera y recibe órdenes de no dejar los aposentos hasta que sea autorizado a hacerlo.

Presintiendo la aflicción y el castigo que iría a recibir, huye del palacio papal y se refugia en la casa de Epifanio por algunas horas, partiendo más tarde rumbo a Ginebra, donde pretende encontrarse, finalmente, con Juan Calvino.

Colérico ante la fuga del enemigo, Ubaldo hace publicar una recompensa por su captura. Temerosa, ante el avance protestante, la iglesia Católica hace renacer la cruel *Compañía de Jesús*, que significa el retorno de la *Inquisición*.

El *Santo Oficio* es restaurado y Ubaldo pasa a hacer parte del Tribunal. La violencia de sus actos se esparcen brevemente por los rincones europeos y el movimiento protestante flaquea, perdiendo espacio.

Lejos de allí, Maximiliano recorre Francia durante el año 1545, en busca de las raíces del movimiento religioso de contestación al catolicismo romano y acaba cruzando las fronteras de Ginebra en la trilla de su nuevo líder.

CAPÍTULO XLV

EL ENCUENTRO CON CALVINO

Caminara la noche entera, bajo el brillo espectacular de la luna compañera, encontrándose ahora fatigado y desesperanzado. Algunos pasos más, son pocos, conducen a Maximiliano a un claro, formado por bellos árboles y alegres pájaros que canturrean por el cielo, donde reposa merecidamente. La huida que emprende le trae un amargo sentimiento de estar perdido y vacío.

Horas más tarde, despierta precipitadamente, imaginando que está perdiendo el precioso tiempo en su incesante búsqueda. Se imagina aun en Francia, sin embargo pisa suelo genovés. Se levanta y se coloca en marcha, dejando para atrás el amistoso espacio sin árboles que lo envolvió en providencial descanso.

Se depara con montañas escarpadas, componiendo un escenario bello, diferente de los alrededores florentinos donde pasó la mayor parte de su existencia y cuya cumbre se presenta invitadora a ser alcanzada. Se mira en el calmado balanceo del sol, radiante a esa hora del día. Se siente un auténtico heliolatra.

Cuando se siente abandonado por la Orientación Divina, termina encontrando, al final de un estrecho camino, una torre erguida sobre escombros. En lo alto, ve una ventana, con cortinas danzando al sabor de los vientos y nota una presencia humana en su interior. Decide tocar a la puerta del castillo en ruinas.

Atendido con prontitud inusual por un criado vestido al estilo húngaro, presentándose como viajante originario de Roma, es conducido a una sala vacía, donde recibe instrucciones de esperar. Minutos después, ingresa en el recinto un hombre delgado, vestido de negro, con una pequeña capucha en la cabeza, barba cerrada y circunspecta, con un libro en las manos. Aparenta cerca de los cuarenta años.

- ¿Quién sois? Pensé que fuese mi buen amigo Guillaume... - indaga decepcionado aquel que le parece ser el señor.

-Mi nombre es Maximiliano, soy monje benedictino... quiero decir, fui monje benedictino y ahora me encuentro en peregrinación por Europa, buscando localizar Ginebra y conocer a una personalidad del movimiento protestante. Si pudieseis darme abrigo por una sola noche, continuaré mi viaje mañana, sin falta.

- ¿Qué hace un monje perdido en estas tierras? ¿Dónde se sitúa vuestra abadía, querido?

-Como pude deciros, ya no pertenezco a la orden benedictina... ¡Me retiré! Inicié,

entre tanto, mi ingreso en la vida monástica en Florencia. Pasando a Roma, decidí abandonar el catolicismo.

- ¡Interesante! ¿Puede un religioso dejar de serlo? ¿Tendría él motivos fuertes y justificados para tal blasfemia?

- ¡No abandoné la religión! Quiero unirme a los protestante. Señor, os pido un abrigo temporal..., apenas esta noche.

-A propósito, ¿a quién estáis buscando? Tal vez podría ayudaros... ¡Conozco a mucha gente!

-Busco a Juan Calvino, famoso teólogo francés y protestante, que se encuentra en Ginebra, según supe. ¿Lo conocéis?

-De nombre. ¿Pero por qué queréis encontrarlo?

-Se trata de un auténtico reformista, alguien que me impulso, con sus ideas, a dejar la Iglesia Católica.

-Creo que vinisteis al lugar correcto. Podré, en breve, presentaros a quien deseáis. Se hace tarde. Apresuraros para la comida, que me gusta apreciar puntualmente a las siete. Evilasio os indicará vuestro aposento.

Deja la sala el anfitrión de Maximiliano e ingresa, en seguida, el criado.

- ¿Puedo conducirlos, señor? ¿Dónde está vuestro equipaje?

-No lo tengo. Poseo solamente la ropa de mi cuerpo.

-Creo que no es problema. Algunas piezas podrán ser arregladas, si lo deseáis. Espero no causaros trastorno, pues las comodidades no son dignas de un viajante. El patrón no acostumbra a recibir huéspedes aquí. Se trata de un retiro temporal para sus reflexiones, cuando entonces solamente yo lo acompaño.

-Para mí, apenas una cama y una buena comida son suficientes. No os olvidéis que ya fui monje, acostumbrado, pues, a lugares simples y sin confort.

A las siete horas, comen en la misma sala donde por primera vez se vieron, el anfitrión y su único huésped.

-Acostumbro a tener mis comidas servidas en la cámara de trabajo. Espero que no extrañéis el ambiente precariamente instalado para recibirlos...

- ¡De forma alguna! No acostumbro seguir las apariencias. Lo que cuenta es la intención y el calor humano en las relaciones en general. Vuestra amabilidad se registra en toda vuestra atención.

- ¡Me quedo satisfecho! Degustemos la comida y, después, podremos hablar al respecto de vuestra misión.

La autoridad moral con que habla el anfitrión hace callar a Maximiliano y,

durante algunos minutos, el silencio impera en el castillo, apenas interrumpido momentáneamente por los pasos de Evilasio, trayendo y llevando los platos servidos a la mesa.

Finalizada la comida, inician una afable conversación.

-Oí hace poco vuestras palabras acerca de la conversión al protestantismo. Me gustaría oír algo más sobre eso.

-Me hice monje aun joven. Creía poder subir posiciones sociales envidiables en la vida eclesiástica. Estudié muchos autores y varias obras. Me especialicé en los escritos de Niccolo Machiavelli. Seguí de Florencia a Roma para continuar mis charlas y perfeccionar mi aprendizaje. En la sede del Vaticano, infelizmente, descubrí un mundo nuevo, repleto de artimañas y estrategias, con las cuáles no estaba de acuerdo. Algunos enemigos gratuitos en la curia romana conseguían fustigarme durante todo el tiempo y la desgracia tomó cuenta de mi ser. Decidí, entonces, aproximarme a un grupo de religiosos, distantes de los católicos, que estudiaban las tesis luteranas. Construí buenas amistades y solidifiqué conocimientos, pero fui traicionado por el cardenal Ubaldo. Me puse en fuga por Europa, sin rumbo y solamente poseído por el objetivo de encontrarme con Calvino, pensador emérito, cuyas ideas se afinan con aquellas expuestas por Lutero hace algún tiempo. Esa es mi historia. ¿Puedo, quien sabe, conoceros mejor?

- ¿Conocéis la obra *Instituciones de la religión cristiana*⁴³?

-Por cierto, de ella oí hablar, pero, lamentablemente, no la tuve nunca en mis manos.

-Por acaso conseguí un ejemplar. Puedo ofrecérselo... ¿Os gustaría? - ¡Ciertamente!

-Evilasio os entregará el libro dentro de algunos minutos. Debo retirarme, pues la fatiga de esta hora no puedo evitarla. Mañana hablaremos.

-Pero... ¿a vuestro respecto, señor?

-Buenas noches.

La figura austera del dueño de la casa se retira sin vacilar y Maximiliano se conforma en terminar la conversación sin los esclarecimientos que intentaba recibir.

La noche fue corta para el empeño con que se dedicó al libro que le llegó a las manos. Entusiasmado, conoció las principales ideas de Calvino estampadas con precisión en las *Instituciones*. Se adormeció solamente cuando el sol le entró en el cuarto y le calentó, una vez más, el corazón.

-El patrón os aguarda en el bosque al lado del castillo, señor.

-Gracias, Evilasio. Iré ahora mismo.

De entre altivos árboles, casi solitarios en ese punto helado de las montañas, haciendo sombra a un pequeño lago, azulino y cristalino como pocos, se encuentra Maximiliano con aquel que le diera hospedaje.

-Evilasio me dijo haber escuchado, durante toda la noche, movimientos en vuestro cuarto. ¿No conseguiste dormir?

- ¡Es verdad! No cerré los ojos durante la madrugada, pues me enfrenté con el libro que me distes... Tengo el extraño hábito de leer y andar al mismo tiempo. Por eso, el movimiento...

¹ Nota del autor material: se trata del libro célebre de Calvino, escrito en latín, en 1535, que expone las doctrinas de los protestantes franceses. En la idea del reformador, el protestantismo ni es una filosofía, ni una religión, es simplemente la Escritura interpretada por la conciencia de cada cual.

-Entiendo. ¿Y qué piensas de la obra?

-Profunda y esclarecedora, tratando de temas importantísimos como la familia, la fe, la ley, la Iglesia, los sacramentos, entre otros. Particularmente, me llamó la atención la parte relativa a las relaciones entre los cristianos y la política.

-De hecho, la Iglesia se aproximó demasiado al Estado, volviéndose institución política y no religiosa, como demandaría sus orígenes. Cristo fue olvidado y el hombre se apartó, con eso, de sus ejemplos, dilapidando su carácter adentrándose en pecados. Por otro lado, ¿cómo conocer a Dios sin leer, realmente, las Escrituras?

-Pero los católicos leen y entienden las Escrituras.

-No. Entienden apenas aquello que les es pasado por el sacerdote. Pocos leen, de hecho, los escritos que retratan la Verdad y la Vida. El autor de la obra que tuviste la oportunidad de leer nos indica que el Gobierno puede y debe coexistir con la Iglesia, incluso puede tener autoridad divina. Mientras tanto, cuidará la autoridad política de proteger a la Iglesia y no por ella ser protegida.

- ¿Pero, cómo la iglesia, sin armas o ejércitos, puede proteger al Gobierno?

-Con su palabra en nombre de Dios. Es más poderosa la institución que manipula el contenido de las Escrituras de lo que mil ejércitos podrían conseguir. Mentiras y falsedades no pueden ser la base de la Iglesia. El papa tiene inmenso poder delante de reyes y emperadores. No podría utilizarlos mal como viene haciendo o permitiendo que sus subalternos lo hagan. ¿Por qué hablar latín con el pueblo? ¿Por qué no transmitirles el culto de forma simplificada en su lengua natal? Nos parece que no se desea el esclarecimiento de los fieles, y sí su subyugación ante

el principio de la verdad absoluta en las manos de unos pocos que pueden leer y entender, a su manera, el contenido de los Escritos Sagrados. Los Dogmas y las leyes dictados por el papado no constituyen la realidad de la religión.

- ¿Son ideas tuyas o de Calvino?

-Parece que ambos pensamos de la misma forma. Llegó la hora de decir basta en ese desvío de finalidad abrazado por la Iglesia católica. Creo que Calvino diverge en algunos puntos de las tesis luteranas, pero en la esencia ciertamente ambos están de acuerdo. El mayor trabajo, no obstante, me parece no es lanzar la idea, aunque ella pese al ser esencial al movimiento, más su divulgación es imprescindible. Y vos, ¿pretendéis ayudar a Calvino de algún modo?

- ¡Sin ninguna duda! Para eso estoy aquí... ¿Dónde estamos?

-En Ginebra, en las montañas de Suiza, próximo a los dominios de los Habsburgo.

- ¿Cómo conocéis tanto de Calvino? ¿Sois amigo o alumno del maestro francés?

- ¡Ambos, querido mío! Somos amigos y soy también su alumno. Vamos a entrar, el frío montañés debe ser sorbido poco a poco.

Nuevamente, esa noche, hacen juntos la comida y profundizan las discusiones sobre teología, política y derecho. Maximiliano sigue, confortado, en su aposento. Hace algún tiempo que no tenía la oportunidad de vivir momentos de tan prósperos debates.

Al día siguiente, Evilasio se encuentra con Maximiliano, ofreciéndole un recado del patrón.

- ¿Cómo? ¿El partió? ¿Me dejó alguna nota u orientación de cómo encontraré a quien busco?

- ¡Calma, señor! Tengo aquí una carta, con instrucciones específicas. Os la doy.

Maximiliano, trémulo, toma la misiva y se pone a leer apresurado. Se torna pálido a medida que progresa en la lectura y se sienta en la silla más próxima para no caer al suelo.

-Son, de hechos, instrucciones. Me pide para que divulgue las *Instituciones* y otras obras semejantes que me fueran entregadas, a su tiempo, por todos los rincones europeos, en especial París. Me ofrece condiciones materiales para seguir viaje, sin preocupaciones financieras y confía en mi lealtad por la causa que ahora estoy abrazando. Dice que entrará en contacto conmigo cuando hallara oportuno en breve tiempo. Firma ¡¿"Juan Calvino, su amigo y ahora admirador"?!

- ¡Realmente, señor! Pasaste algunos días con nuestro querido líder. Él tuvo que

volver a Ginebra para cuidar de los intereses de la Academia⁴³ que está organizando. Precisa de voluntarios, como el señor, para divulgar sus trabajos, especialmente por Francia. Vio en vuestra persona a alguien de confianza e idealista. Si estuvierais de acuerdo con la proposición hecha, debéis partir inmediatamente. Os doy fondos para vuestra peregrinación.

Sin ningún comentario, Maximiliano parte a París, confiante y elevado.

Las montañas le dan un adiós silencioso, haciendo que la brisa helada le acompañe en el descenso en dirección a la planicie y moviendo las hojas de la vegetación de los alrededores tal como una música suave, que le concede tranquilidad y esperanza. En el cielo limpio y azulado, una esbelta ave blanca como la nieve de las cumbres, vuela soberana, delineando el paisaje y emitiendo un canto distante e imperceptible. Maximiliano llora y agradece a Dios momentos tan esplendorosos y un futuro prometedor.

⁴³ Nota del autor material: Calvino se instaló en Ginebra en 1541 y la transformó en la Roma del protestantismo. La Academia, fundada en 1559, confirió a Ginebra gran prestigio intelectual.

CAPÍTULO XLVI

DE VUELTA A ROMA

De Ginebra, Maximiliano vuelve a Roma, antes de seguir a París. Quiere despedirse de sus amigos, en especial de Epifanio, colocándose en frágil posición, al caminar despreocupado por las calles próximas al Vaticano. En poco tiempo, es descubierto por el cardenal Ubaldo, que manda prenderlo. En esa ocasión, se clausuran las actividades del Concilio de Trenton, el encuentro más largo eclesiástico de la historia de la Iglesia, ampliamente conocido como Contra-Reforma, fortaleciendo el rechazo al protestantismo.

Detenido para el juicio por traición, se encamina al Tribunal de la curia romana. Una escalera de mármol conduce a los cardenales a una puerta gigantesca en lo alto de la escalera. Imperturbable, uno de los guardas anuncia el inicio de la sesión del Concilio. Los jueces ingresan en el recinto austero y sombrío, construido especialmente para rodear la asamblea. Cortinajes suntuosos reflejan la riqueza del ambiente, guarnecido de espejos con marcos dorados, cuidadosamente distribuidos por la sala.

-En nombre de Dios y del Santo Papa, inauguro la sesión de juicio. Vamos a apreciar la alta traición sufrida por la Iglesia católica en base a los actos practicados por el monje benedictino Maximiliano, aquí presente. Infiltrado en el Vaticano, contando con la confianza de la curia romana y participando deslealmente del movimiento reformista, el acusado usó de la buena fe de los católicos que lo acogieran en Roma, proveniente de Florencia, para herir el juramento de fidelidad al manto sacerdotal que viste. ¿Tiene el acusado algo que decir antes de las manifestaciones de los cardenales? - profiere solemne el cardenal Ubaldo.

-No, señor cardenal-presidente. Nada puedo añadir a lo que os dije años atrás y que ciertamente Vuestra Eminencia hizo constar en el proceso. No comprendo tanta ira dedicada a mi persona, sin embargo debo confesaros que no reconozco la legitimidad de esa egregia asamblea para juzgarme.

- ¡Es un insolente y maniqueista! Quieres considerar este Concilio como arbitrario e ilegítimo a fin de hurtarte de tus actitudes livianas y traicioneras contra la Santa Iglesia. No hay peor mal que el tuyo, al llenar el corazón con la cólera satánica de los opositores al catolicismo. Abrimos los brazos, en el pasado, para acogerte en nuestras entrañas, para ahora verte apuñalando nuestros ideales más

puros por la espalda.

- ¡No soy traidor! Apenas abracé una nueva causa religiosa, en la cual creo y tengo fe. Me sometí a un examen de conciencia y consideré el cambio el mejor camino, lejos de pretender atacar a la Iglesia católica.

- ¿Deseas la confesión, renegando el protestantismo y volviendo a tus raíces benedictinas?

- ¡No, señores! Soy ahora protestante y así permaneceré hasta mi muerte.

La altivez de Maximiliano choca a los cardenales y algunos minutos de silencio son necesarios para la recomposición de todos.

-Está bien, sea hecha tu voluntad. El concilio se reúne ahora para decidir tu destino.

Retirado de la sala es llevado a la cárcel, Maximiliano espera, resignado, su sentencia.

Meses después, en cruel estado de aislamiento, es informado de su condena a prisión hasta que resuelva renegar la Reforma, publicando su confesión de culpa. Enferma en la mazmorra y tiene visiones constantes del mundo espiritual. La fiebre le hace delirar y, en un desprendimiento del cuerpo físico, se reencontra con antiguos enemigos ahora en el plano invisible.

Cierta noche, despierta interrumpiendo el sueño y se vuelve, atontado, para uno de los rincones de la celda, vislumbrando una figura de un militar germánico, con postura remilgada, que le dirige numerosas ofensas. El Espíritu que lo amenaza es Gümther, fiel servidor de Klaus Von Büher, adversario que lo mató por la fuerza de la espada, siglos antes, cuando era Giscard D'Antoine, obispo de Lyon.

En cuanto Maximiliano está preso y convertido al protestantismo, en el plano espiritual ocurre la ruptura entre sus seguidores. Razuk, totalmente refractario al cambio de comportamiento de su líder, se vuelve contra él y forma un grupo adversario, abandonando a Gedeon y a todos los antiguos aliados.

La evolución de los Espíritus no transcurre en igual plazo para todos. Cada uno evoluciona conforme su libre albedrío y de acuerdo con su capacidad individual y personal de asimilar y practicar los postulados cristianos. En cuanto Eustaquio progresa a lo largo de sus años de expiación, Razuk y Gedeon permanecen estacionados.

En esa época, por tanto, Maximiliano tiene que enfrentar a varios enemigos, algunos reencarnados y otros en el plano espiritual.

Los años pasan y el exmonje benedictino pierde las esperanzas de salir de prisión. Entre tanto, una determinada madrugada, es retirado de la celda y llevado de allí, casi inconsciente. Despierta días después en una cabaña en el bosque vecino a la ciudad de La Rochelle, en Francia. Sus libertadores son protestantes ligados a Epifanio que, desde Roma, buscaba a toda costa salvar al amigo de las manos del cardenal Ubaldo.

- ¿Dónde estoy? - indaga confuso Maximiliano.

- ¡Estás seguro ahora! Me llamo Landoaldo y me encuentro al servicio de nuestro compañero Epifanio.

-Yo sabía que podría contar con mis amigos... Deseo saber cómo anda la Reforma. ¿Podéis informarme?

-Continuamos enfrentando la oposición de Catalina de Médicis y, después de numerosos combates entre católicos y hugonotes, nos restan los reductos de Cognac, Montauban, La Charité y también La Rochelle, donde estamos.

- ¿Y Calvino? ¿Continúa predicando en Ginebra?

¡El murió, Max! Del mismo modo, Epifanio también se fue. Perdiste la noción del tiempo, pues fueron muchos años los que estuviste encarcelado.

Entristecido por la noticia de la muerte de los dos grandes ídolos, él llora, indagando:

- ¿En qué año estamos?

-1570.

- ¿Aun tenemos alguna oportunidad de consolidar el movimiento protestante?

- ¡No podemos perder la fe! Estamos en lucha constante. Uno de nuestros más combativos líderes, el almirante Coligny, firmó recientemente un tratado de paz con la Corte, lo que nos permitió mantener algunos reductos libres a nuestro culto y a nuestro trabajo. Él también se aproximó al joven rey Carlos IX. Su actitud, no obstante, despertó la ira y la enemistad de Catalina de Médicis. Estamos, por tanto, en situación delicada, pero consolidando las ideas de Calvino.

- ¡Me quedo más tranquilo! Me gustaría comenzar a trabajar inmediatamente. ¿Sería posible entrevistarme con el almirante?

Mañana, sin falta, iremos a buscar a Coligny.

CAPÍTULO XLVII

LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ

- Una breve retrospectiva histórica -

Se consolidó en Francia, lenta pero sólidamente, el poder absoluto de los reyes. A partir de 1520, los protestante se hicieron oír en el escenario nacional e iniciaron una ofensiva religiosa, aumentando el número de adeptos y buscando consolidar alianzas en la Corte, en especial entre los tradicionales y conservadores nobles que vivían a la sombra de Francisco I. La progresiva participación del protestantismo en la vida de los franceses irritaba al clero y los fervorosos adeptos del catolicismo. Se consagró el odio a los hugonotes por parte de la familia de los Guise, tradicional y católica. Se organizó una escalada de planes para exterminar el movimiento reformista en su raíz, culminando en la masacre de Wassy, en 1562.

Los católicos, en esa oportunidad, hicieron explotar una verdadera guerra contra los protestante, volviendo delicadas las relaciones de los miembros de la Corte. Adeptos de la familia Guise se escabullían por los corredores del castillo real conquistando aliados y promoviendo intrigas. De entre los fieles seguidores del duque de Guise se encontraba el conde Revery, enemigo contundente del movimiento reformista y antipático a las ideas de Calvino. Desfilaba sus célebres argumentos a todos los que encontraba y, a través de fiestas regadas con excelentes vinos y finas vituallas, hacía crecer la posición de los católicos que lideraba con destreza inusual.

Demostrando poseer habilidad poco común y despertando temor en los adversarios, esparcía su fama por todos los rincones de Europa, a pesar del poco registro que se tiene, en la Historia, al respecto de su participación en el movimiento contra la Reforma. El conde era uno de los mayores aliados de los Guise, sirviendo también el débil rey Francisco II y, posteriormente, Catalina de Médicis. Esta última, prácticamente asumió el trono francés cuando se tornó regente del rey Carlos IX, aun menor de edad.

Paralelamente, al lado de los protestante, crecía el prestigio del almirante Gaspar de Coligny que, a pesar de ser educado en la doctrina católica, en nacimiento noble, se convirtió a las ideas reformistas y obraba hábilmente en defensa de los hugonotes.

Francia tenía oficialmente, como monarca, al rey Carlos IX, que inclusive fue

Prematuramente emancipado para asumir el gobierno, pero en realidad dirigía con manos de hierro los destinos franceses la sagaz Catalina de Médicis.

Los años siguieron su curso desde 1563 a 1570, cuando Máximiliano fue liberado de las mazmorras romanas y volvió a Francia a fin de adentrarse en el movimiento protestante.

Prosiguen las ofensivas católicas contra los hugonotes y muchos enfrentamientos aislados esparcidos por el país, causaban varias muertes. Registra la historia, entre tanto, el fatídico mes de agosto de 1572, que culmina en la *noche de San Bartolomé*.

En cuanto Coligny se aproxima al rey y se debilita Catalina de Médicis, se multiplican las conspiraciones contra la Reforma por toda la corte. Los preparativos para el casamiento de Margarita de Valois y Enrique de Bearn⁴⁴, entonces en fase de consolidación y por los podridos bastidores de traición se desenvuelve con pleno vigor una de las mayores tramas ya vividas en Francia. Los Guise, a esa altura ligados a Catalina de Médicis, organizan una masacre de grandes proporciones contra sus enemigos protestantes. El conde Revergy aumenta sus articulaciones en

⁴⁴ Nota del autor material: la consecuencia más flagrante de la Reforma fue la división de la cristiandad occidental (...) En Francia, los calvinistas o "hugonotes", como eran llamados, formaban un verdadero partido político, en el cual figuraban tres jefes de gran prestigio: el príncipe de Condé, Antonio de Borbón (rey de Navarra) y el almirante Coligny. Cuando murió Enrique II, en 1559, le sucedió su hijo Francisco II, que tenía entonces 16 años. Los negocios del rey quedaron prácticamente en las manos de Antonio de Guise, tío del pequeño y delicado monarca, con perjuicio de los Borbones, príncipes de sangre que se vieron apartados. Los reformadores organizaron entonces la conspiración de Amboise, con la intención de secuestrar al rey y liberarlo de la tutela de los Guises se volvieron entonces señores del poder. Muy pronto murió Francisco II. Ascendió al trono su hermano Carlos IX, aun menor, quedando como regente su madre, Catalina de Médicis, la cual, en los moldes de la política italiana y del Renacimiento, engaño frecuentemente a ambas facciones, procurando mantener un relativo equilibrio. Sin embargo, cuando el duque Francisco de Guise consintió en la masacre de Wassy, donde murieron 60 hugonotes, se avivaron los odios políticos y religiosos en Francia, que se prolongaron hasta 1593 (...) la paz de Saint Germain (1570) estableció una amnistía general y libertad de culto de los reformistas, con excepción de París y en cuantro "ciudades de seguridad".

La reina madre, Catalina de Médicis, celosa de la ascendencia del almirante Coligny sobre su hijo Carlos IX y, además de eso, oponiéndose al proyecto, apoyado por el almirante, de declarar la guerra al rey de España, Felipe II, consiguió convencer al hijo de la existencia de una trama de los dirigentes hugonotes que permanecían en París después del casamiento de Margarita de Valois, hermana del rey, con Enrique de Navarra (18 de Agosto). Atemorizado, Carlos IX consintió en la masacre de los reformadores. Las muertes comenzaron en la madrugada del 24 de Agosto con el repique de las campanas de Saint Germain l'Auxenois. Los principales dirigentes protestantes, entre los cuáles estaba Coligny, fueron asesinados, así como más de tres mil reformadores. Solamente Enrique de Navarra y el príncipe de Condé consiguieron escapar de la muerte, por rápida abjuración. La masacre prosiguió en las provincias en los días siguientes.

los corredores palaciegos y participa de numerosas reuniones con la nobleza católica. El clero ligado al Vaticano finge no saber los acontecimientos, aunque la realidad indique lo contrario. Hasta incluso el cardenal Ubaldo, junto con decenas de obispos romanos, llega a París, a pretexto de participar del casamiento que iría a unir protestantes y católicos.

En la fecha marcada para el matrimonio, entidades del plano espiritual inferior se aproximan a París a millares, tales como ejércitos del mal, mirando participar de la matanza que está siendo articulada en el palacio real. Razuk, antiguo aliado de Eustaquio, lidera uno de los frentes de apoyo a los planes diabólicamente trazados por Catalina de Médicis y por la familia de los Guises. En el plano material, contra los intereses de Maximiliano y su grupo calvinista obra, abierta y vigorosamente, el cardenal Ubaldo, también eterno rival de Eustaquio, desde la asamblea ocurrida en las profundidades del umbral, cuando hubo una ruptura irreparable en las hordas inferiores. El capitán Tergot, provisionalmente prisionero en ese cuerpo de prelado romano, está en franca actividad.

De otro lado, Gedion, aun fiel a Eustaquio, desde el plano espiritual dirige un grupo de apoyo a su líder, resignándose con sus cambios de comportamiento y de religión, proponiéndose acompañarlo en cualquier circunstancia y delante de cualquier decisión.

Reencarnado - astuto y traicionero - en la figura del conde Revergy se encuentra el enemigo del pasado, Marcel, obispo de Orleans.

El día 24 de agosto de 1572, una nube inmensa y negra toma cuenta de París, representada por masas de Espíritus que llegan de todos los lugares. Iniciada la masacre, en una de las calles parisienses, Maximiliano es apresado. Cuando despierta, está en el centro de una plaza, encima de una carroza y ve, cabalgando en su dirección, a un soldado portando una lanza.

El soplo del dolor, del odio y de la desmesurada cólera barre las calles del corazón de Francia. Arden en el fuego cruel los templos hugonotes enviando humo negro a los cielos, cegando, aún más, el escenario iluminado de las estrellas. Los gritos estallan por todos los rincones, uniéndose, de pronto, unos gritos emanados también en el plano invisible. Enemigos del pasado se regocijan en sus venganzas. Ocurren numerosos reencuentros abruptos entre recién desencarnados y Espíritus inferiores que los aguardan, causando un movimiento magnético indescriptible,

que aplasta aún más la precaria estructura emocional de los parisienses. El trabajo de los Equipos de Luz, enviados por el Plano Superior, construye un arco iris en el horizonte, aunque apartado del centro de la lucha y solamente para rescatar a aquellos que, por merecimiento, deben seguir rumbo a las ciudades espirituales o a sus Puestos de Socorro. Granizada de puntiagudas lanzas de origen desconocido cruzan el cielo y alcanzan a varios protestantes en una plaza de la periferia, desmotivando la resistencia. Sacerdotes católicos, dentro de sus iglesias, hacen seguidamente el santiamén, encomendando almas y pidiendo, con humildad, el perdón divino.

Sin condiciones de reacción, Maximiliano vislumbra su final estamparse en la puntiaguda flecha que se aproxima. Impasible y manteniendo su fe cristiana, fija los ojos en el caballero y se siente muerto. Súbitamente, oye un sonido representado por el vuelo certero de la lanza disparada por su verdugo. Entrándole por el pecho y atravesando la espalda, la hasta puntiaguda le cierra la visión material, conduciéndolo, de pronto, a otro plano de su existencia. Inmediatamente, se acuerda, bajo la criba de varios *flashes*, de su desencamación en Dijon, en el año 500. Pierde, después, la conciencia.

Transfigurado, recorre las calles de la ciudad el cardenal Ubaldo, seguido de cerca por varios soldados. Deparándose con los cuerpos desfigurados de protestantes, dejados muertos en cada rincón y por todos lados. Ordena a sus protectores armados que lo conduzcan de vuelta al castillo real, pues decide partir inmediatamente para Roma. Su venganza contra Maximiliano comienza a sonarle inútil e ínfima delante de tamaña atrocidad, en cuanto el remordimiento le corroe el alma.

Al volver para el Vaticano, cae en el ostracismo y jamás vuelve al escenario político-religioso que lo había proyectado a la curia romana. Por remordimiento o disgusto, no se olvida de la matanza sangrienta que tuvo oportunidad de acompañar.

La noche de San Bartolomé - una violencia cruel e injustificable, en el contexto de una disputa religiosa - queda para siempre indeleble en la memoria y en la historia del reino de Francia.

CAPITULO XLVIII

DEL MUNDO DE LAS ARTES A LA ESCLAVITUD

Dejando Francia, asesinado en la *noche de San Bartolomé*, Eustaquio estaciona por algún tiempo en Alborada Nueva, consciente de que debe reencarnar una vez más, en especial para reencontrar antiguos adversarios. Parte, entonces, para África, donde nace en la tribu loruba, cuya aldea se sitúa en el Golfo de Benin, en la costa occidental. Su pueblo se dedica a la fundición del bronce y a la construcción de bellas piezas de arte, que son vendidas a los extranjeros.

Bajo la identidad de Luvi, Eustaquio carga consigo enorme bagaje de conocimientos, además de haber aprendido a cultivar sentimientos más nobles. Desagregado en la relación familiar, pronto pierde a la madre y es abandonado por el padre. Tiene apenas una hermana menor Vana para cuidar y orientar.

Mirando las líneas del horizonte sobre el mar, desea un día partir para tierras distantes, dispuesto a conquistar nuevas culturas. Su único obstáculo a las aventuras es la hermana, que es deficiente física. La pequeña es rebelde y jamás entiende porque Luvi le dedica tanto cariño y atención.

Los sabios caminos trazados por el Plano Superior, no obstante, colocan en una estrecha relación familiar a los enemigos seculares Eustaquio (Levi) y Tergot (Vana).

- ¡Maldito seas, Luvi! ¡Déjame en paz! No necesito tu ayuda y estoy muy bien sola.

-Vana, ¿por qué tanta aspereza? Quiero tu bien y me preocupo contigo. ¿Sería demasiado dejar que tu hermano mayor cuide de ti?

- ¡Lo sería! Eres un entrometido y quieres dirigir mi vida. Cuanto más lejos estés, me siento mejor.

Al alcanzar los doce años de edad, vana se libera del yugo de Luvi y comienza una vida descontrolada y liviana, recibiendo para encuentros amorosos a muchos hombres de su tribu. La provocación al hermano le agrada mucho más que sus relaciones. Cuanto más entristecido y revuelto Luvi se vuelve, asistiendo el desarrollo de los hechos, más incentivo tiene la hermana para proseguir con sus desmanes. Incluso deficiente, continúa Vana contrayendo débitos inmensurables a lo largo de su estadio en la materialidad,

totalmente refractaria a los consejos del hermano.

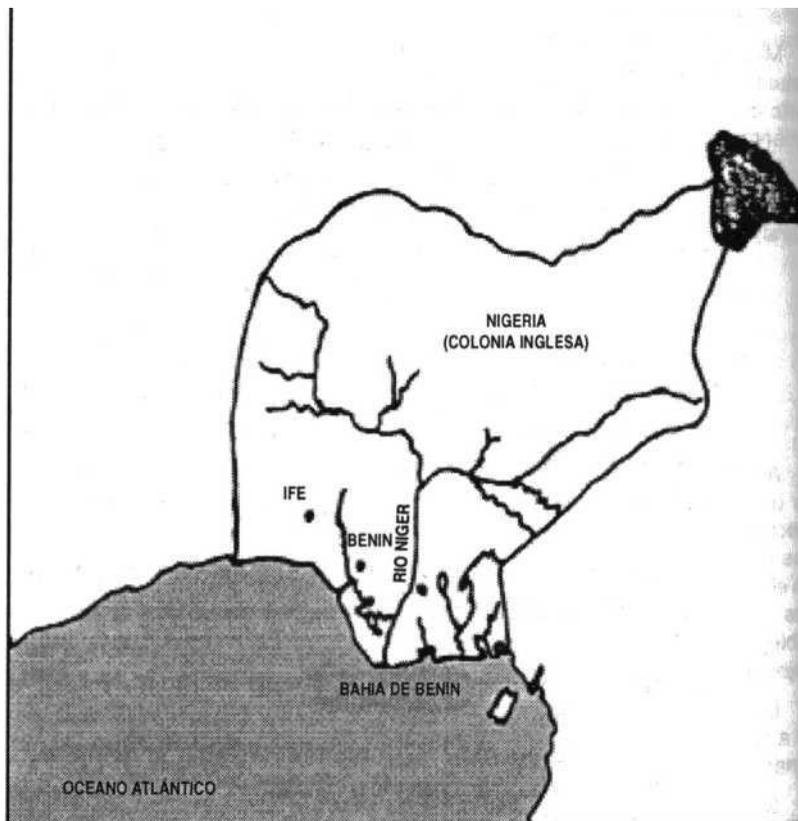
Luvi no se considera vencido y persiste en su trayectoria de auxilio y amparo a la muchacha. Se siente constantemente rechazado, aunque jamás deje de amar a la hermana.

Su tribu es pacífica y no está apegada a la guerra y a las armas. En cierta ocasión, es invadida por mercenarios ingleses que desean apresar esclavos. Luvi es capturado y, en razón de eso, se separa definitivamente de la hermana Vana, que permanece en tierras africanas.

Detenido, termina apesado en el navío de un rico comerciante de Londres,

MAPA 9 - LOCALIZACIÓN DE BENIN E IFE

ÁFRICA OCCIDENTAL



cuyo hijo, conocido por *Big Joe*, dirige la aventura pirata para el tráfico de trabajadores negros. Conducido a la presencia del líder de la expedición, Luvi permanece impasible.

- ¡Ese esclavo está cabizbajo y no se mueve! ¿Está enfermo?

- ¡En absoluto, señor! Creo que él sólo siente falta de su tribu.

- ¿Estás seguro, *Pepper Boy*? No quiero arriesgarme cargando conmigo inválidos...

-Asumo la responsabilidad enteramente, *Big Joe*. En poco tiempo, él estará integrado con los demás y comenzará a trabajar.

El navío inglés sigue para la costa brasileña donde los africanos deberán ser vendidos.

A lo largo del trayecto, *Big Joe*, se divierte irritando a Luvi, el más callado de los esclavos.

- ¡Tráiganme a aquel negro mudo! Quiero analizarlo mejor.

Segundos después, ambos se entremiran.

-Entonces, torpe, ¿qué me puedes decir ahora? ¿Decidiste hablar alguna cosa? (risas) ¡Ah, ya sé! Te gustaría ser zurrado todos los días para adquirir coraje para gritar, ¿no es así? ¡Azoten a ese impresentable!

Conformado, Luvi comienza a recibir azotes diariamente, pero continúa sin proferir una sola palabra. Revuelto con su situación, él solamente habla con algunos compañeros esclavos. Esa reencarnación que está viviendo tiene una finalidad específica de hacer a Eustaquio encontrarse con numerosos verdugos del pasado. El comerciante inglés, *Big Joe*, en verdad, es Günther Von Bavanhaum, que en el siglo VIII auxilió a varias fuerzas para derrotar a Giscard D'Antoine.

A lo largo del viaje conduce a muchos prisioneros a la muerte, ya que son sometidos a pésimas condiciones de higiene y alimentación.

Uno de los esclavos inconformado, Cauim, comienza a tramar una rebelión. Percibiendo que serían masacrados si intentasen reaccionar de algún modo contra los ingleses, Luvi lidera un grupo contra el movimiento rebelde. La rivalidad crece entre los dos. Cauim, reencarnación de Marcel, obispo de Orleans, se enfrenta otra vez con su antiguo enemigo.

-Siento que deseas desafiarme, Luvi...

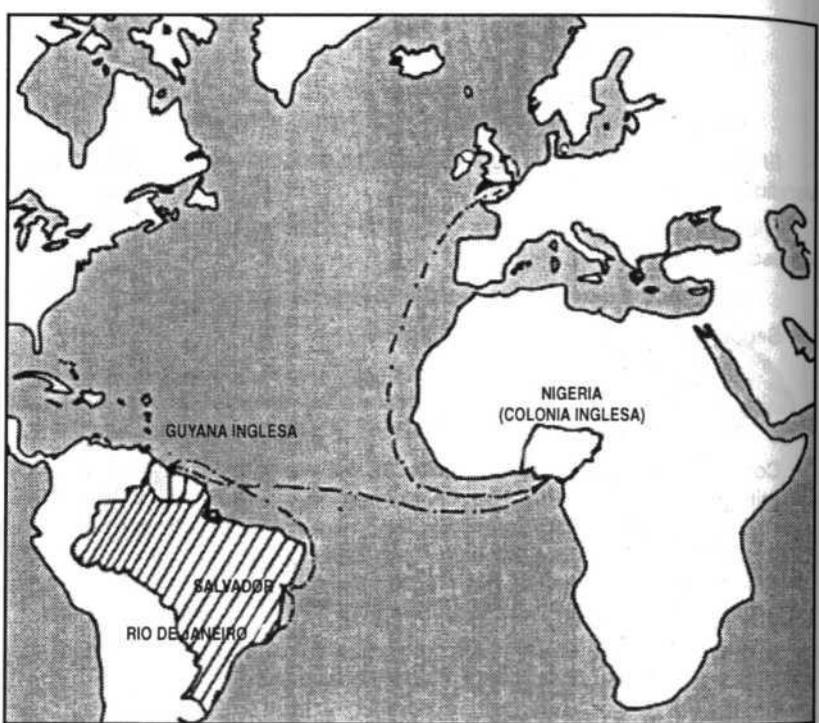
- ¡No es verdad, Cauim! Apenas insisto en evitar el enfrentamiento que tanto quieres, pues sé que nuestro pueblo sería cruelmente aplastado. Además de eso, ¿ya

no te parece suficiente miserable la situación a que fuimos sometidos?

- ¡No seas cobarde! Dependemos unos de los otros para sobrevivir en este lodazal donde fuimos tirados. No se puede combatir al enemigo con flores... Debemos sorprenderles mientras nos reste alguna fuerza.

- ¡Bobadas! Un único gesto agresivo de nuestra parte y los mercenarios promueven una matanza.

MAPA Nº 10 - RUTA DE ESCLAVITUD



RUTA RECORRIDA POR EL NAVÍO DE BIG JOE

Después de mucha discusión, la posición de Luvi prevalece, irritando al adversario Cauim, pero evitando, de hecho, una tragedia.

Los meses subyugan implacable las esperanzas de los africanos y les solapan el orgullo y la altivez. Muchos desencarnan y otros ceden por completo a las órdenes de los ingleses. Dominados y sumisos, llegan a Guayana inglesa, donde desembarca el primer grupo de esclavos. *Big Joe* casi deja a Luvi en ese lugar, pero desiste cuando oye los consejos de su auxiliar, *Pepper Boy*, que desea venderlo por un alto precio en tierra brasileñas.

Después de la segunda parada, ahora en el litoral bahiano, un segundo grupo de esclavos desembarca. El viaje prosigue rumbo a Rio de Janeiro. Vuelven a surgir desavenencias a bordo entre Levi y Cauim. Las noches parecen no tener fin y los días destruyen, minuto a minuto, las resistencias de todos, sometidos como están a trabajos agotadores.

Llegan a Rio y el último grupo de africanos desembarca, para ser llevado, de inmediato, a subasta pública. Orgulloso de su mercancía, *Big Joe* alardea las cualidades de sus prisioneros. Uno de los compradores se interesa por Luvi y Cauim, pagando excelente suma al comandante inglés.

Desligándose de los piratas, los dos siguen viaje al interior de la Capitanía y son entregados a un sacerdote lusitano, como presente de un acomodado comerciante de la Corte portuguesa, deseoso de caer en las gracias de la Iglesia. Sin escrúpulos, el religioso acepta los presentes de los esclavos y les determina que auxilien a su personal en la construcción de un templo que está irguiendo.

Los castigos inmoderados y las precarias condiciones de vida a que son sometidos terminan aproximando a Cauim y Luvi. Una amistad solidaria y fruto de la miseria surge entre los antiguos adversarios. A pesar del inmenso sufrimiento, ellos consiguen reparar gran parte de los débitos pasados, ejercitando el perdón mutuo y haciendo surgir un sentimiento fraterno de amparo entre ambos.

No todos los enemigos se reconcilian, al final, con Luvi. Minerva, que fuera víctima de Eustaquio por dos veces, al reencontrarlo y recibiendo la oportunidad de perdonarlo, bajo el involucro del sacerdote portugués Elicio, enviste contra él, esclavizándolo y sometándolo a constantes humillaciones.

-Hermano Elicio, ¿qué hacemos hoy con Luvi? Él trabajó solamente medio periodo y, diciéndose enfermo fue a dormir.

- ¡Atento al tronco y azoten a ese negro insolente! - profiere, colérico, el sacerdote.

Después de muchas semanas de latigazos diarios, él es conducido a un claro del bosque y es dejado inerte y enfermo, encadenado, aguardando el final de su existencia.

Resignado, parte para el mundo espiritual tan pronto sus fuerzas se agotan. Recibido por Nivea, sigue adormecido para la Colonia.

CAPÍTULO XLIX

LA EMOCIÓN DEL REGRESO

Rescatado después de la desencarnación, dejando la forma de Luvi, Eustaquio descansa en el Puesto de Socorro de Alborada Nueva.

- ¿Dónde estoy? ¿Qué hago en este cuarto? Hermano Elicio quiero mis prestamos, debo partir...

-Calma, Eustaquio, usted ya no está viviendo en el plano de los encarnados. ¡Tranquilícese! Estoy aquí para auxiliarlo. Sabemos que, esta vez, sus dolores físicos y morales fueron agotadores y su retorno a la consciencia no sería inmediato.

- ¿Quién es usted? Soy Rosana. Cuidé de usted otras veces y lo acompañé en su tratamiento. Estuve aun al lado de Anita.

- ¿Anita? ¿De quién está hablando? Oiga, si yo no vuelvo inmediatamente seré castigado con latigazos... ¡por favor!

-Llamaré al Dr. Euclides. Nuestro médico, que también lo acompaña hace mucho tiempo.

Un pase reconfortante es transmitido a Eustaquio por Rosana y Euclides, en cuanto él adormece calmadamente en su cuarto. El duro pasaje por la costra terrestre le trajo un distanciamiento de la realidad que habría de ser corregido por la fuerza del amor y de la orientación. Muchos Espíritus, al dejar sus involucros físicos, incluso con relativa preparación para la comprensión de la nueva situación que deberán vivir, mantienen resquicios de sus sufrimientos en la materia y bloquean el acceso inmediato a la rememoración y recuperación de la consciencia cuando regresan a la patria espiritual.

Algún tiempo de terapia, acompañado de cerca por la dedicada Rosana, termina provocando su recuperación.

- ¿Rosana? ¿Es usted quien está a mi lado?

- ¡Sin duda, Eustaquio! ¿Cómo se siente? Sé que aún no está completamente recuperado, pero no se apresure. Hay tiempo para su descanso. -Estoy feliz por haber regresado. ¿Hace cuánto tiempo estoy aquí?

-Ya hace dos años, mi querido amigo. Su sueño fue profundo y le llenó de energía. Usted precisaba la plena recuperación.

- ¡No es posible! Me juzgaba preparado para tomar el mundo espiritual con plena consciencia.

-No siempre es así. Cuando las pruebas que atravesamos en la materia son arduas

y nos agotan, nuestro espíritu puede precisar de algún tiempo para recuperar la consciencia y recordar lo que pasó.

-Pero...

- ¡Calma Eustaquio! No se preocupe, pues en breve usted estará plenamente recuperado.

-Y Anita, ¿dónde está?

-Terminando su estancia en el plano material. No se encontrarán por ahora.

El semblante de Eustaquio refleja con facilidad su decepción. Resignado, se despidió de Rosana y pasa a reflexionar sobre lo que vivió, dentro de las posibilidades de sus recordaciones.

Preparado nuevamente, él vuelve a ver a Hilario ya en la ciudad espiritual y juntos, charlan sobre su programación. Su retorno está previsto para 1631, en *reencarnación-preparatoria*. Entusiasmado, él inmediatamente concuerda.

-Ahora, entonces deberé seguir la sugerencia y partiré lo más pronto posible.

-No es así de fácil. Queremos explicarle mejor. Su retorno será decisivo. Si hubiera triunfo, podrá enfrentar una *reencarnación-clave*. En caso contrario, fallando otra vez, estará sujeto al demorado proceso de recuperación y tal vez vuelva a la *reencarnaciones-alternativas*.

-No entiendo.

-Su programación indica que el regreso en la Tierra le es conveniente dentro de algunos años. Reencarnando en 1631, usted estará viviendo un ciclo entero de aprendizaje aquí con nosotros. Eso sería lo ideal. Mientras tanto, anticipando la fecha de su vuelta al plano material, habrá condiciones de cumplir determinadas pruebas que le serían útiles, se puede decir, usted podrá encontrarse con antiguos adversarios, a esa altura encarnados también. En otras palabras, lo más seguro para su trayectoria sería volver en 1631, pues el aprendizaje aquí sería completo. Pero, en caso de que usted esté de acuerdo, anticiparemos su regreso para que viva determinadas pruebas importantes, que sólo serán viables antes de 1631.

-Comienzo a percibir la relevancia de mi paso. Y, si entendí bien, queda a mi criterio optar...

- ¡Exactamente! Acuérdesse, aun, que un eventual fracaso suyo no podría ser imputado a su reencarnación prematura, en caso de usted decida partir antes de 1631. Por otro lado, mi amigo, si usted triunfa, su mérito será mucho mayor.

-Agradezco su claridad y no me niego a asumir la importante decisión que deberé

tomar. En cuanto a usted exponía las ventajas y desventajas de mi retorno inmediato a la Costra, pensaba yo que justa es la Mano Divina. Nada por acaso acontecerá, ni ocurrió hasta hoy en mi jornada. Los riesgos que tengo y tendré al frente son frutos de mis propios débitos. Luego, debo - siento que debo - asumir tal responsabilidad. Es verdad que par- tiendo ahora estaré menos preparado para enfrentar situaciones, pero creo firmemente en mi fuerza interior y jamás me sentí tan amado por Dios como ahora. Mi respuesta es afirmativa. Seguiré anticipadamente de

vuelta a la carne. Habré de luchar y buscar las mejores decisiones.

-No escondo mi satisfacción, Eustaquio. Siento que está cambiado, pero consciente y, quien sabe, con preparación suficiente para invertir en su favor las perspectivas del éxito. Transmitiré su decisión a la *Coordinadora General* y aguardaré instrucciones.

Autorizada la jornada anticipada, él vuelve, confiado, en 1621.

CAPÍTULO I

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

- *Un poco de historia* -

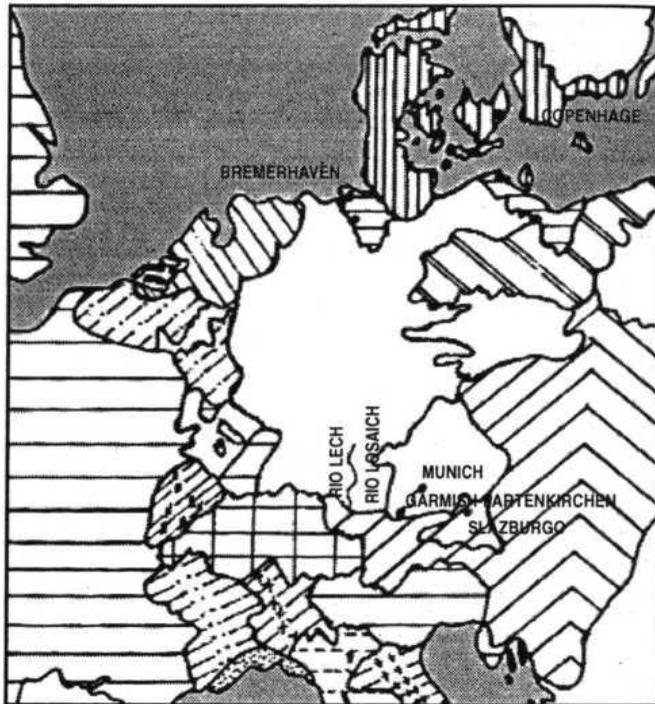
El joven Armand-Jean du Plessis partió para París para recibir en Roma su ordenación al alcanzar los veinte años de edad. Llevaba consigo un ejemplar del libro de Machiavelli, *“El príncipe”*. Interesado en las lecciones del canciller florentino, se entusiasmaba con la idea de aplicar a la estructura hierárquica de la Iglesia algunos de los principios básicos de la doctrina expuesta con maestría en esa obra que acabara de conocer.

La Reforma protestante continuaba invadiendo los hogares franceses y cuando Armand retornó a París se sentía compelido a participar de la lucha teológica en su país, contando, para ello, con el apoyo de la nobleza y, en especial, no por acaso, de la familia de Médicis. Nombrado obispo, subió triunfante los altos puestos eclesiásticos de Francia y terminó influenciando sobremanera la política interna y externa de su nación. En cuanto era nombrado cardenal de Richelieu, del otro lado de Europa nacía un muchacho flaco, germánico de nacimiento, que recibió el nombre de Frediano, cuyos padres, católicos fervorosos, no estaban conformes con la situación de insurrección recién creada en Bohemia, cuando los príncipes protestantes rechazaron aceptar al emperador electo Fernando II de Habsburgo e impusieron el reinado de Federico V.

El año de 1622 transcurría conturbado para todo el Imperio Germánico, que acabara de sumergirse en uno de los conflictos más ruinosos para su unidad y que le causó perjuicios por varias décadas. Los católicos no admitían la ofensiva protestante y, a pretexto de fomentar un combate religioso, hicieron que numerosos países comenzasen a interferir en el conflicto armado que tomaba cuenta del Imperio. Francia, por interferencia del cardenal y duque Richelieu, inició una ofensiva contra los hugonotes en toda Europa. Proseguía la *Guerra de los Treinta Años*⁴⁵.

⁴⁵ Nota del autor material: la Guerra de los Treinta Años fue una guerra religiosa y Política, que comenzó en 1618 y acabó en 1648, por el tratado de Vestefalia. Tuvo por causas esenciales el antagonismo de los protestantes y de los católicos y el recelo que ocasionaba la ambición de la casa de Austria. La lucha se inició en Bohemia por la defenestración de Praga (nombre dado a los actos de violencia cometidos en Praga, en 1618, contra los gobernadores imperiales que, según dice una tradición nacional, fueron tirados por las ventanas del palacio por los protestantes de Bohemia, de quienes el emperador Matías violara los derechos religiosos. Fue la señal de la Guerra de los Treinta Años). La referida guerra se divide en cuatro períodos: 1º) el período palatino (1618-1624), durante el cual Federico, electo palatino y electo rey de Bohemia, fue vencido en la Montaña Blanca (1620) y despojado de sus estados; 2º) el período dinamarqués (1624-1629), durante el cual Cristiano V de

MAPA Nº 11 - EUROPA - DIVISIÓN POLÍTICA DURANTE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS



- BRADEMBURGO
- CONFEDERACIÓN HELVÉTICA (SUIZA)
- DOMINIOS AUSTRIACOS
- ESTADOS PONTIFICIALES
- IMPERIO GERMÁNICO
- INGLATERRA, FRANCIA Y VENECIA
- MILÁN
- NORUEGA Y DINAMARCA
- PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES
- PIEMONTE
- PROVINCIAS UNIDAS
- REPUBLICA DE GENOVA
- TOSCANA

Dinamarca se puso al frente de los Luteranos 3º) el período sueco (1630-1635), en el transcurso del cual Gustavo Adolfo, vencedor en Breitenfeld y en Lech, fue asesinado en Lucena; 4º) el período francés (1635-1648), siendo así llamado porque Richelieu, después de haber apoyado secretamente a los adversarios de la casa de Austria, intervino directamente contra ella. Las victorias francesas de Friburgo y Norlinga decidieron a Austria firmar la paz de Vestefalia. Alemania quedó arruinada y devastada por esos treinta años de guerra.

Por vuelta de 1553, con la muerte del rey Federico I, en Dinamarca, los protestantes iniciaron una ofensiva persiguiendo llegar al poder. Se instala en el país la guerra civil y, cuando los hugonotes obtienen triunfo, muchas familias católicas dejan Copenhague. Entre ellas, están los Scheleswig, que siguen a Lech, en el imperio Alemán⁴⁶, buscando refugio.

Harold Scheleswig, padre de Frediano, mantiene estrecha fidelidad a los postulados católicos y decide participar en la Guerra de los Treinta Años, al lado del emperador germánico, que lucha contra el protestantismo. Desencarnado en plena batalla, deja a los familiares sumergidos en una enorme tristeza.

Buscando una rígida educación, la madre envía a Frediano al norte de Alemania para ser educado por el tío Erik, instalado en Bremerhaven.

El inicio de la convivencia entre ambos es áspero, pues el adolescente descubre que el tío es protestante, justamente, a su entender, el enemigo que mató a su padre. Muchas lecciones, entre tanto, se suman en su espíritu y, en poco, Frediano descubre la pureza del sentimiento religioso que brotó un día en Lutero, a las puertas de la catedral de Wittenberg, desmitificando el horror que tenía a la posición de Erik.

Al ganar intimidad con el tío, él sabe que Harold, en realidad, era su padre adoptivo, pues el verdadero lo había abandonado cuando era pequeño.

A pesar de sufrir por algún tiempo con la revelación, termina confortado por el hecho de haber recibido sólo amor de sus padres adoptivos, no teniendo nada de que quejarse. Desea, entonces, saber mayores detalles al respecto de sus verdaderos padres, en especial del padre Christen.

Cuando alcanza una razonable edad, ingresa en la batalla religiosa del Imperio germánico, en 1639, ahora al lado de los protestantes, obrando con convicción y aliándose a los franceses que acaban de declarar la guerra a Alemania. Reinicia sus incursiones por el territorio germánico y visitando, otra vez, el sur del país, en la región alpina de Munich, siguiendo las orientaciones dadas por el tío Erik, encuentra a su padre Christen, que está refugiado en una cabaña a las márgenes del río Losaich. Contrario a las contiendas y ateo convencido, él ya no tiene donde esconderse, haciendo lo que puede para hurtarse de la guerra.

Se inicia una tercera fase en la vida de Frediano. Después de convivir con el padre Harold y después con el tío Erik, pasa a conocer mejor al padre Christen, un amistoso y alegre danés.

⁴⁶ Nota del autor espiritual: actualmente la ciudad de Lech se sitúa en Austria.

Siempre cercado del cariño y atención por parte de las familias con las cuáles tuvo oportunidad de convivir, Frediano crece feliz y sentimentalmente realizado.

Su mayor diversión es acompañar a Christen en sus aventuras de exploración, escalando las montañas de los Alpes. La única divergencia entre los dos se da en el campo religioso, pues Frediano se vuelve protestante - al convivir con Erik - y el padre biológico es ateo.

Mensualmente, el muchacho va a Lech y vuelve a ver a la madre, los hermanos y los abuelos, parte de su herencia adoptiva que jamás olvidó. Cuando es posible, vuelve a Bremerhaven para cambiar ideas con el tío Erik al respecto del protestantismo. Pasa mucho tiempo y se acerca el momento de suceder una separación entre Frediano y Christen.

-Hijo, quiero que sepas, antes de partir para otra batalla, que estoy muy orgulloso de ser tu padre. Me arrepiento de no haber convivido contigo durante tu infancia y parte de la adolescencia. Me siento culpable por nuestra separación.

- ¡Papá, jamás pienses que yo te condeno por tu actitud! Todos nosotros podemos equivocarnos y solamente Dios es capaz de perdonar. Fui muy feliz con mis padres adoptivos y con tío Erik. Tal vez, si no hubiese sido por nuestro distanciamiento precoz yo jamás lo habría conocido.

- ¡Es bueno oírte decir eso! Tu madre, tan joven y bella, te amaría con seguridad, si hubiese podido conocer al hijo. Murió, como sabes, prematuramente.

- ¡Dejemos el pasado para las líneas de la historia, padre mío! ¡Hablemos del presente! Voy a partir para mi tarea, defendiendo la causa protestante, que ahora abrazo. Cuando vuelva, haremos un bello viaje juntos.

-No, antes de eso quiero llevarte a conocer a algunos amigos míos, con quien pasé días muy agradables en las montañas alpinas.

- ¿Otra aventura?

-Esta vez, te prometo, que se trata de una visita de la cual guardarás siempre buenos recuerdos.

- ¡Está bien! Aún tengo algunos días.

Padre e hijo parten, entusiasmados, para reencontrar en Garmish- Partenkirchen a la familia Bergvolk.

- ¿Cómo conociste a tus amigos?

- ¡Viajando sin duda! Acuérdate que soy un pacífico aventurero, con muchos amigos por todo el Imperio. Visitaremos a la familia Bergvolk, cuyo patriarca me dio abrigo cierta vez, cuando por allá estuve de excursión. El posee lindas hijas... Dos de

ellas, gemelas, me encantaron... - ¿Pero, papá, no creo que te hayas liado con las hijas de tu hospedero? - ¡No, en absoluto! Ellas eran muy niñas... pero graciosas y expertas. Me encontraron diferentes. Nunca habían visto a un danés antes. La familia es numerosa, son doce hijos. Humildes, pero muy hospitalarios y alegres.

La Baviera del siglo XVII se envuelve íntegramente en la Guerra de los treinta Años, aunque sus regiones montañosas quedan ajenas a las batallas. En uno de esos rincones, se sitúa la villa Partenkirchen, de donde salía el acceso a la escalada tormentosa rumbo a la enorme montaña que la separaba de Garmisch, otra aldea vecina.

Durante dos semanas, Christen y su hijo están hospedados con los bergvolk, estableciendo una convivencia agradable y muy amistosa. Desvinculados de la vida social y política del Imperio germánico, la familia pasa los días cultivando la simplicidad y el amor a la Naturaleza.

Se aproxima el momento de la despedida y los hijos del matrimonio cantan un himno, compuesto por el varón primogénito, para saludarlos en el *adiós* que debería marcar el sufrimiento de la separación, pero también la inmensurable alegría de la convivencia que tuvieron y de la amistad que se fortaleció. Christen y Frediano se aprietan las manos y se distancian de la cabaña, en cuanto oyen, emocionados, la canción entonada por los anfitriones.

De vuelta a Munique, Frediano decide partir rumbo a Viena, donde los protestantes se preparan para cercar la ciudad alrededor de 1647.

El padre no está conforme y no acepta la participación del único hijo en la guerra. En verdad, no se trata de una simple separación, pues las posiciones, en las líneas del destino, están invertidas. Chisten, reencarnación de Klaus von Bürher, ya fue hijo de Giscard, actualmente reencarnado en Frediano. En el pasado, el conde D'Antoine se separó desde el nacimiento del hijo bastardo Klaus. El presente hizo que éste último, en la posición de padre, abandonase igualmente al hijo desde que vio la luz. Por tanto, el instante que antecede a la separación de ambos se hace difícil y los sentimientos afloran del fondo de sus espíritus. Un amor conturbado y secular los une y los separa con la misma facilidad.

Se distancian Frediano y Chirsten, aunque, esta vez, hermanados en un amor sólido y constructivo.

En 1648, finalizada la Guerra de los Treinta Años, la paz aparente vuelve a reinar en el destrozado Imperio Germánico. Algunas regiones aun disputan, aisladamente,

la hegemonía de sus convicciones religiosas, prorrogando pequeñas luchas y conflictos entre protestantes y católicos. Frediano, asociado a un grupo que acampó en las proximidades de Viena, repasa los documentos que consiguieron substraer de un alto oficial de la milicia ligada al clero católico conteniendo informaciones sigilosas del Vaticano.

Dispuesto a hacer uso de esa documentación, parte para Munich. Alcanzando un monasterio en la región de Salzburgo, toma conocimiento de la firma del Tratado de Westfalia⁴⁷, que habría puesto fin al conflicto religioso.

Continuando viaje de regreso, termina prisionero en una emboscada pre rada por recalcitrantes enemigos católicos. Colocado en una mazmorra en los alrededores de un villarejo, en el sur de Alemania, termina desencarnando víctima del hambre y por la debilidad del cuerpo físico, causadas por la severidad de sus opresores. La luz de Alborada Nueva lo recibe en su momento de liberación

⁴⁸ Nota del autor material: concluido en 1648 en Monasterio (Münster) y Osnabruque entre el emperador germánico, Francia y Suecia, detiene por fin la Guerra de los Treinta Años. Dieron a los príncipes alemanes el Norte, cuyo territorio eran añadidos, la libertad de religión, el derecho a alianzas con el extranjero y marcaron el fracaso de los Habsburgo en su tentativa de unificación de Alemania. Francia ganó Alsacia y vio confirmar a los tres obispos.

CAPÍTULO LI

LA SABIDURÍA DIVINA

Los bellos y dorados portales de Alborada Nueva reciben a Eustaquio, conducido por el mentor Genevaldo. Ingresar, de inmediato - consciente y feliz -, en la Casa de Reposo para un tratamiento de las energías.

Después de cinco años de actividad en la Colonia, Agamenón lo llama a su presencia.

-Querido Eustaquio, debemos evaluar en conjunto su última jornada en la costra terrestre. Después de su recuperación y reintegración en nuestra ciudad, me gustaría oírlo.

-Le confieso, mi buen amigo, que hoy tengo mejores condiciones de hacer una autocrítica. Tuve excelentes oportunidades de rescate en el estadio físico. Algunas aproveché y otras, lamentablemente, desperdiqué. Me gustaría nuevamente poder regresar. ¿Es posible?

- ¡Sin duda! Su regreso se vuelve particularmente evidente a partir del instante en que usted mismo desea volver a la carne para terminar su programación, aun no concluida. ¿Se acuerda del pasado no muy distante cuando usted acababa regresando obligatoriamente?

- ¿Cómo podría olvidar? Si no fuese por su cariño y su atención y, lo creo, no lo habría conseguido...

- ¡No diga eso! Su evolución es fruto exclusivo de su mérito personal en la conducción del libre albedrío que Dios le dio. Lo más importante de su última vivencia en la Costra fue el encuentro y el perdón mutuo ocurrido entre Chisten y Frediano. Padre e hijo, dos veces, a lo largo de alternadas reencarnaciones pudieron rescatar sus débitos y consolidar el amor universal y fraterno.

- ¡Estoy igualmente feliz!

-Usted consiguió, mi querido amigo, seguir a todo riesgo el mandamiento de Jesús: *“Reconciliaos, lo más de prisa posible con vuestro adversario, en cuanto todos estáis a camino, para que él no os entregue al juez, el juez no os entregue al ministro de la justicia y no seáis metido en prisión. Os digo en verdad, que de ahí no saldréis, hasta que no*

*hubieseis pagado el último ceiti*⁴⁸. Esa reconciliación provocó en otro Espíritu una alegría inmensa, terminando larga peregrinación en busca de venganza.

Ricardo Igor von Burger⁴⁹, que fue asesinado a manos de Giscard D'Antoine, se encuentra hoy, bajo otro cuerpo e identidad naturalmente, muy satisfecho hace su reaproximación con Klaus o Chisten.

- ¿Cuál es mi destino, ahora, Agamenón?

-Es hora de vivir su tan aguardada *reencarnación-clave*. Volverá Francia y, allá, reencontrando la opulencia - su más férrea enemiga - como viendo de nuevo antiguos adversarios podrá construir, a través del ejercicio del amor y del perdón, su futuro prometedor en la senda evolutiva.

-Me siento inseguro ante tanta responsabilidad. ¿Y si yo fallara?

-Note, Eustaquio que el trabajo no estará exclusivamente en sus manos. Además, ningún gran emprendimiento cuenta con una sola persona para realizarlo, pues todos están sujetos -en base de la mala utilización del libre albedrío- a los desvíos del buen camino. Así, numerosos Espíritus salen del plano espiritual para misiones fundamentales en la Costra y solamente el conjunto de sus actitudes podrán definir o no un cambio de rumbo en los pasos trillados por la Humanidad. Eso quiere decir que usted debe dar su contribución para su propia recuperación y para auxiliar a la regeneración de sus semejantes, pero no debe preocuparse, de antemano, con su éxito o fracaso de esa trayectoria. Solamente a Dios compete juzgarnos.

- ¡Usted tiene plena razón! No volveré a demostrar ansiedad innecesaria. ¿Hay algún cuidado especial que deberé tener?

- ¡Sí, existe! Su vuelta ocurrirá en una época delicada en la historia francesa. La inquisición oficialmente terminó, pero los inescrupulosos representantes de

⁴⁸ Nota del autor espiritual: se trata del trecho mencionado por San Mateo, cap. V. v. 25 y 26, demostrando que, teniendo en cuenta la tranquilidad futura -como explicó Kardec en su codificación- importa reparar lo más pronto posible los males practicados contra el prójimo perdonando a los enemigos, para que, en el plano material, puedan extinguirse las animosidades. Si así no ocurre, no será la muerte la que irá a poner fin a las adversidades mutuas, pues ellas ciertamente van a perdurar en el plano espiritual (ver el Evangelio Según Espiritismo", Cap. X, ítems 5 y 6).

⁴⁹ Nota del autor material: es oportuno recordar a esta altura que el capitán Ricardo Igor von Bürger, hijo del duque de Strasburgo, fue traicionado por el conde Giscard D'Antoine y por su esposa Gabriel. El conde, como resultado de ese acto, tuvo como hijo bastardo a Klaus Augusto von Bürger además de haber hecho perecer a Ricardo en sus manos.

algunos sectores reaccionarios del clero continúan practicando esa forma de cruel violencia contra muchos fieles. Además de eso, políticamente, Francia vivirá un periodo de intensos cambios, del cual usted deberá participar colaborando por el perfeccionamiento de los valores cristianos.

- ¡Así sea, Agamenón! Estoy dispuesto a partir y enfrentar los obstáculos que me aguardan.

En 1737, Eustaquio sigue para París, volviendo a la carne bajo en nombre de Lisandro, un participante activo en los caminos que llevarán a Francia a su mayor Revolución y constituyéndose defensor emérito de ideas iluministas que combaten la pena de muerte y otros procesos violentos de exterminio de hombres.

CAPÍTULO LII

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Las desigualdades sociales en el Estado francés se acentúan y la monarquía absoluta, consolidada con manos de hierro por el cardenal Richelieu, sobrevive pujante y dispensada. La división en la sociedad agrava la tensión poco a poco y los dos primeros grupos de poder - el clero y la nobleza -, denominados de *primero y segundo Estados*, se distancian cada vez del resto de la población, concentrada en el *tercer Estado*. Una clase de comerciantes, empresarios y profesionales liberales comienza a detentar una parcela considerable de riquezas y busca implantar una nueva ideología en Francia. Surge la filosofía iluminista - no hay necesidad de la participación obligatoria del clero como intermediario, ideas que desagradan a la Iglesia Católica.

En el año de 1737, nace Lisandro, hijo de burgueses ricos, aunque sin participación en la estructura política de la época.

Recibiendo primorosa y refinada educación, por cuenta de las relaciones sociales de los padres, acaba conviviendo con personalidades del movimiento iluminista francés. Aprende diversos idiomas y se lanza, desde pronto, al estudio erudito. La familia está formada por los padres Renan y Aline y los hijos Lisandro, Guido, Haydée y Gilbert. En cuanto el más pequeño apoya al más mayor en su desenvolvimiento intelectual, los otros dos se preocupan solamente en divertirse en las fiestas de la Corte. Sufren, mientras tanto, la discriminación de los jóvenes nobles que no tienen consideración con los hijos de comerciantes sin títulos.

En algunos encuentros sociales, Haydée y Guido aprecian exhibir a los amigos hidalgos los conocimientos del hermano primogénito, que a todos encanta con su prodigiosa memoria para los versos poéticos.

-Por favor, Lisandro, repítenos la escena del balcón, en las dulces palabras de Romeo - pide la hermana Haydée.

-Lo voy a intentar... ¡Brilla la luz a través de la ventanal ¡Se trata del oriente y Julieta es el Sol! He que surge el Sol matando de envidia a la Luna, que está pálida y enferma. ¡Julieta, es más linda que la luna!...

Entre suspiros y ligeros aplausos, él termina:

- ¡Es mi dama! ¡Oh! ¡Ella es mi amor! (...) No recuerdo de nada más.

Emocionadas, las muchachas presentes insisten para que él continúe.

- ¡No ceses! Queremos oírte - una de ellas suplica.

*Los ojos de Julieta brillan tales como estrellas del cielo. ¿Qué podría ocurrir si los ojos de ella estuviesen en el firmamento y las estrellas en su cabeza? Ciertamente el fulgor de sus mejillas iría a avergonzar a las estrellas como la luz del día lo hace con la lámpara (...)*⁵⁰

Los muchachos olvidados en un rincón, se rebelan con la presencia impresionante de Lisandro, pero son callados en sus quejas por las damas encantadas:

-Habla de los ojos... - suplica una de ellas.

Y el muchacho continúa.

-Sus ojos serían capaces de lanzar del cielo rayos tan claros que las aves cantarían creyendo que ha llegado la aurora. ¡Mirad como apoya el rostro en la mano! ¡Quería ser una lluvia sobre aquella mano para que pudiese tocarle el rostro!

Tal como Julieta lo haría, las muchachas suspiran en conjunto, en una sola voz:

- ¡Ay de mí!

No conformes, algunos hidalgos apreciadores del poeta inglés piden a Lisandro que repita los trechos de Julieta.

- ¡Ay de nosotros, Lisandro! ¿Dónde están las suplicas de nuestra Julieta?

-Necesito volver a París. Os quedo comprometido para nuestro próximo encuentro. ¡Hasta pronto, amigos!

Satisfechos los hermanos Guido y Haydée se afirman delante de todos, supliendo la falta de títulos nobiliarios que les corroe el orgullo.

La juventud intelectual de Lisandro lo conduce al centro de la atención en su casa, despertando el respeto de los hermanos y la satisfacción de los padres. Tan pronto son lanzadas, él procura leer las famosas obras *“El Espíritu de las Leyes”*, de Montesquieu, y *“El Contrato Social”*, de Rousseau.

En cuanto a este libro, el trecho que más lo impresiona es el que trata de la figura del legislador - la persona que tiene por misión hacer las leyes del Estado y de la sociedad. Sus ojos brillan al absorber con ahínco línea por línea esos capítulos,

⁵⁰ Nota del autor material: mayores detalles se pueden encontrar en la obra *“Romeo y Julieta”*, Shakespeare, acto segundo, Escena II. Jardín del Capuleto.

en cuanto su corazón clama por tal posición en la política francesa y su razón termina por indicarle su camino: habría de ser legislador en su país. Las palabras del autor Rousseau permanecen llameantes en su mente, repitiéndose seguidamente hasta llevarlo al agotamiento en sus reflexiones.

- ¿Qué hace, hoy, tan preocupado, Lisandro?

-Nada en especial, Gilbert. Estoy apenas pensativo y cuestiono mis próximos pasos. Estamos en un año difícil para toda la estructura social de nuestra patria y debo tomar posición al lado de aquellos que defienden el Estado libre e igualitario, desvinculado del personalismo del rey y del clero. No puedo olvidar las palabras de Rousseau...

-Ya sé, cantaste por todos lados y hasta en sueños hablaste solo...

- ¡No exageres, hermano mío!

-Lo puedo repetir, si lo deseas... Oye: *el legislador es un hombre extraordinario desde cualquier punto de vista. No se trata de magistratura o de soberanía. Legislar es una función superior y particular que no es común*

*al imperio humano... Quien impone la ley no debe conducir los destinos del hombre y quien dirige a los hombres no debe hacer la ley...*⁵¹ ¿Estoy en lo cierto hasta aquí?

Envanecido con la atención que el joven hermano dedica a sus predicas insistentes en cuanto al mejor sistema de gobierno que siente es el ideal para Francia, Lisandro consiente.

-Casi, integralmente cierto, sin embargo no menos brillante. ¡Estoy orgulloso de ti, hermano mío! Aprendes, de hecho, importantes pasajes de los escritos de Rousseau. ¿No piensas que es soberbia su afirmación en aquello que se refiere al legislador? ¿Percibes que la persona que hace las leyes no puede gobernar con imparcialidad? De la misma forma, aquel que gobierna debe de quedar ajeno a la elaboración legislativa... Se trata de una visión obvia del universo político que muchos no percibieron hasta ahora. ¡Ah! Por cierto, debo volver a la obra del barón, *El Espíritu de las Leyes*, donde encontré subsidios para escribir el próximo *cahier*.

Desde el inicio de 1789, los *Cahiers de Doléances*⁵² recogían la opinión del pueblo -componente del *tercer Estado*- al respecto de las cargas tributarias, de los actos del

⁵¹ Nota del autor material: mayores detalles se pueden encontrar en la obra "Del Contrato Social", Jean Jacques Rousseau, Libro Segundo, cap. VII (Del Legislador)

⁵² Nota del autor espiritual: son los "cuadernos de lamentaciones y reivindicaciones".

gobierno, de los privilegios de la nobleza y, a pesar del contenido en el cuestionamiento a la monarquía, terminan por tocar en el asunto crucial para el pueblo francés a esa época: la elaboración de una constitución.

Lisandro, en franca ascensión político-social, y sus amigos más próximos elaboran uno de esos *cahiers* en el interior de la biblioteca de su residencia para remitirlo al rey, acompañados de cerca por Gilbert, un interesado eterno en las ideas del hermano más mayor.

-Querido Junet, ¿percibiste el alcance de las ideas de Rousseau? Podemos criticar la organización política de nuestro Estado a la semejanza de lo que hizo Calvino en Ginebra. ¿Qué piensas?

- ¡Eres un admirador de Calvino, por cierto!

- ¡Evidente! Su actividad no se limitó a la teología. Fue un político honesto e inteligente que revolucionó Ginebra. ¿Ya tuviste la oportunidad de leer sus *Instituciones*?

- ¡No, aun no! Él lo hace. ¿Qué encontraste? - indaga Junet al otro compañero, Ernest.

- ¡Preciosa e indispensable! Te ofrezco mi ejemplar. Debes conocer de inmediato. Pero, Lisandro, ¿qué vamos a especificar en ese *cahiers* en lo tocante a la Iglesia? ¿Vamos a cuestionar a Dios como fuente absoluta de todas las leyes?

- ¡No es eso! Dios es fuente máxima de inspiración de la ley de los hombres, entre tanto, la Iglesia no es la única que puede interpretar la Voluntad Divina. ¡Ese es el mal de nuestro siglo! ¡He ahí la llaga de Francia! Entregamos a una institución desgastada y en ruinas la primicia de la palabra de Dios. ¡Con eso jamás estaré de acuerdo!

- ¡Eres protestante!

- ¡No se trata de eso! Sigo la filosofía de mi querido y nostálgico padre. Me considero un *espiritualista*. Creo en la Sagrada Escritura, en las enseñanzas de Jesucristo, en la mano de Dios conduciendo nuestro destino, sin embargo, no delego a la Iglesia - a cualquier religión - la tarea de pensar y obrar por mí. Yo soy el señor de mis actos y responsable por mis actitudes. Responderé directamente al Creador cuando de este mundo parta.

Estupefacto, el amigo Junet indaga:

- ¿Crees, de hecho, en la vida después de la muerte?

- ¡Sin duda! Pero no perdamos más tiempo. No estamos aquí reunidos para discutir filosofía o teología. Continuemos en nuestro manual de quejas. Vamos a

colocar la visión universal de los pensadores afinados con la verdadera política. No se debe desvincular la presencia de Dios de las leyes... Recuerda que desde la época de Machiavelli así ya fue escrito.

- ¡Es verdad! Nos dice el florentino en su obra que *nunca hubo un sólo legislador que no hubiese recurrido a Dios para legislar. Solamente así sus leyes serían aceptadas*⁵³.

¡Esa es nuestra filosofía! ¡Al trabajo!

Ernest, uno de los dos compañeros de Lisandro, a pesar de hacerse pasar por amigo leal, en realidad lo envidia y asimila sus ideas para después transmitir las en la Corte como si fueran suyas, de modo a mostrar conocimiento y erudición. Su ignorancia le provoca una repulsa social y la única posibilidad que vislumbra es sustraer del amigo ¡ustrado sus ponderaciones y oír las discusiones entre los elaboradores de los *cahiers*, a fin de acumular cultura, incluso artificialmente. Encuentra, no obstante, en su camino, la desconfianza de Gilbert, que le contesta prontamente en defensa del hermano.

-No sé lo que haces aquí con nosotros, Ernest. Mi hermano debe estar ciego al no percibir tu infidelidad y tu incapacidad intelectual.

-No seas agresivo, Gilbert. Comprendo tu dedicación a tu hermano, pero no hagas un juicio precipitado de mi persona. Realmente no poseo los brillantes conocimientos de tu hermano, pero no puedo ser considerado tan ignorante como intentas insinuar.

- ¡Deja la simulación! Yo no me llamo Lisandro y no soy crédulo como él. A mí no conseguirás jamás engañar. Sé que eres un interesado y solamente acompañas los pasos de mi hermano porque no tienes para donde ir. Eres un tacaño que no tiene penetración en la nobleza, ni en el clero. Los intelectuales te reprueban los conocimientos y todos deben reconocer tu insignificancia.

-Pienso que debes cesar tus insultos. Puedo enfadarme, de verdad.

-Haz lo que quieras, pues de ti no tengo miedo. En cuanto me sea posible, buscaré apartarte de mi casa y de mi hermano.

Reencarnado, Razuk - antes un aliado y ahora un enemigo -, bajo el involucro de Ernest, no esconde su antipatía por Lisandro y su intención de perjudicarlo. Entre tanto, equilibrando la situación, el joven Gilbert es el viejo amigo Gedeon, también reencarnado al lado de Eustaquio.

⁵³ Nota del autor espiritual: Machiavelli sabía de la importancia de vincular las leyes a la voluntad de Dios, pues, de lo contrario, el ciudadano iría a considerarlas vacías de contenido y sin eficacia.

Se aproxima una de las fechas fatales para el universo absolutista francés. El 9 de julio de 1789, cuando los diputados se reúnen en Asamblea Nacional Constituyente, trazan el avance considerable de aquella que sería la célebre *revolución de las revoluciones* de la historia de Francia. Al dimitir el ministro Necker, Luis XVI hace surgir el movimiento revolucionario y, en el día 14 de julio siguiente, la toma de la Bastilla simboliza un marco en esa lucha armada que pasa a ocupar las calles parisienses. La guardia nacional, con los colores emblemáticos de la bandera francesa - azul, rojo y blanco -, busca mantener el orden. Una comisión de notables es llamada a participar de la administración. Lisandro inicia su trayectoria en el gobierno intelectual. Solamente en el inicio de agosto los ánimos revolucionarios son contenidos, ante el acuerdo celebrado entre el clero, la nobleza y el *tercer Estado*, aboliendo privilegios y conteniendo los impuestos. De ese acuerdo, participan activamente Lisandro, Junet y Ernest, aunque éste último pocas contribuciones haya dado al evento. Al final del mismo mes, surge el documento histórico denominado *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, cuando, otra vez más, Lisandro contribuye con sus pensamientos.

La negativa de Luis XVI en aceptar tal *declaración* y las bases del acuerdo que señalaba el fin de muchos privilegios, hace explotar nuevamente la ira de los franceses y el movimiento tomó cuenta de las calles. Como ocurre en todos los grandes acontecimientos históricos de los hombres, numerosos Espíritus, de todos los niveles evolutivos, se aproximan a París y nubes negras y gigantescas, por varios días, ocupan los cielos de Francia. Emisarios de Alborada Nueva buscan apoyar a los encarnados ligados a la colonia, comprendiendo la importancia del momento vivido por todos y teniendo por finalidad contener, al máximo, las exageraciones y la violencia que pudiesen surgir en aquel instante. Un equipo de mentores, liderado por Genevaldo, se acercan a Lisandro y para garantizar su tranquilidad en una ocasión tan conturbada. Instrucciones de colonias superiores habían llegado a Alborada Nueva, solicitando la partida inmediata de sus enviados al escenario francés, de modo a garantizar un curso saludable para la historia, en la medida de lo posible.

El enfrentamiento es inevitable y Mentores Iluminados cercan París. Hordas de Espíritus inferiores huyen asustados para zonas cavernosas en los alrededores de la ciudad, ante el brillo que los ciega proveniente de los equipos socorristas. Algunos líderes nefastos y persistentes del mundo espiritual inferior vuelven a la ciudad y, sustentados por corrientes negativas de vibraciones de varios

encarnados, continúan influenciando una parcela considerable de los parisienses.

Lisandro, en esa oportunidad de su jornada por la Costra, goza de considerable tranquilidad en su espíritu, visto que sus más crueles opositores y obsesores del pasado se encuentran reencarnados, como él. Marcel, Tergot, Günter y Razuk están viviendo experiencias en la costra terrestre y, a excepción de este último, distanciados de París. Es cierto que seguidores de esos líderes y aun enemigos de Eustaquio lo persiguen, aunque con menor furor y experiencia. Así, Lisandro consigue evolucionar en sus posiciones de forma racional y acentuada.

Preocupado con la situación política de su país, no se casa y vive solitario, poseyendo por compañía solamente al leal hermano Gilbert. Haydée y Guido tomaron rumbo ignorado tan pronto desencarnaron sus padres Renan y Aline. La familia se deshace parcialmente y el interés nacional habla más alto en su corazón.

La revolución y su aspecto sangriento se vuelve irreversible. El convento de los *Jacobinos*⁵⁴ reúne una facción radical - liderada por Robespierre -, que desea implantar una dictadura y tener por fin eliminar toda la nobleza y a los miembros de la Corte. En ese movimiento, muchos enemigos contumaces de Eustaquio, a lo largo de siglos, están infiltrados, bajo nueva identidad proporcionada por la reencarnación.

En cuanto los *jacobinos* hacen sus planes, Lisandro asesora a uno de los más inteligentes y capaces diputados que participan de la Asamblea Nacional Constituyente. De su mano parten escritos brillantes, integralmente aprovechados en la Constitución que está naciendo. En 1791, termina la elaboración de esa carta de derechos y deberes, que deja al monarca muchos de sus privilegios y busca conciliar intereses de los más variados. Permite, no obstante, el acceso al poder por parte de la burguesía y asegura la libertad religiosa, a pesar de proclamar el catolicismo como la religión oficial de Francia. Una etapa estaría vencida en la historia si todos, pacíficamente, aceptasen integralmente ese documento, nacido de las bases iluministas y, hasta cierto punto, revolucionarias. De Roma, surge la primera voz contra la Constitución. El papa alega que los sacerdotes no van a

⁵⁴Nota del autor material: los jacobinos representan un grupo formado en Francia, por los revolucionarios exaltados, partidarios de Robespierre, fechado en 1794. Los Girondinos son el célebre partido político de la Revolución Francesa, formado casi todo por diputados del sur de Francia: los Girondinos se opusieron a las matanzas de Septiembre y se negaron a votar la muerte del Rey. Fueron casi todos decapitados en Octubre de 1793. Lisandro está incluido entre éstos últimos (Girondinos) y sus enemigos del pasado en aquel (Jacobino), aunque todos hayan participado del mismo lado inicialmente, contra la monarquía.

someterse a las nuevas reglas de Francia.

Los problemas del nuevo régimen francés continúan y en el inicio de 1792 explota la guerra contra la alianza Prusia-Austria. En cuanto a eso, algunos *girondinos*, entre los cuáles está Lisandro, son llamados a integrar un ministerio del rey. Monárquico convencido, él jamás quiso derrumbar a Luis XVI y apenas tuvo la intención de limitar sus poderes e instituir la democracia y la igualdad en su país. Percibiendo esa posición y también vislumbrando una revuelta en la política, Ernest lo abandona y se refugia en el grupo de los radicales *jacobinos*. Entiende que es su oportunidad de superar su posición a la sombra de Lisandro y alza vuelo propio.

Disgustado con esa posición de Ernest, Lisandro es consolado por el hermano Gilbert y por Junet. Busca rehacerse volviendo a los estudios, aunque, a esa altura, se sienta particularmente agredido por los artículos que Roberpierre hace publicar con frecuencia. En las lecturas de esas publicaciones, Lisandro ve la participación activa del antiguo compañero Ernest.

Uno de los ataques traicioneros de algunos *jacobinos* contra una caravana de nobles franceses, donde se encuentra Gilbert, asesorando a un diputado monárquico, en junio de 1792, hace perecer, asesinado al hermano pequeño de Lisandro, causándole un sufrimiento insoportable. Su aislamiento comienza a tener inicio y el alejamiento del ministerio es inmediato. Incluso ante los apelos de Junet, él vuelve a su casa, en París, a fin de cuidar de la elaboración de artículos que habrían de contrariar la idea de violencia liderada por el grupo adversario. Una bella carta de despedida al hermano asesinado es escrita y publicada, volviéndose una pieza extraordinaria de la literatura revolucionaria francesa. Apartado de la nobleza, del clero, de los intelectuales y del gobierno, él pasa a reflexionar sobre la razón de la existencia del ser humano y también al respecto del enfrentamiento entre la riqueza material y los valores del espíritu. Permite, en esa fase, la aproximación mayor del mentor y amigo Genevaldo.

Ajenos a tales posturas de Lisandro, sus adversarios jacobinos y su antiguo compañero Ernest persisten en atacarlo seguidamente por todos los medios posibles de divulgación de ideas.

El ápice de su inconformismo, entre tanto, ocurre el día 21 de enero de 1793, cuando el rey Luis XVI termina guillotinado. El acusador mayor del monarca fuera Roberpierre, asesorado por las consideraciones traicioneras de Ernest.

Decide, entonces, apartarse de París dirigiéndose para un monasterio benedictino, con el cual mantenía contacto amistoso, compuesto por monjes desvinculados de la traicionera estructura de la Iglesia católica y volviendo al cultivo del amor y de la caridad.

CAPÍTULO LIII

LA VERDADERA RELIGIÓN

Algunos meses después de la muerte de Luis XVI, superado el choque que le afecto profundamente el espíritu, Lisandro decide dejar el claustro voluntario que se impone en la abadía de Versalles, participando de la primera comida conjunta con los monjes benedictinos.

-Compañeros, vamos a orar a Dios pidiendo protección para nuestra querida Francia, hoy tan afectada por la guerra interna, así como por los rumbos de todos nosotros, perdidos en el torbellino revolucionario que se instaló en nuestros corazones. Oremos, también, por la suerte de nuestro querido hermano Lisandro que nos visita y participa de nuestra vida simple, buscando paz espiritual y tranquilidad para sus meditaciones - inaugura la comida el prior Ulrico.

Sin ningún comentario de los presentes, un aura de luz verdosa penetra vagamente en el ambiente, alcanzando los centros vitales de todos los monjes, trayéndoles armonía y serenidad e incentivando al visitante a proferir algunas palabras.

- ¡Amigos benedictinos! Soy muy feliz de, un día, haberos encontrado. Estaba confuso y perdido en mis propias reflexiones acerca de la vida y de la Revolución que marcó nuestro amado país. Con vuestro apoyo, orando a Dios, estoy seguro de estar, ahora, en el camino cierto. Os lo agradezco.

Abandonando sus bienes materiales, él está dispuesto a terminar sus días en un ritmo de vida simple y repleto de realizaciones en el campo de la caridad y de la fraternidad, usando como ejemplo la orden benedictina de Versalles, que insiste en permanecer desligada de las reglas del Vaticano.

- ¡Ciertamente, mi querido hermano, puedes contar con nosotros! Nos diferenciamos de otras órdenes religiosas y hasta incluso dentro de los benedictinos formamos un grupo extraño. Apartándonos de las riquezas materiales y adoptando una vida modesta, pero plena de involucramiento espiritual y rica de amistad y devoción a Dios. No es que condenemos a aquellos que posean algún bien o aprecien los valores de la materia, pero somos claros en considerar la prevalencia del espíritu sobre el cuerpo y, por encima de todo, de Dios sobre todas las cosas. Y si no diéramos el ejemplo al respecto de nuestro pensamiento, ¿cómo podremos convencer a terceros de nuestros aciertos? Vivimos en paz hace muchos años y hasta incluso la dirección de nuestra orden nos deja seguir a nuestro

parecer, creyendo que somos inofensivos. Un día, quién sabe, podremos influir a otros religiosos y adoptar la misma postura, seguros de que irán a tener mayor felicidad de estar junto al Creador. Por tantas razones, hermano Lisandro, comprendemos perfectamente tu actual desapego a los bienes materiales y aprovechamos la idea de que, al menos por intento, puedas conocer la vida simple de la reflexión y de la ayuda al prójimo sin la menor exigencia de cualquier contribución financiera. Cuente, sí, con nosotros para extraer tus dudas y pasarnos tu experiencia y tus conocimientos filosóficos y literarios que sabemos son muchos y de valor incalculable. Que podamos convivir en nombre de Jesús y de nuestros amigos espirituales en la más plena armonía y construyendo un mundo mejor.

Sosegando su interior, el visitante llora algunos minutos en silencio, recibiendo la solidaridad de los monjes presentes.

La primera semana después de haber dejado la reclusión transcurre rápida, en cuanto los benedictinos le muestran todo el monasterio y le indican su rutina y su estructura de trabajo. Los domingos, salen todos juntos y van por los mercados de París distribuyendo alimentos y animales, originarios de sus propias plantaciones y creaciones, sin recibir a cambio ningún pago, a no ser calurosos agradecimientos del fondo del alma: *merci beaucoup; grace a Dieu; Dieu vous soit en aide; Dieu vous bénisse*⁵⁵ entre muchos otros.

Lisandro se siente renovar íntimamente y hasta incluso las vestiduras de hidalgo, poco a poco, ceden espacio para las vestiduras simples de los monjes. Casi fascinados, si no fuese por los benedictinos, ellos constituyen la alegría de muchas villas y de sus miserables habitantes cuando pasan cantando himnos de loor a Dios y ejercitando la caridad por Jesús predicada sin ningún apego al materialismo. El ejemplo conquista el corazón entristecido de Lisandro y su semblante refleja la alegría de una nueva desvelada a su alrededor.

Volviendo al monasterio, él hace una serie de indagaciones al prior.

-Hermano, permítame preguntarle, ¿cómo podéis sobrevivir sin la ayuda financiera de la comunidad? Yo jamás vi una orden religiosa que no aceptase donativos...

-Nosotros aceptamos donativos.

- ¿Cómo? Yo no vi a nadie pidiendo alguna contribución en los mercados. - No se trata de recibir dinero o metales preciosos como hacen otras órdenes, a las cuáles tú te referiste. Recibimos simientes de los agricultores de la región, así como

⁵⁵ Nota del autor espiritual: "muchas gracias"; "gracias a Dios"; "Dios le pague"; "Dios te ayude".

su ayuda voluntaria en la plantación y en la cosecha, al final, nuestra mano de obra no está cualificada y somos pocos para el volumen de alimentos que plantamos en cada cosecha. Además de eso, recibimos animales reproductores para mantener activo nuestro rebaño. Con eso, conseguimos mantener no sólo la despensa del monasterio abastecidas, así como también nos posibilita la distribución gratuita en los mercados libres. ¿Lo entiendes?

Cada vez más maravillado, él pasa a comprender que no todas las parcelas de la Iglesia son materialistas y manipulan a los fieles en beneficio propio. Agradece a Dios la oportunidad de conocer una amplia verdad a ese respecto, lo que siempre deseó.

- ¿No tienes miedo de perder el cargo de prior? ¿No temes al Vaticano?

-Amigo, te recuerdo que *après la mort les papes deviennent papillons et les sires deviennent cirorfs*⁵⁶, es frase célebre de los religiosos más esclarecidos. Eso quiere decir que, al cruzar la frontera de la vida material, retornando a la patria del espíritu, el hombre pierde la majestad y el manto sacerdotal. No hay papas o reyes después de la muerte, luego, no debemos dar satisfacciones de nuestros buenos actos a no ser a Dios. Muchas veces, aquel que fue noble en esta vida será el más vil de los seres en el plano de la verdadera existencia. ¿Qué miedo podríamos tener de papas o reyes? Tememos solamente no cumplir nuestra misión de amor y ayuda al prójimo.

Lisandro pasa meses felices, aprendiendo y meditando juntamente con los benedictinos y transmitiéndoles sus conocimientos filosóficos y su cultura general en cuanto a la literatura francesa.

Enfermo, entra en el año de 1794 con especial convicción de que deberá dejar el plano material brevemente. Imposibilitado de acompañar a los monjes en las tareas caritativas por las villas de la región, Lisandro se retira para el bosque situado en los alrededores de la abadía, en una soleada mañana, poniéndose a

⁵⁶ Nota del autor espiritual: “después de la muerte, se vuelven los Papas mariposas y los reyes ácaros”. Esa frase se volvió famosa entre los religiosos franceses que estudiaban la vida después de la muerte, no creyendo que el poder y la riqueza material fuesen determinantes para conquistar un lugar en el cielo, al lado de Dios. Tenían por ideal la revalorización del espíritu y sus cualidades, despreciando los títulos y la posición, aun tratándose del Sumo Pontífice o de los monarcas. La frase, como se puede notar, fue idealizada ante la rima proporcionada por el idioma francés, luego, la traducción literal no parece tener el nexo lógico esperado. Entendiendo, no obstante, la intención expuesta por la afirmación en sí misma -contundente para la época- se percibe la importancia de mencionarla en la obra y en francés. No hay registro de quién la pronunció por primera vez, aunque algunas obras de la literatura francesa de autores reconocidos mundialmente, como Víctor Hugo, algunos de sus personajes la mencionen. No por casualidad.

meditar. Siente la aproximación de un Mentor amigo y se deja envolver por el Espíritu. En poco tiempo, percibe que es el momento de su desligamiento de la materia y, con suavidad, cierra los ojos definitivamente, volviéndolos a abrir, después, en el mundo de la verdadera vida.

CAPITULO LIV

LA SAGA DE NAPOLEÓN BONAPARTE

Después de breve estadio en Alborada Nueva, recuperado y confiado, Eustaquio retorna a Francia para convivir con uno de los más marcantes personajes históricos -Napoleón Bonaparte⁵⁷ - además de vivir otra *reencarnación- clave*, de la cual depende su regeneración y su progreso espiritual.

En cuanto Bonaparte está terminando, en 1799, su campaña en Egipto -que tiene por fin minar los puntos de apoyo de su archienemigo, el Imperio Británico- a través del pasaje triunfante en san Juan d'Ácre, el pequeño Eduardo balbucea sus primeras frases, vivaz e inteligente, en la tranquila casa de la noble familia Celliet. Con seis años de edad, el segundo hijo de Fernando - uno de los duques más prestigiosos de la Corte en esa época - se desarrolla rápidamente, adquiriendo precoz despertar para la cultura. El primogénito, Remos, estudia con el pequeño delante de los más rígidos profesores particulares de toda Europa, contratados especialmente para darles una educación especial.

Volviendo a Francia -territorio que está siendo preparado por el Plano Superior para situar la **tercera revelación**⁵⁸- Napoleón encuentra un país traumatizado por el terror implantado años seguidos por los jacobinos, además de verificar la inmensa desagregación social y económica que asola a los franceses, en especial, a los comerciantes. Se necesita un líder fuerte y decidido que pueda conducir a la nación de vuelta al crecimiento y a la estabilidad en todos los niveles de la sociedad. Percibiendo esa situación, un golpe de Estado no demora en ocurrir y el famoso 18 *Brumáριο* (9 de noviembre de 1799) conduce a Bonaparte al poder, instalándose para el gobierno de Francia un consulado.

⁵⁷ Nota del autor material: la importancia de la narración de parte de la historia de Napoleón a lo largo del capítulo se destina a resaltar como fue educado y la formación de Eduardo en esa ocasión. El muchacho creció acompañando la ascensión de Napoleón y tenía en su padre un admirador del general francés. Aunque obedeciendo en el hogar una orientación para acompañar a cualquier costa las hazañas de Bonaparte, él termina rechazando todo eso y, excéptico con teorías y prácticas que no traen libertad y solidaridad, se vuelve un demócrata y un liberal. Eso le garantiza la regeneración espiritual.

⁵⁸ Nota del autor espiritual: se trata del Espiritismo, que algunos años después se tornaría conocido y divulgado por la consolidación de las obras de Allan Kardec.

Al lado de Sieyés - el abad que consolidó la teoría al respecto del *tercer Estado*, existente en el país antes de la Revolución Francesa - y Ducos - conde y abogado que, a pesar de haber participado del movimiento revolucionario al lado de los jacobinos, cuenta con la admiración de los otros miembros del consulado - Bonaparte comienza a dirigir los destinos de los franceses, liderando como 1º Cónsul.

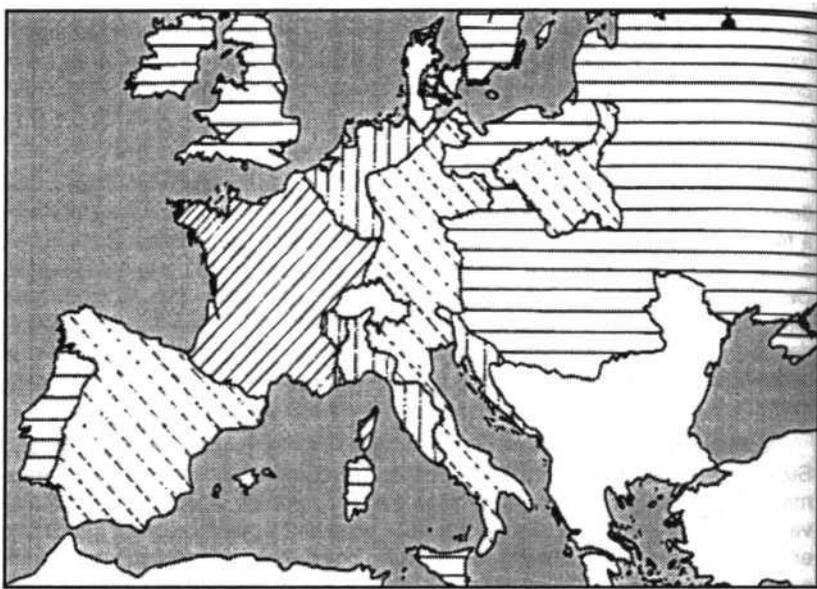
En poco tiempo, entre tanto, se desvía del camino que le estaba destinado y comienza a dar rienda suelta a sus ideas, cercadas de ambición y vanidad. No le falta inteligencia y sagacidad, atributos que podrían volverlo un líder capaz de unificar el sufrido pueblo francés, con democracia y libertad.

Su indiferencia a la religión, en un primer momento, es útil a la contención de la lucha permanente trazada entre católicos y protestantes, pero, después, se vuelve peligrosa, pues el desprecio a los valores espirituales lo conducen a la senda del incontrolada del gusto por la conquista y dominación.

Consolidándose en el gobierno, reconciliado con la Iglesia, el 1º Cónsul nombra ministros, jueces y todos los funcionarios del Estado. Sus compañeros de consulado se vuelven meros consultores. El Poder Legislativo está debilitado y las guerras externas continúan proyectando el nombre de *Napoleón* además de las fronteras de Francia. Muchos progresos son conseguidos en el territorio nacional, en especial en el campo de las leyes, con la elaboración del Código Civil francés⁵⁹. El desvelar de las leyes universales, que se harían de forma cristalina a mediados del siglo XIX por las manos de Kardec, traerían a la luz un postulado indiscutible de que *nada ocurre por acaso*. Mientras tanto, desde pronto la Humanidad vivió esa Norma Mayor y no sería diferente con Bonaparte.

⁵⁹ Nota del autor espiritual: en vigor hasta hoy en su esencia, dado su mérito e importancia.

MAPA Nº 12 - EUROPA - DOMINIOS NAPOLEÓNICOS



- CONQUISTA DE FRANCIA
- ESTADOS ALIADOS DE FRANCIA
- ESTADOS EN GUERRA CON FRANCIA
- ESTADOS NEUTROS
- FRANCIA

Admirador de la obra-prima de Machiavelli - "El príncipe"- Napoleón la adopta como libro de consulta y en varias ocasiones la lee. Entre los capítulos que utiliza para inspirarlo a revolucionar el campo jurídico francés, se encuentra aquel donde Maquiavelli que discute los métodos de llegar al principado por el crimen. En ese abordaje, trata de la utilidad de que todo gobernante que asciende al padre construya un fuerte aparato de leyes civiles y militares, entonces, el Código Civil.

Entre los miembros de la comisión encargada de la elaboración del referido Código está el duque Fernando de Celliet, padre de Eduardo, que goza de la confianza personal del Cónsul.

En una erudita biblioteca, compuesta de numerosos ejemplares de los más raros libros de Europa, a la luz de un candelabro de plata, se encuentra Fernando, trabajando, como de costumbre, hasta altas horas de la madrugada. Se inicia el año de 1804 y Napoleón le exige el apresuramiento de la Ley Civil que pretende ver lanzada lo más deprisa posible a toda la nación.

El joven Eduardo, muy apegado al padre, despierta durante la noche y busca acompañar, aunque en la distancia, todos los pensamientos del padre. Remos, a su vez, se dedica al estudio de la música, tocando piezas famosas de compositores austríacos y germánicos - sus preferidos - al piano. Para eso, duerme muy pronto y, juntamente con la madre, tan pronto el sol rinde sus homenajes a la mañana de un nuevo día, vuelve a sus partituras. Está, por tanto, ajeno al trabajo paterno, dejando al joven Eduardo la ardua tarea de asesorar al padre.

Los días siguen su curso y la presión aumenta sobre la comisión encargada de la redacción final del Código. Los funcionarios entran y salen apresurados de una de las salas del Palacio del Gobierno, donde una minuta de la nueva ley está siendo concluida. A la par de la verificación del equipo material, Mentores de varias colonias espirituales se aproximan para conocer a aquella que sería una norma básica para la construcción de varios sistemas jurídicos de naciones esparcidas por todo el globo, inclusive la *patria del Evangelio*, el Brasil.

Editado el Código Civil en marzo de 1804, varios homenajes son prestados al duque de Celliet, uno de los redactores. Eduardo, siempre al lado del padre, acompaña entusiasmado su dedicación y admiración a Bonaparte.

Fortalecido con la nueva ley, Napoleón continúa su misión bélica externa. La conspiración británica contra el gran líder de los franceses tiene efecto inverso al pretendido por sus enemigos y termina por impulsarlo al trono, como emperador.

El glorioso año de 1804 cierra sus puertas con la coronación de Bonaparte en Notre Dame, adoptándose el águila romana como uno de los símbolos de su poder, ahora absoluto.

La escalada de conquistas se perpetua en el tiempo. El emperador tiene en las manos a Italia, nacimiento verdadero de su familia, así como invade triunfante Viena, en Austria. Se deshace, ante el yugo napoleónico, el Imperio Romano-Germánico y Alemania, irónicamente, cae bajo la protección francesa. Ni Prusia, ni tampoco Rusia consiguen barrerle la hegemonía. El único obstáculo sólido a sus pretensiones está en Inglaterra, beneficiada por su eficiente escuadra naval y por su condición geográfica.

En el plano familiar, el emperador de los franceses se preocupa con su descendencia y, repudiando a la emperatriz Josefina, se casa con la duquesa María Luisa, de Austria. Ese matrimonio es arreglado por el experto Matternich, príncipe austríaco que jamás soportó la guerra de conquista de Napoleón, razón por la cual el casamiento le servirá de pretexto para aguardar, paciente, el momento cierto de investir contra el líder de Francia, lo que ocurre algunos años después.

María Luisa le da el aguardado heredero en 1811, en cuanto el duque de Celliet acompaña la jornada victoriosa de su ídolo político, transmitiendo a los hijos su sentimiento de júbilo por la proyección que Napoleón está proporcionando a Francia. Eduardo crece, por tanto, enalteciendo la figura del emperador y respetando la admiración del padre.

Con edad suficiente para comprender muchos aspectos de la guerra permanente de su país, el joven, con quince años, inicia las contestaciones a las ideas del duque. Cuestiona la razón de la violencia y de la dominación que un pueblo ejerce sobre otro. Indaga y no se conforma en cuanto a la supresión agotadora y frecuente de las libertades internas. En fin, se vuelve un opositor del propio padre y, en último análisis, de Napoleón.

Cuando la nación francesa obtiene victorias en su guerra externa, el emperador promueve fiestas en el palacio y la familia Celliet es siempre invitada. Eduardo, en esa ocasión, comienza a rechazar las invitaciones formuladas por la Corte, disgustando al padre.

La derrota de Leipzig impulsa a Napoleón, en 1813, a convocar a los jóvenes de las familias francesas para montar su ejército de reclutas. Eduardo, llamado inmediatamente por su padre, se niega a atender la orden de integrar las fuerzas

napoleónicas y la ruptura familiar se instala en el solar de los Celliet. Remos, a su vez, abandona definitivamente Francia y, ligado a las artes - espíritu frágil y delicado que siempre fue, abominando cualquier tipo de violencia - reinicia estudios en Barcelona, pasando a residir con parientes de su madre. La duquesa desencarna, después, dejando el conflicto familiar restringido a Eduardo y su persistente padre.

En el inicio de 1814, Francia es atacada por todos los lados y a pesar de los jóvenes reclutas del emperador darle alguna oportunidad de victoria, la superioridad del enemigo hace sucumbir al gran Napoleón en marzo del mismo año. Instalada en Orleans, la Corte francesa, conducida por la emperatriz María Luisa hace lo posible para calmar la ira incontrolable de Bonaparte.

Apresado en la Isla de Elba, el emperador no se entrega y continua idealizando su vuelta triunfal al poder. Decide volver a leer la obra de Machiavelli y reflexiona sobre sus postulados. El duque de Celliet, a pesar de estar apartado de la estructura gubernamental, continúa siendo aliado del general, visitándolo con regularidad en Elba. Lleva consigo, a Eduardo, ahora crítico y severo con las posturas napoleónicas.

Siempre buscando consolar al gran líder de los franceses, Fernando intenta tranquilizarlo, recordándole sus mayores conquistas, el agradecimiento eterno que el pueblo le dedica y la alta traición a que fue sometido por una conspiración externa a los deseos de Francia. El ex - emperador aprecia las palabras de Celliet, pero desea, con todas las fuerzas, volver al gobierno.

Eduardo, a pesar de no estar de acuerdo con sus actos, admira la fuerza del espíritu de Napoleón, imponiendo sus ideas y mostrándose ahora irascible, ahora sensible y perspicaz. Alguna que otra vez se desestabiliza emocionalmente para, en seguida, recomponerse y desfilar sus argumentos y su filosofía al respecto del golpe que sufriera. Discuten un poco de democracia, oyendo Eduardo atentamente los pensamientos de Bonaparte a ese respecto.

Después de ese encuentro memorable, Eduardo se aparta nuevamente de su padre y jamás vuelve a ver a Bonaparte que en poco tiempo termina de una vez su participación en el escenario político de Francia.

Algunos años después, mayor y enfermo, termina desencarnando el duque de Celliet, dejando al hijo Eduardo sus títulos y propiedades, ya que nunca confió en el primogénito Remo, siempre absorto en su música.

Volviendo a París, él renuncia a la herencia y, donando las riquezas a instituciones benedictinas de la época, se entrega a la carrera de periodista.

Opositor de cualquier idea absolutista, Eduardo va trazando su camino dentro de los postulados de la democracia y del liberalismo. Se casa y constituye una familia, aunque la fidelidad no sea una cualidad en él.

Las relaciones extraconyugales hacen sufrir a la esposa Melita, que permanece hasta el final de su jornada a su lado, en nombre del amor que le devota y por la fidelidad de las dos hijas del matrimonio. La amargura a la cual fue lanzada, entre tanto, le arrebató la vida y, con remordimiento, Eduardo decide redoblar la atención con las niñas. Recuerda siempre las lecciones del fallecido padre, un Patriota incontestable, lo que le da fuerzas para continuar. Las divergencias que tuvo con el padre nunca lo apartaron de la inmensa admiración que nutre por la memoria del duque de Celliet.

Escritor de renombre, él rememora en sus obras y artículos periodísticos el valor que tuvo Napoleón a la nación francesa, aunque nunca deje de apuntar a los flagrantes desvíos que cometió el general.

Cuando alcanzan la adolescencia, las hijas lo dejan otra vez solo y parten rumbo a Barcelona a fin de estudiar música con el tío Remo.

Envuelto en las líneas que construyó, Eduardo dedica el resto de su existencia a la causa de la democracia y del enaltecimiento a los valores fundamentales del hombre, predicando la libertad y el fin de cualquier tipo de opresión que el Estado pueda ejercer contra la sociedad.

CAPÍTULO LV

DEMOCRACIA, LIBERTAD Y VIDA

El escritor y periodista Eduardo trabaja incesantemente en su biblioteca, situada en una amplia y confortable residencia en el centro de París. Trabaja para diversos periódicos y publica artículos y libros sobre política y filosofía. La soledad lo transforma en un auténtico pensador. La proclamación de la república en Francia lo hace reflexionar al respecto de los antiguos parámetros y valores que aprendió con el padre - un defensor contundente de la monarquía.

El conturbado año de 1848⁶⁰ exige de Eduardo mayor tiempo dedicándose al análisis de los hechos políticos y de las medidas gubernamentales, criticándolos o elogiándolos, conforme su juicio personal, su persistencia y sus ideas democráticas le impiden apartarse una sola línea de los temas ligados a las libertades individuales y a la igualdad social.

Acompañando las ideas que surgen por todos los rincones de Francia, se maravilla con las posiciones del célebre Víctor Hugo, escribiéndole al respecto y dedicándole elogiosas consideraciones en los periódicos. Ante sus posiciones liberales, es convocado a comentar y criticar el romance *Le Dernier jour d'un condamné*⁶¹, que trata

⁶⁰ Nota del autor material: de 1847 a 1848, la oposición pide la reforma electoral (aumento del derecho de sufragio), rechazada por Guizot; sobre este tema desenvuelve la campaña de los banquetes, de que se aprovechan los republicanos (1847).

El año de 1848 en Francia: la II República

22-24 de Febrero de 1848 - interdicción del banquete en París, lo que ocasiona una manifestación parisiense:

Luis Felipe dimite a Guizot, pero el fusilamiento del Boulevard de Capucines provoca la sublevación de París, la toma del Hotel de Ville y la abdicación de Luis Felipe (24 de Febrero).

Febrero-Abril de 1848: un gobierno provisorio (...) es impuesto por los revolucionarios parisienses. Proclamación de la República en el Hotel de Ville (24-25) de Febrero), instauración del sufragio universal (2 de Marzo), restablecimiento de las libertades (prensa), supresión de la pena de muerte y de la esclavitud, creación de los ateliers nationaux (oficinas) (26 de Febrero) y de una comisión de gobierno para los trabajadores (...), que reduce la jornada de trabajo, arbitra los conflictos del trabajo, etc. (28 de Febrero). El gobierno aumenta de 45 céntimos por franco el impuesto directo, lo que aparta a los campesinos de la República.

23 de Abril de 1848: elección de la Asamblea Constituyente por sufragio universal (mayoría conservadora)

15 de Mayo de 1848: tentativa socialista contra la Asamblea (...)

26 de Junio de 1848: sublevación de los operarios parisienses (por causa de la supresión de las ateliers nationaux). La insurrección es brutalmente reprimida (...). Noviembre de 1848: votación y promulgación de la constitución de 1848.

10 de Diciembre de 1848: elección por sufragio universal de Luis Napoleón Bonaparte, presidente de la República.

⁶¹ Nota del autor espiritual: "El último día de un condenado".

de la supresión de la pena de muerte. Otra no podría ser su posición sino enaltece los nobles valores del romántico y poeta francés, que goza de inmenso prestigio en la Corte.



EDUARDO

Cuando la revolución popular de 1848 sacude las estructuras francesas, contando con el apoyo expreso de Víctor Hugo, él decide escribir un artículo que le rinde la admiración de los dos lados de la contienda. Titledo *La religión de la politique*⁶², describe el lado espiritual de todo ser humano -inclusive del político— y la posibilidad de utilizar los buenos postulados de la religión, sea ella protestante o católica, para controlar los excesos del poder, humanizar a los gobiernos despóticos y proporcionar la justicia social, sin la necesidad del derramamiento de sangre. Constantemente es inspirado por Mentores de Alborada Nueva, en especial su querida Nivea.

Francia está miserable, escribe Eduardo en su artículo semanal. Conclamando a los compatriotas a luchar por la reorganización del Estado y exigiendo una administración legalista, él recuerda las palabras contundentes de Voltaire y hace publicar: *“Mi Francia, nuestra patria; ¿no sabes, aunque partido tomar; desearías lecciones sobre el gran arte de vivir? Es preciso escoger: dudosa en tus deseos: quieres escoger, dices, el destino más feliz. ¿Pero cuál es ese destino?”* Le brota, una vez más, la inquietud por la revuelta armada y por los disparatados caminos por los cuáles sigue su país. Le vuelve la duda intransponible al respecto del mejor régimen de gobierno y él pregunta a la nación, como si una persona fuese: *“quiere escoger el destino más feliz, ¿pero cuál es ese destino?”*

Su patriotismo no agrede a los grupos políticos y rivales que están en conflicto permanente, razón por la cual no sufre ninguna represalia. Su aparente tranquilidad cesa en el exacto momento en que un golpe de Estado, originario del presidente constitucionalmente elegido, hace al país volver a la ilegalidad. El II Imperio de Francia se restaura y Napoleón III asume el trono.

Posicionándose contra el acto desencadenado por el gobierno, Víctor Hugo es exiliado en 1851. No conforme, Eduardo decide luchar contra ese acto, que considera arbitrario e injusto. Promueve, entonces, comicios y manifestaciones, entrando en enfrentamientos con las fuerzas del nuevo reinado.

Manteniendo erguida su bandera de resistencia, Eduardo termina herido mortalmente por un golpe de origen incierto durante una manifestación realizada en

⁶²Nota del autor espiritual: “La religión de la política”.

diciembre de 1852, en cuanto se realiza la ceremonia de coronación de Napoleón III, poniendo termino a su vida material.

Cogido por el brillo esplendoroso de los Emisarios de Alborada Nueva, en un auténtico *rayon d'espoir*⁶³, realiza su mayor liberación - que no es política, social o económica, ni incluso material: el regreso al mundo de los Espíritus.

⁶³ Nota del autor espiritual: "Rayo de esperanza".

CAPÍTULO LVI

LA PREPARACIÓN DECISIVA

Algunas horas son suficiente para restituir toda la memorización de Eduardo durante el trabajo incesante en la *Coordinadora de Selección*, dirigida por el compañero Hilario.

- ¿Recuperado de su viaje de regreso, Eustaquio?

- ¡Ciertamente! ¡Con su ayuda, me siento renovado! ¿Cómo está, amigo?

-No podría estar mejor, aunque tengo un asunto que transmitirle. Nuestro querido coordinador general, Agamenón, partirá.

- ¿Cómo es eso? ¿El hará algún viaje?

- ¡Nada de eso, amigo! Agamenón fue llamado por la Superioridad. Deberá dejar la *Coordinadora General* de aquí a algunos años.

-Pero... ¿Cuántos años?

-No se habló precisamente sobre eso, todavía. Mientras tanto, para nosotros, que no computamos el tiempo como se hace en la costra terrestre y donde los años se dislocan por el tiempo sin que muchas veces lo percibamos, solamente el hecho de que nos haya llegado tal noticia es el anuncio de nuestra separación.

- ¿Y Alborada Nueva quedará sin un coordinador? ¿Quién va a sustituirlo?

-Sabemos que otro líder vendrá para acompañar nuestros trabajos. No nos fue comunicado su nombre, pero la *Coordinadora General* ya lo sabe, seguro.

-De hecho, precisamos tener mucha fuerza para no entristecernos en ese momento. Nos gustaba mucho Agamenón... ¡De su inteligencia, sabiduría e inmenso amor! No puedo dejar de reconocerle gratitud.

-Sabemos que él partirá a un mundo aún mejor y ese hecho simboliza su triunfo en la dirección de esta Colonia. Un día ¡remos todos a seguir viaje a Planos Superiores.

- ¿Y yo? ¿Qué será de mí, ahora?

-Creo que Agamenón le dará esa respuesta. Acabo de recibir una llamada de la *Coordinadora General*. ¡El desea verlo!

-Emocionado y esperanzado, Eustaquio parte inmediatamente para el *Edificio Central* y se encuentra, minutos después, con el líder de Alborada nueva.

- ¡Mi querido Eustaquio, está otra vez con nosotros! Supe de su éxito y de su triunfo en la misión que tenía que desenvolver. ¡No podría estar más feliz!

-Supo también, mi buen Agamenón, de mis errores, ¿no?

- ¿Quién no los comete? Todos nosotros somos pasibles de desvíos del buen camino. Para eso Dios nos concede infinitas posibilidades de regeneración. Hagamos de nuevo y cuantas veces fueran necesarias aquello que, un día, hicimos mal. Ese es el principio justo y limpio de la reencarnación.

-Justamente por eso yo deseo volver a la Tierra para reparar los males que practiqué en mi última estancia.

- ¡Eustaquio, mi amigo! Un día yo estuve en esta misma sala convenciéndolo para volver a la materia, porque usted precisaba seguir su rumbo. ¡Su contrariedad era inmensa! Hoy estoy escuchando un pedido suyo requiriendo regresar al plano físico...

-Agamenón, cuando se aprende el camino trazado por Jesús y sus ejemplos penetran realmente en nuestro corazón, no hay como huir al Evangelio. Sabemos lo que es cierto y lo que está equivocado. Si, por opción, ejercitamos mal nuestro libre albedrío, debemos reparar ese error a través de acciones positivas en pro de la evolución de otros semejantes nuestros. No debemos obrar así solamente para aplacar nuestra culpa, y sí porque la ley universal del amor y de la caridad nos impone tal deber.

- ¡Exacto! Sus palabras me silencian cualquier objeción, pues es justamente eso que esperé, a lo largo de los años, espontáneamente de usted. Amigo, toda nuestra lucha no fue en vano. De hecho, está programada su vuelta para un futuro próximo. En cuanto aguardamos su partida, continuemos nuestros coloquios y sus estudios.

- ¿Y en cuanto a usted? Supe que va a partir.

- ¡Es verdad! Le confirmo la información. Dentro de algunos años seguiré mi camino para asumir un nuevo puesto de trabajo, no como coordinador, sino ejerciendo actividades en equipos dirigidos por mentores nuestros. Estoy muy feliz por estar partiendo al encuentro de viejos y amados compañeros que allí estarán para recibirme, aunque no deje de sentir una nostalgia anticipada de esta ciudad que tanto amo y por la cual tanto hemos trabajado.

- ¿Lo veremos de nuevo?

- ¡Sin duda, mantendremos contacto! Somos todos compañeros de larga jornada,

mi querido amigo, y jamás perdemos de vista a aquellos que amamos. Yo estaré siempre ligado a Alborada Nueva y a todos sus habitantes, en los cuáles usted está incluido.

-Incluso así, sentiré su falta.

-Apenas al principio... Con el paso del tiempo usted sentirá que el amor es universal y la fraternidad entre los Espíritus deberá llenarle íntegramente el corazón. Nuestro trabajo sigue los parámetros del Evangelio y, en razón de eso, estamos siempre juntos y jamás iremos a separarnos. Trillaremos, temporalmente, caminos diversos.

-Agamenón, le debo mucho afecto. Quiero pasar los próximos años a su lado, buscando ejercitar toda mi capacidad de auxiliarlo en sus actividades, si me fuera posible.

-Ciertamente, Eustaquio, será glorioso para nosotros.

Se despidieron los dos amigos y Eustaquio asume su puesto en la Colonia, ahora en el *Archivo General del Edificio Central*.

- ¿Cómo están sus estudios?

- ¡Siguen un ritmo acelerado, Agamenón! No parece que ya esté de vuelta hace tanto tiempo. Cada vez siento más que soy ignorante y pequeñito, delante de la sabiduría de los Emisarios del Plano Superior.

-Eustaquio, sepa que no todos los autores que se vuelven famosos en la Tierra son espíritus purificados moralmente. A veces, desenvuelven su intelectualidad de modo acelerado y dejan al acaso su reforma íntima y su práctica de los postulados cristianos.

- ¿Pero cómo pueden escribir tan bellas líneas, llenas de sentimiento e inteligencia y, al mismo tiempo, no estar preparados para vivir íntegramente el Evangelio?

-Así es la ley de la evolución. El Espíritu debe buscar, de modo equilibrado, desenvolverse siempre en los dos campos necesarios a su camino: el moral (y principal) y el intelectual. La razón tiene mayor facilidad de estructurarse cuando el espíritu es culto y esclarecido, en cuanto que el sentimiento se humaniza y se vuelve cristiano cuando el alma sigue los principios de Jesús.

- ¿Cómo puede usted afirmar con tanta seguridad que sabios del pasado pueden

no ser perfectos?

-Mi querido amigo, se trata de un principio de Justicia Divina. Si un autor o escritor consigue crear líneas bellísimas de filosofía o poesía, por ejemplo, y al mismo tiempo es liviano en su obrar y en el comportamiento en sociedad, infringiendo reglas básicas de las leyes morales, ¿cómo puede ser perfecto? Existen algunos misioneros en la Tierra, pero éstos son brillantes en sus actos y en sus obras, además de correctos e ímpolutos en su vida personal.

-Ya que estamos hablando de eso, permítame sanar otras de mis dudas insolubles. Siento que estoy y siempre estuve delante de un filósofo, un Espíritu que ya trazó sus rumbos en ese campo, cuando estuvo reencarnado en la tierra. ¿Estoy equivocado?

- ¡No, de hecho, usted está en lo cierto! Del mismo modo que aprendí a conocerlo usted afinó sus discernimientos a mi respecto. Le confieso que mis orígenes son marcados por dos reencarnaciones en especial: en Grecia y en Portugal. Le digo, todavía, que no hay mucha diferencia entre esos dos pueblos, por increíble que pueda parecer. Mientras tanto, recordemos que los egeos-cretenses, mucho antes que los fenicios - éstos sí considerados *los pueblos del mar* - eran los dueños del arte del bien navegar, tanto es así que pasaron sus conocimientos a los egeos, que los utilizaron con sabiduría. El hecho de ser un buen navegador, por sí, no sería imprescindible en el campo de las artes y de la filosofía, más la conquista de nuevos puertos, el conocimiento de nuevas tierras y la pujanza en la Antigüedad, muchas veces, era medida por la desenvoltura del pueblo al lanzarse al desconocido mar.

- ¡Es verdad! El Imperio Británico fue traba de las más arduas para Napoleón ante el dominio que tenía de los mares.

-Note, mi amigo, que el perfeccionamiento de las técnicas de la navegación fueron pasando de un pueblo a otro y los fenicios hicieron parte de esa cadena evolutiva. Posteriormente, algunos grupos de fenicios y aquellos reencarnaron en Iberia, hoy Portugal. Constituyeran, así, el embrión de aquellos que serían uno de los más arrojados pueblos del siglo XVI, que estaría programado para colonizar una tierra del futuro, Brasil.

-Yo ya reencarné en ese lugar.

-Ciertamente que sí. Todos aquellos que habrán de construir una patria futurista, como es el caso de Brasil, deben estacionar en el lugar. De entre aquellos

que salieron de la región griega estaba yo, aun en el siglo I, siguiendo para mi último pasaje por la Tierra, que fue en tierras lusitanas. ¡He ahí el significado de mi nombre! Agamenón, que tiene origen griego y Duarte, nacido en nacimiento ibérico⁶⁴

- ¿Usted fue griego y lusitano?

-En momentos distintos de mi camino por el plano material, sí. Una de mis *reencarnaciones-claves* ocurrió en Ilion, más conocida por Troya, siendo que la otra de ellas ocurrió en la misma región en la isla de Quio. De eso hace mucho tiempo, alrededor del siglo IX a.C. Fueron decisivas para mí y me acuerdo que poseía una actividad semejante a la suya, cuando su último pasaje por Francia. Debería escribir sobre mi pueblo y sus conquistas. Así hice y, por inspiración del Altísimo, dejé un legado a la Humanidad - no por mis propios méritos, más porque el Plano Superior me transmitió las ideas. Como intermediario de los dos planos de la vida yo ya actué y será esa su actividad en su próxima jornada por la Tierra.

- ¡Dígame quién fue, Agamenón! Tal vez yo haya leído algo a su respecto o escrito por sus manos...

-No se debe revolver el pasado para ¡lustrar el presente. Solamente si fuese imprescindible yo le diría eso. Debo continuar, diciéndole que ese pasaje me trajo condiciones para rescatar débitos míos del pasado y posibilitarme otros retornos, en otras localidades del Globo, avanzando en mi estadio evolutivo, hasta que participé, como voluntario, del grupo cuyos orígenes más fuertes estaban en Grecia y que reencarnó en Iberia.

-Y si Grecia fue su área más incisiva de actuación, ¿cuál sería la mía?

-No es posible que aún no lo haya percibido...

-Muy bien, creo que es Francia.

- ¡Evidentemente! Además de la región francesa, usted tiene fuertes lazos en Alemania y en Italia, que, juntas, componen con Brasil su cuádruple base de sustentación en el plano material.

-Y nuestra colonia, ¿con cuáles áreas tiene ligación?

⁶⁴ Nota del autor espiritual: Agamenón Duarte es un nombre ficticio del coordinador general de Alborada Nueva en ese período del transcurso de la obra. Entre tanto, el nombre por el adoptado en la Espiritualidad no diverge en lo esencial de éste que fue mencionado. En realidad, adoptó el primer nombre de origen griego, homenajeado pasaje decisivo en la Tierra, así como el segundo nombre de origen lusitano, como tributo que rinde a su último pasaje por la materia, en suelo portugués.

-Aquí habitan Espíritus provenientes de todas las partes de la Tierra, luego, nuestros lazos son muy variados. En el futuro, estrecharemos los lazos con Francia y con Brasil.

- ¿Solamente los pueblos esclarecidos tienen acceso a los mensajes de Dios? ¿Los ignorantes también conocen todos los mandamientos cristianos?

- ¡Sin duda! La síntesis del Amor Divino está en todos los corazones y la razón posee condiciones plenas de discernir entre el bien y el mal. La ignorancia, a la cual se refiere, es apenas fruto de determinado estadio en la materia, pero no perdura después de la desencarnación del Espíritu. Por eso, todos llevan consigo, donde quiera que estén, clarísimas nociones de las Leyes de Dios y saben cuáles son los mejores caminos a seguir.

- ¿Y cómo hacían los pueblos que vivieron en la Tierra antes de Cristo? ¿Conocían ellos los Divinos Mandamientos y creían en la vida después de la muerte?

- ¡Claro! Muchos caminos fueron recorridos hasta que el hombre pudiese evolucionar moral e intelectualmente, pero la Humanidad siempre tuvo sus escritores y mensajeros, aquellos que divulgaban esas ideas en sus obras. Note que Homero escribió en sus célebres *Ilíada* y *Odisea*, cerca de mil años antes de Cristo, numerosos pasajes resaltando conceptos que los hombres ya conocían y que en el futuro fueron reafirmados por Jesús. Observe el concepto de caridad y de tributo a Dios en las palabras de Eumeu dirigidas a Ulises, proferidas en la *Odisea*: *No acostumbro a menospreciar a los extranjeros, incluso en peor estado que tú. Todos ellos son enviados por Zeus - indigentes y huéspedes. No te ofrezco mucho, pero lo hago de buen grado*⁶⁶. Perciba que Zeus es su punto espiritual de referencia, pero en realidad se dirige al Altísimo al mencionar que ⁶⁵ todos son enviados por Zeus, pretendiendo justificar su acogida en su modesta casa, o sea, todos son igualmente considerados por Dios y son Sus hijos. La caridad es debida a aquellos que necesitan, representando la contribución que se puede dar, en ese contexto, por menor que él sea ¿Jesús no repetiría el mismo concepto, años después, con el *óbolo de la viuda*⁶⁶? En el caso de Eumeu, un esclavo, al recibir a un extranjero en su casa, dándole abrigo,

⁶⁶ Nota del autor material: ver otros detalles en "Odisea", de Homero, canto XIV, N° 50.

⁶⁷ Ver el "Evangelio Según el Espiritismo", Cap. XIII, ítems 5 y 6, en especial las siguientes palabras de Kardec "el óbolo del pobre, del que da, privándose de lo necesario, pesa más en la balanza de Dios que aquel otro del rico, que da sin privarse de cosa alguna."

estaría dando poco, pero sería eso lo necesario. Así fue mencionado en la obra que precedió al Cristo en muchos siglos. Lógicamente, mi querido Eustaquio, son apenas trechos que, en una visión global, principalmente de una obra que narra una aventura guerrera de un personaje, se puede perder. Mientras tanto, el hombre sabe lo que es cierto y deja exteriorizar eso en las pequeñas cosas que escribe y vive.

-No había pensado en eso, cuando leí la *Odisea*. Sus comentarios, no obstante, me hacen recordar los momentos en que Ulises se comunica con el mundo de los Espíritus. ¿Estaría correcta mi deducción?

- ¡Sí, lo está! Homero sabía de la existencia de los Espíritus y colocó eso en su obra. Tenía noción de que, para la comprensión de los pueblos de la época, una comunicación con el “mundo de los muertos” en los mismos moldes que se hacía en el plano material sería mucho más convincente. Utilizó, pues, elementos de diálogo y representación que eran propios al entendimiento de la época. En su *evocación a los muertos*, él narra importantes pasajes, diciendo que del *Erebro oscuro aflúan las almas de numerosos muertos (...)*⁶⁷. ¿Y entonces, usted ve alguna diferencia con zonas umbralinas que tan bien conocemos?

- ¡Ninguna! Parece un relato actual que nosotros podríamos hacer, bajo cualquier aspecto, al pasar por las zonas tenebrosas.

-El relato del plano espiritual más próximo a la realidad de los griegos -las zonas umbralinas- encantaba a aquellos que leían por primera vez la *Odisea*. Creían los pueblos de la época en el mundo de los Espíritus y apenas adaptaban sus creencias a dioses con varios nombres y a la mitología, que les sirvió de aprendizaje. Recordemos que mitología puede significar, en griego, tanto *narrativa fabulosa*, como *estudios de esas narrativas*.

-Realmente, existe un pasaje en que Ulises llega a conversar personalmente con su fallecida madre Anticlea. ¡Me acuerdo ahora!

- ¡Por Cierta que sí! Los Espíritus conversan con los encarnados, ¿no? Los griegos apenas situaban ese *mundo espiritual* en un lugar geográfico determinado, para facilitarles el entendimiento y la aceptación. Homero consideraba zonas de morada de los Espíritus los confines de la Tierra, mencionando la región de los

⁶⁷ Nota del autor material: mayores detalles se pueden encontrar en la obra “odisea” de Homero, Canto XI, números 39 y 40.

Cimérios - un pueblo legendario - próximo al Vesubio. Decía que ese lugar era cubierto por las nubes y jamás los rayos del sol penetraban allí. Vivían esos habitantes una noche eterna. Otra vez más, Eustaquio, así es el umbral. Su visión retrataba con fidelidad regiones hasta hoy existentes en la trilla evolutiva de los Espíritus.

Maravillado con los esclarecimientos obtenidos, Eustaquio percibe que crece cada vez más su admiración por el Coordinador de la Colonia, agradeciendo a Dios la oportunidad de estar con él a lo largo de su estadio en la Espiritualidad.

Se aproxima el año de 1890, época marcada para el regreso de Eustaquio a la superficie terrestre. La última conversación entre los amigos comienza.

- ¡Despidámonos hoy, mi amigo Eustaquio! En breve, usted partirá y, cuando regrese, ya no estaré coordinando Alborada Nueva. Esa es la programación. Espero, ansioso, que donde esté, reciba noticias positivas de su trayectoria y de su triunfo. Sé que usted tiene preparación suficiente para enfrentar los obstáculos que le serán trazados. No se desanime jamás y busque seguir, fielmente, los principios cristianos. Recuerde valorar la riqueza espiritual y no se preocupe con el apego en la senda materialista, que lo caracterizó hasta el momento. Usted, tuvo, aquí en la Colonia, acceso a las obras de Kardec, que están publicadas en la Tierra, y sabe que uno de los puntos fundamentales de su programación es iniciar la divulgación de esos postulados por donde pasara. Volviéndose espírita en su próxima estancia en el plano material ciertamente nuestros mensajes llegarán más fácilmente a su corazón. ¡Qué Dios lo bendiga!

- ¿Qué puedo decirle?

- ¡No diga nada! Vamos a orar juntos a lo Alto, agradeciendo esta oportunidad de renovación que estamos teniendo al trabajar juntos por tanto tiempo.

Inmenso involucramiento de luces brillantes emanan del *Edificio Central*. La sede de la *Coordinadora General* se llena de amor, consagrando la despedida de Eustaquio y Agamenón.

CAPÍTULO LVII

LA ÚLTIMA JORNADA EN LA TIERRA

Sellado el final del Imperio en Brasil, el día 11 de noviembre de 1889, cuando varios oficiales, acompañados de eminentes republicanos - entre ellos Quintino Bocaiúva, Rui Barbosa y Benjamín Constant - seducen al mariscal Deodoro da Fonseca a acompañar el movimiento en pro de la República, en la misma fecha, se casan en una propiedad rural próxima a Petrópolis, la pareja Joao Batista y Francisca Romana.

Después de la luna de miel envuelta en los gritos de la armada brasileña del día 15 de noviembre de 1889, iniciando una nueva fase política en el país, los recién casados fijan su residencia en la ciudad de Rio de Janeiro, en un barrio tradicional de las conservadoras familias monárquicas, que se negaban a aceptar la proclamación de la República, permaneciendo fieles al querido emperador D. Pedro II. Doña Francisca, cariñosamente conocida como “Chiquita”, inconforme, atraviesa los primeros días de su matrimonio angustiada y preocupada con la caída del monarca que tanto respetaba.

El año de 1890 transcurre perturbador, pues se asentaban las nuevas estructuras políticas de la sociedad brasileña, al mismo tiempo en que se aguarda la llegada del hijo primogénito del matrimonio.

Vuelve al plano material Eustaquio, reencarnando bajo la vestimenta de José Antonio, para vivir una etapa decisiva de su existencia en una cuna carioca, bajo la protección de la ciudad que parece haber nacido para, en el futuro, recibir la denominación de *maravillosa*. Disipando su alegría, los padres lo envuelven en cariño y amor, sentimientos que van a acompañarlo siempre.

Acompañado de cerca por Hilario, ahora designado por Alborada Nueva para trabajos externos, bajo la luz protectora de su querida Nivea, pasa sus primeros años desarrollándose rápidamente y, a los siete años, ya charla sobre varios asuntos, inclusive historia y política, con su padre.

-Papá, ¿por qué no tenemos un rey, como yo veo en las historias?

-Tuvimos un gran rey, hijo mío, pero infelizmente él fue apartado e ingresamos en la llamada República. Un día, vas a saber, estudiando mucho, lo que estoy hablando. Podrás, entonces, formar tu propia convicción acerca del momento

histórico que nuestro Brasil acabó de vivir...

-Pero ¿qué es “convicción”?

-Es tu propia persuasión íntima.

- ¿Y qué es “persuasión”?

-José Antonio, ¿tú no piensas que es muy pronto para recibir tantas explicaciones? Tendrás toda la vida por delante para conocer todo lo que te interesa, ¿de acuerdo?

-Sabes, papá, a veces pienso que la vida no es tan larga que nos permita perder el tiempo. A mí me gustaría ya nacer sabiendo.

A pesar de estar oficialmente unidos a la religión católica, Juan Bautista y su esposa ya tuvieron oportunidad de leer las obras de Kardec, que vinieron a sus manos especialmente traídas por amigos que visitaron Francia. Entusiasmados con las nuevas ideas, se dejan llevar por los conceptos espiritistas y luego explican al pequeño José su entendimiento en cuanto al futuro de todo hombre.

-Hijo mío, la vida no es tan corta como parece, visto que ella no termina con la muerte. El espíritu que habita tu cuerpecito es inmortal. ¿Te acuerdas de la historia de la larva que se volvió mariposa? Lo mismo ocurre con nosotros...

- ¿Nos volvemos mariposas?

-No, es apenas figurativo. Nuestro espíritu es la mariposa que vive aprisionado en la forma de una larva. Cuando morimos, dejamos la forma de larva y adoptamos el cuerpo de la bella mariposa.

- ¿Entonces somos más bonitos cuando morimos?

- ¡Exacto! El espíritu es más bello que el cuerpo, porque él es eterno.

-Me quedo tranquilo al saber eso; así podré estudiar con más calma, al final, sino tengo tiempo ahora, yo continuo después, ¿no es así, papá?

- ¡Lógico que sí, José! Ahora ve a jugar un poco y déjame terminar de leer este libro.

Luego se unen a la familia, los hijos más jóvenes, Vicente y María Isabel. En franca ascensión social, el comerciante Juan Bautista adquiere sólida posición económica y, a pesar de no poseer sólida formación intelectual, desea la mejor educación para sus tres hijos. De éstos, el más dedicado a los estudios es, sin duda, José Antonio, que desea formarse como médico.

Doña Chiquita sólo consigue bregar con el marido por sus flagrantes posiciones materialistas. El dinero y los bienes materiales conquistan a Juan Bautista de una

forma tal que lo apartan de la convivencia familiar por muchas horas al día. Con eso, cada vez cuentan menos los muchachos con la presencia paterna en el hogar.

José, aun adolescente, se integra al movimiento de sustentación de la Santa Casa de Rio de Janeiro, admirando cada vez más la actuación de los médicos y deslumbrándose con las numerosas posibilidades que la profesión concede a quien desea auxiliar a los necesitados.

La familia, en razón de la admiración que Juan Bautista y Francisca nutren por la figura de D. Pedro II, conversa siempre al respecto de las ventajas y desventajas de haberse vuelto el país República. De todos, el más entusiasmado con la nueva situación política de la nación es José Antonio, aunque no haya ninguna discusión más acérrima delante de las diferentes posiciones sustentadas.

Todo transcurre bien, excepto la intranquilidad generada por la ausencia del padre en el día a día de la familia. Juan Bautista sólo cambia su comportamiento cuando el hijo más mayor decide partir para estudiar medicina en Europa. A fin de suplir la falta, el padre vuelve al hogar y se aproxima otra vez a los familiares.

Un navío solitario, en plena mañana del invierno carioca, envuelto en una lluvia fina que cubre el embarcadero, parte rasgando las aguas limpias del mar brasileño, dejando detrás de sí, inconsolable, Doña Chiquiña, sabía que sería aquella la última vez que vería a José Antonio.

- ¡Chiquita, no llores tanto! Si yo hubiese sabido que la partida de nuestro hijo para Europa te iba a causar tanto sufrimiento no lo habría permitido.

- ¡Es igual, Juan! Yo siento, desde que él era pequeñito, que llegaría este momento.

- ¿Qué quieres decir?

-El no volverá nunca más a Brasil. Hay algo que lo espera en el Viejo Continente; tal vez, una misión, un camino sin vuelta a nuestra convivencia. ¡Un corazón de madre, como todos dicen, jamás se engaña!

- ¡No creo en esas bobadas! El estará más tarde de vuelta en Rio.

- ¡No lo culpo! Sé que él usará muy bien la educación que nosotros estamos patrocinando y su formación como médico será un bálsamo para su ansia de ayudar al semejante.

Matriculado en París, en la facultad de medicina, en poco tiempo él está

adaptado a la vida francesa, como si hubiese vivido siempre en Europa. Admirado por sus colegas y enaltecido el nombre de Brasil en razón de su aplicación en los estudios, José se entusiasma cada vez que percibe que aumenta su nivel de conocimientos.

Muchas cartas son intercambiadas con su familia en Rio de Janeiro y en todas ellas José Antonio se disculpa por no encontrar tiempo para visitarlos en Brasil, ya que, en sus horas libres, se dedica al amparo de la población necesitada, en la periferia de París. En cuanto estudia medicina, no deja de lado la actividad caritativa. Profundiza también el estudio de la filosofía, ciencia y religión que naciera a mediados del siglo XIX. Le llega a las manos los libros *Le Ciel et l'enfer* y *La Genèse*⁶⁸, ambos escritos por Allan Kardec.

Entusiasmado, no demora más que un día para hacer la lectura atenta de las dos obras, quedándose encantado con las líneas que asimiló. Al investigar la vida del autor de los libros, descubre, emocionado, que Allan Kardec se llamaba, en realidad, Hippolyte León Denizard Rivail y solamente adoptó un pseudónimo porque en otra existencia remota, al vivir en la Galia como druida, tuvo tal nombre.

Toma conocimiento, aun - estupefacto - que el autor de las obras espiritistas siempre fue un estudioso de la anatomía - la materia de su preferencia en la facultad de medicina, tanto que se volvió miembro de la Real Academia de Ciencias Naturales de Francia.

Su despertar para una nueva religión, que traía consigo otra filosofía de vida - tal como su padre decía - así como una preciosa posición científica, le rinde algunas enemistades acérrimas en la facultad, pero también conquista la simpatía de muchos colegas y profesores.

Le crece el sueño de visitar Suiza, tal como Kardec hiciera, tal vez hasta desarrollando allí su trabajo inicial en la profesión. El escenario europeo le favorece el deseo, pues tan pronto termina su curso percibe el recrudescimiento de las relaciones exteriores que rodean a Francia. El asesinato del archiduque Francisco Ferdinando de Habsburgo, en Bosnia, en julio de 1914, es noticia en todos los periódicos, haciendo que tenga inicio el movimiento que llevaría a la Primera Gran Guerra.

⁶⁸ Nota del autor espiritual: "El Cielo y el Infierno" y "La Génesis".

Parte para Ginebra, en cuanto una carta de su padre le llega a las manos exigiendo su vuelta inmediata a Brasil. La respuesta no tarde en llegar a Rio de Janeiro lamentando su negativa de partir de Europa, pero diciendo que su misión estaba apenas comenzando, no pudiendo, pues, abandonar el camino.

Brillante y aplicado, recibe más tarde autorización definitiva su permanencia en suelo suizo, desde que ejerza la medicina bajo la supervisión de médicos nacionales. En poco tiempo, deslumbra a los orientadores y comienza a interesarse no sólo por la cura, también por la literatura y por el arte de un modo general.

Su carrera está en franca ascensión, cuando el Instituto de Investigaciones Médico-Científicas de Zurich le ofrece un cargo, obligándolo, pues, a mudarse para el norte del país. Como si una inspiración lo incentivase a aceptar - lo que, de hecho, ocurría bajo el gesto personal de Agamenón, coordinador general de Alborada Nueva - parte para un nuevo cambio en su vida. Más próximo a Alemania, otra cuna de problemas y débitos del pasado - pero también de donde extrajo profundas y bellas lecciones de vida - Josef, como pasó a ser llamado por el pueblo germánico en Suiza, se siente atraído por la magnética Baviera.

Las incursiones en suelo alemán, incluso con el movimiento creciente de la guerra que se aproxima, lo hacen recordar al poeta Camoes, que bien describe la tierra germánica en sus rincones celebres. Paseando, cierta vez, por la región de los Alpes, próximo a villarejos tranquilos y casi olvidados del mundo - Garmish y Partenkirchen - él repite en voz baja y compasada: *Entre el mar y el Tánais vive extraña gente: Rutenos, Moscos y Livonios. Sármatas en otro tiempo y en la montaña Hircinia los Marcomanos son polacos. Sujetos al imperio de Alemania. Son sajones, Bohemios y Panonios. Y otras naciones varias, que el Rin frío lava y el Danubio, Amásis y Albis río*

¡Ah, *Las Lusíadas!* Me renueva el ser cuando oigo o leo sus cantos. Parece envuelto por el espíritu de Camoes y siento escalofríos por todo el cuerpo. Sino fuese por el frío de esas montañas podría hasta decir que el poeta, espiritualmente, está a mi lado...

Realmente, un Espíritu allí se encuentra, abrazándolo con cariño e incentivándole el recuerdo de sus versos preferidos. No es Camoes, pero sí un admirador suyo, Agamenón.

Suiza es el escenario ideal para José Antonio perfeccionarse y recuperar, de una sola vez, el tiempo perdido de otras existencias, especialmente porque el país que

abraza como residencia tiene origen céltico - como el suyo - además de ejercitar, con perfección, la neutralidad entre dos importantes países vecinos - Francia y Alemania. No podría, por tanto, Eustaquio estar viviendo en una región más adecuada para los rescates que tiene que realizar, ya que podrá relacionarse en paz tanto con los franceses, como con los alemanes, aquietando a sus adversarios del pasado. La Suiza novelista y alemana terminan por encantarlo y su ingreso en la Cruz Roja Internacional es inmediato, tan pronto sabe de la existencia de esa organización.

Representando la unidad de la Cruz Roja en Zurich, visto que la sede queda en Ginebra, Josef comienza a tener contacto con las personalidades que pasan por su país neutro, en la medida en que la guerra explota en el escenario europeo. Refugiados y enfermos, heridos y exiliados, en fin, desgraciados de todos los lados buscan confort y protección en la paz de los rincones suizos. Además de su trabajo en el instituto de investigación, Josef desenvuelve actividades en un pequeño hospital en los alrededores de Zurich, que idealizó y construyó justamente para servirle de apoyo en los tiempos de lucha armada que Europa está viviendo.

Su reticencia en la búsqueda de la formación de una familia e incluso en el contacto con sus parientes en Río de Janeiro le parece que es un obstáculo y Josef acostumbra a justificar a los amigos, que al respecto le hacen preguntas, parece imposible mantener su profesión, su obra de caridad, supuesto en la Cruz Roja y una atención digna a una esposa e hijos. Por eso, permanecer soltero le parece la mejor opción.

La acción caritativa le retira la prioridad en el instituto y sus investigaciones comienzan a quedar cada vez menos aprovechadas. Entre tanto, el gobierno suizo percibe el aumento de su contribución en la Cruz Roja y Josef más tarde consigue el beneplácito de Giuseppe Motta, influyente político de la época, que le autoriza todos los pasos que pretende desenvolver.

Por dominar con perfección varios idiomas, inclusive con nociones de ruso, a pedido de autoridades suizas, Josef queda encargado de recibir al más reciente exiliado que ingresa en el país proveniente de Rusia. Atendiendo a la solicitud, se acerca a Vladimir Iliitch Ovliánov - conocido por Lenin -, con quien traba importantes conversaciones, enriquecedoras para ambos. Se inaugura en su camino un nuevo horizonte.

CAPÍTULO LVIII

EL REFUERZO DE LA FE CONSAGRANDO LA TRAYECTORIA

Atento a las inspiraciones de los Mentores de Alborada Nueva, en especial Hilario y Nivea, Josef se dirige a los campos de batalla, no como soldado de armas, sino como soldado de medicina, salvando vidas y promoviendo actos de verdadera caridad. Situados en Verdun, al final de octubre de 1916⁶⁹, los integrantes de la Cruz Roja trabajaban alarmados con el número de muertos y heridos que encuentran por delante. En cuanto busca mantener la tranquilidad de su grupo, dándole siempre esperanzas de un final para la Gran Guerra que toma cuenta de Europa, el médico continúa sintonizando con el Plano Espiritual, realizando -siempre que es posible - reuniones espiritistas en su tienda, en el campamento.

A pesar del apoyo que recibe de su Ciudad Espiritual, él llega a vacilar en determinadas ocasiones, por ser tantas las desgracias que está obligado a vivir. En esa época, para su felicidad, conoce a la enfermera María, cuyo calmado y sereno semblante le llena nuevamente de optimismo.

-*Mademoiselle María* es su nombre, ¿no?

-Sí, doctor. Por estar tan distantes de nuestros hogares y en plena lucha armada, vamos a dejar de lado el formalismo en el tratamiento. Llámeme simplemente María.

-Le digo lo mismo. Sólo, Josef.

- ¡Muy bien! ¿Usted también integra las filas de la Cruz Roja?

-Sí, soy dirigente de la unidad de Zurich.

-Yo trabajo como voluntaria. No hay nada en la vida que me conceda tanta satisfacción como mi servicio de enfermera. Es para mí un auténtico sacerdocio. Amo a mi prójimo como a Dios. Debo, pues, obrar y demostrar a través de mis actos el postulado cristiano que considero esencial a todo ser humano.

⁶⁹ Nota del autor material: en 1916, los alemanes desencadenaron una gran ofensiva sobre Verdun, zona difícil de defender y reabastecer. Durante seis meses, los franceses dirigidos por el general Pétain y Nivelle mantuvieron sus posiciones, en cuanto las fuerzas aliadas, a su vez, atacaban la región de Soma. Al finalizar el año 1916, las posiciones de uno y de otro lado eran las mismas que al principio de ese año.

-Estoy impresionado con su calma y su optimismo en pleno campo de batalla...

-Sabemos, Josef, que la vida no termina aquí. ¿Para qué tener prisa y ansiedad, disgustos o miedo?

- ¡Es verdad, María! Yo también pienso así, aunque no consiga, muchas veces, demostrar en la práctica las teorías que adopto.

- ¡No se preocupe! Todos somos así, de vez en cuando. Viviendo en este plano de vida, estamos unidos a las leyes de los hombres, que no siempre constituyen el mejor trazado para nuestra existencia. Solamente las leyes de Dios son bellas y perfectas.

-Usted tiene ideas nítidamente espiritualistas... ¿Ya leyó a Kardec?

-Sí. ¿Y usted?

-Soy espiritista. Me gustaría que participase de nuestras sesiones mediúmnicas.

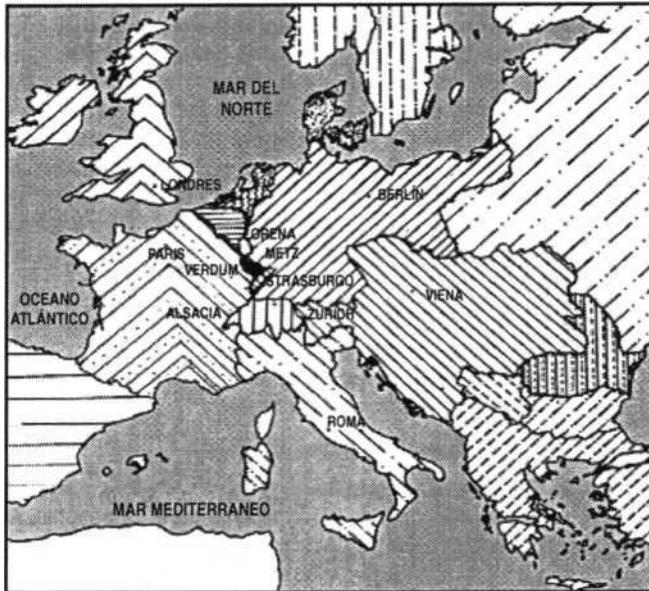
-Estaría encantada.

La batalla se vuelve cada vez más intensa y los destrozos de las casas, ciudades, villarejos y cantones franceses y alemanes aumentan vertiginosamente.

El vitalizante contacto con María hace al médico suizo trabajar con ahínco horas seguidas, días y noches enteras, sin quejarse y agradeciendo a Dios esa oportunidad. Juntos, ellos construyen un campo de refugiados, cuyo tratamiento principal se dedica al espíritu de los enfermos, mucho más que a la cicatrización de las heridas. Alborada Nueva consigue instalar en la frontera de Francia con Alemania un inmenso puesto de trabajo. En ese trabajo integrado por los dos planos de vida, el tránsito de Espíritus crece cada día y una línea directa es creada con la Colonia. Zonas umbralinas se levantan contra esa obra de amor y procuran atacar por todos los lados los Puestos de Socorro de la Ciudad Espiritual, buscando dificultar el trabajo en el plano material. Entre tanto, vencen a la fe y a la fuerza Superior, hasta que las entidades inferiores ceden y buscan refugio en los rincones abismales de las zonas oscuras, dejando libre el camino de actuación de los Emisarios de Luz.

La Primera Gran Guerra sigue su curso y Josef, María y otros muchos encarnados ligados a la Cruz Roja trabajan incesantemente auxiliando y amparando heridos y refugiados de todos los orígenes.

MAPA Nº 13 - EUROPA - DIVISIÓN POLÍTICA ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



- CONFEDERACIÓN HERVÉTICA (SUIZA)
- IMPERIO ALEMÁN
- IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO
- IMPERIO OTOMANO
- IMPERIO RUSO
- REINO DE BÉLGICA
- REINO DE BULGARIA
- REINO DE DINAMARCA
- REINO DE HOLANDA
- REINO DE ITALIA
- REINO DE NORUEGA
- REINO DE RUMANIA
- REINO DE SERVIA
- REINO DE SUECIA
- REINO DE ESPAÑA
- REINO UNIDO
- REPÚBLICA FRANCESA

A lo largo del trayecto que programan para el atendimento a los frentes de batalla, se pierden de vista la enfermera y el médico de Zurich, trillando, a partir de ahí, caminos diversos, pero eternamente ligados en la senda del amor cristiano y de la fe incuestionable.

En 1918, con el Armisticio firmado entre Alemania y los aliados, en el mes de noviembre, hace cesar el conflicto armado que hizo víctimas por toda Europa y muchos débitos trajo a aquellos que lo idealizaron y de él participaron activamente, conduciendo las luchas y fomentando el odio.

Antes de volver a sus actividades médicas en Suiza, Josef recibe una noticia que lo deja entristecido y provoca un cambio en sus planes. Rusia vive una revolución y comienzan a surgir muertes, provocadas por disputas políticas, además de la miseria y del hambre que allá están presentes. Manteniendo encendida su fe y buscando llevar paz y salvación a donde hubiera desespero y agonía, liderando una cruzada de amor de los integrantes más dedicados de su unidad de la Cruz Roja, bajo la dirección de Trotski, comienza a obtener algunos éxitos en la guerra civil vivida por los rusos después de 1917.

Otra masacre es acompañada de cerca por Josef, que recordando la postura y firmeza de la enfermera María, desarrolla incalculable capacidad de resistencia y no mide esfuerzos para auxiliar a los médicos rusos a cuidar de sus compatriotas heridos en los combates internos.

A lo largo de dos años que pasa de actividad en Rusia, acompaña también el desarrollo de la literatura y del teatro nacional, estudiando la temática propuesta por Aleksei Pechkov - que se volvió famoso bajo el pseudónimo de Gorki. De ese modo, ampliando su universo de conocimientos, desde Rozanov hasta Bieli, Josef sigue el desarrollo del simbolismo en la gran nación de oriente. Sin cambiar su convicción política liberal y su idealismo religioso, el contacto con el arte y las obras literarias de un pueblo que siempre le fue distante no podría ser más gratificante.

Permanece en territorio ruso hasta 1924, cuando Lenin desencarna y su sucesor, Josef Stalin, pasa a dirigir los destinos de la nación. No viendo con buenos ojos la devoción del suizo al trabajo comunitario, el nuevo líder revolucionario le prohíbe su estancia en el país.

De vuelta a Zurich, recibe la noticia de la muerte de sus padres, ocurrida durante la guerra, hecho que lo deja amargado por algunos días. No por la muerte en sí, sino porque cree haber dejado el plano material herido con su ausencia de Brasil. Solamente se calma cuando, en una sesión mediúmnica, realizada en su casa, obtiene una confirmación por parte de los mentores que lo informan del feliz retorno de sus padres a Alborada Nueva, sin resentimientos y confiados en su trabajo como médico y espiritista.

Rechazando la herencia que le es destinada, dona los bienes que posee en Brasil a la Santa Casa de Misericordia de Rio de Janeiro, con la plena concordancia de sus hermanos, también espiritistas por convicción y educación familiar.

El tiempo fluye rápido, trayendo a Josef su tan deseada madurez espiritual. Consciente de su misión, él no tiene dudas al respecto del acierto de su trabajo y, siempre orientado de cerca por los Amigos Espirituales, a quien da oídos y sigue los consejos, abraza cada vez más la práctica de la caridad.

En base a su posición como médico de los pobres en la ciudad de Zurich, comienzan a surgirle en adelante, pasando por sus cuidados, numerosos adversarios del pasado, ahora como enfermos, ahora como compañeros de actividad. Los rescates - en base de su procedimiento cristiano - van naturalmente ocurriendo. La distribución espontánea del amor y el cultivo de la fraternidad representan actos positivos que solamente retornos benéficos son capaces de proporcionar.

La Segunda Gran Guerra se avecina en el escenario mundial. La Cruz Roja Internacional se prepara para enfrentar el mayor conflicto armado de la historia de la Humanidad. Alertados por los mentores, Josef tiene una exacta noción de las proporciones gigantescas que tomarán las divergencias entre las potencias del planeta. Confiado en su camino e inamovible en sus convicciones, nunca es tarde para recordar la fuerza interior de la enfermera María, que conoció a lo largo de la Primera Guerra.

En 1939, surgen como señal del conflicto armado las célebres investidas del ejército alemán, conocidas por *Blitzkrieg*. En ese contexto, en septiembre del mismo año, la invasión de Polonia causa asombro al mundo entero, cuando, en menos de veinticuatro horas, las fuerzas de Hitler destruyen la aviación del enemigo y varias divisiones blindadas y motorizadas, apoyadas por la temida *Lufwaffe*, ocupan el país.

En pocos días, capitula Varsovia ante la superioridad germánica. No hay retorno en el escenario mundial y la Segunda Gran Guerra está declarada.

De Zurich, preocupado, Josef se organiza para volver a los frentes de batalla. Orientaciones del Plano Superior le llegan todos los días, por medio de los médiums que integran su grupo espírita de trabajo. El pleno conocimiento de su *reencarnación-clave* le sirve de amparo para enfrentar las dificultades inmensas que surgen en su camino.

En junio de 1940, los alemanes invaden París y para allá se va la Cruz Roja. Josef encuentra obstáculos casi intransponibles, pues es acusado o de auxiliar demasiado a los franceses, o de ayudar desproporcionalmente a los alemanes. Continúa, imparcial, su misión de amor.

Viviendo entre muertos y heridos, teniendo siempre manchado de sangre el blanco de su bata, Josef intenta recordar algunas poesías o sonetos que conoció en la juventud para divertirse por algunos minutos, pero no lo consigue, tanta es la presión que sufre como jefe de equipo.

Las bombas explotan y las ametralladoras esparcen ráfagas fértiles de balas certeras, trayéndole más enfermos y hermanos a quien debe dedicar cariño y atención. A veces imagina como puede haber tanto odio en el mundo y se pregunta: ¿por qué existe esa destrucción generalizada y dedicada contra seres humanos, mediante tanta ferocidad? Decepcionado con la conducta de los gobernantes que impulsan al pueblo a la violencia, Josef considera la guerra un acto vil y prepotente, que queda muy distante del amor cristiano y de los deberes de solidaridad y fraternidad universales.

Divisiones *Panzer* pasean por las calles parisienses, en cuanto el médico suizo les pasa por delante para rescatar heridos, incluso estando sujeto a ser mortalmente blanco de los alemanes. En uno de esos enfrentamientos silenciosos, Josef se depara con un grupo germánico invadiendo una librería, punto de oposición de la *resistencia francesa*. Decide que la unidad de la Cruz Roja quede de guardia y, cuando percibe que han cesado los tiros, se aproxima.

Súbitamente, una mano fuerte lo agarra por el cinturón de la bata y detiene su trayectoria. En alemán fluido y reconociendo la personalidad que lo agarra, Josef esclarece que es suizo e integrante de la Cruz Roja Internacional. El general Heinz

Guderian, que lo mantiene preso, casi impide su trabajo salvador sino hubiese sido por la interferencia de Emisarios de lo Alto que calman el espíritu del militar y lo hacen - a través de buenas inspiraciones - dejar al médico ejercer su actividad.

Resistiendo a todo, Josef va construyendo su caminar regenerativo, listo a luchar siempre por su ideal de distribución de amor, por encima de todo y de cualquier dificultad que le surja al frente. Su única insatisfacción aún persiste en no conseguir recordar los bellos *sonetos shakesperiano*, que tanto lo calmaban en la época de la facultad.

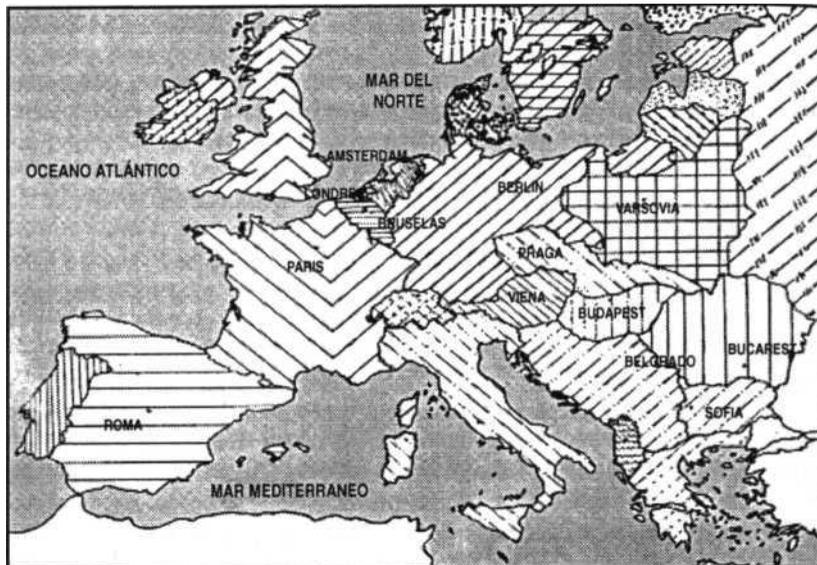
La batalla se extiende por el resto del mundo y la unidad médica de Zurich fija su punto principal de actuación en la capital francesa, ocupada por los nazis y bajo constante guerrilla de la resistencia local.

Pasan los años y Josef siente debilitar su energía, en cuanto constata en su interior el pasaje por sus cuidados de muchos seres humanos que, de una forma o de otra, a él fueron ligados en el pasado. Les dedica todo el amor que es capaz de sentir y ora a Dios con insistencia, rogando por fuerza y salud, a fin de acompañar el dolor de sus enfermos hasta el final del conflicto. El corazón palpita descompasado y la taquicardia ronda su tranquilidad. La depresión de su sistema nervioso, a pesar de ser combatida con firmeza por su espíritu, aumenta gradualmente. Alimentándose mal y durmiendo poco, extenua su cuerpo físico.

En junio de 1944, las tropas aliadas desembarcan en Normandía y la esperanza de Francia renace otra vez. Se recrudecen los combates en la capital del país y los trabajos del equipo de Zurich aumentan vertiginosamente.

A mediados de ese año, Josef recibe una importante llamada de otra unidad de la Cruz Roja asediada en el este de Alemania, pidiendo ayuda para algunas cirugías que deberían ser hechas en uno de los campos de concentración mantenido por los nazis. En base del avance de las tropas rusas, muchos médicos alemanes dejaron sus puestos y los prisioneros morían uno a uno por falta de asistencia. Desaconsejado con insistencia por los colegas, el suizo rechaza los consejos clamando por su resguardo, especialmente ante su estado debilitado de salud, partiendo para el lugar donde debería prestar socorro.

MAPA Nº 14- EUROPA - DIVISIÓN POLÍTICA ANTES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



- | | | | |
|--|-----------------------------------|--|--|
| | • CONFEDERACIÓN HERVÉTICA (SUIZA) | | • REPÚBLICA DE BULGARIA |
| | • REINO DE BÉLGICA | | • REPÚBLICA DE ESTONIA |
| | • REINO DE DINAMARCA | | • REPÚBLICA DE FINLANDIA |
| | • REINO DE HOLANDA | | • REPÚBLICA DE HUNGRIA |
| | • REINO DE ITALIA | | • REPÚBLICA DE IRLANDA |
| | • REINO DE NORUEGA | | • REPÚBLICA DE LITUANIA |
| | • REINO DE SUECIA | | • REPÚBLICA DE POLONIA |
| | • REINO DE ESPAÑA | | • REPÚBLICA DE RUMANIA |
| | • REINO UNIDO | | • REPÚBLICA DE CHECOSLOVAQUIA |
| | • REPÚBLICA DE LETONIA | | • REPÚBLICA FRANCESA |
| | • REPÚBLICA ALEMANA | | • REPÚBLICA YUGOSLAVA |
| | • REPÚBLICA DE ALBANIA | | • REPÚBLICA PORTUGUESA |
| | • REPÚBLICA DE AUSTRIA | | • UNIÓN DE LAS REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS |

En cuanto está apartado de París, los aliados marchan en dirección a la capital y, en agosto, poco después de la partida de Josef, liberan a Francia del yugo nazi, restaurando la relativa paz en suelo francés.

Volviendo de Alemania al inicio de 1945 y trayendo consigo un principio de neumonía y el horror de las impresiones que recibió en el campo de prisioneros donde prestó atención médica, él se refugia otra vez en su actividad médica.

El ejército aliado avanza sobre Rin, en cuanto los soviéticos, en el mes de abril, invaden Berlín. A un paso del final de la guerra sangrienta que envuelve por años a Europa y al resto del mundo, Josef decide volver a Zurich para retomar sus actividades en el Instituto y en su pequeño hospital.

En cuanto los alemanes se rinden a las fuerzas aliadas, Suiza vuelve a ver, años después de ausencia, al brasileño-suizo que se volvió su hijo preferido. Los amigos lo reciben con entusiasmo y le cuentan las novedades. Antiguos pacientes buscan noticias del médico incansable que expone su propia vida en el campo de batalla. En fin, algunos meses son necesarios para la reorganización de sus quehaceres.

Finalizado el conflicto que asoló el Globo, aun enfermo y con serios problemas cardíacos, Josef es aconsejado por sus colegas y, en especial, por su médico particular, a dejar el ejercicio de la medicina por algún tiempo. Caso de no hacerlo, podrá sufrir un ataque cardíaco fatal en cualquier instante. Cediendo a las presiones, él parte para un viaje de recuperación, a la bella región alpina de Baviera, donde siempre vivió dulce emociones.

Un lindo y exuberante día nace magnetizador, encantando el valle nevado donde Josef reposa. Un frío intenso corta la región, en cuanto el médico sale para un paseo antes del almuerzo, teniendo por compañía a los atrevidos pájaros que vuelan desafiando la baja temperatura. Canturreando cancioncillas suizas, se acomoda debajo de un exuberante árbol, cuyas ramas se balancean solamente para dar paso al viento y para recibir a sus ¡lustres habitantes - aves fatigadas de sus incursiones en el azul del cielo. Hace, mansamente, una reflexión sobre su vida, su pasado, sus estudios y su jornada. Se acuerda de cada minuto a lo largo de sus cincuenta y cinco años de existencia material, sin olvidarse - cree - de un solo momento. Contento, suspira aliviado cuando la memoria le proporciona el retorno de un bello *soneto* que tanto aguardaba para sentirse mejor.

Emocionado, intentando recordar su trecho preferido íntegro, declama a sí mismo y a los oyentes atentos - animales y aves que lo miran desconfiados:

*Puede no haber obstáculos en la sincera unión de dos almas. El amor, encontrando alteraciones se altera. ¡Oh, no! El amor es el punto constante, que enfrenta, ileso, los brazos temporales. Es la estrella que me guía, con brillo cierto y valor sin cuenta. El amor no es juglar del Tiempo... No cambia con el día y la hora y persevera al límite de la Muerte. Y si se probara que en un error estoy, nunca hice versos ni jamás se amó.*⁷⁰

En algún lugar, siente que posee a alguien esperando su retorno. Sabe que el amor universal une Espíritus afines y guía la esperanza de los viajeros del camino cristiano. Percibe que es feliz.

Un sopor suave le envuelve el cuerpo físico y libera su percepción. Una melodía y tierna voz suena en su espíritu, sugiriéndole el momento de la partida. Sereno, Josef adormece, sintiendo estacionar su cansado corazón. Un último pensamiento le recorre la mente, haciendo recordar la voz tierna de la enfermera María, diciéndole, ahora y para siempre... ¡“Eustaquio, ven con nosotros, el renacer del mundo depende de cada uno de nosotros”!⁷¹

FIN

⁷⁰ Nota del autor material: otros detalles pueden encontrarse en “Sonetos”, de Shakespeare.

⁷¹ Nota del autor material: libro “Alborada Nueva”, parte final.

GLOSARIO DE NOMBRES

PARTE 1 - EN LA SENDA DEL ERROR - 445 A 1080

I - La batalla de Dijon

Eustaquio Alejandro Rouanet - barón, general de los francos.

Melquíades - soldado burgundio que mata a Eustaquio con una daga.

II - Eustaquio en la Erraticidad

Archibaldo - vizconde, hombre de confianza del rey Clóvis.

Guilherme - hijo adultero de Patricia y Clóvis.

Patricia - baronesa, esposa de Eustaquio.

Mefené - conde, auxiliar directo del rey Clóvis.

Trudeau - capitán, comandante de las tropas francas que asumió la dirección después de la muerte de Eustaquio.

III - Desvelado su Pasado

Clotilde - esposa de Clóvis.

IV - El Crecimiento de Eustaquio

Claudine - condesa, madre de Eustaquio.

Felipe - conde, padre de Eustaquio.

Genevaldo - coordinador del centro de oraciones.

Gertrudis - dama de compañía de Claudine.

V - La Destrucción del Villarejo

Altay - vizconde, miembro del Alto comando de Eustaquio.

Bergerau - conde, auxiliar directo de Eustaquio.

Menelau - adicto del vizconde Archivaldo.

Papisco - mentor de Genevaldo.

Paul - el más rico comerciante del villarejo saqueado por Eustaquio.

Rita - hija de Paul.

VI - El Final en las Zonas Tenebrosas

Gedeon - seguidor del Capitán Tergot.

Tergot - Capitán, compañero de Eustaquio, dirigente de la fortaleza espiritual.

VII - El Rescate

Amancio - asesor de la Coordinadora General de Alborada Nueva.

Nivea - nombre de Claudine, madre de Eustaquio, en la Espiritualidad.

Razuk - fiel seguidor de Eustaquio.

Vinicius - trabajador del Centro Avanzado de comunicación de Alborada Nueva, localizado en el Puesto de Socorro nº 5.

VIII - Alborada Nueva

Agamenón Duarte - coordinador general de Alborada Nueva en la ocasión.

Euclides - médico del Puesto de Socorro nº 5, sector de Cámaras de Sueño Profundo de la Unidad de Rectificación.

Rosana - enfermera del puesto de Socorro nº 5 de Alborada Nueva.

IX - El Reinicio en Cosenza

Ana - joven campesina que se casa con Cario.

Don Antonio - rico comerciante y patrón de Carlo.

Carlo Rondi - campesino del sur de Italia.

Felipe - amigo de Carlo y amante de Ana.

Giovana - madre de Carlo en el sur de Italia.

X - La Fuga

Mirtes - hija del tabernero, asesinada por Carlo.

Neil - gitano que lucha con Carlo y después se vuelve su amigo.

Pirnilio - ladrón encontrado por Carlo en Bari, que se hace su amigo,

XI - La Reencarnación como Pietro

Adelia - madre adoptiva de Pietro.

Mirian - niña que se hace amiga de Pietro.

Pietro - mendigo.

Plinio - tío de Mirian.

XII - Conde Giscard D'Antoine

Caroline - hija de Giscard.

Constance - condesa, esposa de Giscard, posteriormente hermana Medina

D'Antoine - duque, padre de Giscard.

Eugenius - monje benedictino.

Gabrielle - esposa de Ricardo.

Giscard D'Antoine - conde, posteriormente monje Paulo.

Gutus - monje benedictino.

Meliandes - prior de los benedictinos antes de Victorio.

Ricardo Igor von Büher- capitán, hijo del Duque de Strasbourg.

Soissons - duque, padre de Constance

Villembert - barón, amigo de la familia D'antoine.

XIII - La Abadía de los Benedictinos

Duprat - duque de Orleans.

Françoise - hija del duque de Orleans.

Günther von Bavanhaus - amigo y brazo derecho de Klaus.

Madame Debusson - gobernanta de la casa de los D'Antoine, madre de los obispos de Lyon y de Orleans.

Marcel Debusson - obispo de Orleans.

Peter - monje benedictino.

Sinvral - asesor del Obispo de Lyon.

XIV - El final de Giscard

Gualberto - camarero del Obispo de Lyon.

XV - El pasado Benedictino

Charles Bidet - hidalgo, sumiso al obispo de Lyon.

Giuseppe - joven novicio, idealista.

Verbasiano - monje, profesor de Giuseppe.

XVI - La Vida de Giuseppe

Bernarda - madre de Giuseppe.

Don Genaro - padre de Giuseppe.

Litia - novia de Giuseppe.

XVII - El término de la Jornada

Gerard - auxiliar directo del obispo de Lyon.

XVIII - El Retorno a la Espiritualidad

Hilario - dirigente de la Coordinadora de Selección de Alborada Nueva.

Josemar- encargado de la selección de fichas del Departamento de Reencarnación de Alborada Nueva.

XIX - Desvelando un Continente Salvaje

Arari-Tutoia - nuevo cacique de la tribu.

Petinguara - cacique de la tribu.

Tatuí-Piaba - paje de la tribu.

XXI - Expiación en Eslovenia

David - padre de Samuel.

Raquel - madre de Samuel.

Samuel - joven con deficiencia física y retraso mental.

Sarah - hermana de Samuel.

PARTE 2 - EN REEDUCACIÓN - 1.080 A 1.502

XXII - Calais

Clemence - dama de compañía de la condesa du Carmier, que se vuelve esposa de Patrick.

Melanio - perro de Patrick.

Merkon - barón de York, amigo del duque de Talantois,

Patrice - hija de Clemence y Patrick.

Patrick - joven caballero.

Talantois - duque con quien Patrick trabaja como auxiliar.

XXV - Desencarnación en Calais

Minerva - Espíritu que recibe a Patrick en la Espiritualidad

XXVI - Charles de Bogondier

Charles de Bogondier - futuro duque de Bogondier y conde de Canterbury.

Duque de Bogondier - padre de Charles de Bogondier.

Paul de Sacotian - preceptor de Charles.

XXVII - Volviendo a vivir en Gran Bretaña

Heber Roithman - conde de Canterbury, tío de Charles

XXVIII - En la Corte del rey Felipe Augusto

Blois - conde, padre de Nadine.

Charles II - hijo de Nadine y Charles,

Nadine - esposa de Charles.

Rubian - hijo de Nadine y Charles.

XXIX- La Cruzada de 1189

Alan - duque de Valmon y Chapelle, amigo de Charles.

Max de Sacotian - nieto de Paul de Sacotian.

XXX - Destrucción en Tierra Santa

Míma - servidora del templo de San Juan D' Acre.

Rocco - amigo de míma.

Shalek-Al-Mair - comerciante de San Juan D' Acre.

XXXII - Las consecuencias del Suicidio

André - médico del Puesto de Socorro.

Anita - enfermera del Puesto de Socorro.

XXXIII - Remediando su Pasado

Abdul - ladrón.

Adila - joven campesina.

Chacar - ladrón.

Khalik - líder del grupo de ladrones y padre de Abdul, Nabul y

Chacar.

Mariala - amiga de Adila que le enseña a tejer tapices.

Nabul - ladrón.

XXXV - En Transición

Dr. Euclides - trabajador del Puesto de Socorro nº 5

XXXV - Reeducándose

Antonio - sacerdote de Palermo.

Carmen - madre de Mirandela.

Enrico - hijo de Mirandela y Malamud.

Eugenio - hijo mayor de Mirandela y Malamud.

Eunice - hermana mayor de Mirandela.

Francesco - padre de Mirandela.

Giacomo - hijo de Mirandela y Malamud.

Malamud - viajante, marido de Mirandela.

Mirandela - esposa de Malaud.

XXXVI - La Desencarnación

Righetto - médico de Alborada Nueva.

Saphira - hija pequeña de Mirandela y Malamud.

XXXVII - En la Casa de la Sublime Justicia

Antonino - juez de la Casa de la Sublime Justicia.

Gaspar - ídem.

Humberto - ídem.

Mateo - ídem, expositor.

Pablo - ídem, debatidor.

XXXVIII - En Busca del Tiempo Perdido

Adele - madre de Jean Paul.

Arnaud - hermano de Jean Paul.

Claude - hermano de Jean Paul.

Jean Paul - soldado francés en la Guerra de los Cien Años. Millier -
padre de Jean Paul.

XXXIX - El Encuentro con Juana de Arco

Gualberto - intendente de Juana.

PARTE 3 - A CAMINO DE LA REGENERACIÓN - 1.502 - 1945

XLI - La Abadía de Florencia

Maximiliano - monje benedictino, estudioso de la obra de Niccolò Machiavelli.

Vidal - monje benedictino, componente de la misma abadía que Maximiliano.

XLII - La Cultura Humanista

Jacob - rabino anciano, librero de Florencia.

XLIII - Los Recónditos Caminos de la Abadía rumbo al

Vaticano

Epifanio - anciano que sigue las ideas protestante y está bastante unido a la Colonia Espiritual.

Ubaldo - cardenal del Vaticano.

XLV - El Encuentro con Calvino

Evilasio - criado de Calvino.

Guillaume - amigo de Calvino.

XLVI - De vuelta a Roma

Landoaldo - amigo de Epifanio que ampara a Maximiliano cuando este es sacado de la prisión.

XLVII - La Noche de San Bartolomé

Pierre - conde de Revergy, seguidor del duque de Guise.

XLVIII - Del mundo de las Artes a la Esclavitud

Big Joe - hijo de un rico comerciante de Londres y comandante de la expedición de esclavos.

Cauim - integrante del grupo prisionero, rival de Luvi.

Elicio - sacerdote católico en Brasil que recibe a los esclavos Luvi y Cauim de regalo.

Luvi - negro de la tribu loruba.

Pepper Boy - auxiliar de Big Joe.

Vana - hermana de Luvi.

L - La Guerra de los Treinta Años

Bergvolk (familia) anfitriona de Christen y Frediano en Garmish-Partenkirchen.

Christen - padre biológico de Frediano.

Erik - tío de Frediano.

Frediano - joven protestante alemán.

Harold Shleswig - padre adoptivo de Frediano.

LII - La Revolución Francesa

Aline - madre de Lisandro

Ernest - amigo de Lisandro.

Gilbert - hermano pequeño de Lisandro.

Guido - hermano de Lisandro.

Haydée - hermana de Lisandro.

Junet - amigo de Lisandro.

Lisandro - joven burgués en Francia.

Renan - padre de Lisandro.

Lili - La Verdadera Religión

Ulrico - prior de la abadía de los benedictinos.

LIV - La Saga de Napoleón Bonaparte

Eduardo - periodista francés.

Fernando - duque de Celliet, jurista, padre de Eduardo.

Melita - esposa de Eduardo.

Remo - músico, hermano más mayor de Eduardo.

LVII - La Última Jornada en la Tierra

Francisca Romana - madre de José Antonio.

Giuseppe Motta - político.

Juan Bautista - padre de José Antonio.

José Antonio - médico brasileño, también llamado Josef.

María Isabel - hermana pequeña de José Antonio.

Vicente - hermano pequeño de José Antonio.

LVIII - El Refuerzo de la Fe Consagrando la Trayectoria

María - enfermera

RESUMEN GENERAL DE LA EVOLUCIÓN ESPIRITUAL

(LAS REFERENCIAS ENTRE PARÉNTESIS SE RELACIONAN

CON LOS NOMBRES DE LOS CAPÍTULOS)

Abdul (Redimiendo su pasado) - Enrico (Reeducándose); **Adila** (Redimiendo su pasado) - ver Eustaquio.

Ana (El reinicio en Cosenza) - Mima (Destrucción en Tierra Santa) - Peter (La Abadía de los benedictinos)

Anita (Las consecuencias del suicidio) - Rita (La destrucción del Villarejo) - Mirtes (La fuga) - Françoise (La abadía de los benedictinos);

Arnaud (En busca del Tiempo Perdido) - ver Charles Bidet. **Big Joe** (Volviendo a encontrar el Brasil) - ver Günther.

Capitán Tergot (El final en las Zonas Tenebrosas) - Cardenal Ubaldo (Los Recónditos Caminos de la Abadía Rumbo al Vaticano) - Vana (Del mundo de las Artes a la Esclavitud);

Cardenal Ubaldo (Los Recónditos Caminos de la Abadía Rumbo al Vaticano) - ver Capitán Tergor.

Carlo (El Reinicio en Cosenza) - ver Eustaquio.

Caroline (Conde Giscard D'Antoine) - Nadine (En la Corte del Rey Felipe Augusto);

Cauim (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - ver Guilherme. **Chakar** (Redimiendo su Pasado) - Eugenio (Reeducándose); **Charles Bidet** (La vida de Giuseppe) - Arnaud (En Busca del Tiempo perdido);

Charles de Bogondier (Charles de Bogondier)

Claude (En Busca del Tiempo perdido) - ver Duprat.

Claudine (Eustaquio Recuerda el Pasado) - Nivea (Rescate) - Gionna (El Reinicio en Cosenza);

Clemence (Calais) - ver Constance.

Conde Bergerau (La Destrucción del Villarejo) - Harold (La Guerra de los Treinta Años),

Constance (Conde Giscard D'Antoine) - Clemente (Calais) - Melina (Conde Giscard D'Antoine).

Don Antonio (El Reinicio en Cosenza) - Merkon, Barón de York (Calais) - Malamud (En el Sur de Italia);

Duprat, Duque de Orleans (La Abadía de los benedictinos) - Claude (En Busca del Tiempo Perdido),

Duque de Bogondier (Charles de Bogondier) - ver Gorot.

Duque de Talantois (Calais) - ver Verbasiano.

Eduardo (La Saga de Napoleón Bonaparte) - ver Eustaquio.

Enrico (Reeducándose) - ver Abdul.

Ernest (La Revolución francesa) - ver Razuk.

Esposa de Don Antonio (El Reinicio en Cosenza) - Sofia, Baronesa de York (Patrick en Inglaterra) - Padre Elicio (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - Minerva (Desencarnación en Calais);

Eugenio (Reeducándose) - ver Chakar.

Eustaquio (La Batalla de Dijon) - Carlo (El Reinicio en Cosenza) - Pietro (La Reencarnación como Pietro) - Giscard D'Antoine (Conde Giscard D'Antoine) - Tatu-Piaba (Desvelando un Continente Salvaje) - Samuel (Expiación en Eslovenia) - Patrick (Calais) - Charles de Bogondier (Charles de Bogondier) - Adila (Redimiendo su Pasado) - Mirandela (Reeducándose) - Jean Paul (Buscando el Tiempo Perdido) - Maximiliano (La Abadía de Florencia) - Luvi (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - Frediano (La Guerra de los Treinta Años) - Lisandro (La revolución Francesa) - Eduardo (La Saga de Napoleón Bonaparte) - José Antonio (La Última Jornada en la Tierra);

Filipo (El Reinicio en Cosenza) - Rocco (Destrucción en Tierra Santa);

Françoise (La Abadía de los Benedictinos) ver Anita.

Frediano (La Guerra de los treinta Años) - ver Eustaquio. Gedion (El Final en las Zonas Tenebrosas) - Pirnilio (La Fuga) - Gilbert (La Revolución Francesa);

Genevaldo (El Crecimiento de Eustaquio) - Paul de Sarcotian (Charles de Bogondier);

Giacomo (Reeducándose) - ver Nabul.

Gilbert (La revolución Francesa) - ver Gedion.

Giovanna (El Reinicio en Cosenza) - ver Claudine.

Giscard D'Antoine (Conde Giscard D'Antoine) - ver Eustaquio. **Giuseppe** (La vida de Giuseppe) - ver Mirian.

Gorot/Paulo (Conde Giscard D'Antoine) - Duque de Bogondier (Charles de Bogondier);

Gualberto (El Encuentro con Juana de Arco) - ver Guilherme. **Guilherme** (Eustaquio en la Erraticidad) - Marcel Debusson, Obispo de Orleans (La Abadía de los Benedictinos) - Gualberto - Caum (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud);

Harold Scheleswig (La Guerra de los Treinta Años) - ver Conde Bergerau

Jean Paul (En Busca del Tiempo Perdido) - ver Eustaquio.

José Antonio (La Última Jornada en la Tierra) - ver Eustaquio. **Klaus** (La Abadía de los Benedictinos) - Christen (La Guerra de los Treinta Años)

Lisandro (La revolución Francesa) - ver Eustaquio.

Luvi (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - ver Eustaquio. **Malamud** (Reeducándose) - ver Don Antonio.

Marcel Debusson, Obispo de Orleans (La Abadía de los benedictinos) - ver Guilherme.

Max Sarcotian (La Cruzada de 1189) - ver Patricia.

Maximiliano (Los Estudios en la Abadía de Florencia) - ver Eustaquio.

Melina (Conde Giscard D'Antoine) - ver Constance.

Merkon, barón de York (Calais) - ver Don Antonio.

Minerva (Desencarnación en Calais) - ver esposa de Don Antonio.

Mirandela (Reeducándose) - ver Eustaquio.

Mirian (La Reencarnación como Pietro) - Giuseppe (La Vida de Giuseppe);

Mima (Destrucción en Tierra Santa) -ver Ana.

Mirtes (La Fuga) - ver Anita.

Nabul (Redimiendo su Pasado) - Giacomo (Reeducándose);

Nadine (En la Corte del rey Felipe Augusto) - ver Caroline.

Neil (La Fuga) - ver Razuk.

Nivea (El Rescate) - ver Claudine.

Padre Elicio (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - ver Esposa de Don Antonio.

Patricia (Eustaquio en la Erraticidad) - Max Sarcotian (La Cruzada de 1189);

Patrick (Calais) - ver Eustaquio.

Paul de Sarcotian (Charles de bogondier) - ver Genevaldo.

Peter (La Abadía de los benedictinos) - ver Ana.

Pietro (La Reencarnación como Pietro) - ver Eustaquio.

Pirnilio (La Fuga) - ver Gedeon.

Razuk (El Rescate) - Neil (La Fuga) - Ernest (La Revolución Francesa);

Revergy (La Noche de San Bartolomé) - ver guilherme.

Rita (La Destrucción del Villarejo) - ver Anita.

Rocco (San Juan D'Acre) - ver Filipino.

Samuel (Expiación en Eslovenia) - ver Eustaquio.

Saphira (La Desencarnación en Palermo) - hijo de Adila (El Rapto de Adila);

Sofía, baronesa de York (Patrick en Inglaterra) - ver Esposa de Don Antonio

Tatui-Piaba (Desvelando un Continente Salvaje) - ver Eustaquio. **Vana** (Del Mundo de las Artes a la Esclavitud) - ver Capitán Tergot.

Verbasiano (La Vida de Giuseppe) - Duque de Talantois (Calais)

BIBLIOGRAFÍA

1 Alborada Nueva

por el Espíritu Cairbar Schutel, Abel Glaser primera edición, 1992, Casa Editora O Clarim.

2 Atlas histórico Escolar

4ª Edición, de la Fundación Nacional de Materia Escolar.

3 Comedias y Sonetos

William Shakerpeare.

4 Conversando sobre Mediumnidad - Retratos de Alborada nueva

por el Espíritu Cairbar Schutel, Abel Glaser primera edición, 1993, Casa Editora O Clarim.

5 Diccionario Práctico

6 Divina Comedia

Dante Alighieri.

7 Del Contrato Social (y Discurso sobre la Economía Política)

Jean Jacques Rousseau.

8 Gran Enciclopedia Delta Larousse.

9 Historia General.

10 Nuevo Diccionario Aurélio de Lengua Portuguesa.

11 Odisea

Homero.

12 El Evangelio Según el Espiritismo

Allan Kardec.

13 El Príncipe

Niccolo Machiavelli.

14 Los Luziadas

Luis de Camoes.

15 Romeo y Julieta

William Shakespeare.

Desearíamos que este libro gustara a todos, como nos ha gustado a nosotros. Hemos podido extraer mucha enseñanza de él, porque nos hemos visto reflejados en muchas de las experiencias de Eustaquio y, hemos podido comprobar una vez más, como perdemos tiempo y oportunidades, cuando, por propia decisión, nos estacionamos y nos hacemos rebeldes a la Ley Divina, trayéndonos eso, remordimientos y enorme sufrimiento, como los vividos por el protagonista.

Tenemos un pasado inmenso de vivencias, errores y caídas, pero hemos aprendido con la Doctrina Espirita, que tenemos un futuro enorme de trabajo, rectificación y reconciliación, con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con la propia Contabilidad Divina. Tal vez, una vez más, los libros de Cairbar Schutel/Abel Glaser, nos ayuden a “ver claro”, aquello que debemos hacer para estar en paz con esa Contabilidad Divina. Sin olvidar la propia Codificación, base de nuestro progreso espiritual y moral.

La Dirección